LOS FANTASMAS DE GAUNT • VOLUMEN 5

LA SANTA • VOLUMEN 2

ARMAS DE TANITH

Dan Abnett



Las heréticas fuerzas del Caos se defienden con ferocidad en la Cruzada de los Mundos de Sabbat. Las fuerzas del Imperio, dispersas y con las líneas de suministro cortadas, se ven frenadas en seco. El coronel comisario Gaunt y los Primeros y Unicos de Tanith deben reconquistar Fantine, un mundo rico en promethium, pero tan arrasado por la contaminación que el único modo de atacarlo es mediante un peligroso asalto aerotransportado que no se ha intentado nunca.



Dan Abnett

Armas de Tanith

Warhammer 40000 » Fantasmas de Gaunt » La Santa - 2

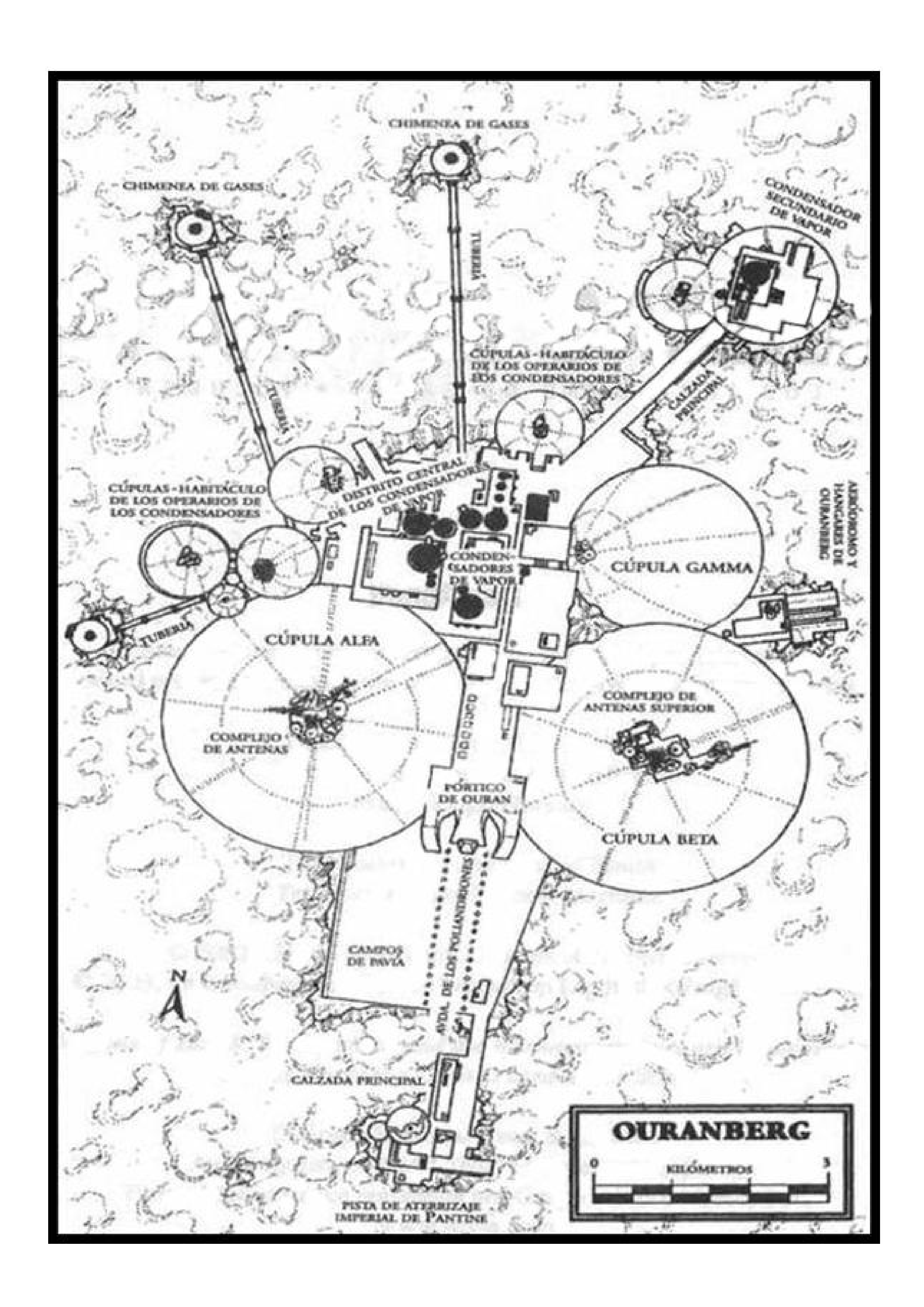
ePub r1.1
diegoan 13.06.2018

Título original: *The Guns of Tanith*
Dan Abnett, 2002
Traducción: Juan Pascual Martínez Fernández, 2003

Editor digital: diegoan
Primer editor: epublector (r1.0)
ePub base r1.2




FOR TANITH - FOR THE EMPER


CHIMENEA DE GASES
CHIMENEA DE GASES
CONDENSADOR SECUNDARIO DE VAPOR
TUBERÍA
TUBERÍA
TUBERÍA
CÚPULAS-HABITÁCULO DE LOS OPERARIOS DE LOS CONDENSADORES
CALZADA PRINCIPAL
DISTRITO CENTRAL DE LOS CONDENSADORES DE VAPOR
CÚPULAS-HABITÁCULO DE LOS OPERARIOS DE LOS CONDENSADORES
AERÓDROMO Y HANGARES DE OURANBERG
CONDENSADORES DE VAPOR
CÚPULA GAMMA
CÚPULA ALFA
COMPLEJO DE ANTENAS SUPERIOR
COMPLEJO DE ANTENAS
PÓRTICO DE OURAN
CÚPULA BETA
AVDA. DE LOS POLIANDRIONES
CAMPOS DE PAVIA
N
CALZADA PRINCIPAL
OURANBERG
0
KILÓMETROS
3
PISTA DE ATERRIZAJE IMPERIAL DE PANTINE



PRÓLOGO
Plata pura

Dirigible de dispersión de combate Nimbus,
Cuenca Continental del Oeste,
Fantine, 211.771, M41.

No creo que ninguno de nosotros supiera dónde nos estábamos metiendo. Feth, me alegro de no haber sabido dónde nos estábamos metiendo.

Sargento Varl, jefe de la primera escuadra, de los Primeros de Tanith.

Una llave de estrangulamiento era lo último que se esperaba.

El soldado Hlaine Larkin aterrizó con un fuerte golpe en un sitio tan oscuro que no pudo ver su mano ni siquiera colocándola delante de su cara. Se tumbó inmediatamente, tal como el coronel le había enseñado en las prácticas. Con la barriga pegada al suelo.

En algún lugar de la oscuridad, a su derecha, oyó al sargento Obel increpando a los hombres para que se pusieran a cubierto. Eso era todo un chiste, como aperitivo para empezar. ¿Cobertura? ¿Cómo iban a encontrar una cobertura cuando ni siquiera veían el trasero del hombre que les precedía?

Larkin se quedó tumbado boca abajo y alargó el brazo, tanteando a su alrededor, hasta que encontró una superficie vertical. Un montante quizás. Un mamparo. Se deslizó hacia allí, y después sacó el rifle láser largo de su funda de plástico blanda. Eso podía hacerlo a ciegas. Sus dedos recorrieron el armazón de madera de nal, el mecanismo de disparo, la montura engrasada y preparada para encajar la mira telescópica de visión nocturna.

Alguien gritó en la oscuridad, cerca de él. Algún pobre diablo que se habría torcido un tobillo en la caída.

Larkin sintió que el pánico empezaba a apoderarse de él. Sacó el visor de su mochila, lo colocó en su sitio, le quitó el cubreobjetivo y estaba a punto de echar un vistazo cuando un brazo le rodeó la garganta.

—Estás muerto, Tanith —le dijo una voz al oído.

Larkin se retorció, pero la presa en su cuello no se aflojó. La sangre golpeteó en sus sienes cuando el estrangulamiento se hizo más fuerte y casi le aplastó la tráquea y la carótida. Intentó gritar «¡hombre muerto!», pero su garganta estaba completamente cerrada.

Oyó un chasquido, y unas bengalas los iluminaron desde arriba. La zona de aterrizaje se vio inundada de repente por una luz penetrante. Unas sombras profundas, angulares y negras como la misma noche se cernieron sobre él.

Vio el cuchillo.

Plata de Tanith, pura, treinta centímetros de largo, flotando en el aire por delante de su cara.

—¡Feth! —logró gorgotear Larkin.

Sonó un silbato, con un pitido agudo y penetrante.

—¡Ponte en pie, idiota! —ordenó el comisario Viktor Hark mientras recorría a grandes zancadas la línea de campo con un silbato en la mano—. ¡Tú, soldado! ¡Levántate! ¡Estás mirando hacia el puñetero lado equivocado!

Las lámparas del techo comenzaron a encenderse con suaves chisporroteos, inundando el hangar con una pálida luz amarillenta. Los soldados de uniforme de color negro, situados entre los restos de cajas de embalaje y de placas de hierro

corrugado, parpadearon varias veces y luego se pusieron en pie.

—¡Sargento Obel!

—¿Comisario?

—¡Venga aquí ahora mismo!

Obel se apresuró a acercarse hasta donde estaba el comisario. Unos brillantes haces de inofensivos disparos láser de baja intensidad resplandecieron a espaldas de Hark.

—¡Parad con eso! —gritó Hark mientras se daba la vuelta—. ¡Ya están todos muertos, de todas maneras! ¡Cesen el fuego, y vuelvan a sus posiciones de inicio en fase dos!

—¡Sí, señor! —contestó una voz que llegó desde las posiciones enemigas.

—Informe —dijo Hark girándose hacia el sargento Obel, que tenía el rostro encendido.

—Aterrizamos y nos dispersamos, señor. Despliegue Theta. Teníamos cobertura…

—Sí, maravilloso. ¿Cree que tendría alguna importancia el hecho de que el ochenta por ciento de su unidad estuviese encarada en la dirección equivocada?

—Señor. Estábamos… confusos.

—Ah, vaya. ¿Hacia dónde está el norte, sargento?

Obel sacó su brújula de un bolsillo del uniforme.

—Hacia allí, señor.

—Por fin. Esos instrumentos tienen indicadores fosforescentes para la oscuridad para algo, sargento.

—¿Hark?

El comisario Hark se puso firme. Una figura alta envuelta en un largo abrigo de combate cruzó el hangar para reunirse con ellos. Parecía exactamente la sombra del propio Hark, arrancada de su lado y ampliada por la mala iluminación.

—¿Qué tal cree que lo hicieron? —le preguntó el coronel comisario Gaunt.

—¿Cómo creo que lo hice? Creo que nos masacraron. Y nos lo merecimos.

Gaunt reprimió una sonrisa.

—Sé justo, Hark. Esos hombres estaban todos a cubierto. Se hubieran dado cuenta rápidamente de hacia dónde tenían que mirar si hubiese sido un combate de verdad.

—Eso es ser generoso, señor. Calculo un setenta y cinco por ciento de éxito para el bando pasivo.

Gaunt negó con la cabeza.

—No más de un cincuenta y cinco o sesenta por ciento. Todavía tenían un hueco que podían haber utilizado.

—Odio tener que corregirle, señor —le replicó un individuo de Tanith, también alto y delgado, medio envuelto en una capa de camuflaje y que salió andando tranquilamente de entre la línea de los hombres de Obel. Estaba colocando el tapón

de una barrita de pintura.

—¿Mkvenner? —dijo Gaunt a modo de saludo al adusto explorador, uno de los miembros del equipo de élite del sargento Mkoll—. Venga, vale, hazme ver la realidad.

Mkvenner tenía un rostro alargado y anguloso, de pómulos altos, que hacía que todo lo que dijera pareciera siniestro y atemorizador. Debajo de su ojo derecho lucía un tatuaje azul de una media luna.

Muchos decían que se parecía al propio Gaunt, aunque el cabello de Mkvenner era del típico color negro de los de Tanith, mientras que el de Gaunt era de un color rubio pajizo. Además, Gaunt también era más grande: más ancho de hombros, más alto, más imponente.

—Los oímos caer durante el apagón, y situé a cinco de mis hombres entre ellos.

—¿Cinco?

—Bonin, Caober, Doyl, Cuu y yo mismo. Sólo cuchillos —explicó mientras señalaba la barrita de pintura—. Pillamos a ocho antes de que se encendieran las luces.

—¿Cómo podíais ver? —le preguntó Obel con un tono de voz quejumbroso.

—Nos pusimos vendas en los ojos hasta que las luces se apagaron. Nuestra visión nocturna ya estaba ajustada.

—Buen trabajo, Mkvenner —lo felicitó Gaunt con un suspiro. Intentó evitar la mirada dura de Hark.

—Nos teníais pillados —dijo Hark.

—Evidentemente —respondió Gaunt.

—Así pues… no están preparados. No para esto. No para un descenso nocturno.

—¡Tendrán que estarlo! —replicó Gaunt con un gruñido—. ¡Obel! ¡Que esas patéticas imitaciones de soldados se suban otra vez a las torres! ¡Empezaremos de nuevo y volveremos a hacerlo!

—¡Sí, señor! —contestó inmediatamente Obel—. Estooo… El soldado Logias se ha roto la espinilla en el último ejercicio. Necesitará un médico.

—¡Feth! —soltó Gaunt—. De acuerdo, adelante. ¡Todos los demás, a empezar de nuevo!

Esperó un momento mientras los médicos Lesp y Chayker se llevaban al gemebundo Logias hasta sacarlo del hangar. El resto del grupo de Obel ya estaba subiendo por el andamiaje de las torres de dieciséis metros de altura y recogiendo los cables de caída, preparados para colocarse de nuevo en sus posiciones de descenso.

—¡Fuera luces! —gritó Gaunt—. ¡Vamos a hacerlo de nuevo hasta que lo hagamos bien!

—¡Ya le has oído! —dijo Larkin medio ahogado—. ¡Se acabó! ¡Vamos a empezar de nuevo!

—Has tenido suerte, Tanith.

La presa de estrangulamiento se aflojó y Larkin pudo tumbarse boca arriba por

fin, jadeando y esforzándose por respirar.

El soldado Lijah Cuu se puso de pie sobre él y envainó su arma plateada.

—Aun así, te tenía, Tanith. Seguro que sí.

Larkin recogió su arma tosiendo. El silbato estaba sonando de nuevo.

—¡Puñetero idiota! ¡Casi me has matado!

—Matarte era el objetivo de este ejercicio, Tanith —le respondió Cuu con una sonrisa, fijando su mirada felina en el experto francotirador medio ahogado.

—¡Se suponía que tenías que marcarme con eso! —le imprecó Larkin señalando con el mentón la barrita de pintura sin abrir que sobresalía del bolsillo de Cuu.

—Ah, sí —dijo Cuu sorprendido, como si fuese la primera vez que la hubiera visto.

—¡Larkin! ¡Soldado Larkin! —les llegó la voz del sargento Obel desde algún punto del hangar—. ¿Es que no quieres reunirte con nosotros?

—¡Señor! —gritó Larkin mientras se apresuraba a meter el rifle láser largo en su funda de plástico.

—¡A paso ligero, Larkin! ¡Vamos!

Larkin se giró para mirar a Cuu, preparado para soltar otra imprecación, pero Cuu ya había desaparecido.

Obel lo estaba esperando en la base de una de las torres. Los últimos hombres estaban trepando por el andamiaje, cargados con todo el equipo de asalto. Un par se habían detenido al pie de la torre para sacar unas esponjas de un cubo lleno de agua y limpiarse los llamativos restos de pintura roja de sus uniformes.

—¿Algún problema? —le preguntó Obel.

—No, señor —respondió Larkin mientras se ajustaba la correa de la funda de su arma—. Excepto que ese tal Cuu es una puñetera amenaza.

—A diferencia del enemigo de verdad, que es tierno y cariñoso. Sube tu escuálido culo a la torre, Larkin.

Larkin comenzó a trepar por la estructura metálica, mientras las luces iban apagándose una a una por encima de su cabeza.

Había una superficie de rejilla a unos dieciséis metros de altura donde los hombres estaban formados en tres filas. Delante de ellos se alzaba un arco con una abertura que se suponía equivalente a la escotilla de salida de la nave de desembarco, y que llevaba a una rampa que alguien había bautizado como «la plancha». Gutes, Garond y Unkin, los tres hombres de cabeza, estaban agachados allí, con los cables de descenso enrollados en sus regazos. Uno de los extremos de cada cable estaba enganchado a las abrazaderas de seguridad de un caballete de seguridad colocado sobre la plancha.

—Vamos, poneos en fila —murmuró Obel mientras recorría las escuadras. Larkin se apresuró a colocarse en su puesto.

—¿Muerto, Larks? —le preguntó Bragg mientras le hacía sitio.

—Sí, Feth. ¿Y tú?

Bragg dio un par de palmaditas a una mancha roja que llevaba en la camisa y que no había logrado limpiar con la esponja.

—Ni siquiera los vi —dijo.

—¡Silencio en las filas! —gritó Obel—. ¡Tokar! Aprieta ese arnés o te quedarás colgando boca abajo. Fénix…, ¿dónde están tus guantes?

Se apagaron las últimas luces. El algún lugar del suelo, envuelto en la oscuridad, Hark tocó el silbato. Tres pitidos cortos. La señal de que quedaban dos minutos.

—¡Preparados! —dijo Unkin a las filas que estaban a la espera.

Larkin no pudo distinguir a los hombres que estaban en las torres cercanas. Ni siquiera podía ver las torres. La oscuridad era mucho más cerrada incluso que en la noche sin luna más cerrada de Tanith.

—Abrid paso —susurró una voz a sus espaldas. Una linterna medio cubierta lanzó un pequeño rayo de luz verde y mostró la silueta de otro hombre que se unía al grupo situado en la superficie de rejilla.

Era Gaunt.

Avanzó hasta colocarse entre ellos.

—Escuchad bien —dijo con un siseo, justo lo bastante alto para que todos lo pudieran oír—. Sé que sois novatos en este tipo de entrenamiento, y que a ninguno de vosotros le gusta, pero tenemos que seguir hasta que nos salga a la perfección. No vamos a aterrizar en Cirenholm. Eso os lo puedo asegurar. Los pilotos son de primera clase, y nos acercarán todo lo que puedan, pero incluso así, puede que sean más de dieciséis metros.

Bastantes soldados protestaron.

—El cable de descenso tiene treinta metros de largo —dijo Garond—. ¿Qué pasará en caso de que estemos más alejados que eso?

—Tendréis que aletear con los brazos —respondió Gaunt, y aquello provocó unas cuantas risas.

—Enganchaos y bajad con rapidez. Mantened las rodillas dobladas. Y salid pitando. Las naves de desembarco no pueden permanecer en el sitio más allá de lo estrictamente necesario. Vais a salir en tandas de tres, y puede que haya más de un hombre en cada cable en un momento dado. Cuando lleguéis al suelo, quitaos de en medio. Soldado, ¿eso es una bayoneta?

—Sí, señor.

—Guárdala. No quiero armas de filo hasta que lleguéis al suelo, ni siquiera en el combate real. Las armas de fuego con el seguro puesto. Si tenéis culatas plegables, plegadlas. Todos los arneses y las cinchas bien apretadas y sin sobresalir. Y recordad que cuando entremos de verdad en combate, llevaréis puestas las máscaras antigás, lo que lo hará todavía más divertido. Estoy seguro de que el sargento Obel ya os habrá dicho todo esto.

—Suele quedárseles si se lo repites bastante, señor —dijo Obel.

—Seguro que sí —Gaunt se quitó el abrigo y la gorra y se colocó uno de los

cinturones de enganche—. Logias ha quedado fuera de combate, así que os falta un hombre. Yo lo sustituiré.

Se situó en el cuarto hueco de la columna de la derecha. El silbato de Hark soltó un pitido largo. Gaunt apagó su linterna. Se hizo la oscuridad más completa.

—Vamos allá —siseó de nuevo—. Sargento, las órdenes.

—¡A la zona de salto! —ordenó Obel, hablando por el canal de comunicaciones—. ¡Desplegaos! ¡Por el frente! ¡Cables fuera!

—¡Cables fuera! —respondieron a coro los hombres en punta, dejando caer los cabos de modo experto desde la plancha. Ellos ya estaban enganchados.

—¡Fuera!

Larkin pudo oír el siseo abrasivo de los cables cuando se pusieron tensos y los hombres empezaron a bajar por ellos.

—¡Fuera!

El resplandor de los disparos láser de baja intensidad parpadeó en la oscuridad que les esperaba. Larkin pasó bajo el arco de salida agarrado a la camisa del hombre que le precedía. El hombre desapareció.

—¡Fuera!

Se agachó para agarrarse al cable, lo encontró y sujetó a él su gancho.

—¡Vamos!

Larkin apretó su arnés y saltó al vacío. Se balanceó de forma incontrolada. El gancho chirrió y giró mientras su disco de freno mordía el cable. Pudo oler el nailon recalentado por la fricción.

El impacto de llegada le pareció más fuerte incluso que el anterior. El choque lo dejó sin respiración. Se esforzó por desengancharse, y se alejó rodando justo antes de que el hombre que le seguía llegase siseando por el cable.

Estaba de nuevo boca abajo, como la última vez. Su hombro rozó contra una superficie dura mientras se arrastraba hacia delante, y decidió pegar la espalda contra el obstáculo. ¿Dónde estaban las bengalas? ¿Dónde estaban las malditas bengalas?

Ya había sacado el láser largo de su funda y le había colocado la mira telescópica. Alguien pasó corriendo a su lado y el comunicador de su oído restalló con señales individuales cruzadas entre ellos.

Larkin miró por el visor. Aquella mira telescópica nocturna le proporcionaba visión y le mostraba el mundo como un entorno fantasmal de color verde. El resplandor de los disparos enemigos eran pequeños fogonazos de luz que dejaban señales difusas y que permanecían brevemente en el visor.

Vio una silueta a cubierto a su izquierda, detrás de unos bidones de combustible.

Era Mkvenner, con una barrita de pintura en la mano.

—¡Pam! —dijo Larkin, y su arma dejó escapar una descarga de baja intensidad.

—¡Feth! —exclamó Mkvenner, y se dejó caer al suelo—. ¡Hombre muerto!

Unas bengalas estallaron por encima de sus cabezas. La zona de descenso quedó iluminada por una luz centelleante de color azul blanquecino.

—¡Arriba y a por ellos! —ordenó el sargento Obel por los comunicadores.

Larkin miró a su alrededor. Estaban bien colocados, y esta vez encarados en la puñetera dirección correcta.

Los hombres avanzaron. Larkin se quedó quieto. Era más útil al equipo inmóvil y al acecho.

Vio a Bonin que acercaba por detrás a dos de los suyos y también lo dejó fuera de combate.

Unas granadas cegadoras estallaron a la derecha de Larkin. El estampido resonó por todo el hangar. Algunos de los miembros de la escuadra de Obel, junto a unos cuantos de la torre más cercana, habían trabado combate con los del equipo pasivo. Larkin oyó el grito «¡hombre muerto!» cinco o seis veces.

Entonces oyó a alguien gritar de dolor de verdad.

Sonó el silbato de Hark.

—¡Alto! ¡Alto y permaneced donde estáis!

Las luces se encendieron de nuevo, lenta y débilmente.

Hark apareció ante ellos.

—Mejor. Mucho mejor, Obel.

Los hombres comenzaron a ponerse en pie. Bonin pasó por delante de Larkin.

—Muy bueno —le dijo al francotirador.

Gaunt avanzó hasta situarse debajo de uno de los focos de luz.

—¿Mkvenner? —dijo en voz alta—. Informe.

—¿Señor? —respondió el explorador. Parecía estar descontento.

—¿Te pillaron? —le preguntó Gaunt.

—Creo que fue Larkin, señor. Creo que esta vez logramos unos treinta puntos en total.

—Eso debería alegrarte un poco —le comentó Gaunt a Hark.

—¡Médico!

Todo el mundo se giró. Bragg salió trastabillando de detrás de unas cajas vacías de munición, tapándose con una mano una gran mancha de color rojo en su hombro; y no era pintura.

—¿Qué ha ocurrido? —exigió saber Gaunt.

—Cuu me ha pinchado —explicó Bragg con un gruñido de dolor.

—¡Soldado Cuu, preséntese ahora mismo! —aulló Hark.

Cuu salió de su cobertura. Su rostro, cruzado de arriba abajo por una vieja cicatriz, no mostraba ninguna expresión.

—¿Quiere explicarse? —le preguntó Hark.

—Estaba oscuro. Forcejeé con ese gran idi… con Bragg. Estaba convencido de que lo que había en mi mano era la barrita de pintura, señor. Se lo aseguro.

—Me apuñaló con el puñetero cuchillo —se quejó Bragg con rencor.

—Ya es suficiente, Bragg. Vete a que te atienda un médico —dijo Gaunt—. Cuu, preséntate ante mí a las dieciséis cero cero para sufrir un castigo disciplinario.

—Señor.

—¡Saluda, maldita sea!

Cuu realizó un rápido saludo.

—Ponte en fila y que no vuelva a ver ese cuchillo fuera de su funda hasta que entremos en combate.

Cuu se alejó lentamente de regreso hacia el resto del equipo pasivo. Cuando pasó al lado de Larkin, se dio la vuelta y se quedó mirando al francotirador con sus fríos ojos verdes.

—¿Qué estás mirando, Tanith?

—Nada —contestó Larkin.

—Permíteme que te lo explique —dijo el sargento Ceglan Varl.

Dejó su rifle láser de guardia imperial sobre el mostrador y se frotó el dorso de la mano a lo largo como si fuera un prestidigitador que estuviera a punto de realizar un truco de magia.

—Esta es la carabina láser Mark III oficial, fabricada por los armeros de Tanith Magna, cuyos grasientos dedos el Dios Emperador tenga en su gloria. Fíjate en la culata de madera y en el manguito de cebado. Es bonito, ¿verdad? Auténtica madera de nal de Tanith, un artículo genuino. Y las partes metálicas, matizadas para que no reluzcan tanto. ¿Lo puedes ver?

El funcionario del Munitorum, un hombrecillo panzudo y mofletudo, con el cabello rojizo y grasiento y una túnica almidonada, estaba al otro lado del mostrador y miraba a Varl sin mostrar ningún interés en absoluto.

—Y aquí está la cuestión —siguió diciendo Varl mientras palmeaba la ranura del cargador del arma—. Es una toma de energía de tamaño tres. Se pueden encajar células de energía de tamaño tres. Pueden ser cortas, largas, curvadas, rectangulares o de tambor, pero tienen que ser de tamaño tres o no entrarán. Tamaño tres. Treinta milímetros con un cierre oblicuo posterior. ¿Me sigues?

El funcionario se encogió de hombros.

—Le habéis entregado a mi compañía cargadores de tamaño cinco. De tamaño cinco, ¿ves? Son de treinta y cuatro milímetros y tienen la parte frontal lisa. Puedes darte cuenta de que no son de tamaño tres por lo que abultan, pero por si tienes alguna duda, hay un enorme «5» marcado en el lateral que te servirá de ayuda.

El funcionario recogió el cargador del mostrador y lo miró.

—Nos ordenaron que entregáramos munición. Ochocientas cajas. Cargador estándar.

—Estándar tamaño tres —dijo Varl con paciencia—. Este es estándar de tamaño cinco.

—Cargador estándar, me dijeron. Tengo la hoja de pedido.

—Estoy seguro de que la tienes. Y los Primeros y Unicos de Tanith lo único que

tienen son cajas y cajas de munición que no pueden utilizar.

—Dice cargador estándar.

Varl suspiró.

—¡Todo es de diseño estándar! ¡Estamos en la jodida Guardia Imperial! ¡Botas de diseño estándar, tazas metálicas de diseño estándar, sacos de dormir de diseño estándar! ¡Yo soy un soldado de diseño estándar y tú eres un gordo de diseño estándar, y en cualquier momento, mi puño de diseño estándar va a meter de un golpe tu tabique nasal en tu cerebro de diseño subestándar!

—No hace falta ponerse así —dijo el funcionario a la defensiva.

—Yo creo que a lo mejor sí —dijo el sargento Gol Kolea en voz baja mientras se ponía al lado de Varl en el mostrador.

Kolea era un individuo grande, un antiguo minero de Verghast, y le sacaba una cabeza a su camarada de Tanith. Sin embargo, no fue su tamaño lo que alarmó inmediatamente al funcionario. Fueron su mirada tranquila y su voz calmada. Varl había sido mordaz y agresivamente directo, pero el recién llegado exudaba una ira feroz que se mantenía reprimida bajo la superficie.

—Encárgate tú, Gol —le dijo Varl.

—Yo le enseñaré —dijo Kolea, e hizo un gesto con la mano.

Un grupo de guardias, todos ellos de los llamados Fantasmas, empezaron a entrar cargados con cajas de munición. Las amontonaron sobre el mostrador hasta que no quedó espacio libre, y luego comenzaron a apilarlas en el suelo.

—¡No, no, no! —gritó el funcionario—. Tenemos que firmar nuevas hojas de devolución antes de que podáis dejarlas.

—¿Sabes qué te digo? —le dijo Kolea—. Mejor que no. Mejor que simplemente cambiemos estas cajas por las de cargadores de tamaño tres.

—Es que… es que no hay cargadores de tamaño tres —contestó el funcionario.

—¿Que no qué? —gritó Varl.

—No nos dijeron que trajéramos ninguna. En Fantine, el tamaño cinco es el…

—No digas diseño estándar. ¡No lo digas! —le advirtió Varl.

—¿Me estás diciendo que el bendito y santificado Munitorum no dispone de munición para todo el regimiento de Tanith? —preguntó Kolea.

—¡Feth! —soltó Varl—. Estamos a punto de atacar… ¿cómo se llama el sitio?

—Cirenholm —le indicó Kolea solícito.

—Ese sitio. Estamos a punto de lanzarnos al asalto, ¿y nos dices eso? ¿Qué se supone que vamos a utilizar? —Varl desenfundó su cuchillo Tanith y le mostró al funcionario la larga y plateada hoja—. ¿Se supone que vamos a tener que tomar la ciudad sólo con esto?

—Así lo haremos si nos vemos obligados a ello.

Los Fantasmas se pusieron en posición de firmes. El mayor Elim Rawne había entrado sin hacer ningún ruido en el almacén.

—Hemos tenido que enfrentamos a situaciones peores. Si lo único de lo que

dispongo es de plata pura de Tanith, eso es lo único que necesito.

El mayor miró al funcionario, y este se estremeció. La mirada de Rawne solía provocar aquella reacción. Su aspecto tenía un cierto toque de serpiente, con sus ojos hundidos y su comportamiento frío. Era delgado, siniestro y atractivo y, como muchos de los hombres de Tanith, tenía un tatuaje. El de Rawne era una pequeña estrella azul bajo su ojo derecho.

—Varl, Kolea… Volved con vuestros hombres a los barracones. Reunid a todos los jefes de escuadra y haced un inventario. Quiero saber cuánta munición útil nos queda. Contadla absolutamente toda. No dejéis que ninguno de los hombres se guarde algo en los calcetines o en los macutos de lona. Reunidla para que la distribuyamos por igual.

Los sargentos saludaron y se fueron.

—Feygor —dijo Rawne girándose hacia su avieso ayudante—. Ve con ellos y tráeme el conteo. No os paséis todo el día con eso.

Feygor asintió y salió en pos de los sargentos.

—Y ahora —siguió diciendo Rawne mientras se volvía de nuevo hacia el funcionario—, vamos a ver qué podemos hacer…

El soldado Brin Milo, el más joven de los Fantasmas, se sentó en su camastro y miró al joven que estaba en el lecho de enfrente.

—Es muy bonito —dijo Milo—. Y por eso te matarán.

El otro individuo levantó la vista, desconcertado y suspicaz. Era un verghastita llamado Noa Vadim, uno de los muchos Fantasmas nuevos reclutados después del asedio de la colmena Vervun para reponer las filas del regimiento de Tanith. Todavía existía mucha rivalidad entre los dos grupos. Los de Tanith sentían un cierto prejuicio hacia los recién llegados, y los verghastitas se resentían por esos prejuicios. Lo cierto es que empezaban a funcionar poco a poco como una sola unidad. El regimiento había combatido con ferocidad en el mundo capilla de Hagia, pocos meses antes y, como siempre ocurría en la guerra, la camaradería y un objetivo común habían forjado la unión entre los grupos de Tanith y de Verghast hasta formar una sólida compañía.

Aun así, los de Tanith y los de Verghast eran dos pueblos distintos. Existían muchas pequeñas diferencias. Los acentos, para empezar: el gutural y profundo de Verghast frente al sonsonete cadencioso de Tanith. El aspecto: los de Tanith eran casi todos de tez pálida y de cabello oscuro, mientras que los de Verghast tenían una apariencia mucho más cosmopolita, como era típico de una colmena de aquel tamaño. Las armas de los verghastitas tenían culatas de metal plegables y empuñaduras igualmente metálicas, mientras que las armas de Tanith tenían un sólido armazón de madera de nal.

Vadim sostenía en sus manos la diferencia principal: la insignia del regimiento.

Los reclutas procedentes de la colmena Vervun llevaban un hacha-rastrillo de plata en miniatura que indicaba su planeta natal. Los de Tanith llevaban un cráneo dorado rodeado de hojas de laurel con una daga detrás donde se podía leer el lema: «Por Tanith, por el Emperador».

—¿Qué quieres decir con eso de «matar»? —le preguntó Vadim. Había estado abrillantando su insignia del hacha-rastrillo con un trozo de paño hasta que estuvo reluciente—. Hay una inspección de revista a las veinte cero cero.

—Lo sé… y hay un ataque nocturno dentro de un día o dos. Algo tan brillante reflejará cualquier rayo de luz perdido.

—Pero el comisario Gaunt espera que…

—Gaunt espera que todos los hombres estén preparados para el combate cuando pase revista. Para eso se hace la inspección. Preparados para la guerra, no para un desfile.

Milo arrojó a las manos de Vadim su propia boina y el joven verghastita la atrapó en el aire.

—¿Ves?

Vadim observó con cuidado la insignia de Tanith colocada en el borde de la prenda. Estaba limpia, pero no reflejaba la luz, y su superficie era apagada como la del granito.

—Un poco de pintura de camuflaje y saliva. O cera para las botas. Quita el brillo de inmediato.

—Vale. —Vadim miró con mayor atención aún la insignia de Milo—. ¿Qué son esos bordes irregulares de ahí? A cada lado. Parece algo que haya sido arrancado.

—Al principio, el cráneo tenía tres dagas detrás. Una por cada uno de los tres regimientos de la fundación. El Primero de Tanith, el Segundo de Tanith y el Tercero de Tanith. Sólo el Primero de Tanith logró salir del planeta.

Vadim había oído lo ocurrido varias veces, contado por terceros, pero nunca se había atrevido a preguntarle directamente a uno de los Tanith por lo sucedido. A Gaunt se le concedió el mando directo de todas las fuerzas de Tanith en honor al servicio que le prestó al señor de la guerra Macaroth. Aquello era algo bastante inusual: un comisario con autoridad personal sobre la tropa. Los comisarios eran oficiales políticos. Aquello explicaba que el rango oficial de Gaunt fuera el de coronel comisario.

Unos seis años antes, en Tanith, el mismo día de la Fundación, las legiones del archienemigo habían atacado en masa. Tanith estaba perdida, eso estaba claro. Para Gaunt sólo había dos opciones: quedarse y morir con todos sus hombres, o retirarse con todos los que pudiera para combatir otro día. Había escogido esto último, y había escapado con tan sólo los hombres del Primero de Tanith. Los Primeros y Únicos de Tanith. Los Fantasmas de Gaunt.

Muchos de los Fantasmas habían odiado a Gaunt por aquello, por arrebatarles la oportunidad de luchar por su planeta. Algunos, como el mayor Rawne, todavía lo

odiaban. Pero los años que habían pasado juntos demostraron lo acertado de la decisión de Gaunt. Los Fantasmas de Gaunt llevaban anotadas toda una serie de victorias en el campo de batalla que habían ayudado enormemente al éxito de la cruzada. Había logrado que tuvieran importancia, y eso le daba un sentido a su supervivencia.

Y en la colmena Vervun, quizá la victoria más laureada de Gaunt hasta aquella fecha, los Fantasmas habían recibido nuevas incorporaciones: los reclutas verghastitas. Se trataba de antiguos guerrilleros, soldados de la colmena y civiles sin recursos a los que el señor de la guerra Macaroth había ofrecido la oportunidad de unirse a los Fantasmas como muestra de respeto a su defensa común de la colmena.

—Arrancamos las dagas de los lados del emblema —dijo Milo—. Sólo necesitamos un trozo de plata pura de Tanith para recordarnos quiénes éramos.

Vadim le devolvió la boina a Milo. El barracón a su alrededor era una imagen variopinta de hombres tumbados en sus camastros o preparando sus equipos. Domor y Brostin estaban echando una partida de regicida. Nehn estaba tocando mal una pequeña gaita electrónica.

—¿Qué te parecen los entrenamientos? —le preguntó Milo a Vadim.

—¿Lo del descenso? Está bien. No es difícil.

—¿Eso crees? Ya hemos hecho despliegues bajando de cuerdas otras veces, pero no en la oscuridad. Y además dicen que la caída puede ser bastante larga. Odio las alturas.

—Yo ni me fijo en ellas —contestó Vadim. Había sacado una lata de cera para las botas y estaba empezando a cubrir el emblema tal como le había aconsejado Milo.

—¿Por qué?

Vadim sonrió. No era mucho mayor que Milo, quizá tenía unos veintipocos años. Tenía una nariz pronunciada, una amplia boca y unos ojos oscuros y pequeños de mirada traviesa.

—Trabajaba en los tejados. Me encargaba de reparar las antenas y de revestir de placas la cubierta de la torre principal. Situaciones a gran altura, casi siempre con arneses. Supongo que me he acostumbrado a las alturas.

—¡Feth! —dijo Milo, impresionado. Conocía en persona la torre principal de la colmena Vervun. Había visto montañas más pequeñas—. ¿Algún consejo?

—Sí —le respondió Vadim—. No mires abajo.

—Las veintitrés horas cero cero de mañana serán la hora D —dijo el general Barthol van Voytz. Unió los dedos de sus manos cubiertas por guantes blancos casi como si estuviera rezando—. Que el Emperador nos proteja a todos. El agolpamiento de las tropas comenzará a las veinte treinta, y para entonces, según nos indican los informes meteorológicos, los dirigibles ya deberían estar maniobrando en la zona de despliegue. Quiero las naves de descenso y el apoyo aéreo preparado para las

veintiuna treinta, cuando comience el acercamiento. La primera oleada despegará a las veintidós cero cero. La segunda oleada lo hará diez minutos después, y la tercera a las veintidós treinta.

Miró alrededor de la mesa de mapas mal iluminada, a sus oficiales.

—¿Alguna pregunta?

No hubo ninguna, al menos ninguna en aquel momento. Gaunt, situado dos lugares más allá de la derecha de Van Voytz, repasó su copia de las órdenes de ataque. La tripulación del puente de mando del poderoso dirigible, en el exterior del campo de energía que rodeaba a los asistentes del plan de batalla, ocupaba sus puestos y deambulaba por la cubierta de madera.

—Permítanme recordarles lo que está en juego —dijo el general mientras le hacía un gesto a su asistente.

Al igual que el general, el asistente iba vestido con el uniforme de paseo de color verde esmeralda de la Armada con unos inmaculados guantes blancos. Cada botón dorado con el aquila grabada centelleaba como una estrella bajo la suave luz blanquecina. El asistente apretó un botón de una de las barras de control, y apareció una imagen hololítica en tres dimensiones de Cirenholm sobre la cubierta de cristal de la mesa de mapas.

Gaunt había repasado el plan un centenar de veces, pero aun así, aprovechó la oportunidad para estudiar la imagen en relieve. Cirenholm, como todos los lugares habitables todavía útiles en Fantine, había sido construido sobre las cimas de una cadena montañosa que se alzaba de modo impresionante por encima de los letales océanos atmosféricos de contaminación que cubrían el planeta. Tenía tres cúpulas principales, con las dos más grandes agrupadas en un punto y la tercera, algo más pequeña, edificada en un ángulo de otro pico montañoso menos elevado. Las cúpulas eran grandes y huecas, como la parte superior de los champiñones silvestres. Sus bordes sobresalían por encima de las laderas casi verticales de las montañas. La cúspide de cada cúpula estaba erizada con toda una ristra de antenas y mástiles, y un puñado de emisores de calor y tubos y cañones de chimeneas sobresalía del abombado lateral superior occidental de la cúpula secundaria. Su población ascendía a doscientas tres mil personas.

—Cirenholm no es una fortaleza —dijo Van Voytz—. Ninguna de las ciudades de Fantine lo es. No fue construida para resistir una guerra. Si tan sólo se tratase de una cuestión de aplastar al enemigo, lo haríamos desde la órbita del planeta, y no desperdiciaríamos el tiempo de la Guardia Imperial. Pero… y creo que merece la pena repetirlo una vez más… nuestra misión principal es recuperar los condensadores de vapor. Expulsar al enemigo y recobrar los procesadores. La cruzada necesita desesperadamente los líquidos y los gases combustibles que produce este planeta.

Van Voytz se aclaró la garganta.

—Así que nos vemos obligados a efectuar un asalto con la infantería, y en términos de infantería, Cirenholm es una fortaleza. Las instalaciones de los muelles

de atraque y los hangares están situados bajo los bordes de las cúpulas, y están bien protegidos, lo que significa que no existe una zona de aterrizaje viable y que tendrán que descender mediante cables.

Sacó un puntero de luz y señaló las estrechas zonas que existían sobre el reborde de las diferentes cúpulas.

—Aquí, aquí y aquí. Esas son las únicas zonas viables para descender. Sé que parecen pequeñas y estrechas, pero en realidad tienen una anchura de unos treinta metros. Sin embargo, eso le parecerá pequeño a cualquier persona que salga de una nave de desembarco colgada de un cable. Lo último que necesitamos mañana es falta de precisión.

—Señor, ¿puedo preguntar por qué se ha elegido el día de mañana para intentarlo?

La pregunta la había hecho el capitán Ban Daur, el cuarto oficial verghastita, a cargo del regimiento de Tanith. Gaunt lo había traído como asistente de mando. Corbec y Rawne estaban ocupados en la preparación de los hombres, y Gaunt sabía que Daur tenía una mente clara para la estrategia y que absorbía las tácticas como una esponja.

Van Voytz cedió la palabra a la persona situada a su izquierda, un hombrecillo nervioso vestido con el uniforme de cuero negro y los galones rojos del destacamento de Tácticos Imperiales. Se llamaba Biota.

—Los reconocimientos de largo alcance indican que las condiciones meteorológicas serán perfectas mañana por la noche, capitán —contestó Biota—. Nubes bajas y nada de luz de luna. Llegarán vientos cruzados procedentes del este, pero eso mantendrá la capa de cobertura de nubes a nuestra espalda y no será un problema. Es poco probable que tengamos unas condiciones mejores hasta dentro de una semana.

Daur asintió. Gaunt sabía lo que estaba pensando. No les hubieran venido mal unos cuantos días más de entrenamiento.

—Además —añadió el general—, no quiero mantener a los dirigibles en cielo abierto más tiempo del necesario. Estamos ofreciéndoles una ocasión estupenda a los cazas atmosféricos del enemigo.

El almirante Ornoff, comandante de los dirigibles, asintió a su vez.

—Cada día que pasa aumentan las probabilidades de ser interceptados.

—Señor, hemos incrementado nuestras patrullas de escolta —objetó la comandante Jagdea.

Era una mujer de baja estatura, con el cabello negro cortado a cepillo. Jagdea era la oficial en jefe del Cuerpo de Cazas de Fantine. Sus pilotos se habían encargado de proteger a los dirigibles desde que estos habían despegado, y encabezarían el ataque.

—Lo sabemos, comandante —replicó Van Voytz—. Y les estamos agradecidos por el esfuerzo desplegado por sus aviadores y por su personal de tierra. Sin embargo, no quiero tentar a la suerte.

—¿De cuántos efectivos dispone el enemigo en Cirenholm? —preguntó Gaunt en voz baja.

—Calculamos que entre cuatro mil y siete mil, coronel comisario —contestó Biota—. La mayoría son de infantería ligera del Pacto Sangriento, con apoyo.

—¿De los loxatl? —preguntó Daur.

—Creemos que no —respondió el táctico.

Gaunt anotó mentalmente la cifra. Era demasiado vaga, y eso no le gustaba. El Pacto Sangriento era la espina dorsal de las fuerzas del Caos en aquel subsector, las tropas personales del famoso e infame señor de la guerra Urlock Gaur.

Eran buenas, o eso decían los informes. Los Fantasmas todavía no se habían enfrentado a ellas. Las mayor parte de las fuerzas enemigas contra las que habían combatido los soldados de Tanith eran fanáticos enloquecidos. Los infardi, los zoicanos, los infieles, los kith. Sectarios del Caos, enloquecidos por sus perversas creencias, y que habían empuñado las armas. Sin embargo, los miembros del Pacto Sangriento eran soldados, una hermandad de culto militar, y todos y cada uno de ellos habían jurado servir a Urlock mediante un cruento ritual en el que se incluía rasgarse las palmas de las manos contra los bordes serrados de la vieja armadura de Marine del Caos de su jefe.

Estaban bien entrenados, eran obedientes y eficientes según el estándar habitual del Caos, con una devoción ciega tanto a sus siniestros dioses demoníacos como a su depravado código guerrero. Se decía que los miembros del Pacto Sangriento que se encontraban en Fantine estaban bajo el mando directo de Sagittar Slaith, uno de los lugartenientes en los que Urlock Gaur confiaba más.

Los loxatl eran algo completamente distinto. Se trataba de mercenarios alienígenas, una raza empleada por el archienemigo como tropas de asalto. Su tremenda ferocidad en combate empezaba a ser legendaria, o al menos, a convertirse en la base principal de los relatos de terror en los barracones.

—Como ya habrán leído en las órdenes de ataque, la primera oleada asaltará la cúpula primaria. Eso será tarea suya y de sus hombres, coronel Zhyte.

Zhyte, un individuo brusco y de mal genio situado al otro extremo de la mesa, asintió. El comandante en jefe del Séptimo de Tropas de Asalto de Urdesh, un regimiento de nueve mil hombres. Llevaba puesto el uniforme de camuflaje de grandes rayas blancas sobre fondo negro con sumo orgullo. Los urdeshitas eran el contingente principal de tropas de los imperiales en Fantine, por lo menos en número de soldados, y Gaunt lo sabía. Sus Fantasmas, con unos efectivos apenas superiores a los tres mil individuos, eran poco más que apoyo ligero.

Urdesh, el famoso planeta forja, había caído en manos del archienemigo hacía ya bastante años. Los hombres de Gaunt ya se habían enfrentado en el planeta Hagia a los productos fabricados en los arsenales y factorías de tanques de Urdesh. Los regimientos urdeshitas, ocho en total, eran unas buenas tropas de asalto ya famosas, y, al igual que los nativos de Tanith, unos desposeídos. La diferencia estribaba en que

los urdeshitas todavía podían recuperar su planeta.

En aquel mismo instante, los regimientos Sexto, Décimo y el Cuarto Ligero, estaban trabados en combate para liberar a su mundo. El malhumorado comportamiento de Zhyte se debía probablemente a que deseaba, tanto él como sus hombres, estar allí, en vez de en este apestoso lugar para liberar unos puñeteros condensadores de vapor.

A pesar de todo, Gaunt deseó que sus tropas se hubiesen encargado del ataque principal. Estaba convencido en su fuero interno que lo harían mucho mejor.

—La segunda oleada atacará aquí. La cúpula secundaria. Ahí irán sus Fantasmas, Gaunt. Los habitáculos de los condensadores de vapor de la cúpula secundaria, aunque, irónicamente, ese no será su objetivo principal. Va en contra de lo que acabo de decir, lo sé, pero necesitamos asegurar Cirenholm como cabeza de puente, es vital. Nuestro verdadero premio es Ouranberg, y no tenemos ninguna esperanza de tomar esa ciudad a menos que dispongamos de una base en este hemisferio desde donde poder operar. Amigos míos, Cirenholm es la puerta a la victoria en Fantine. Una pieza fundamental de nuestro triunfo.

Van Voytz señaló con su puntero hacia la cúpula más pequeña.

—La tercera oleada se encargará de la cúpula terciaria. El regimiento de tropas aerotransportadas del mayor Fazalur encabezarán ese ataque, apoyadas por las tropas de asalto urdeshitas.

Fazalur, situado al lado de Gaunt, le sonrió. Era un individuo de aspecto curtido, con el cráneo afeitado. Llevaba puesta la camisa de color crema con pespuntes propia del ejército local. Gaunt era consciente de las tremendas lealtades que estaban siendo forzadas en aquel lugar protegido por una pantalla de energía: Zhyte, anhelando encontrarse en una guerra situada en otro lugar, una guerra que realmente les importaba a él y a sus hombres. Daur, y el propio Gaunt, deseosos de que los Fantasmas no entraran en combate tan faltos de preparación. Fazalur, ávido de que él y sus hombres tuvieran el honor de encabezar la liberación de su propio mundo. Sin embargo, las tropas aerotransportadas de Fantine sólo disponían de menos de seiscientos hombres. No importaba lo valientes que fuesen o lo motivados que estuviesen: tendrían que permitir que otros recuperaran sus elevadas ciudades por ellos.

—¿Algún otro comentario? —preguntó el general.

Se produjo un silencio incómodo. Gaunt sabía que al menos tres de los individuos situados alrededor de la mesa anhelaban poder desahogarse y quejarse en voz alta.

Nadie dijo una sola palabra.

—Muy bien —dijo el general. Le hizo una señal a su asistente—. Que bajen la pantalla de energía y que traigan unas bebidas. Creo que deberíamos brindar por la hora D.

Se suponía que las bebidas que se sirvieron después de la reunión debían favorecer la conversación, romper el hielo entre los diferentes comandantes que

apenas se conocían, pero todo se había desarrollado en un ambiente tenso y rígido.

Gaunt rechazó el amasec añejo del general y se retiró pronto, atravesando el puente principal de suelo de madera antes de subir una escalera en espiral hasta el puente de observación avanzado del dirigible.

Se quedó de pie en la gran superficie de rejilla sostenida en el aire por unos cables tensores, en el interior de una cúpula invertida de cristal blindado. En el exterior, el interminable cielo de Fantine hervía y burbujeaba. Miró hacia abajo. No se podia ver tierra alguna, tan sólo millones de kilómetros cuadrados de nubes manchadas y moteadas.

Pudo distinguir veloces cintas de aspecto nacarado, vellones hinchados de color amarillo dorado, columnas iridiscentes de gas casi plateado. Una oscuridad sucia rezumaba a través de ciertas partes de las nubes, unas corrientes insalubres de humos contaminantes y residuos gaseosos corrompidos procedentes de los tubos de ventilación. Mucho más abajo, unas llamaradas ocasionales de gas en combustión aparecían resplandecientes entre las densas y repulsivas nubes.

Fantine era un mundo industrial desde hacía ya quince siglos, y era prácticamente inhabitable para la raza humana. Las prospecciones mineras sin control y una feroz sobreproducción petroquímica habían arrasado la superficie del planeta y creado una capa de polución atmosférica de cinco kilómetros de alto.

Sólo los lugares más elevados seguían siendo habitables; las montañas como pináculos o el extremo superior de las ciudades colmena que ya habían sido abandonadas en su mayor parte. Esos pináculos y extremos superiores sobresalían de los mares de gases corrosivos y formaban núcleos aislados donde la humanidad continuaba viviendo en el planeta que su codicia había matado. Lugares como Cirenholm y Ouranberg.

Y el único motivo para que existieran lugares habitables de tanta precariedad era que la humanidad deseaba seguir saqueando los recursos químicos de Fantine.

Gaunt pasó por debajo del pasamanos y se sentó en el borde del pasillo, balanceando las piernas. Sacó un poco la cabeza y distinguió la enorme panza del dirigible. Los repletos sacos de gas. Los paneles de tela blindados relucían con un tono ocre bajo la enfermiza luz del medio sol. Pudo ver también una de las enormes barquillas impulsoras, con las palas de la hélice, cada una de ellas mayor que un Titán de la clase Warlord.

—Me dijeron que te encontraría aquí, Ibram.

Gaunt levantó la vista. El coronel Colm Corbec se alzaba a su lado.

—¿Qué hay de nuevo, Colm? —le preguntó Gaunt a su segundo al mando, acompañando la pregunta con un gesto.

El gran hombretón barbado se apoyó en el pasamanos. Sus antebrazos desnudos eran musculosos, y bajo su vello se veían con claridad los tatuajes en forma de espiral y de estrella.

—Bueno, ¿qué tenía que decir el general Van Voytz? —replicó Corbec—. ¿Y qué

pinta tiene? —añadió mientras se sentaba al lado de Gaunt y dejaba sus piernas balanceándose fuera de la plataforma.

—Me estaba preguntando eso mismo. A veces es difícil de decir cómo es un comandante. Bueno, Dravere y Sturm no cuentan. Eran unos cabrones, los dos. Pero Bulledin y Slaydo… ambos son buenos hombres. Siempre lamenté que Lugo sustituyera a Bulledin en Hagia.

—Lugo —murmuró Corbec con un gruñido de disgusto—. No empieces con ese.

Gaunt sonrió.

—Pagó por lo que hizo. Macaroth lo degradó de rango.

—El Emperador protege —dijo Corbec sonriendo.

Sacó una petaca del bolsillo de su pantalón y tomó un trago, para luego ofrecérsela a Gaunt.

El comisario negó con la cabeza. Había procurado no tomar alcohol con una obsesión casi puritana desde los malos días pasados en Hagia varios meses antes. Allí, él y sus Fantasmas estuvieron a punto de pagar de un modo terrible los errores del general Lugo. Acorralado y frustrado, además de atormentado por el hipersensible sentido de la responsabilidad que le habían inculcado sus mentores, Slaydo y Oktar, Gaunt estuvo más cerca del fracaso personal que en cualquier otro momento de su carrera. Había bebido con creces, para su vergüenza, y había permitido que sus hombres sufrieran por su culpa. Tan sólo la gracia del Emperador, y quizá la de Santa Sabbat, lo habían salvado. Se enfrentó, tanto a sus demonios privados como a las hordas del Caos, e hizo huir al archienemigo, repeliendo a sus fuerzas pocas horas antes de que Hagia pudiera ser tomada.

Hagia se había salvado, Lugo cayó en desgracia y los Fantasmas sobrevivieron, tanto como unidad de combate en activo como seres humanos. No había ninguno de aquellos duros momentos que Gaunt quisiera volver a vivir.

Corbec suspiró y echó otro trago de la petaca. Echaba de menos al antiguo Gaunt, al comandante que pasaba toda una noche bebiendo con sus hombres, pasándolo bien con ellos, con la misma entrega con la que combatiría a su lado a la mañana siguiente. Corbec comprendía la prudencia de Gaunt, y no sentía ningún deseo de ver convertido a su amado jefe en un desgraciado, borracho e irritable. Aun así, echaba de menos al Gaunt camarada. Entre ellos se había abierto una separación, existía una cierta distancia.

—Bueno… ¿y qué tal Van Voytz?

—Van Voytz es un buen hombre, o eso creo. Sólo he oído buenos informes sobre él. Me gusta su estilo de mando…

—Me parece sentir que hay un «pero», Ibram.

Gaunt asintió.

—Va a enviar a los urdeshi en vanguardia. No creo que estén motivados para ello. Debería confiar en mí. Y en ti. En los Fantasmas, me refiero.

—Quizás es que está de nuestro lado, por una vez.

—Quizás.

—Bueno, como tú mismo has dicho, a menudo es difícil valorar con exactitud a tu comandante a primera vista.

Gaunt se giró hacia Corbec.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Fíjate en nosotros.

—¿Qué me fije en nosotros?

Corbec se encogió de hombros.

—La primera vez que te vi, pensé que me habían encasquetado al peor comandante engreído y pedorro de todo el Imperio.

Ambos empezaron a soltar carcajadas.

—Claro que mi planeta se estaba muriendo en ese momento —dijo Corbec cuando las risotadas amainaron—. Luego resultó que eras…

—¿Qué?

—Bueno.

Gaunt alzó un vaso imaginario en un brindis imaginario.

—Gracias por tu enorme voto de confianza.

Corbec se quedó mirándolo, sin el menor atisbo de humor en sus ojos.

—Eres el mejor comandante que jamás haya visto —le respondió.

—Gracias, Colm —replicó Gaunt.

—Eh… —dijo Corbec en voz baja—. Mira.

En el exterior, el sol había salido y las nubes venenosas se habían apartado de las portillas de observación. Miraron afuera y pudieron ver la enorme silueta del dirigible que les acompañaba, de un kilómetro de longitud, con la panza pintada de color plata y la parte superior de blanco. Su estructura se basaba en un costillar de madera que se extendía hasta la parte frontal donde tomaba la forma de un enorme ariete del tamaño de un gigantesco árbol de nal. Lograron distinguir las ocho barquillas motorizadas a lo largo de su panza, las hélices batiendo el aire con sus enormes aspas. Más allá, bajo los repentinos rayos de luz brillante, vieron al siguiente dirigible de la formación.

Islas flotantes, blindadas y armadas, y cada una transportaba más de cuatro mil personas.

—¡Feth! —exclamó Corbec—. Pellízcame. ¿Nosotros estamos a bordo de uno de esos?

—Lo estamos.

—Lo sabía, pero hace falta verlo para darse cuenta. ¿Sabes a qué me refiero?

—Sí.

Gaunt alzó la vista de nuevo hacia Corbec.

—Colm, ¿estamos preparados?

—Lo cierto es que no. Ni siquiera te voy a contar cómo va el asunto de la munición. Pero… bueno, estamos todo lo preparados que se puede estar.

—Eso me basta.



LA ZONA DE ATERRIZAJE... O LA MUERTE

Cirenholm, zona continental oeste,
Fantine, 212 a 213.771, M41.

Se oían muchos gritos, muchos forcejeos, mucha actividad al principio. Y después de eso, todo el mundo se quedó callado. Sabíamos lo que iba a pasar. Entonces allá fuimos. Por la cuerda. ¡Gak! Eso sí que fue dar una vuelta.

Jessi Banda, francotiradora,
los Primeros de Tanith.



UNO

La noche había caído tres horas antes. Y sin luna, tal como había prometido el táctico Biota. Tan sólo una leve luz hacia el este. La inmensa profundidad exterior era de un negro profundo, interrumpido únicamente, y desde muy abajo, por un ligero resplandor de los bancos de nubes contaminantes y las neblinas iridiscentes.

Los lentos dirigibles, que atravesaban la oscuridad con todas las escotillas exteriores cerradas, las fallebas echadas y las luces de navegación apagadas, viraron suavemente alrededor de un banco de nubes de seiscientos kilómetros cuadrados de extensión que había sido designado como zona de dispersión. Viraron hacia el norte. Hacia Cirenholm. Eran las veintiuna diez, hora imperial.

La comandante Jagdea, equipada con su abultado traje de presurización de color verde y con el casco escarlata a sus pies sobre la pista de despegue, acabó de dar las últimas instrucciones y estrechó la mano de todos los integrantes de la escuadrilla Halo, uno por uno. Se habían agrupado a su alrededor en el extremo de la cubierta de vuelo secundaria del dirigible Nimbus, y se levantaron de sus asientos en los bidones de combustible y en las cajas de munición para darle la mano.

La cubierta de vuelo secundaria estaba repleta de luces y era un continuo bullicio de ajetreo y ruidos. El personal de cubierta corría arriba y abajo soltando cables de amarre, desconectando mangueras de combustible y quitando de en medio los cargadores de munición vacíos. Los pistones y los engranajes chasquearon y traquetearon cuando los últimos paneles y placas se colocaron en posición. Los

equipos de municioneros recorrieron la hilera de aparatos de guerra armando y bendiciendo la munición que colgaba de las alas. Un grupo de servidores de cubierta seguía a los tecnomagos recogiendo los seguros de las espoletas de cebado, cada una de ellas marcada con una tira de pergamino amarillento, que los municioneros habían dejado a su paso.

Los seis cazabombarderos Marauder de la escuadrilla Halo estaban distribuidos en formación en ángulo a lo largo de la cubierta en sus grasientas plataformas de anclaje. Tres estaban encarados hacia babor y otros tres a estribor, y todos estaban inclinados cuarenta y cinco grados respecto a la pared trasera del hangar.

Las tripulaciones, media docena por cada bestia metálica de cuarenta toneladas, recorrieron a la carrera la línea central de la cubierta y subieron a sus respectivos aparatos.

Sonó un aullido metálico, seguido del rápido resonar de las sirenas. Una hilera de luces de color amarillento empezaron a girar sobre sí mismas a lo largo de la viga central del techo del hangar.

Jagdea recogió su casco del suelo y se alejó hasta el otro extremo de la cubierta, detrás de una mampara inclinada de protección.

Las luces principales se apagaron de repente, tal como había avisado el aullido metálico. Las hileras de suaves luces de la cubierta se encendieron, resplandeciendo a través de sus rejillas de protección en el suelo. El personal de cubierta siguió las hileras con sus bastones de señales luminosas y empezaron a dar indicaciones. Las carlingas y las compuertas comenzaron a cerrarse a la vez que los técnicos saltaban de las alas y retiraban las escalerillas metálicas. Las enormes turbinas de propulsión, cuatro en cada aparato, empezaron a girar. Se oyó un zumbido que fue aumentando de potencia e hizo estremecer la cubierta.

Jagdea se colocó el auricular de su comunicador para poder escuchar la conversación.

—Halo dos, encendido.

—Halo cuatro, comprobando.

—Halo cinco, encendido ahora mismo.

—Halo tres, encendido, afirmativo.

—Halo seis, encendido.

—Jefe Halo, confirmo encendido. Veinte segundos. Atentos a la señal.

El rugido era estremecedor en aquellos momentos. Jagdea podía sentir cómo le vibraban todos los órganos del torso. Le encantaba aquella sensación.

—Control, aquí jefe Halo. La clave es Evangeline. Abran las compuertas de despegue.

—Jefe Halo, aquí control. Recibido Evangeline. Alabado sea el Emperador. Escuadrilla confirmada.

—Halo dos, clave Evangeline.

—Halo cinco, recibido.

—Halo seis, afirmativo, Evangeline.

—Halo tres, Evangeline.

—Halo cuatro, recibido Evangeline.

—Jefe Halo. Que la gracia os acompañe.

Las compuertas de despegue se abrieron. Los cierres de seguridad se retiraron a lo largo de ambos lados de la cubierta, y unas puertas hidráulicas se abrieron bajo las plataformas de anclaje. El tremendo tronar del viento de la alta atmósfera y de las hélices del dirigible ahogaron incluso el rugido de los motores.

—Jefe Halo, aquí control. Permiso para despegar.

—Aquí jefe Halo. Tenemos permiso para despegar. Disponed las plataformas para el despegue. A la cuenta de tres. Una, dos…

Se produjo una sacudida y una serie de estampidos. Los enormes aviones de guerra se balancearon cuando las plataformas se inclinaron y los desengancharon, dejándolos deslizarse fuera de la zona de cubierta para luego soltarlos y que cayeran como piedras. Tres salieron hacia babor y los otros tres hacia estribor. El enorme dirigible apenas retembló cuando se vio libre de su peso.

Cayeron hacia la oscuridad durante un segundo antes de poner al máximo los motores. Las toberas dejaron escapar unas enormes llamaradas y los hicieron ascender de forma abrupta mientras se alejaban de la nave nodriza.

Las compuertas de la cubierta comenzaron a cerrarse. Jagdea echó un último vistazo anhelante a los brillos cada vez más lejanos de los posquemadores que titilaban en la oscuridad como estrellas.

En cuanto pasaran treinta minutos, le llegaría el tumo.

Cirenholm estaba a unos cincuenta minutos de vuelo desde la zona de dispersión a una velocidad de crucero cómoda, pero los aviones de la escuadrilla Halo estaban poniendo al máximo sus motores. Ascendieron a toda velocidad hacia el norte en el aire cada vez más tenue.

Una ligera turbulencia. Los aparatos retemblaron. En el avión de cabeza, el capitán Viltry realizó una corrección minúscula y efectuó una anotación con el lápiz de cera sobre la hoja de la placa que tenía atada al muslo. Había torbellinos de viento a aquella altitud. Unas turbulencias de aire frío que giraban a toda velocidad.

Su carlinga estaba cubierta de escarcha de color amarillento por los contaminantes atmosféricos. Sentía las extremidades ligeramente rígidas por el choque de la altitud extrema.

Inspiró profundamente por su máscara.

A su lado, y tan sólo un poco más abajo, su navegador, Gammil, estaba inclinado sobre su puesto de combate, estudiando los mapas hololíticos bajo la luz de una lámpara de tubo.

—Vire a dos dos cero siete —le dijo Gammil por el comunicador.

—Escuadrilla Halo, aquí jefe Halo. Viren a dos dos cero siete. Subid a cuarenta y cuatro cincuenta.

Los sensores de Viltry comenzaron a mostrar los primeros ecos firmes de los promontorios de Cirenholm. Nada a la vista.

—Escuadrilla Halo, aquí jefe Halo. Preparados.

Viltry se fijó con satisfacción en las diez luces verdes encendidas de su panel de munición. Serrikin, su oficial de munición, había cumplido su trabajo a la perfección.

—Dos minutos —indicó Viltry por el comunicador.

Otra zona de turbulencias aún más fuerte. La cabina se estremeció. El cristal de uno de los indicadores se rajó.

—Tranquilos. Un minuto veinte.

Viltry no apartó la vista del localizador. Si aparecía un caza enemigo en esos momentos, sería algo desastroso.

—Cuarenta segundos.

Algo borroso cruzó la pantalla del localizador. ¿Un caza interceptor? Rezó al Dios Emperador para que tan sólo se tratase de una nube de hielo en descenso que hubiera activado los sensores.

—Jefe Halo, aquí Halo dos. Cuadrante oeste. Nueve por nueve por seis.

—Lo veo, Halo dos. Sólo es una nube de hielo. Veinte segundos.

El Marauder saltó arriba y abajo de nuevo y con mayor violencia. La bombilla de la lámpara de Gammil estalló y la parte inferior de la cabina de Viltry quedó a oscuras.

Vio las curvas relucientes de las sucias nubes que estaban bajo ellos, con un resplandor violeta al ser de noche. Viltry hizo la señal del aquila. Levantó con el pulgar las cubiertas de seguridad de los diez interruptores de lanzamiento de carga.

—¡En diez segundos! Diez, nueve, ocho, siete…

La escuadrilla Halo viró levemente sin romper la formación.

—… tres, dos, uno ¡Lanzad! ¡Lanzad! ¡Lanzad!

Viltry pulsó los interruptores de lanzamiento. Su Marauder se elevó de golpe cuando dejó caer su carga, pero él le hizo recuperar el rumbo con un leve toque del timón.

La escuadrilla Halo viró y en aquel momento se alejó hacia el oeste, reorganizando la formación para el vuelo de regreso hasta el dirigible.

A sus espaldas, una inmensas nubes de delgados filamentos de níquel aparecieron de repente en el cielo, cegando por completo los ya medio cegados sensores de Cirenholm.

La cubierta de reunión de tropas del Nimbus, iluminada por unas frías y potentes luces blancas, estaba repleta de Fantasmas. Estaban organizados por escuadras en unas filas marcadas por bancos parecidos a los de las iglesias. Eran las veintiuna veinticinco horas.

Ibram Gaunt entró en la cubierta y recorrió las hileras de hombres, charlando e

intercambiando bromas con ellos. Para el salto se había equipado con una chaqueta de cuero que le llegaba hasta la cadera, con un cuello de piel vuelta, pero seguía llevando su gorra. Su pistola bólter iba metida en una funda bajo su brazo izquierdo, y su espada de energía, el arma ceremonial de la Casa Sondar, estaba enfundada a su espalda. Ya llevaba puesto su arnés de descenso, y el pesado gancho de anclaje se balanceaba golpeando en el muslo al andar.

Los Tanith parecían estar preparados. Mostraban buen aspecto. Nadie mostraba las miradas nerviosas que Gaunt siempre buscaba.

Cada Fantasma se acababa de preparar y luego se volvía hacia su compañero más cercano para que le comprobase el estado del arnés y del gancho. Todos llevaban las ropas abotonadas hasta el cuello y comenzaban a sudar. El correaje de los rifles láser estaba bien apretado alrededor del pecho. Casi todos tenían puestos ya los guantes. Cada soldado tenía dispuestos un pasamontañas y una máscara antigás de goma flexible, listos para ponérselos, con la boina guardada en alguna parte. Las capas de camuflaje estaban enrolladas como si fueran ropa de cama en unos tubos que llevaban a la espalda.

Gaunt vio que Obel estaba comprobando el equipo de Bragg.

—¿Cómo va tu brazo, Prueba? —le preguntó Gaunt.

—Lo bastante bien como para combatir, señor.

—¿Y podrás llevar eso? —le dijo Gaunt mientras señalaba con un gesto el cañón automático y el trípode que Bragg iba a tener que bajar consigo por la cuerda.

Los soldados con armas de apoyo y los oficiales con los aparatos de comunicación serían los que llevarían la parte más pesada en el descenso de aquella noche.

—No hay problema, señor.

—Bien.

Caill era el cargador del arma de Bragg. Llevaba los cargadores en forma de tambor encima de los dos hombros.

—Que no le falte munición, Caill.

—No le faltará, señor.

Gaunt vio al otro lado de la estancia al sargento explorador Mkoll que estaba acabando ya su charla de combate final con los demás exploradores, la tropa de élite del regimiento. Se acercó a ellos, pasando al lado del doctor Dorden y de la cirujana Ana Curth, que estaban inyectando a todos los soldados con dosis para contrarrestar el mal de altura (acetazolamida, a la que sus cuerpos se habían más que acostumbrado después de su paso por las Profundidades Sagradas de Hagia) además de potenciadores de las antitoxinas en sangre y sustancias contra el mareo.

Dorden estaba arrojando viales vacíos en una bandeja de plástico.

—¿Se ha puesto ya su inyección, coronel? —le preguntó a Gaunt mientras introducía un nuevo tubo de cristal en el armazón metálico de su aguja neumática.

Gaunt no lo había hecho, y a propósito. El anciano doctor le había visitado hacía

media hora en su camarote para administrarle su dosis correspondiente, pero Gaunt pensó que era más apropiado que los hombres vieran cómo se la ponían.

Dorden tan sólo estaba representando su papel.

Gaunt se quitó uno de los guantes y se arremangó.

Dorden metió la aguja metálica en la carne del antebrazo de Gaunt y luego pasó un trozo de gasa por la mota de sangre que surgió del diminuto agujero. Gaunt se aseguró de no pestañear siquiera.

—¿Alguien se ha echado atrás? —le preguntó con un susurro a Dorden mientras se bajaba la manga.

—Unos cuantos. Serían capaces de atravesar con su bayoneta cualquier cosa, pero ver una aguja…

Gaunt soltó una carcajada.

—No pare. El tiempo apremia.

Gaunt saludó con un gesto a Curth cuando pasó a su lado. Al igual que Dorden, no descendería con los demás. En vez de eso, tendría la poco envidiable tarea de esperar en la vacía enfermería del Nimbus hasta el momento en que los heridos la llenaran.

—Que el Emperador le proteja, coronel comisario —le dijo.

—Gracias, Ana. Que él te guíe en tu tarea cuando llegue el momento.

A Gaunt le gustaba Curth, y no porque fuera una de las personas más atractivas de todo el regimiento. Era buena. Tremendamente buena. Jodidamente buena, como diría Corbec.

Y había dejado atrás una buena vida en la colmena Vervun para atender a los heridos del Primero de Tanith.

Gaunt, demorado por los saludos bienintencionados de soldados como Domor, Derin, Tamash y el valiente encargado del lanzallamas, Brostin, llegó por fin al grupo de exploradores.

Estaban agrupados alrededor del sargento Mkoll en un círculo impasible. Bonin, Mkvenner, Doyl, Caober, Baen, Hwlan, Mkeller, Vahgnar, Leyr y los demás. No eran necesariamente los mejores combatientes del regimiento, pero aquella no era la razón principal de su reputación. El sigilo, las operaciones especiales. Y hasta aquel momento, todos eran nativos de Tanith. Ninguno de los reclutas verghastitas había mostrado el talento inicial para unirse a los exploradores de élite de Mkoll. Tan sólo unos pocos, Cuu entre ellos, habían revelado tener verdadero potencial para ello.

Gaunt se colocó entre ellos y todos se pusieron firmes. El comisario les indicó con un gesto que se relajaran.

—Descanso. Estoy seguro de que voy a repetir lo que Mkoll ya os ha dicho, pero tengo la corazonada de que todo va a depender de vosotros. El general, y los demás comandantes de regimiento, piensan que esto se va a solucionar por la fuerza. Están equivocados. Creo que va a ser mucho más necesaria la inteligencia. Esto es un combate urbano. Puede que Cirenholm esté metida entre picachos rocosos, pero sigue

siendo una ciudad. Tenéis que utilizar la cabeza para matar. Tenéis que abrimos el camino. Que el lugar caiga en nuestras manos. El general se ha negado a entregarle los planos de la ciudad a nadie con un rango inferior a comandante, pero voy a incumplir esa orden.

Gaunt les pasó a los exploradores copias de los planos en un papel extremadamente fino.

—Feth sabrá por qué no quiere que veáis esto. Probablemente no quiere que los soldados sean capaces de actuar por cuenta propia fuera de la cadena de mando. Bueno, pues yo sí lo quiero. Escuchad bien. Este no será un combate donde los oficiales se puedan sentar tranquilamente y dar las órdenes desde la retaguardia. Esto no es un campo de batalla. Vamos a entrar en una estructura compleja repleta de enemigos. La quiero tomada y asegurada en el nombre del Dios Emperador en el menor tiempo posible. Eso significa información precisa al instante del terreno. Eso significa exploración y reconocimiento. Eso significa tomar decisiones sobre la marcha. Cuando hayamos logrado la victoria, quemad esos mapas. Coméoslos. Limpiaos los culos con ellos y tirad de la cadena. Si el general os pregunta qué pasó, decidle que tuvisteis suerte.

Gaunt se quedó callado un momento. Miró a su alrededor, a los ojos de todos y cada uno de ellos. Los exploradores le devolvieron la mirada.

—No creo en la suerte. Bueno… lo cierto es que sí creo, pero no cuento con ella. Creo en el duro entrenamiento de combate así como en una lucha inteligente. Creo que nosotros nos fabricamos nuestra suerte en esta galaxia repleta de paganos. Y creo que eso significa utilizaros hasta vuestros límites. Si cualquiera de vosotros… repito, cualquiera de vosotros, comunica una orden o un aviso, me aseguraré de que se sigue. Los jefes de escuadra y los demás mandos del regimiento lo saben. Rawne, Daur y Corbec lo saben. Lo que hagamos esta noche, lo haremos al modo de los Fantasmas. Al modo de Tanith. Y vosotros sois el puñetero cerebro de ese modo.

Se quedó callado un momento más.

—¿Alguna pregunta?

Los exploradores negaron con la cabeza.

—Haced que las pasen canutas.

Los exploradores saludaron y se alejaron para unirse a sus respectivas escuadras. Gaunt y Mkoll se estrecharon la mano.

—Serás el primero en entrar —dijo Gaunt.

—Sí, es lo que parece.

—Hazlo por Tanith.

—Oh, cuente con ello —respondió Mkoll.

Las luces de alarma se encendieron. Una bocina comenzó a sonar. Los Fantasmas, escuadra por escuadra, comenzaron a ponerse en pie y empezaron a entrar por filas en el hangar de salida. Unos últimos saludos y deseos de buena suerte se cruzaron entre los diferentes grupos de descenso.

Gaunt vio que el soldado Caffran rompió filas por un momento para acercarse a darle un beso en la boca a Tona Criid, una verghastita. Ella apartó la cara y le dio un ligero cachete en la mejilla mientras se echaba a reír. Iban en naves de desembarco distintas.

Vio a Brostin ayudar a Neskon a colocarse los depósitos de combustible justo por encima de la espalda.

Vio a los soldados Lillo e Indrimmo llevar la voz cantante en un coro de verghastitas que entonaban un último cántico guerrero de su colmena.

Vio a Rawne y a Feygor acompañar a su destacamento por la puerta de embarque.

Vio a Kolea y a Varl, cada uno a la cabeza de su propia escuadra, intercambiar bromas y desafíos mientras entraban en fila en sus respectivas naves de desembarco.

Vio a Seena y a Arilla, las pistoleras de Verghast, llevar entre las dos una ametralladora ligera.

Vio al grupo de francotiradores: Larkin, Nessa, Banda, Rilke, Merrt… cada uno de ellos distinguibles por los rifles láser largos que llevaban envueltos de un modo tan extraño.

Vio a Colm Corbec al otro extremo de la estancia, dando palmadas por encima de su cabeza barbada e iniciando otro cántico de batalla.

Vio al capitán Ban Daur unirse al cántico mientras se apresuraba a colocarse el pasamontañas en la coronilla. Daur dejó su boina encima de uno de los bancos vacíos.

Los vio a todos, a Lillo, a Garond, a Vulli, a Mkfeyd, a Cocoer, al sargento Theiss, a Mkteeg, a Dremmond, al sargento Haller, cantando y riendo, al sargento Bray, al sargento Ewler, a Unkin, a Wheln, a Guheen, a Raess… a todos ellos.

Vio a Milo, muy alejado, al otro lado del mar de rostros.

Se saludaron con un gesto el uno al otro. Sólo necesitaban eso.

Vio al sargento Burone regresar corriendo a por los guantes que se había olvidado.

Vio al soldado Cuu.

Sus ojos, fríos y felinos.

Ibram Gaunt siempre había creído que una de las tareas de un comandante era rezar para que todos y cada uno de sus hombres regresaran sanos y salvos.

Pero no Cuu. Gaunt pensó que si Cuu moría en Cirenholm, que el Dios Emperador le perdonase, no lo lamentaría.

El comisario se quitó la gorra y la metió en su chaqueta. Se giró para seguir a las filas que iban desapareciendo en el hangar de salida. Cuando pasó al lado de la Capilla Bendita, casi cayó derribado al suelo al chocar contra la ancha figura de Agun Soric, el viejo y valiente jefe verghastita.

—¡Señor!

—Descanso, sargento. Vaya con sus hombres.

—Lo siento, señor. Estaba pidiendo una última bendición.

Gaunt sonrió al hombre bajo y fornido. Soric llevaba puesto un parche sobre uno de sus ojos porque desdeñaba utilizar cualquier clase de implante. Había sido jefe de una de las fundiciones en Verghast, y luego se había convertido en un improvisado jefe de escuadra. Soric tenía valor suficiente para toda una compañía de guardias imperiales.

—Date la vuelta —le indicó Gaunt, y Soric lo hizo de forma marcial y perfecta.

El comisario palpó el arnés de Soric y reajustó levemente las correas de su equipo.

—En marcha —le dijo por fin.

—Sí, señor —respondió Soric, y se apresuró a reunirse con los demás destacamentos.

—Un momento —dijo una voz seca y vieja procedente de la Capilla Bendita.

Gaunt se dio media vuelta.

El ayatani Zweil, de rostro arrugado y barba blanca, salió cojeando, se puso a su lado y colocó ambas manos en las mejillas de Gaunt.

—Ahora no, padre…

—¡Silencio! Déjame mirarte a los ojos, decirte que mates o te matarán, y al menos hacer el signo del aquila.

Gaunt sonrió. El regimiento había «adquirido» al ayatani Zweil en Hagia, y se había convertido en su capellán. Era un imhava ayatani, un sacerdote errante dedicado a Santa Sabbat, en cuyo nombre y recuerdo se estaba librando toda aquella cruzada. Gaunt no acaba de entender lo que motivaba al anciano sacerdote de barba blanca, pero le gustaba su compañía.

—El Emperador te protege, y la beata también —le dijo Zweil—. No hagas nada que yo no hiciera.

—¿Quieres decir aparte de matar, destrozar, trabarme en combates callejeros y en general, ser un soldado?

—Aparte de eso, por supuesto —le respondió Zweil con una sonrisa—. Márchate y haz lo que sueles hacer, y yo me quedaré aquí a esperar para hacer lo que yo suelo hacer. ¿Te has dado cuenta de que mi nivel de trabajo depende de tu éxito o de tu fracaso?

—Nunca lo enfoqué de ese modo, pero gracias por darme esa perspectiva.

—¿Gaunt?

La voz áspera del viejo sacerdote bajó de tono de repente y se hizo más tensa.

—¿Qué?

—Confía en Bonin.

—¿Qué?

—No me vengas con «¿qué?». La santa en persona, la beata, me lo ha dicho… Debes confiar en Bonin.

—Vale. Gracias.

La sirena final comenzó a sonar. Gaunt le dio un par de palmaditas al viejo

sacerdote y se apresuró a entrar en el hangar de salida.

El hangar de salida era en realidad la cubierta de vuelo primaria del Nimbus. A lo largo de la inmensa longitud de la resonante abertura se encontraban las naves de desembarco. Sesenta naves de desembarco: transportes pesados transatmotsféricos con una gran compuerta de embarque en cada costado. Las dotaciones de cubierta todavía se afanaban a su alrededor comprobando los motores por última vez. El día anterior, todas y cada una de las naves de desembarco estaban pintadas con el esquema de color del regimiento aerotransportado de Fantine. El día de la batalla, todas estaban pintadas por entero de color negro antirreflectante.

Los Fantasmas estaban embarcando.

En cada uno de los transportes debían ir cincuenta soldados, dos escuadras de veinticinco por nave. Las escuadras iban entrando, por orden inverso, por la misma escotilla por la que luego saldrían. Unos oficiales sostenían bien en alto unos mástiles metálicos con unas placas en las que se habían pintado números para que los Fantasmas se colocaran en la fila correcta, en la nave correcta y en el lateral correcto de entrada.

A algunas escuadras todavía les quedaba esperar unos cuantos minutos. Se sentaron cerca de la nave que les había tocado y comenzaron a cubrirse la cara con pintura de camuflaje, a efectuar unas últimas comprobaciones en sus equipos o simplemente se quedaron sentados y muy callados, con sus mentes en otro lado. Los hombres que irían a la vanguardia de cada escuadra comprobaban e incluso en algunos casos volvían a atar las cuerdas que se utilizarían para el salto y que estaban enganchadas al extremo superior de cada escotilla. Las dotaciones de tierra ya lo habían hecho, y a la perfección, pero los soldados que irían en cabeza se tomaron su responsabilidad respecto a la cuerda muy en serio. Si ellos y sus camaradas iban a depender de un nudo de cuerda para sobrevivir, mejor sería que fuera uno que hubieran atado ellos.

Eran las veintiuna cuarenta horas. Para entonces, las tropas urdeshitas, desplegadas en otros dos dirigibles similares al Nimbus, ya estarían embarcando a su vez en sus naves.

Gaunt echó otro vistazo a su cronómetro mientras recorría la cubierta camino de su nave de desembarco. El almirante Omhoff había comunicado que todo se estaba desarrollando de acuerdo al horario establecido, pero un informe reciente decía que los vientos laterales habían aumentado un poco de fuerza en los treinta minutos anteriores. Aquello haría que se zarandearan un poco más en el trayecto y que descender por las cuerdas fuera un poco más difícil, además de que dispersaría con mayor rapidez todos los señuelos perturbadores de sensores que habían arrojado los aviones de la escuadrilla Halo.

Gaunt llamó a Hark, a Rawne y a Corbec para hablar con ellos por última vez antes de embarcar.

Los tres parecían estar preparados, aunque Rawne parecía ansioso por embarcar

de una vez. Hark seguía muy intranquilo por la desastrosa situación respecto a la munición. Después de racionar todos los cargadores de tamaño tres que había en el regimiento, y registrar a fondo los almacenes del Munitorum de todos los dirigibles, los Fantasmas disponían de la «impresionante» cifra de tres cargadores por soldado. Debido a un retraso en la orden, el Departamento Munitorum sólo había pedido cargadores de tamaño cinco, el tipo utilizado tanto por las tropas de Urdeshi como las de Fantine. No habían tenido tiempo de enviar una nave de transporte a Hessenville para que regresara a tiempo con los cargadores apropiados, ni posibilidad material de rearmar a los de Tanith con armas nuevas.

—Puede perjudicar a la moral de la tropa —indicó Hark—. Les he oído quejarse mucho.

—Puede que en realidad les haga concentrarse —respondió Corbec—. Saben que, hoy más que nunca, deben hacer que cada acción y cada disparo cuenten.

El comisario Hark no pareció muy convencido por el argumento del coronel, pero no llevaba el tiempo suficiente en el regimiento como para darse cuenta de la sabiduría instintiva de Colm Corbec. Hark había sido asignado a la unidad en Hagia, sobre todo como un instrumento de la estructura de mando para hacer caer en desgracia a Gaunt. Pero Hark se había redimido al combatir valerosamente hombro con hombro con los Fantasmas en Bhavnager y en la batalla de la capilla. Gaunt había decidido mantenerlo a su lado después de aquello. El liderazgo de Gaunt estaba dividido entre su mando militar y la disciplina de comisario, por lo que le resultaba muy útil tener a un comisario tan dedicado en su regimiento.

Comenzó a sonar un claxon. Algunos de los hombres lanzaron vítores.

—Caballeros, vamos allá —les dijo Gaunt.

Eran las veintidós cero cero. La primera oleada de naves de desembarco, que transportaba al grueso de las tropas urdeshitas, partió de los dirigibles en los que estaba preparada hacia las grandes alturas de aquella oscura noche.

El coronel Zhyte, a bordo de la nave 1A, alargó el cuello para mirar por el ojo de buey de grueso cristal. Pudo ver bien poco aparte del cielo completamente negro y vacío y el resplandor ocasional de los motores de las naves que les rodeaban. Los aparatos no mostraban otra luz y eran casi invisibles. Se habían producido unos breves momentos de tensión entre el final del embarcado y el lanzamiento cuando todas las luces de la cubierta se apagaron para poder abrir las compuertas de despegue sin descubrir la posición de los dirigibles. Fue un crepúsculo intranquilo, opresivo, y que sólo acabó cuando el violento empuje de la gravedad les indicó que las naves habían sido lanzadas.

Zhyte avanzó a lo largo de la nave hasta llegar a la cabina de mando, al otro lado de las filas de soldados sentados en el fuselaje del aparato. Sus rostros parecían pálidos y enfermos con la suave luz verde de su interior.

La visibilidad era algo mejor en el interior de la cabina de mando. El frío sin luz y sin límite que se abría ante ellos se veía marcado de vez en cuando por repentinos y veloces rizos de nubes densas o rápidas rachas de vapor. Zhyte pudo distinguir treinta o cuarenta resplandores anaranjados que se extendían por delante y por debajo. Eran los motores de los componentes de la formación de naves de desembarco.

Su propia nave se estremecía y retemblaba de vez en cuando, y el piloto y su copiloto se murmuraban el uno al otro por el comunicador. La fuerza del viento de costado estaba aumentando, y también había comenzado a aparecer un ligero viento frontal.

—Llegada a la zona de descenso en cuarenta y un minutos —le dijo el piloto a Zhyte.

El coronel urdeshita sabía que el tiempo estimado de llegada se incrementaría si el viento de cara aumentaba. Las naves de desembarco, con su pesada carga, tendrían que esforzarse por mantener la velocidad.

Zhyte observó atentamente la placa del sensor, estudiando la representación blanquecina de la formación de naves imperiales y temiendo ver algo más. Si un caza enemigo daba con ellos por casualidad en aquellos instantes, sería una matanza.

Veintidós diez, hora imperial. Las compuertas de salida de las naves de desembarco habían sido cerradas y aseguradas tres minutos antes. Todo estaba vibrando con el rugir de los enormes motores del transporte.

Gaunt, en la nave de desembarco 2A, se sentó en su sitio, una placa de metal plegable al extremo de una fila de soldados. Alguien estaba murmurando una plegaria. Varios hombres le daban vueltas a los símbolos del aquila en sus temblorosas manos.

Una voz seca habló por el comunicador. Gaunt no pudo entender lo que decía, pero sabía lo que quería decir.

El estómago se le subió a la garganta cuando pareció que la nave se caía, y luego, la fuerza de la gravedad aumentada de un modo tremendo los aplastó hacia atrás.

Estaban volando.

Estaban en camino.

Había llegado el momento.

La comandante Jagdea realizó un giro cerrado a la izquierda, y sus dos hombres de ala la acompañaron en la maniobra. Los tres Lightnings de la Fuerza Aérea de Defensa Imperial de Fantine se inclinaron bruscamente y pasaron al lado del dirigible de dispersión Bóreas.

Jagdea disponía de ocho formaciones de tres cazas ya en vuelo escoltando a las oleadas de naves de desembarco que surgían de los dirigibles estacionarios para luego alejarse ascendiendo.

La visibilidad era tan escasa que había estado volando utilizando tan sólo los instrumentos, pero en aquel momento pudo distinguir las centelleantes salidas de las toberas de los transportes de tropas. Eran cientos, y brillaban como ascuas encendidas en la hirviente oscuridad que se abría bajo ellos.

—Control, aquí Jefa Umbría —dijo Jagdea por el comunicador—. Veo que las naves de las tropas se están dispersando. Infórmeles para que corrijan el empuje del viento y reorganicen la formación.

—Recibido Jefa Umbría.

Algunas de las naves de desembarco se habían alejado al salir de los dirigibles, impelidos por las turbulencias cada vez más fuertes. Se estaban dispersando hacia el este.

—Manteneos juntos u os perderemos —deseó en voz baja.

Recorría la parte superior del firmamento situada sobre su cabeza cada pocos segundos en busca de posibles contactos. Por lo que ella sabía, los de Cirenholm no tenían ni idea de que ellos estaban cerca, pero las aeronaves enemigas podían hacerles perder esa ventaja en cualquier momento.

Jagdea decidió que aquello no ocurriría mientras ella estuviera pilotando.

La escuadrilla Halo había avanzado en semicírculo por el oeste en su vuelo de regreso a los hangares de los dirigibles, siguiendo un amplio arco que los apartara del rumbo de las enormes formaciones que se acercaban a Cirenholm.

El capitán Viltry ajustó la velocidad de su Marauder. Estaban atravesando bancos de nubes de gases contaminantes, y unas pequeñas partículas habían comenzado a rebotar contra el blindaje del fuselaje.

Oyó que alguien abría la comunicación por un instante.

—Aquí, jefe Halo, repita.

Viltry esperó unos instantes. Sintió cómo se ponía tenso.

—Escuadrilla Halo, aquí jefe Halo, repita.

Le llegaron unas pocas respuestas, todas ellas confusas.

—Escuadrilla Halo, aquí jefe Halo, doblen la comprobación visual.

—Jefe Halo, aquí Halo tres. ¿Ha visto a Halo cinco?

Viltry se quedó callado. Bajó la vista hacia Gammil, y su navegante comprobó la pantalla del sensor cuidadosamente antes de negar con la cabeza.

Mierda.

—Halo cinco, aquí jefe Halo. Halo cinco, responda. Suken, ¿dónde demonios estás?

La estática resonó en los oídos de Viltry.

—Halo cuatro, aquí jefe Halo. ¿Puedes ver a Suken desde donde estás?

—Un momento, jefe Halo. —Siguió una larga pausa—. Ni señal de él, jefe Halo. Nada en la pantalla.

Dónde demonios…

—¡Contacto! ¡Contacto! ¡Ocho ocho uno y acercándose!

El grito procedía de Halo dos.

Viltry giró la cabeza a un lado y a otro frenéticamente, registrando la oscuridad.

Vio de reojo un destello a babor. Giró la cabeza justo a tiempo para ver una ráfaga de proyectiles trazadores desaparecer en un grupo de nubes como una bandada de pájaros.

Oyó otro siseo de estática sin palabras y luego apareció una bola de fuego en el cielo a unos doscientos metros del ala de estribor de su aparato.

Algo muy brillante y muy veloz pasó justo por delante de su morro.

—¡Halo tres ha caído! ¡Halo tres ha caído! —oyó gritar a uno de sus artilleros.

—¡Dispersaos! ¡Dispersaos! —ordenó.

El mundo dio media vuelta, se puso bocabajo y Viltry se vio aplastado contra el respaldo del asiento por la fuerza de la gravedad causada por la maniobra de picado giratoria. Vio la bola de fuego moribunda que había sido Halo tres desperdigándose por el viento en ráfagas de llamas azules.

Varias luces de la consola de mandos se encendieron y una alarma comenzó a sonar. Viltry se dio cuenta de que lo tenían centrado electrónicamente en el punto de mira del enemigo. Maldijo e hizo girar sobre sí mismo al Marauder de nuevo. Oyó a Gammil gritar de dolor cuando salió despedido de cabeza del asiento del navegante.

Se estaban desplomando. La aguja del altímetro estaba girando como si fuera la de un cronómetro puesto a toda velocidad. Estaban cayendo a gran velocidad, casi más allá del punto de poder recuperarse.

Viltry tiró de la palanca de mando y encendió los posquemadores, haciendo salir al Marauder de su maniobra evasiva en picado y levantándole el morro. Se quitó de golpe la máscara respiratoria y vomitó debido a la extrema fuerza de gravedad, incrementada por el brusco tirón, que le obligaron a vaciar el estómago.

Sus oídos palpitantes se dieron cuenta de repente de unos gritos en los auriculares. Halo cuatro.

—¡Está a mi espalda! ¡Lo tengo encima! ¡Dios Emperador, no puedo despegarme de él! ¡No puedo…!

Un enorme resplandor blanco iluminó las nubes situadas a su espalda.

—¡Jefe Halo a control! ¡Jefe Halo a control! ¡Enemigos en la zona de dispersión! ¡Repito! ¡Enemigos en la zona de dispersión!

La aeronave de Viltry saltó hacia delante con tanta fuerza que el capitán se mordió el labio profundamente. Vio su propia sangre volar por los aires y salpicar el cristal de la carlinga cuando el Marauder impactado comenzó a caer en barrena.

Pudo oler cómo se quemaba el cableado y el frío y penetrante hedor del aire a una altura muy elevada.

Se inclinó sobre los mandos y enderezó el avión.

Uno de los motores se había incendiado. Pudo oír por el intercomunicador los

aullidos de dolor de su artillero de cola. Se giró y bajó la vista hacia Gammil. Su navegante estaba arrastrándose hacia su asiento.

—¡Levántate! ¡Levántate! —le gritó Viltry.

Las manos del capitán estaban resbaladizas a causa del sudor dentro de sus guantes. Levantó la vista para escrutar el cielo y vio la sombra justo encima de ellos, abalanzándose a toda velocidad en su dirección.

—Por el amor del Emperador… —comenzó a decir Gammil al verlo en ese mismo instante.

Los proyectiles de cañón automático al rojo blanco atravesaron la cabina, machacando al navegante y a su puesto de control hasta convertirlo todo en una papilla de esquirlas de acero, sangre y humo. Todo el fuselaje inferior del aparato se desprendió, y se despedazó en la helada noche. Viltry vio a Serrikin desaparecer entre la nube de desechos, cayendo hacia la corrosiva oscuridad que le esperaba mucho más abajo.

El viento helador aulló a su alrededor.

Alargó la mano para tirar de la palanca de eyección.

La carlinga estalló.



DOS

Ana Curth se lavó las manos bajo el grifo cromado de la enfermería por tercera vez en quince minutos y luego se las cubrió con polvos de talco esterilizados. Estaba nerviosa, inquieta.

La sala de enfermería era una estancia tranquila, bien iluminada y repleta de hileras de camas hechas con ropa recién lavada.

Curth comprobó unas cuantas botellas con medicamentos en el carrito del dispensario. Luego suspiró y recorrió el pasillo principal de la estancia. Sus botas levantaban ecos fríos y vacíos, y su bata quirúrgica de color rojo flotaba a su espalda como la capa de un alto señor palatino.

—Vas a volverte loca —le dijo Dorden.

El jefe médico de los Tanith estaba tumbado tranquilamente de espaldas en una de las camas, mirando al techo. Su bata era de color verde, y se había echado directamente sobre las sábanas para no deshacer la cama.

—¿Loca?

—Del todo. La espera desequilibra bastante la mente.

Curth se detuvo a los pies de la cama que Dorden estaba ocupando.

—¿Y así es como te enfrentas a ella?

Él médico levantó un poco la cabeza y la miró desde el otro extremo de su cuerpo.

—Sí. Medito. Pienso. Cavilo. Sirvo al Dios Emperador, pero que me cuelguen si

pienso perder mi tiempo esperando a ser útil.

—¿Y esto es lo que me recomiendas?

—De todas todas.

Curth se tumbó dubitativamente en la cama situada al lado de la de Dorden. Se quedó mirando al techo, con los pies juntos y los brazos a lo largo de los costados.

—Esto no me hace sentir mucho más tranquila —le dijo.

—Paciencia, y puede que aprendas algo.

—¿Como qué?

—Como… que hay quinientas veinte figuras hexagonales en el dibujo del techo.

Curth se incorporó a medias.

—¿Qué?

—Que hay quinientas…

—Vale, ya he entendido eso. Si a ti te funciona lo de contar azulejos, me alegro. Lo que es yo, tengo que caminar.

—Pues camina, Ana.

Recorrió toda la longitud del pasillo de la enfermería. En la puerta de la parte trasera, los soldados enfermeros del regimiento, Lesp, Chayker y Foskin estaban reunidos al otro lado de la pantalla de plástico que hacía las funciones de puerta, fumando lho.

—¿Me dais uno? —les preguntó uniéndose a ellos.

Lesp alzó las cejas y le ofreció una varita de lho.

Ella la encendió.

—Casi deben de haber llegado —reflexionó Chayker en voz alta—. Justo a la zona de descenso.

Lesp miró su reloj de pulsera.

—Ajá. Ahora mismito.

—Que el Emperador los ayude —murmuró Curth, y luego le dio una calada a su varita de lho. Tendría que lavarse las manos otra vez.

Veintitrés seis, hora imperial. No era un mal retraso. El piloto de la nave de desembarco 1A escuchó a su copiloto por un momento en los auriculares y luego se giró para hacerle un gesto de asentimiento a Zhyte.

—Tres minutos.

El comandante urdeshita seguía sin poder ver nada por las ventanas de la cabina a excepción de unas nubes blancas y las estelas luminosas de los motores de las demás naves de desembarco.

El viento frontal estaba aumentando su fuerza, pero Zhyte confiaba en la tripulación de la aeronave.

Regresó al compartimento de carga y pulsó el botón que encendía la luz ámbar colocada sobre la escotilla de salida: Preparados.

Los hombres se pusieron en pie bajo la penumbra azul preparando el enganche de sus cables de descenso y sacando sus máscaras antigás. Zhyte sacó la suya de su mochila, la sacudió un poco y se la colocó, ajustándola de manera que las rendijas cubiertas de plástico transparente quedaran sobre sus ojos y que no descolocara su intercomunicador. Apretó las grapas que unían los faldones de la máscara a los hombros de su uniforme y bajó la cremallera.

Estaba más cegado que nunca, envuelto en un cono de tela especial que le hacía sentirse rígido y que amplificaba el sonido de su propia respiración.

—Por números —dijo por el intercomunicador.

Los hombres contestaron rápida y eficientemente por orden de escuadra, diciendo su número y confirmando que se habían puesto la máscara. Zhyte esperó hasta que los últimos sellaron los cierres de las mismas.

—Abrid las compuertas.

—¡Abriendo, señor! —le respondieron los hombres de punta por el comunicador.

La nave se estremeció y dio un salto en el aire cuando las compuertas se deslizaron hacia un lado al abrirse y la desequilibraron. La temperatura en el interior del compartimento de carga descendió de forma abrupta y la luz adquirió una tonalidad ocre.

—¡Preparad las cuerdas! ¡Noventa segundos!

Los hombres de punta no eran más que unas siluetas encuadradas en los rectángulos amarillentos de las compuertas abiertas, con sus uniformes tironeados por las fuertes corrientes de aire.

Zhyte desenfundó su pistola bólter, la alzó con torpeza hasta situarla delante de su cara para comprobarla y la puso de nuevo en su funda.

Ya casi habían llegado.

El fuerte tirón del flotador despertó de golpe al capitán Viltry. La cabeza le daba vueltas, y sentía el cuerpo curiosamente ingrávido. No tenía ni idea de dónde se encontraba.

Intentó recordar lo que había pasado. Intentó saber qué demonios estaba haciendo. Hacía frío y todo estaba oscuro como boca de lobo. Mareado, con el cuello dolorido, miró hacia arriba y vio la borrosa silueta del saco esférico del flotador del que colgaba.

Había salido eyectado del Marauder. Ya se acordaba. Dios Emperador, algo había despedazado su aparato… y el de sus compañeros de ala. Miró a su alrededor con la esperanza de ver alguna otra aeronave, pero lo único que vio fue el vacío de la atmósfera alta, las nubes espesas, la sobrecogedora oscuridad.

Comprobó su altímetro, el que llevaba cosido a la manga de su traje de vuelo. Estaba a más de dos mil metros por debajo de la altura de vuelo operativa, casi al borde de la capa atmosférica tóxica. Su flotador debía haberse inflado de modo

automático al activarse el interruptor de presión por el descenso.

El arnés de seguridad se le estaba clavando en los sobacos y en el pecho. Intentó acomodar las cinchas, y se dio cuenta de que estaba herido. Tenía un corte en el hombro, y algunas de las correas del arnés se habían partido. Tenía suerte de llevar puesto todavía el equipo completo.

Los paracaídas no tenían ningún sentido en Fantine. No había ningún sitio en el que caer excepto a una muerte por corrosión en la atmósfera de baja altitud, en la Escaldadura, como la llamaban todos. Los pilotos llevaban puestos unos equipos de supervivencia que consistían en unos artefactos globulares que se inflaban mediante unas botellas de gas y que, si no se pinchaban, los mantenían a flote por encima de los niveles atmosféricos letales de la Escaldadura hasta que alguien los rescataba.

Viltry era un piloto experto, pero no necesitaba esa experiencia para saber que los vientos de coriolis, de una fuerza tremenda a aquella altitud, lo habían llevado muy lejos de las rutas de vuelo habituales. Intentó leer los indicadores de sus botellas de oxígeno, pero no pudo distinguir el dial con claridad.

Un desecho al viento, pensó. Eso soy yo. Un desecho al viento, el peor destino que le podía ocurrir a un piloto de combate de Fantine. Flotar a la deriva, vivo, más allá de toda posibilidad de rescate. Los relatos que se contaban entre los pilotos decían que los hombres atrapados en aquella situación utilizaban sus armas para disparar contra los flotadores y agujerearlos y así sufrir una muerte rápida en los gases venenosos y corrosivos de la Escaldadura.

Pero todavía existía la posibilidad de que lo rescataran. Lo único que tenía que hacer era activar su baliza de localización.

Un tirón de uno de los aparejos sería suficiente.

Viltry dudó por un instante. Aquel simple tirón podría hacer que los de rescate llegaran hasta él, pero también podría ser detectado por el enemigo que estaba situado en Cirenholm. Sabrían que habría un aviador en apuros, y, por tanto, que al menos una aeronave imperial había despegado aquella noche.

No se atrevió. Ornoff había comunicado a todos los pilotos que la sorpresa era la clave para tomar Cirenholm. Las comunicaciones a corta distancia, de nave a nave, eran seguras, pero las transmisiones de mayor potencia, el pulso amplificado de su baliza de localización, podían anular la sorpresa. Alertar al enemigo. Matar a miles de guardias imperiales.

Viltry siguió flotando a través del helado aire desierto, a través de la oscuridad. Empezó a formarse hielo en el interior de su gafas protectoras.

Tenía que mantenerse en silencio. Incluso aunque eso significara quedar convertido en un desecho al viento.

—Jefa Umbría a escuadrilla, soltad los tanques de combustible —dijo Jagdea a través de la máscara de oxígeno.

La escuadrilla Umbría volaba al lado de las últimas líneas de la formación de naves de desembarco. Casi habían llegado a la zona de descenso. La enorme silueta de Cirenholm era un borrón en la pantalla de sus sensores.

Los tres Lightnings dejaron caer sus depósitos auxiliares de combustible, ya vacíos, y se elevaron por encima de los grupos de naves de desembarco. Ya habían empezado a utilizar los depósitos internos de combustible, lo que significaba que les quedaban unos dieciséis minutos de distancia máxima de alcance antes de tener que regresar… o menos si se veían obligados a acelerar en un combate.

Jagdea estaba inquieta. La escuadrilla Halo ya debería haber finalizado su viaje de retomo a la base, pero no había habido ninguna señal de vida de la escuadrilla de Marauders.

La comandante Bree Jagdea poseía quince mil horas de experiencia en vuelos de combate. Era una de los mejores pilotos que jamás se hubiese graduado en la Escuela de Hessenville. Tenía habilidades instintivas para el combate que ningún entrenamiento podía enseñar. Se dejó llevar por esos instintos.

—Jefa Umbría a escuadrilla Umbría. Vamos a adelantarnos por última vez. Seguid a las formaciones urdeshitas. Tengo el mal presentimiento de que hay enemigos en vuelo esta noche.

—Recibido, jefa Umbría.

El trío de cazas imperiales viró hacia el oeste. Estaban a punto de perderse varios cientos de vidas, pero, al confiar en su instinto, Jagdea acababa de salvar varios miles más.

—Preparativos finales —dijo el sargento Kolea mientras recorría el compartimento de carga de la nave 2F en el extremo posterior de la formación de los Tanith.

—Tres minutos para la zona de descenso. Quiero las máscaras puestas y los ganchos preparados en treinta segundos. Preparados para abrir las compuertas. Hombres en punta, atentos.

La señal ámbar todavía no se había encendido. Kolea se colocó la máscara antigás y recorrió la fila de sus hombres, comprobándolos uno por uno.

La compuerta lateral de la nave de desembarco 2D ya estaba abierta. El soldado Garond tembló ante la tremenda corriente de aire, y se preparó con la cuerda cuando el sargento Obel dio la señal. Pudo ver en el exterior las nubes que pasaban raudas y a varias naves de desembarco por delante de ellos, con los hombres agachados al lado de las compuertas, listos y preparados.

Colm Corbec, a bordo de la 2B, se colocó la máscara antigás y ordenó que abrieran las compuertas. Las escuadras se pusieron en pie y se colocaron en posición. Mkoll estaba a la cabeza de la segunda escuadra, preparado para dirigir al equipo de exploradores al interior de la ciudad.

Corbec le hizo un gesto de asentimiento y murmuró una última plegaria.

En la nave de desembarco 2X, el sargento Ewler miró al sargento Adare. Los dos jefes de escuadra se estrecharon la mano.

—Te veo al otro lado —dijo Adare.

Viltry se despertó de nuevo, y descubrió que empezaba a notar una sensación ardiente en la cara y el hombro debido al frío intenso. No quería morir así. No a solas, abandonado como una semilla arrojada al aire. Sus entumecidos dedos se cerraron alrededor del tirador de su baliza de localización.

Apartó la mano y se maldijo por su egoísmo.

A menos que…

Si el personal del control de mando del ataque oía su señal, sabría que algo le había ocurrido a la escuadrilla Halo. Se darían cuenta de que había enemigos en el aire.

Les estaría advirtiendo.

Henchido por el sentido del deber, Viltry tiró de la empuñadura… que se le quedó en la mano.

La metralla había destrozado el sistema de encendido de la baliza de localización.

De repente, vieron un tenue resplandor a sus pies: la escasa luz se reflejaba en la escarcha nocturna que se había formado sobre la cúpula primaria de Cirenholm. Los frenos aerodinámicos de la nave de desembarco aullaron con tal potencia que Zhyte pudo oírlos incluso a través de su máscara antigás. Estaban estacionarios en el aire, tan estacionarios como lo permitía el viento, justo encima de su zona de descenso. Zhyte rezó para que estuvieran lo suficientemente bajos.

La señal verde se encendió.

—¡Desplegaos! —gritó Zhyte.

Del exterior les llegó un resplandor muy brillante. Y luego otro más.

Shener, el hombre de punta de Zhyte situado a estribor, sacó la cabeza y vio que la nave de desembarco situada a su costado se partía en dos y se desplomaba, arrojando restos incandescentes por doquier.

—¡Interceptores! —gritó por el comunicador.

Otra nave de desembarco urdeshita se hizo visible de repente en mitad de la noche cuando estalló y cayó envuelta en llamas como si fuera un meteorito. Un segundo después, las defensas aéreas de Cirenholm entraron en acción e iluminaron el aire con un feroz entramado de disparos trazadores.

Unos proyectiles acribillaron el costado de la nave 1A al lado de Shener, quien había comenzado a soltar la cuerda. Sintió un tremendo frío en las piernas y en la parte inferior del cuerpo, y al mirar abajo descubrió un tremendo agujero sangriento en mitad de sus tripas.

Shener cayó al exterior por la compuerta sin decir absolutamente nada y desapareció en el oscuro vacío que se abría a sus pies.

Zhyte llegó hasta la escotilla, zarandeado por el viento. Shener había desaparecido, y los dos hombres que le seguían en la fila estaban esparcidos por el costado contrario de la nave. El fuselaje estaba acribillado.

En el exterior, una tormenta de disparos enemigos se abalanzaba sobre ellos.

Zhyte enganchó su cable de descenso a la cuerda. Debería haber sido el último en saltar, pero su hombre de punta había desaparecido y el resto de sus hombres estaban completamente desorientados.

—¡Vamos! —les gritó—. ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos!

Saltó al vacío.

La nave de desembarco 1C se sacudió de un lado a otro cuando el aparato situado a su lado estalló. Algunos restos aullantes de la explosión atravesaron el fuselaje, y el sargento Gwill y otros tres soldados murieron en el acto. El cabo Gader se dio cuenta de repente, medio cegado por la máscara antigás, que él estaba al mando.

La señal verde se había encendido.

Ordenó a sus hombres que comenzaran a salir.

Dos terceras partes de la escuadra ya habían saltado cuando los proyectiles de cañón abrieron como un huevo la nave de desembarco 1C. Gader salió despedido por la compuerta abierta.

Manoteó en vano con su gancho mientras caía, pero no había ninguna cuerda a la que engancharse.

Gader cayó como una piedra, de cabeza contra la superficie de la cúpula primaria de Cirenholm después de rebotar contra uno de los mástiles de antena.

La 1K no calculó bien el empuje del viento frontal y se acercó a una altitud demasiado baja. Se estrelló contra un lateral de la cúpula, convirtiéndose en una brillante bola de fuego.

Justo a su espalda, la 1N frenó a toda potencia con sus retrorreactores y se estremeció cuando una lluvia de proyectiles de cañón automático la despanzurró e hizo que los hombres se precipitaran hacia la oscuridad.

La 1M titubeó, y luego intentó ganar altitud. Sus hombres ya estaban saliendo por las compuertas. Descendieron por las cuerdas y descubrieron que la nave no sólo estaba a demasiada altitud, sino que además se había quedado a cincuenta metros de la zona de descenso. Cada uno de los hombres que bajó por tumo por la cuerda, llegó a su extremo balanceante y cayó al abismo.

El piloto de la nave de desembarco ID vio al caza enemigo con toda claridad cuando se abalanzó contra él disparando con todas las armas. No podía ni ascender ni virar, ya que sus tropas ya estaban descendiendo por las cuerdas. La ID estalló al recibir la lluvia de impactos del interceptor atacante. Los soldados todavía estaban enganchados a las cuerdas cuando estas se partieron y salieron despedidas por la explosión.

—¡Bandidos! ¡Bandidos! ¡Bandidos! —gritó Jagdea por el comunicador mientras recorría a toda velocidad las líneas de naves de desembarco urdeshitas. Estaban estallando por doquier, eliminadas por los interceptores Phantoms o por las baterías de defensa antiaérea de Cirenholm.

La noche había quedado completamente iluminada. El espacio bajo la enorme cúpula de los habitáculos primarios de Cirenholm era un infierno resplandeciente y centelleante.

Jagdea efectuó un viraje amplio y esquivó una nave que estalló en mitad del aire. Tenía centrado a un esquivo caza enemigo, y su armamento rugió cuando apretó el gatillo.

Su oponente viró con tanta brusquedad que logró escapar de sus disparos, y los proyectiles trazadores que Jagdea había disparado recorrieron la curva de la cúpula.

Jagdea puso su aparato cabeza abajo y, forzando la aeronave hasta dos G viró para colocarse a la cola del caza enemigo, que se dirigía a atacar más de las vulnerables naves de desembarco de tropas situadas en la vanguardia de la fuerza atacante.

Se elevó un poco, alineó su aeronave y encendió los posquemadores para que las ráfagas de sus armas recorrieran todo el fuselaje de su oponente cuando pasara por encima.

El caza enemigo se convirtió en una bola de fuego con alas, que luego descendió en una larga parábola hacia la venenosa Escaldadura.

Jagdea inclinó el aparato para dar la vuelta. Sus hombres de ala gritaban por los auriculares.

Umbría Dos acababa de derribar a un interceptor enemigo después de perseguirlo viraje a viraje e ir destrozándole la cola con sus proyectiles de cañón. El piloto enemigo intentó compensar su muerte estrellándose contra una de las naves de desembarco, pero falló y desapareció envuelto en llamas entre las nubes.

Jagdea giró sobre la punta de su ala y descendió, buscando a otro oponente tanto con los ojos como con los instrumentos. Bajó a gran velocidad a través de la flota de naves de desembarco con su detector de objetivos sonando cada vez con mayor rapidez en cuanto llegó al fondo y se puso a la cola de un caza enemigo que se disponía a disparar contra las panzas de los transportes de tropas.

Jagdea lo destrozó con una tremenda ráfaga de disparos.

Efectuó un giro a babor saliendo por detrás de la zona de despliegue de las naves de desembarco antes de volver a virar para colocarse de nuevo en su parte baja. Su Lightning se estremeció de arriba abajo y sus instrumentos aullaron cuando un costado de su fuselaje fue acribillado por proyectiles de cañón.

Aparecieron señales rojas en todos los sistemas. La habían derribado.

Pisó los pedales, tiró de la palanca de mando y procuró proporcionarle al aparato destruido toda la sustentación que pudo sacarle a la envergadura de sus alas. Sólo podía planear hacia la gran masa de Cirenholm, y estaba a punto de entrar en pérdida.

Apretó los gatillos de todas las armas y vació sus cargadores contra la cúpula, por si servía para algo.

Los motores saltaron en pedazos y una de las alas quedó envuelta en llamas.

Activó el sistema de eyección.

El infierno intentaba atraparlos con miles de dedos de fuego. La noche no era más que una confusión pulsante de oscuridad y centelleos. El viento aullaba, pero no era más que un sordo rugido que le llegaba a través de la máscara antigás. Cada pocos segundos se producía una explosión tan brillante que los urdeshitas que bajaban podían verlo todo: el costado de la gran cúpula de Cirenholm; el enjambre de naves de desembarco; las cuerdas que colgaban repletas de soldados, balanceándose desde los transportes como sarmientos repletos de grandes racimos.

Zhyte llegó al final de la cuerda y se dio un fuerte golpe de costado contra una balaustrada que recorría todo el borde de la balconada exterior situada en el extremo más inferior de la cúpula. Zhyte se dio cuenta de que si hubiera bajado unos pocos metros más a su izquierda no habría alcanzado en absoluto ninguna parte de la ciudad.

Se había roto una costilla al caer. Torció el gesto mientras avanzaba unos cuantos pasos y los soldados caían y rodaban por el suelo a su alrededor. Las líneas de comunicación restallaban frenéticamente con los mensajes entrecruzados, nerviosos y distorsionados.

Intentó reagrupar a sus hombres y hacerlos avanzar, pero jamás había conocido una confusión como aquella. Una tremenda lluvia de disparos les llegaba desde un pasillo elevado situado a unos veinte metros al oeste por encima de ellos, y pudo ver que docenas de sus hombres ya estaban tirados en posiciones grotescas por el suelo de lo que antes había sido una balconada regia con una panorámica estratosférica para la gente de clase superior.

—¡Singis! —gritó Zhyte por el comunicador—. ¡Hazlos entrar! ¡Hazlos entrar!

Singis, su joven cadete subalterno, salido de la academia, pasó corriendo a su lado intentando que los hombres se pusiesen en pie. Zhyte se fijó en un equipo de apoyo que se esforzaba por montar su arma mientras sus compañeros caían por doquier a su alrededor, e incluso encima de ellos. Lo cierto es que ya había tantos individuos bajando que su zona de descenso se estaba llenando de gente. Atrapados entre la muralla de la ciudad, el borde de la balaustrada y el fuego enemigo, los atacantes estaban llenando todos y cada uno de los preciosos metros de la zona de descenso. Los soldados que ya habían llegado al suelo eran arrastrados por la oleada que les seguía a continuación. Uno de ellos cayó por encima de la barandilla, y fue agarrado por sus desesperados camaradas justo a tiempo.

Zhyte pudo sentir el poderoso empuje de los motores de las naves de desembarco cuando aparecían encima de su cabeza, esforzándose por colocarse en posición.

El comandante urdeshita podía distinguir un tramo de aproximadamente un kilómetro de largo de la curva de aquella balaustrada, y a lo largo de todo aquel espacio, las naves de transporte se agrupaban y dejaban caer las ristras de soldados camuflados por las cuerdas. Distinguió un tiroteo alrededor de una escotilla a unos cincuenta metros de donde estaba. El quinto pelotón estaba intentando forzar una entrada. Vio el resplandor de cuatro granadas. Vio una de las naves de desembarco atravesada por proyectiles de lanzacohetes, la vio arder mientras se inclinaba y se desplazaba hacia un lado, chocando contra las cuerdas de descenso de otras dos naves y enviando a los hombres en cascada a una muerte segura. Mientras la seguía mirando, tuvo varias explosiones internas y se desplomó contra la balaustrada con la fuerza suficiente como para que toda la superficie se estremeciera. Rodó convertida en una bola de fuego y salió de la estructura de la ciudad para caer al vacío.

Un soldado situado a la izquierda de Zhyte había perdido su máscara antigás en el descenso. Se estaba ahogando, babeante, con unas ampollas amarillas formándose poco a poco en la piel al lado de los ojos y los labios.

Zhyte echó a correr hacia delante, haciendo caso omiso a los disparos láser que restallaban a su alrededor.

Logró ponerse a cubierto detrás de una pared baja con cuatro de los soldados de su escuadra.

—¡Tenemos que acabar con esa posición artillada! —dijo con voz áspera a la vez que señalaba con una mano enguantada.

El hombre situado justo a su derecha se estremeció de repente al recibir dos impactos y se desplomó de espaldas. Una segunda posición de defensa había abierto fuego, disparando proyectiles de calibre 50 contra la masa de tropas atacantes indefensas.

Estaban muriendo. Muriendo con tanta rapidez que Zhyte era incapaz de creerse lo que estaba viendo. Estaban amontonados como si fueran ganado, sin ninguna clase de cobertura, sin ningún sitio hacia el que avanzar.

Con una maldición que surgió de algún punto de sus entrañas, Zhyte echó a correr por terreno abierto hacia el pasillo elevado. Los proyectiles trazadores agujerearon el suelo a sus pies. Lanzó una granada, y la onda expansiva lo arrojó al suelo.

Dos hombres lo agarraron y lo arrastraron hasta ponerse a cubierto. El pasillo elevado estaba combado y envuelto en llamas. Las tropas urdeshitas comenzaron a salir en tromba de la zona de aterrizaje.

—Estás como una puñetera cabra —le dijo uno de los soldados. Zhyte nunca descubrió quién había sido.

—¡Estamos dentro! —gritó Singis por el comunicador.

—¡En marcha, por pares de escuadra! —ordenó Zhyte—. ¡Vamos!

Ibram Gaunt fue el primero en salir, el primero en descolgarse por las cuerdas. La

cúpula secundaria de Cirenholm estaba debajo. Una enorme nube de humo repleta de luz y de fuego palpitaba en el cielo nocturno por detrás de la silueta mucho mayor de la cúpula primaria. El ataque de los urdeshitas se había topado con una defensa feroz.

Gaunt llegó a la zona de aterrizaje sin problemas, y se alejó inmediatamente de la cuerda mientras más soldados descendían por ella. Los disparos láser comenzaron a buscarles procedentes de una posición superior, más arriba de la curva de la cúpula. Los Tanith estaban desplegándose, tal como les habían ordenado, en una amplia zona balconada que rodeaba por completo la zona más ancha de la circunferencia de la cúpula. Le llegó por el comunicador un breve informe que anunciaba que tanto la escuadra de Corbec como la de Mkoll también estaban en la balconada, a unos cien metros de ellos.

Los soldados Caober y Wersun estaban situados justo a la espalda de Gaunt. Les indicó que se dirigieran hacia la derecha y que se prepararan para efectuar fuego de cobertura. Pudo ver la nave de desembarco del sargento Burone acercarse por delante de él, y abrirse sus compuertas justo cuando llegó a la balconada. Pudo sentir incluso a través de la semirrigida tela de la máscara antigás cómo retumbaba el aire por los retrorreactores del aparato.

—¡Contacto! —dijo una voz por el comunicador.

Era el sargento Varl, desplegado en algún punto situado a su espalda. Un gran despliegue de disparos láser apareció iluminando la noche a unos doscientos metros al este, centelleando a lo largo de la balconada.

Gaunt vio unas siluetas por delante de él, unos hombres armados que salían corriendo a la balconada. Eran sombras, pero sabía que no eran de los suyos.

Su pistola bólter rugió.

—¡Vamos! —gritó—. ¡A por ellos!

La escuadra de Varl había bajado en mitad de un tiroteo. La unidad de Kolea estaba bajando a su derecha, y la de Obel en algún sitio a su espalda.

Varl avanzó agazapado, disparando su rifle unas cuantas veces sin apuntar. El enemigo se había atrincherado alrededor de una de las portillas principales de acceso desde la balconada al interior de la cúpula. Estaban parapetados detrás de tablones de madera y sacos de arena.

Los Tanith siguieron avanzando utilizando las plantas ornamentales y los biombos como cobertura sin dejar de disparar contra la entrada. Varl vio que Ifvan y Jaijo trepaban hasta un pasillo elevado y echaban a correr para conseguir unas buenas posiciones de tiro.

Se agachó detrás de un helecho que llevaba mucho tiempo muerto y corroído por la lluvia ácida, y se puso a disparar de modo sostenido contra una sección de madera del parapeto. Otros cinco soldados, también a cubierto, se unieron a él y todos los disparos que efectuaron entre ellos hicieron saltar en pedazos la tablazón. Unos cuantos cuerpos se desplomaron detrás de la madera.

—¡Un lanzallamas! ¡Necesito un lanzallamas! —gritó Varl por el comunicador—.

¿Dónde demonios está Brostin?

A medio kilómetro al este de Gaunt, las unidades de Rawne estaban cayendo justo sobre la peor resistencia mostrada por el enemigo en la cúpula secundaria. Una docena de hombres habían sido abatidos por disparos en las cuerdas antes de que les diera tiempo a llegar a la superficie elegida. La nave de desembarco 2P había sufrido numerosos impactos en la panza del fuselaje y se alejó arrastrando hileras de hombres con ella.

Había tropas enemigas incluso en la propia balconada y disparaban contra los transportes de tropas mientras estos se acercaban. Y había al menos cuatro nidos de ametralladoras cuádruples que salían de unas ventanas un poco más arriba de la superficie de la cúpula.

Rawne se paró en la compuerta de su nave.

—¿Señor? —le preguntó Feygor, que estaba justo a su espalda.

—Ni por Feth vamos a bajar ahí —dijo Rawne con un tono de voz cortante.

Los disparos láser pasaban en vertical al lado de la compuerta.

—¡Cargas! ¡Dadme cargas! —dijo Rawne girándose hacia el interior.

Feygor recorrió la fila de la escuadra con una pequeña mochila abierta, haciendo que todos los hombres metieran una carga de demolición dentro. Cuando ya estaba lo bastante llena, hizo que la pasaran de vuelta a Rawne.

—¡Piloto a jefe de escuadra! ¿Por qué no salen? ¡No podemos quedamos aquí para siempre!

—¡Por Feth que pueden! ¡Hágalo! —respondió a gritos Rawne por el comunicador.

—¡Tengo otras naves esperando a que me vaya, y aquí somos un blanco perfecto! —le contestó la voz del piloto en tono de queja.

—Me partes el corazón —replicó Rawne mientras arrancaba el seguro del detonador de la última carga de demolición, la dejaba caer en la bolsa y la arrojaba por la compuerta—. No hagas que vaya a la cabina y te parta el tuyo también, imbécil de mierda.

La mochila cayó justo en medio de las tropas enemigas que les estaban disparando desde la balconada. Rawne lo vio con toda claridad. Cuando estalló, lanzó una bola de fuego circular que arrasó cincuenta metros a su alrededor.

Rawne trabó su gancho de descenso en la cuerda.

—Ahora podemos irnos —fue lo único que dijo.

La nave 2K se había acercado demasiado deprisa a las naves de desembarco detenidas por la maniobra de Rawne. El piloto se dio cuenta demasiado tarde de que el resto de la línea estaba suspendida e inmóvil, y tuvo que virar bruscamente para no

chocar con ella. En la parte trasera, las filas de Fantasmas fueron lanzadas a un lado. El soldado Nehn, que estaba agachado al lado de la compuerta abierta como hombre en punta, salió despedido hacia fuera, pero logró agarrarse en el último momento a la cuerda. El impulso le hizo estrellarse como un péndulo contra el fuselaje de la nave, pero consiguió mantenerse colgado de la cuerda a pesar de que se había quedado sin respiración por el golpe.

El piloto de la 2K intentó no chocar con las demás naves y realizó un viraje amplio. Los soldados del compartimento de carga, furiosos y confundidos, acababan de ponerse en pie cuando la nave se estremeció y les hizo caer de nuevo. Se habían puesto al alcance de las armas de la defensa enemiga, y dos misiles habían estallado contra su flanco.

La nave estaba en llamas. Domor, el oficial al mando, les gritó a los hombres que se mantuvieran tranquilos. Bonin y Milo intentaban volver a meter dentro del aparato a Nehn.

—¡Tenemos que bajar! —gritó alguien.

—¡No tenemos dónde bajar! —replicó Domor.

—¡Nos hemos pasado de largo! —aulló Haller, el jefe de la otra escuadra.

Domor se agarró a una cincha de cuero unida al techo y se mantuvo como pudo allí mientras la cuerda con el gancho de descenso, su pesada mochila de cadera y su rifle láser al hombro le golpeaban repetidamente el cuerpo siguiendo el compás de la bamboleante aeronave. El soldado Guthrie estaba tirado en el suelo, y un reguero de sangre comenzaba a llenarle la máscara antigás por un corte que había sufrido al golpearse la cabeza contra un asiento en la primera gran sacudida que dio la nave.

—¡Médico! ¡Aquí! —gritó Domor, y luego pasó por encima de varios hombres que seguían en el suelo para llegar hasta la compuerta abierta. Milo y Bonin acababan de lograr meter a Nehn en la nave.

Domor echó un vistazo fuera. Su aeronave, de la que escapaban varias lenguas de fuego de algún punto de su panza, avanzaba lentamente por encima de las desiguales y grasientas placas del tejado de la cúpula secundaria. Ya se habían pasado de largo unos trescientos metros desde su zona de aterrizaje. Domor miró hacia atrás, a las oleadas de naves de desembarco de Tanith que llegaban y dejaban caer sus cuerdas hacia la luz intermitente de los disparos. El comunicador de Domor estaba repleto con el restallido de voces procedentes de las tropas asaltantes. Reconoció las voces, los códigos de despliegue, las señales, pero todo sonaba cada vez más débilmente, más alejado, como una fiesta de la que se estuviera marchando demasiado pronto. La curvatura de la cúpula estaba cortando las transmisiones.

Se habían pasado de largo. Habían tenido su oportunidad y la habían perdido. No podían volver, no había forma de regresar a través de las líneas ya desplegadas. Se habían pasado de largo y seguían haciéndolo por encima de la cúpula que era su objetivo.

En semejantes circunstancias, las órdenes eran muy claras: abortar el descenso,

salir por el rumbo magnético 1:03:04 y regresar al dirigible base. Eso es, chicos. Buen intento, pero no, gracias. Volved a casa y mejor suerte la próxima vez.

Pero abortar el descenso no era una opción en aquel caso. Domor sacó la cabeza. Estaba claro que les habían dado en uno de los tubos de combustible y la nave estaba en llamas.

Y por el modo en que esta se balanceaba de un lado a otro, era evidente que el piloto había perdido buena parte del control del aparato.

Nunca lograrían regresar al dirigible. Ni en un millón de años.

Incluso si tuvieran una oportunidad de hacerlo, y Domor estaba segurísimo de que no era así, una retirada a aquella altitud y a aquella velocidad de tortuga les haría pasar por delante de los cañones principales de la cúpula convertidos en un objetivo grande, lento y marcado por el fuego, listo para ser derribado.

Estaban muertos.

Varl se agachó. Unos grandes trozos de piedra y varios fragmentos de plastiacero salieron despedidos de la arcada que se abría por encima de su cabeza. Al otro lado del pasillo, alguien era el orgulloso propietario de un cañón automático pesado.

Habían roto el anillo exterior de defensa y logrado entrar por una de las compuertas principales que daban a la balconada de la cúpula secundaria. Su escuadra había sido la primera en entrar, aunque, por lo que se oía por los comunicadores, Rawne estaba avanzando por el borde de la cúpula.

La compuerta por la que se habían abierto paso daba a un vestíbulo recubierto de sillería pulida y adornado con pilares angulosos. El suelo estaba cubierto de cascotes y de polvo, y de cuerpos de enemigos muertos.

Varl sabía que se enfrentaban a las tropas del famoso Pacto Sangriento. Había prestado mucha atención en las reuniones de planificación del ataque. Los del Pacto Sangriento no eran unos fanáticos descerebrados. Eran militares profesionales que habían jurado servir en las filas del Caos. Sólo con fijarse en la feroz y bien organizada resistencia se podía adivinar que eran soldados bien entrenados.

Mantenían su dominio sobre el vestíbulo con una superioridad nacida de los libros de texto militares: armas de apoyo ligero que bloqueaban el pasillo principal y acribillaban la entrada de la compuerta con ráfagas medidas y cerradas.

Varl corrió hacia el pilar más próximo, y se dio cuenta desesperado de cómo una ráfaga arrancaba un buen trozo de su superficie de piedra.

Los fragmentos de piedra producidos por los disparos saltaron en todas direcciones. Varl se irguió.

—¡Brostin! —gritó por el comunicador.

El lanzallamas les había permitido pasar por aquella brecha en la defensa. Si lograban que Brostin avanzara un poco más a lo largo del vestíbulo, era posible que pudieran tomar la siguiente galería.

Los disparos láser y de proyectiles sólidos pasaron zumbando y silbando a su lado. Varl pudo divisar a Brostin, a cubierto, a tres pilares de distancia.

Varl asomó un poco la cabeza y recibió un impacto en el hombro que le hizo caer de espaldas. Se arrastró para ponerse de nuevo a cubierto y se puso a palmear el agujero humeante de su uniforme. Su hombro artificial, pesado y metálico, había absorbido el disparo.

—¡Nueve, aquí seis!

—¡Seis, aquí nueve! —respondió Kolea.

—Nueve, ¿dónde estás?

¡Malditas máscaras antigás! Varl no podía ver una mierda.

—Detrás de ti, al otro lado —contestó Kolea.

Varl dio la vuelta sobre sí mismo sin dejar de seguir agazapado y distinguió la figura del gran verghastita, agachado a su vez detrás de un pilar a su derecha, junto a dos soldados de su escuadra.

Los disparos de cañón automático reverberaban en el aire y llenaban la atmósfera de polvo y esquirlas de piedras. A pesar de llevar puesta la máscara antigás, Varl pudo distinguir el sonido de la lluvia de casquillos vacíos que caían sobre el suelo de mármol. Varl se puso de rodillas y comenzó a preparar una carga de demolición.

Oyó un repentino aumento en el ritmo de fuego enemigo, y el suelo entre los pilares quedó marcado por los pequeños cráteres de los proyectiles de gran calibre. Varl levantó la mirada y vio, incrédulo, que Kolea había logrado correr hasta situarse casi al lado del enemigo, y que en ese momento se encontraba al otro lado, dos pilares por delante de él. Kolea se quedó pegado al pilar acribillado y lanzó una granada por encima de su hombro.

La onda expansiva hizo llegar llamas hasta ellos. Varl se puso en pie de un salto y atravesó el humo a la carrera, agazapándose en un pilar situado justo por delante de Kolea. Al verlo, el verghastita salió y se puso a la misma altura, y después avanzó hasta colocarse uno por delante.

Era igual que alguna clase de competición absurda, como uno de los juegos insensatos y arriesgados a los que Varl había jugado cuando era joven. Aquello no representaba ninguna habilidad. No había táctica, ni destreza de combate. Aquello sólo era cuestión de pelotas. Meterse de lleno en el tiroteo, pasar de las balas, mandarlo todo al diablo y desafiarle. Estaban avanzando sencillamente por simple bravura, y tan sólo por pura suerte no les habían dado a ninguno de los dos.

Kolea miró hacia atrás, hacia Varl.

Desafíos insensatos y arriesgados. Las balas silbaban por todos lados.

Varl salió a la carrera, esquivó una ráfaga que se le acercó acribillando el suelo y luego forzó un poco más su ya escasa reserva de suerte para poder tirarse de cabeza detrás del pilar más cercano. Pudo sentir cómo la piedra se estremecía contra su espalda al recibir los proyectiles de cañón automático al otro lado del pilar.

Desafíos insensatos y arriesgados. Puñeteros desafíos insensatos y arriesgados.

Pero ya había sido más que suficiente. El Emperador, que siempre los protegía, los había ayudado hasta ese momento, pero se había acabado. Dar otro paso sería un suicidio. Varl sabía que la suerte era la mejor amiga de un soldado. Se mantendría a tu lado, pero también era caprichosa, y odiaba que le pidieran favores.

—Nueve, aquí seis. Mantente a cubierto. Creo que puedo…

Los disparos de cañón automático resonaron con fuerza de nuevo y acribillaron la pared. Kolea acababa de echar una alocada carrera por el lado de la pared de los pilares de aquella parte del vestíbulo y se había puesto a salvo detrás de un pilar, diez metros más adelante.

—¡Nueve!

—¡Dime, seis!

—¡Estás como una puñetera cabra!

—Pero está funcionando, ¿verdad?

—¡Pero no debería estar funcionando, y no lo seguirá haciendo si lo intentamos otra vez!

—¿Te estás quedando dormido, Tanith?

—¡Que te den por el culo, Kolea!

De todos los Fantasmas, Varl y Kolea representaban los mejores aspectos de la rivalidad entre los nativos de Tanith y los de Verghast. Había unos cuantos en ambos bandos que manifestaban los resentimientos más despreciables, los prejuicios o sencillamente las enemistades raciales, que eran lo peor de la situación. El sargento Varl y el sargento Kolea habían sido amigos casi desde el principio, pero su amistad había nacido de una rivalidad. Cada uno de ellos era un excelente soldado, popular entre los hombres de su escuadra. Cada uno de ellos mantenía una buena relación con Gaunt.

Y cada uno de ellos estaba al mando de una sección considerada por todos como buena, sólida y de segundo nivel.

No era una distinción formal u oficial. Era tan sólo que se daba por sentado que un puñado de pelotones formaban la élite del regimiento: los exploradores de Mkoll, la banda inmisericorde de Rawne, la entregada unidad de Corbec, la extremadamente entrenada y disciplinada escuadra de Bray y el valeroso y decidido grupo reunido y entrenado por Soric. Eran los mejores, los «cinco del frente» como los llamaban a menudo. Tanto Kolea como Varl deseaban elevar el rango de sus escuadras hasta aquel nivel ilustre. Estaba muy bien eso de ser considerados parte de la sólida y necesaria espina dorsal del regimiento, pero aquello no era suficiente para ninguno de ellos.

Aquella rivalidad aparecía en los combates. No les había ayudado el hecho de perderse la batalla épica que tuvo lugar en el santuario de Hagia. En aquella ocasión habían formado la retaguardia, y lo habían hecho bien, pero no habían estado en el lugar adecuado para compartir la gloria del gran combate. Para mostrar su valía.

Así que todo había acabado en aquellos desafíos insensatos. Estúpidos desafíos

propios de capullos descerebrados que desafiaban a la suerte, al destino y a las demás monstruosidades del firmamento cósmico a que convirtieran un héroe ganador en otro cadáver perdedor.

Varl había ascendido desde las filas de reclutas. Se había ganado sus galones, y no los había recibido como Kolea, a modo de compensación por ser el héroe de una milicia improvisada.

Pero ya había sido más que suficiente.

—¡Nueve, se acabó! ¡Se acabó! ¿Me oyes?

—Te estás rajando, seis —le contestó Kolea.

—Kolea, necesitamos traer un lanzallamas…

—Haz lo que quieras. Yo voy a seguir avanzando…

—¡Nueve!

Varl sacó la cabeza y vio una riada de disparos láser y proyectiles trazadores iluminar todo el pasillo, y a Kolea que avanzaba, de alguna manera, de modo imposible, vivo en mitad de aquella tormenta de fuego. Distinguió miles de impactos individuales que levantaban polvo, suciedad y hormigón que salían despedidos de los agujeros que se abrían en las paredes, en el suelo y en el techo.

Kolea siguió corriendo. Había perdido a su esposa en la colmena Vervun, y también creyó que había perdido a sus hijos. Alguna clase de broma cruel del destino les había permitido sobrevivir y acabar al cuidado de la soldado Tona Criid y de su devoto compañero sentimental de Tanith, Caffran.

Cruel no era la palabra. Era mucho más que cruel. Iba más allá de la crueldad. Había descubierto lo ocurrido en Hagia, y el dolor había sellado sus labios. Sus hijos, Dalin y Yoncy, ya habían sufrido demasiado. Creyeron que sus padres habían muerto y descubrieron unos nuevos en las figuras de Criid y Caffran. Kolea decidió no estropear su nueva vida.

Había evitado encontrarse con ellos. Se había mantenido alejado. Nadie había descubierto la verdad excepto la cirujana Curth, en quien él confiaba.

Era mejor así. Le liberaba.

Le liberaba para poder combatir y morir y servir al Emperador.

Kolea se lanzó de cabeza hacia la lluvia de disparos. Era un individuo grande que había trabajado durante mucho tiempo en las minas de Verghast. Era una persona ceñuda, sin demasiado sentido del humor y bastante fuerte. Debería haber sido un objetivo enorme, pero por alguna razón, de algún modo, los disparos enemigos no conseguían acertarle. Los proyectiles rasgaban el aire a su alrededor, arrancaban chispas de los pilares, hacían saltar esquirlas del suelo.

Siguió vivo.

Pensó en tirarse de cabeza a algún sitio para ponerse a cubierto, pero estaba tan cerca que ya no parecía importar.

Kolea se abalanzó sobre la posición enemiga desde uno de los lados, saltó la herradura protectora formada por sacos de arena y abatió de sendos disparos a los

artilleros.

Un tercero le atacó por su izquierda, y la bayoneta de Kolea atravesó su frente con un crujido.

Aquellos animales pertenecían al Pacto Sangriento. Llevaban puestos unos uniformes antiguos, pero bien conservados, con placas de armadura, y habían teñido el conjunto de color rojo oscuro. Las cintas de munición y las cartucheras con los cargadores estaban aseguradas con una malla de nailon negra; se protegían la cabeza con unos cascos de acero con forma de cuenco, también de color carmesí, con unos visores de protección moldeados con aspecto de rostro sonriente y nariz ganchuda. En sus pechos y mangas relucían las insignias del Caos.

Más soldados del Pacto Sangriento se abalanzaron sobre Kolea pensando que les estaba atacando un gran número de asaltantes. Sus siluetas de uniformes rojos salieron despedidas retorciéndose cuando Varl cargó contra ellos disparando su rifle láser en fuego automático y gritando el nombre de sus hermanas, de su padre, de su madre y de su granja natal.

Raflon, Nour y Brostin aparecieron justo a su espalda. Raflon efectuó un disparo soberbio que reventó el cráneo de un soldado del Pacto Sangriento que asomó la cabeza al salir de su cobertura detrás del marco de una puerta.

Brostin arrasó el resto de la estancia que se abría por delante con una llamarada de promethium. Algo estalló. Dos soldados del Pacto Sangriento aparecieron en el pasillo principal con sus uniformes rojos envueltos en llamas y con las placas de armadura desprendiéndose de sus mangas ardiendo.

Varl y Kolea le dieron la vuelta al pesado cañón automático sobre su trípode sin intercambiar ni una sola palabra y acribillaron el corredor. Varl disparó el arma, con las manos apretadas alrededor de la horquilla de tiro, mientras Kolea le suministraba las cintas de proyectiles sacadas de unas cajas de munición baqueteadas por el uso.

El viejo cañón tenía una tremenda potencia de fuego.

Varl lo sabía. Un minuto antes, él mismo se había tenido que enfrentar a ella.

Una ráfaga de fuego pesado de apoyo surgió a su derecha. Bragg se había colocado a su altura y se había puesto a disparar su cañón automático desde la cadera mientras su cargador, Caill, se esforzaba por suministrarle cargadores circulares de un modo constante.

—¡Vamos! ¡Adentro! —gritó Kolea.

Nour y Bragg, junto a Caill, Raflon, Hwlan, Brostin, Brehenden, Vril y Mkvan, además de una docena de soldados más, pasaron corriendo a su lado para entrar en la siguiente sala interior, disparando y cubriéndose.

Varl dejó a un lado el cañón automático y se encaró con Kolea.

—Gol, estás loco.

—¿Loco? La guerra es una locura. Los hicimos huir, ¿verdad?

—Tú los hiciste huir. Estás loco. Chiflado. Majara.

—Lo que tú digas.

Recogieron sus rifles láser y siguieron a los hombres en punta.

—Cuando le diga a Gaunt lo que has hecho… —empezó a decir Varl.

—No. Por favor, no lo hagas.

Kolea lo miró fijamente, y Varl pudo ver sus ojos, oscuros y serios, a través de los visores empañados de su máscara antigás.

—No lo hagas.

—Tenemos que bajar. Ahora —dijo Domor.

La nave 2K volvió a estremecerse cuando otro proyectil impactó contra ella.

—¿Bajar? —le replicó el sargento Haller horrorizado.

—Tú cállate y hazlo o moriremos.

—¿A la cúpula?

—¡Sí, a la cúpula!

—¡Pero nos hemos pasado de largo la zona de aterrizaje! ¡Deberíamos…!

—¿Qué deberíamos? —lo cortó Domor en seco mientras se giraba para mirarlo directamente a los ojos—. ¿Abortar el descenso? Arriésgate si quieres, verghastita, pero no creo que…

—¡Perdemos velocidad! —le interrumpió Milo.

—¡Los motores están fallando! ¡No logro que se mantenga en el aire! —les dijo el piloto desde la cabina.

—¡Vamos! —gritó Domor.

Haller estaba en una de las compuertas, y Nehn y Bonin en la otra. La nave de desembarco en llamas se cernía sobre la cúpula, envuelta ya en la oscuridad, ya que su curvatura tapaba el resplandor del combate principal. No podían ver absolutamente nada. Era perfectamente posible que estuviesen más allá del borde de la cúpula y ellos no lo sabrían. La noche era un todo negro sin ningún elemento sólido.

—Tenemos que… —empezó a decir Domor.

A la comandante Bree Jagdea le pareció que el combate ocurría muy muy lejos de allí, en otro planeta. Los resplandores y los estallidos iluminaban el cielo nocturno a su derecha, pero muy muy lejos de allí.

Estaba tumbada de espaldas sobre la superficie de metal curvada de una de las cúpulas de habitáculos de Cirenholm, la secundaria, según calculó. Hacía frío, y el helado viento cruzado de aquella noche la hacía estremecerse. Se había roto un brazo y bastantes costillas al eyectarse de la aeronave y caer sobre la cúpula. Su traje de vuelo estaba rasgado.

Su paracaídas flotador apenas había tenido tiempo de inflarse después de que ella hiciera salir disparado el asiento de piloto de su aeronave, ya derribada. La cúpula se había acercado a toda velocidad hasta chocar contra ella con fuerza.

Y allí, suponía ella, permanecería hasta que la escarcha de medianoche la convirtiera en una frágil pieza más de la decoración del tejado de la cúpula.

Cuando Jagdea vio la nave de desembarco, esta ya se encontraba ardiendo y volaba a baja altitud hacia donde ella estaba, arrojando llamas y restos, alejándose, dañada, del combate principal.

Vio que sus compuertas laterales estaban abiertas, y vio siluetas al lado de las compuertas: hombres a punto de bajar por las cuerdas.

Se iban a pasar de largo. Se iban a pasar de largo, más allá del borde de la cúpula, hacia la Escaldadura.

No pensó. Pegó un tirón del asa de un pequeño contenedor que estaba incorporado a su flotador paracaídas e iluminó con una llamarada incandescente el tejado de la cúpula a su alrededor.

—¡Aquí! —gritó moviendo su brazo bueno, como alguien que necesitara ser rescatado—. ¡Aquí!

En realidad, era ella la que estaba efectuando el rescate.

—¡Feth! ¡Acabo de ver una zona de aterrizaje! —gritó Bonin.

—¿Qué? —le dijo Haller levantando su máscara para ver mejor.

—¡Sargento, allí! —le indicó con un dedo Bonin.

—¡Vira a babor! ¡A babor! —le gritó Domor al piloto por el comunicador.

La nave 2K giró a la izquierda, hacia arriba y a un lado de la cúpula secundaria, un hemisferio a oscuras situado bajo ella. Distinguieron un resplandor casi fluorescente en la superficie de la cúpula, un centelleo que comenzaba a desaparecer.

Los hombres descendieron por las cuerdas. Milo encabezó la escuadra al salir por la escotilla. Su gancho siseó a lo largo de la cuerda mientras bajaba hasta que chocó contra el tejado curvado y se cayó. Domor lo siguió, y a continuación lo hicieron Bonin y Ezlan.

Haller salió por el lado de estribor, seguido de Vadim, Reggo y Nirriam.

Los hombres cayeron con un ruido sordo sobre el tejado, intentando encontrar un asidero de forma desesperada para no caerse resbalando hacia la oscuridad que les aguardaba. Veinte hombres abajo, veinticinco, treinta. Treinta y cinco.

Los motores del vehículo de descenso fallaron por completo. Domor, pegado a la curva de los paneles del tejado únicamente con la tripa, oyó gritar al piloto y miró hacia atrás. El aparato simplemente se desplomó desde el cielo y se estrelló contra el tejado, aplastando a media docena de hombres que todavía estaban colgando de las cuerdas.

Y luego comenzó a deslizarse hacia abajo.



TRES

Un chirrido tremendamente desagradable, de metal contra metal, seguido de un fuerte crujido, llenó el aire. Todavía quedaban al menos unos veinte hombres descolgándose por las cuerdas, y los ganchos de descenso se inmovilizaron sobre esas cuerdas cuando estas quedaron lacias de forma repentina. Los hombres se quedaron enredados, y se vieron arrastrados. Domor, Nehn y Milo se levantaron con esfuerzo y vieron cómo la nave envuelta en llamas se deslizaba lentamente entre chirridos por la curva de la cúpula, tirando de los guardias imperiales atrapados.

El piloto todavía estaba gritando.

—¡Cortad las cuerdas! ¡Cortad las malditas cuerdas! —gritó Domor.

Bonin cortó la cuerda que le retenía con su cuchillo de Tanith, y se vio libre de repente. Rodó sobre sí mismo y logró agarrarse a un saliente helado del tejado. Ocho de los soldados de la escuadra de Haller también consiguieron cortar las cuerdas en las que estaban enredados. Ezlan perdió su cuchillo, sin embargo fue capaz de salir de la trampa que lo envolvía.

En cuanto el cuchillo la cortó, la cuerda de descenso de Dremmond salió disparada al separarse del gancho ya que estaba demasiado tensa. El golpe del cable lo dejó tumbado sobre el tejado con un largo y profundo corte en el cuello.

Otros seis hombres de Haller y nueve más de Domor lograron liberarse con sus cuchillos de las cuerdas que les estaban llevando a la muerte y se agarraron a los paneles del tejado.

En ese momento, la nave de desembarco cayó por el borde de la cúpula con todo su enorme peso, arrastrando consigo hileras de hombres que gritaban.

Silencio.

Milo se puso en pie con cierta inseguridad. De repente, todo estaba muy oscuro y hacía mucho frío. El tejado acanalado estaba resbaladizo debido a la escarcha. La única luz que había procedía de los restos ardientes esparcidos por la inclinada superficie del tejado y del brillo de la batalla de la que se habían alejado. A pesar de las siluetas que lo rodeaban e intentaban ponerse en pie, se sintió tremendamente solo. Lo cierto es que eran náufragos arrojados sobre una cima montañosa en mitad de la noche.

—¡Pasad lista! —tartamudeó Domor a través del comunicador.

Uno por uno, sin orden ni concierto alguno, los supervivientes dijeron su número de identificación. Quince hombres de la escuadra de Domor habían sobrevivido. De la escuadra de Haller, sólo catorce. Los soldados comenzaron a congregarse sobre una zona llana detrás de una antena de comunicación que sobresalía del tejado de la cúpula como una espina corroída. Todo el mundo caminaba con cierta inseguridad, y se produjeron algunos resbalones que paralizaban los corazones.

Ezlan y Bonin se unieron al grupo llevando entre los dos a una piloto herida. Se llamaba Jagdea. Su Lightning había sido derribado y se había eyectado para acabar en el tejado. Había sido ella quien había encendido la bengala que les había guiado hasta allí.

Tenía un brazo roto y estaba empezando a entrar en estado de *shock*, por lo que apenas oyó los agradecimientos murmurados por los guardias.

Milo miró rápidamente a su alrededor al oír un golpe sordo. Dremmond, herido y cargando con el peso del lanzallamas, se había levantado, pero había resbalado de forma casi inmediata sobre la superficie helada. Había caído pesadamente, y en ese instante comenzaba a deslizarse, de un modo lento pero continuo, por la curva de la cúpula.

—¡Feth! ¡Oh, Feth! —logró articular. Sus manos enguantadas arañaban frenéticamente la superficie de plastiacero y metal en un intento de agarrase a algo.

Milo se puso en movimiento. Dremmond ya había pasado de largo al lado de dos soldados que, o bien estaban demasiado aturdidos para hacer nada, o bien se daban cuenta de lo insegura que era su propia situación sobre el hielo. El gancho de anclaje de Dremmond oscilaba de un lado a otro, y junto a los depósitos de promethium, arañaban, chirriando, el tejado de metal.

Milo avanzó cuidadosamente hacia él. Oyó cómo varias voces le gritaban. Perdió pie y aterrizó sobre su trasero.

También él comenzó a deslizarse. Incapaz de detenerse, chocó contra Dremmond, quien se agarró a él, y siguieron deslizándose juntos. Más y más rápidamente.

El borde del tejado se acercó de forma ominosa. Milo pudo distinguir las marcas chamuscadas que había dejado el peso de la nave de desembarco al pasar por allí

mismo momentos antes.

Se detuvieron de repente. Milo, que estaba respirando trabajosamente, se dio cuenta de que la correa de su rifle láser se había enganchado a un remache oxidado que sobresalía de una de las placas del tejado. Dremmond siguió agarrado a él. La cincha de tela sintética comenzó a estirarse y a deshilacharse.

Algo pesado bajó golpeteando por la helada superficie del tejado hasta llegar a su lado. Era un cabo recuperado de una de las cuerdas de descenso cuyo extremo se perdía en la oscuridad, más arriba.

—¡Agarradla! —oyó decir Milo a una voz desde el otro extremo.

La rodeó con sus manos, y al levantar la mirada vio a un soldado descender poco a poco hacia ellos. Era el verghastita Vadim. Distinguió a un grupo de sombras algo más arriba: Bonin, Haller, Domor y bastantes más que estaban asegurando el otro extremo de la cuerda alrededor de la antena de comunicaciones.

Vadim llegó hasta ellos.

—Así y así —les dijo mientras les mostraba cómo enrollar la cuerda alrededor de la mano para que no se les escapara—. ¿Estáis bien agarrados?

—Sí —le contestó Milo.

Para asombro de Milo, Vadim continuó bajando por la cuerda más allá de donde estaban ellos, llegando hasta el mismo borde del tejado. El intercambiador de aire situado en la parte posterior de la máscara antigás lanzaba nubes de vaho y cristales de hielo: Vadim se estaba esforzando bastante.

Cuando llegó al borde, se enrolló el extremo de la cuerda alrededor del tobillo, como un acróbata, y luego se tumbó sobre la barriga, de modo que quedó colgando sobre el abismo de cabeza.

—¿Qué demonios está haciendo? —tartamudeó Dremmond.

Milo negó con la cabeza (una respuesta inútil en una persona que llevaba puesta una máscara antigás), pero fue incapaz de articular palabra alguna. Tan sólo podían quedarse allí agarrados y observar.

Vadim comenzó a moverse de nuevo. Se giró hacia arriba y desenrolló la cuerda del tobillo para atársela a la cintura, utilizando el gancho de descenso como seguro. Luego alargó la mano hasta su equipo y sacó un rollo de cable, un cordel de ascensión metálico reforzado que era mucho menos grueso que la cuerda, y que formaba parte del equipo habitual de cualquier guardia imperial. Estuvo unos momentos ocupado en unirlo de manera segura a la cuerda que sus compañeros de arriba tenían agarrada y luego se giró de nuevo hacia abajo.

—¡Sargento, cargue con el peso! ¿Recibido? —dijo de repente por el comunicador.

—Entendido —contestó Haller.

—Aseguraos de que estáis anclados de narices —dijo Vadim.

—Estamos atados a una puñetera antena.

—Bien. Entonces, tirad suavemente pero con fuerza. Contad tres entre cada tirón,

y hacedlo todos a la vez o acabaremos por algún lugar de ahí abajo.

—Entendido.

—Venga.

La cuerda principal se estiró. Milo se dio cuenta de que los estaban arrastrando lentamente hacia arriba, unos pocos centímetros con cada tirón. Se agarró con más fuerza a la cuerda, y las manos de Dremmond se cerraron todavía más sobre él.

—¡Vamos! —les dijo metiéndoles prisa Vadim desde abajo.

Pareció que tardaban una eternidad, pero Milo descubrió de repente que unas manos los agarraban a él y a Dremmond deslizándolos entre el grupo de camaradas que rodeaban la antena donde estaba atada la cuerda.

Cuando bajó la vista para mirar a Vadim, Milo se quedó sorprendido al ver que no subía solo. Arrastraba con él a otras dos personas. Milo se unió inmediatamente a la fila de soldados que los subían con tirones suaves y regulares.

Vadim había encontrado a Seena y a Arilla, las dos mujeres verghastitas encargadas del cañón automático de la escuadra de Haller. La caída de la nave de desembarco las había arrastrado fuera del tejado, pero su cuerda se había partido y se había enganchado a un ventilador situado bajo el borde del tejado. Allí se habían quedado, colgando sobre el abismo. Vadim había oído sus desesperados gritos de auxilio mientras bajaba hacia Milo y Dremmond.

Los Fantasmas tiraron del trío hacia la relativa seguridad del tejado. Vadim se quedó tumbado unos instantes, exhausto. Fayner, el único médico de campo superviviente, comprobó el estado de las mujeres, y luego tapó la fea herida de Dremmond. En las zonas expuestas al aire ya habían comenzado a formarse ampollas.

Los miembros del grupo comenzaron a encender las lámparas de campaña y a comprobar el estado de su equipo y de sus armas. Haller y Domor consultaron sus brújulas de bolsillo y sus visores, observando la enorme curva de la cúpula. Domor le indicó a Bonin que se acercara. Era uno de los mejores exploradores del regimiento, uno de los elegidos de Mkoll.

—¿Qué vamos a hacer? —le preguntó Nehn a Milo.

—¿Descubrir una entrada? —le contestó Milo mientras se encogía de hombros.

—¿Cómo? —preguntó con voz malhumorada Lillo, uno de los soldados veteranos de la colmena Vervun de la escuadra de Haller.

Bonin le oyó y se dio la vuelta. Sostenía en la mano una delgada hoja de papel.

—El Emperador nos ha bendecido. O más bien, ha sido Gaunt. Tengo un mapa.

Allí no había nadie.

Zhyte asomó la cabeza desde donde se encontraba a cubierto, pero el pasillo que se abría por delante de él, un corredor amplio, estaba completamente vacío. Singis confirmó aquello desde el otro extremo.

Zhyte siguió avanzando de un modo cauteloso. La fuerza principal urdeshita llevaba ya una hora sobre el terreno de la cúpula principal y apenas habían avanzado unos trescientos metros desde la zona de aterrizaje. Era cierto que ya estaban dentro de la propia cúpula, pero les había costado tiempo y efectivos. Habían perdido muchos hombres bajo el ataque de los cazas nocturnos enemigos, y luego, muchos muchos más en los feroces combates que habían llevado a cabo para asaltar las compuertas de entrada.

Pero en aquellos momentos, parecía que el enemigo había abandonado la lucha y se había desvanecido.

Zhyte se arrastró sobre los codos y las rodillas hasta donde estaba Singis, quien estaba introduciendo la información en una placa de datos a medida que Gerrishon, el oficial de comunicaciones, le susurraba lo que le indicaban sobre el estado de la situación.

—Déjame verlo —le dijo Zhyte, quitándole la placa de las manos.

Su segundo al mando, Shenko, todavía estaba trabado en un feroz combate a lo largo de la balconada. Zhyte podía oír la tremenda lucha y los disparos procedentes del exterior. Tres grupos, incluido el suyo, habían logrado penetrar en el interior de la cúpula a través de varias compuertas principales, enfrentándose a una fiera resistencia por parte de las infames escuadras del Pacto Sangriento, con el aspecto de pesadilla que les conferían sus uniformes rojos y las sonrientes máscaras de ganchuda nariz. También les habían llegado informes de la gente de Gaunt en la cúpula secundaria y de la de Fazalur en la terciaria, y al parecer, también se habían visto obligados a detenerse, pero a Zhyte aquello no le interesaba demasiado. Su preocupación era la cúpula primaria. Era su objetivo principal, y el Séptimo de Urdesh había recibido aquel honor. Era cuestión de orgullo. Tomarían aquel maldito lugar.

Pero todo había quedado demasiado silencioso. Tan sólo diez minutos antes, aquellas salas de acceso habían sido el escenario de combates brutales, en los que casi se había llegado al cuerpo a cuerpo. Los cadáveres y los daños causados al entorno eran buena prueba de ello.

Y entonces, de repente, los del Pacto Sangriento simplemente habían desaparecido.

—Puede que se hayan replegado. Quizás a unas posiciones defensivas mejores más al interior de la cúpula.

Zhyte asintió, pero lo cierto era que no daba una mierda por aquella idea. Si los del Pacto Sangriento hubiesen querido contenerlos, habían estado en situación de hacerlo desde el principio. Los urdeshitas se habían sacado unos cuantos trucos de la manga, y habían logrado algunas ventajas, pero tampoco había sido mucho. La defensa enemiga había sido excelente y eficaz. No tenía sentido que se marcharan a unas «posiciones defensivas mejores». Singis estaba pensando con el culo.

Zhyte le devolvió la placa a su asistente tirándosela a las manos. Aunque le dolía en su orgullo reconocerlo, todo aquello había sido un desastre desde que había

comenzado. Todos los hombres de su fuerza hubieran podido ser simples manchas en el fondo de la Escaldadura si no hubiese sido por los Lightnings de Fantine, que habían hecho retroceder a los cazas nocturnos enemigos. Tampoco es que se lo fuera a admitir a aquella zorra engreída, la comandante Jagdea. Gracias al apoyo aéreo disponía de una gran parte de sus hombres. Podría haber perdido miles de soldados en vez de centenares.

Y luego aquello. Como si estuvieran jugando con sus tropas de asalto.

Le quitó el micrófono de las manos a Gerrishon.

—¿Belthini? ¿Rhintlemann? ¿Me recibís?

Los oficiales al mando de las otras dos fuerzas que habían logrado entrar contestaron de modo afirmativo inmediatamente.

—No sé qué puñetas está pasando, pero no pienso quedarme aquí tirado toda la noche. Dentro de tres minutos, a partir de ahora, vamos a avanzar. Al menos vamos a hacer que espabilen.

Ambos confirmaron la orden. Se acabó toda aquella tontería, pensó Zhyte mientras cambiaba el cargador de su arma por uno nuevo. Tenía toda una mochila llena de ellos.

—Ve hacia la izquierda —le dijo a Singis—. Llévate los grupos tres y cuatro. El seis y el dos avanzarán conmigo. El primer punto de reunión es aquella compuerta de allí. Quiero asegurarla y que las armas de apoyo estén preparadas para desplegarse a lo largo de esa columnata.

—Sí, señor.

—Y ya que estamos… ¿Kadakedenz?

El oficial de reconocimiento agazapado al lado de Singis levantó la vista.

—¿Señor?

—Escoge seis hombres y entra en esa compuerta lateral. Puede que nos estén esperando para poder disparamos de enfilada.

—¿De enfilada, señor?

—¡Disparamos en el culo por el lado, Kadakedenz!

—No creo que «de enfilada» signifique eso, señor, no en términos técnicos…

—No sé lo que significa «cállate la puñetera boca, imbécil de mierda». Al menos, no técnicamente, pero también lo voy a decir. ¿Puedes reunir un grupo de ayuda y llevártelo de puntillas y de lado para apoyar mi avance, o estás demasiado ocupado manchándote los calzoncillos sin darte cuenta?

—Puedo hacerlo. Sí, señor.

Zhyte miró su cronómetro de pulsera. La manecilla estaba avanzando hacia la aguja estática que había situado allí mientras le daba las órdenes a Belthini y a Rhintlemann.

—Movámonos como si tuviéramos prisa.

El soldado Wersun, que se encontraba en una de las salas laterales del acceso principal a la cúpula secundaria, con su rifle humeante en el frío aire, colocó su último cargador.

—¿El de la última oportunidad? —le preguntó Gaunt mientras se situaba a su lado. Wersun se sobresaltó por la sorpresa.

—Sí, señor. Es el último cargador, señor.

—Utilízalo con cabeza.

Gaunt se acomodó a su lado y sacó a su vez un nuevo cargador curvado para su pistola bólter de la bolsa de munición. Enfundó por el momento su espada de energía.

Por lo que Gaunt sabía, la mayoría de sus hombres se encontraban, como Wersun, con su último cargador en el arma. Si lograba salir de aquello con vida, usaría la espada de energía de Heironymo Sondar para preparar un número de ventriloquia para los Fantasmas, y utilizaría al jefe del Munitorum de Hessenville como muñeco principal.

Gaunt tenía la adrenalina por las nubes. Aquello debería haber sido más fácil. Los del Pacto Sangriento eran extremadamente buenos. Había pasado por un combate en las compuertas exteriores que había sido tan sanguinario y atroz como algunos de los peores de su larga carrera militar.

—¿Caober?

—Señor —contestó el explorador de Tanith, que estaba acuclillado detrás de un montón de vigas caídas del techo.

—¿Ves algo?

—No, señor. Ni una puñetera señal. ¿Adónde se han ido?

Gaunt se recostó contra un bloque de sillería acribillado a balazos. Sí, ¿adónde? Se estaba empezando a ahogar en el interior de la máscara antigás, y el sudor le bajaba a raudales por la espalda.

Beltayn, su hombre de comunicaciones, estaba cerca de él. Gaunt le indicó que se acercara más.

—¿El micrófono, señor?

—No. Enchúfame directamente.

Beltayn sacó desenrollando un pequeño cable de su pesado y potente aparato comunicador y enchufó su clavija en una toma situada a un lado de la máscara antigás de Gaunt. El micrófono de Gaunt adquirió la potencia del comunicador de Beltayn.

—Dos, aquí uno.

—Uno, aquí dos.

—¿Colm? Dime que ves a los malos.

—Ni siquiera un murmullo, jefe —le contestó Corbec por la línea. Su fuerza avanzaba de modo paralelo a la de Gaunt por los pasillos de acceso.

—Tenme informado. Tres, aquí uno.

—Aquí tres —respondió Rawne.

—¿Alguna buena noticia por ahí?

—Negativo. Estamos en la entrada de un túnel de acceso. Cinco cero cinco, si tiene el mapa a mano. ¿Adónde se han ido?

—Estoy abierto a las sugerencias.

—Uno, aquí cuatro.

—Adelante, Mkoll.

—Hemos tomado toda la balconada. Bray, Tamash y Burone se encargan del lado occidental, Soric y Maroy del oriental. Creo que Kolea, Obel y Varl han logrado entrar con sus escuadras por una compuerta al oeste de donde está usted.

—Lo comprobaré. ¿Algún movimiento?

—Todo se quedó tranquilo hace diez minutos, señor.

—No los pierdas de vista, Mkoll.

—Recibido.

—¿Nueve? ¿Seis? ¿Doce?

Kolea, Varl y Obel respondieron de forma casi simultánea.

—¡Aquí todavía tenemos contacto, señor! —dijo Varl de modo apresurado—. Nosotros… ¡Feth!

—¿Seis? ¡Seis, aquí uno!

—¡Uno, aquí seis! Lo siento. Aquí la cosa está que arde. Nos hemos metido en un tiroteo en una antecámara, disponen de fuego pesado y buena cobertura.

—Seis, aquí uno, informe de su posición. ¿Seis?

—Uno, aquí doce —le interrumpió Obel—. Varl se encuentra bajo fuego enemigo. Los chicos de Kolea se acercan para apoyarlos. Nosotros hemos pasado por el acceso 588.

Gaunt hizo un gesto con la mano y Beltayn le pasó la placa del mapa.

Cinco ocho ocho. Benditos fueran Varl, Kolea y Obel. Habían profundizado en las líneas enemigas más que ninguna de las otras unidades de Fantasmas. Y por lo que aparecía en el informe de Beltayn, más que ninguna otra unidad del ejército imperial. Ya estaban casi en los habitáculos principales de la cúpula secundaria. Sin contar las posibles bajas, Gaunt disponía quizá de unos setenta y cinco soldados a casi un kilómetro en el interior de la ciudad.

—Bien —dijo el comisario—. Ellos han marcado el ritmo. Vamos a ponemos a su altura.

La noche ya estaba bastante adelantada, y una dura costra de escarcha se había formado sobre la superficie exterior de la cúpula secundaria de Cirenholm. El aire estaba oscuro y frío, y los cristales de nieve contaminada titilaban.

Los supervivientes de la nave de desembarco 2K caminaban lentamente por la curvatura de la inmensa superestructura, pero su avance se veía entorpecido por las

peligrosas condiciones y por los heridos: la comandante Jagdea, a la que había que transportar; Dremmond, con su hombro machacado; Guthrie, con una herida en la cabeza; Arilla, que se había dislocado un codo cuando la nave se había desplomado contra el tejado.

Bonin se había adelantado, situándose en punta. Todo el vasto tejado crujía porque el frío estaba contrayendo el metal. A veces, las suelas de goma de sus botas se quedaban pegadas al suelo si se quedaban demasiado tiempo inmóviles en el mismo sitio.

El resplandor en el cielo procedente del ataque principal tras la curvatura de la cúpula, parecía haber desaparecido. ¿Habían perdido? ¿Ganado? Lo único que Bonin podía distinguir con claridad eran las columnas de humo que subían desde las cúpulas y la noche inacabable salpicada por las estrellas.

Su madre, que el Dios Emperador tuviera en su gloria y protegiera, siempre le había dicho que había nacido bendecido por alguna estrella. Él estaba seguro de que se lo decía porque su vida había sido difícil desde el principio.

Ya su nacimiento había sido dificultoso, durante una fría primavera, en el condado de Cuhulic, y marcado por señales y portentos muy poco favorables. Las bayas maduraron tarde, los espinos dieron flores blancas sin semillas y los lariseles hibernaron hasta la Vigilia de la Escarcha. Cuando todavía era un bebé, había sufrido toda clase de enfermedades. Más tarde, cuando todavía no había salido de la cuna, un fuego en el bosque había acabado con su hogar en el verano de 745. Todo el condado sufrió por aquel desastre, y la familia Bonin, que eran recolectores de fruta, había sufrido tanto como la que más. Pasaron dos años viviendo en tiendas de campaña mientras su padre y sus tíos reconstruían por completo la granja.

Hasta la edad de ocho años, a Bonin todo el mundo en la familia lo llamaba Mac. A su madre siempre le había dado por el señor solar Macarius, sobre todo porque lo único que había conseguido salvar de su hogar durante el fuego había sido un ejemplar de su Vida. Su madre era muy aficionada a toda clase de signos y señales del destino, aunque a veces se contradecía, y aquello se había convertido en otro portento para ella.

A los ocho años, tal como era costumbre en la mayoría de las familias de Tanith, Bonin fue bautizado y recibió sus verdaderos nombres. Se pensaba que un niño crecía hasta tener los nombres que él o ella necesitarían, y que bautizar de un modo formal a un bebé cuando nacía era algo prematuro. Aquella costumbre no era muy seguida en los tiempos que corrían.

Bonin dejó de pensar en las musarañas y levantó la vista al frío cielo nocturno. La costumbre ya no se seguía en absoluto, se dijo a sí mismo. De todos aquellos billones de puntitos de luz, ninguno era Tanith.

Recordó el día de su bautismo. Bajaron al río una mañana helada de primavera, con el cielo de un color blanquecino sobre los bosques de nal. Iba temblando bajo su túnica bautismal, con sus hermanas mayores abrazándolo para darle calor y que

dejara de llorar.

El sacerdote del pueblo en la orilla.

Su madre, con su mejor vestido, tan orgullosa.

Lo metieron por entero en el raudo y helado río de donde salió llorando, y lo bautizaron como Simen Urvin Macarius Bonin. Simen, por su padre. Urvin por un tío muy carismático que los había ayudado a reconstruir la granja.

Bonin recordaba a su madre, suave, cálida y nerviosa, secándolo después del bautismo en la capilla privada de su hogar, bajo las paredes de madera de nal pintada.

—Has pasado por tanto, que eres afortunado. Afortunado. Alguna estrella te ha bendecido.

Cuál sería, se preguntó Bonin en aquel momento, deteniéndose y mirando a la curvatura de la cúpula mientras la escarcha relucía.

No había sido Tanith, desde luego.

Pero la suerte jamás lo había abandonado. Estaba seguro de que su madre lo había frotado con suerte en estado puro aquel día con la áspera toalla.

Había sobrevivido a la destrucción de Tanith. En Menazoid Epsilon, escapó sin un rasguño cuando un proyectil de concusión vaporizó a los otros tres hombres que estaban en el pozo de tirador con él. En Monthax, vio pasar un rayo láser tan cerca de su cara que pudo sentir su gusto acre. En Verghast, formaba parte del equipo de asalto de Gaunt y de Kolea al Pináculo del Heredero. Perdió su asidero y se cayó durante el ataque. Debería haber muerto. Incluso Gaunt, que lo había visto caer, supuso que era una baja más, y se quedó sorprendido al descubrir que había sobrevivido.

Dieciséis vértebras de su espalda eran de acero compuesto, y tenía un implante potenciador en la pelvis. Pero estaba vivo. Afortunado. Predestinado. Justo como su madre le había dicho siempre. Una señal.

Bendecido por una buena estrella.

Pero a menudo se preguntaba cuánto tiempo brillaría esa estrella.

La superficie bajo sus pies relucía por la humedad, no por la escarcha.

Bonin se agachó y puso la mano sobre la placa del tejado. Pudo sentir el calor incluso a través de su guante.

Delante de ellos, a un cuarto de kilómetro de distancia, se alzaban las chimeneas y los conductos de escape de gas de los condensadores de vapor de Cirenholm. La continua llovizna caliente mantenía descongelada aquella parte del tejado.

Bonin consultó el mapa que Gaunt le había dado. La superestructura de los condensadores era lo único que penetraba el tejado de la cúpula secundaria. Allí existían escotillas de inspección y tubos de ventilación.

Una vía de acceso.

Fuese cual fuese su buena estrella, todavía lo protegía.

El túnel de acceso marcado como 505 en el mapa daba a lo que antaño había sido un

pequeño parque cuidado. Unas lámparas de luz solar y unos procesadores de ambiente colgaban muy por encima, en unas jaulas enganchadas a las vigas del techo de la cúpula. Sin embargo, habían sido desactivadas mucho tiempo atrás, y los setos y los frutales, cuidados y recortados, habían muerto. Los senderos de mosaico estaban cubiertos por una capa de hojas secas y grises. Los árboles de tronco igualmente gris y de ramas quebradizas llenaban el lugar, sombríos como lápidas.

Rawne hizo avanzar a su escuadra hasta entrar en el parque utilizando los árboles como protección. Feygor se dirigió hacia la izquierda al frente de una escuadra, preparado para efectuar fuego de cobertura sobre la fuerza principal. Leyr, el explorador del pelotón, avanzó por el centro. El aire estaba seco y frío.

Tona Criid, a mano derecha de la formación, se sobresaltó de repente y se dio la vuelta, alzando su arma.

—Movimiento a las cuatro en punto —susurró por su microtransmisor.

Rawne levantó una mano, con la palma hacia abajo, y todo el mundo se agachó para ponerse a cubierto. Luego señaló a Criid, a Caffran y a Wheln, cerró la mano y señaló hacia delante con tres dedos.

Los tres soldados se levantaron inmediatamente y corrieron hacia delante, dispersándose, agazapados. Criid se dejó caer detrás de un banco oxidado y Caffran escogió el pedestal de la estatua de un centauro cuyas patas delanteras habían sido arrancadas a balazos. Wheln se colocó junto a un puñado de árboles secos.

Rawne miró a su izquierda y vio a Neskon arrastrarse hacia delante con la manguera de su lanzallamas preparada. Leclan le estaba cubriendo. A la derecha de Rawne, Banda había apoyado ya su rifle láser largo sobre el hueco de una rama baja. Como Criid, Jessi Banda era una de las mujeres verghastitas que se había unido a los Fantasmas. Parecían poseer una experiencia particular en el tema de la puntería, y la tarea de francotirador era una especialidad, dentro del regimiento, en la que había tantos nativos de Tanith como de Verghast. Y tantas mujeres como hombres.

La oposición de Rawne a la presencia de mujeres en el regimiento era tan antigua que ya estaba cogiendo polvo y todo el mundo estaba cansado de oírlo. Jamás puso en duda su capacidad de combate. Tan sólo era que no le gustaba la tirantez que suponía la tensión sexual existente.

Jessi Banda era un buen ejemplo de ello. Era alegre, de vivo ingenio, mordaz; una chica atractiva de cabello corto y rizado con unas curvas que el uniforme de color negro mate no podía ocultar. Había sido tejedora en la colmena Vervun, y después miembro de las guerrillas de la compañía de irregulares de Kolea. Ya era una francotiradora especializada de la Guardia Imperial, y muy, pero que muy buena. La muerte de uno de los francotiradores de Tanith había forzado su incorporación al pelotón de Rawne.

Él pensaba que era un foco de distracción. Pensaba que Criid, la hosca y antigua pandillera, era un foco de distracción. Ambas eran muy atractivas. Intentó no pensar en Nessa, la francotiradora de la unidad de Kolea. Era absolutamente preciosa…

—¿Señor? —le susurró Banda girando su cabeza hacia Rawne. Este pudo ver la sonrisa en los ojos de ella incluso a través de los visores de la máscara antigás de la verghastita.

¡Feth! ¡Ya estamos de nuevo! Rawne se maldijo por distraerse. Quizá no era culpa de ellas. Quizás era culpa suya…

—¿Ves algo? —preguntó.

Ella negó con la cabeza.

—¡Movimiento! —susurró Wheln por el comunicador.

Rawne los vio por un breve instante. Cuatro, quizá cinco soldados enemigos con uniformes de color rojo oscuro, que avanzaban a la carrera por el sendero situado en el extremo a mano derecha del parque.

El rifle láser de Wheln restalló, y los de Criid y Caffran se unieron rápidamente a él y abrieron fuego.

Una de las siluetas se dobló sobre sí misma y se desplomó, y el resto de los disparos se estrellaron contra la pared del parque. Dos de los otros se giraron y comenzaron a disparar hacia el interior del parque. Rawne pudo ver sus máscaras de muecas sonrientes iluminadas por los destellos de los disparos láser.

Oyó una fuerte detonación chasqueante a su derecha. Banda había abierto fuego a su vez, descerrajándole al enemigo uno de los disparos «sobrecargados» propios de la variante de rifle largo utilizada por los francotiradores. Uno de los soldados enemigos que estaba disparando fue arrojado de espaldas contra la pared como si le hubiera golpeado una bola de demolición.

Se produjo un feroz intercambio de disparos a través del borde del parque. Rawne pensó que tenía que haber más de cinco enemigos. No podía ver nada. Avanzó corriendo, zigzagueando entre los árboles. Una rama situada justo a su espalda se partió a la altura de su cabeza y se quedó oscilando hacia delante y hacia atrás, por el impacto, como si fuera el brazo de un metrónomo.

—¡Siete uno, aquí tres!

—¡Señor, siete uno! —respondió Caffran. Rawne pudo distinguir los disparos de trasfondo que resonaban distorsionados por el comunicador.

—¡Informe!

—¡Yo cuento ocho. Cinco en los matojos situados a mis diez, y tres todavía en la puerta! ¡Hemos abatido a otros cuatro!

—¡No puedo verlo! ¡Encárgate tú! —le ordenó Rawne.

Caffran miró a su alrededor desde su posición detrás de la estatua. Fuesen cuales fuesen los defectos del mayor Rawne, y entre ellos se encontraban la falta de sentido del humor, ser inmisericorde, la crueldad y la falsedad, lo cierto es que era un excelente jefe de tropa. En aquella situación, en la que no podía ver nada de nada, le entregaba el mando a Caffran sin dudarlo ni un instante, permitiendo que el joven soldado de primera ordenara el despliegue de los demás. Confiaba en todos ellos. Aquello era más que suficiente como para que se convirtiera en un líder mucho mejor

que cualquiera de los «tipos buenos» que Caffran había visto en su carrera como guardia imperial.

—¡Wheln! ¡Criid! Listos y preparados. A por los de la puerta. ¡Leclan! ¡Osket! ¡Melwid! ¡Concentrad vuestro fuego en esos arbustos! ¡Neskon arriba y adelante!

Oyó una retahila de contestaciones apenas inteligibles. Las ráfagas de disparos láser procedentes de la línea de árboles contra los arbustos del borde del sendero aumentaron de intensidad.

Caffran efectuó unos cuantos disparos más, pero un arma pesada, probablemente una ametralladora, empezó a acribillar su posición, arrancando fragmentos de piedra del pedestal y levantando y esparciendo grandes trozos de hierba seca. Tuvo que echarse atrás cuando uno de los proyectiles rebotados arañó su bota y otro rebotó también, pero en su cuchillo Tanith, dejando una fea marca en el borde afilado con esmero.

—¡Banda! ¿Ves esos paneles en la pared del final?

—Los veo, Caff.

—El quinto empezando por la izquierda, el remache de en medio. Apunta ahí, pero baja el tiro unos cinco metros.

—Ajá…

Se oyó otro fuerte restallido y parte de las ramas de los arbustos desaparecieron al instante cuando el disparo sobrecargado los atravesó. El fuego de ametralladora cesó instantáneamente. Si no lo había matado, al menos era seguro que Banda había desanimado a aquel cabrón.

—¡Pillé a uno! —aulló exultante Melwid mientras tanto.

Criid disparó desde detrás del banco hasta que un trío de disparos a corta distancia destrozaron el respaldo. Se echó sobre la tripa justo a tiempo para ver a dos de los soldados enemigos salir corriendo desde la puerta hacia otro grupo de arbustos cerca del final del sendero. Puso el arma en fuego automático y los acribilló desde su posición tumbada. Uno de ellos dejó caer una granada que estaba a punto de lanzar y el estallido arrojó una lluvia de fino polvo y trozos resecos de tierra hacia el parque.

Rawne ya había logrado acercarse al combate, y se situó entre los troncos muertos de árboles en un flanco del enfrentamiento. Leyr estaba en las proximidades. Sonó un fuerte gorgoteo, y unas grandes llamaradas cubrieron la línea de arbustos cuando Neskon logró llegar a distancia de tiro. Rawne oyó unos breves gritos ahogados y el restallar de la munición que explotaba por el calor.

—¡Huyen! —gritó Leyr.

Rawne se giró y vio a dos figuras uniformadas de rojo cruzar corriendo el sendero e internarse entre la línea de árboles para luego entrar en el propio parque. Se levantó de un salto y echó a correr, saltando por encima de las ramas caídas y lanzando por los aires piedras y hojas secas.

—¡A la izquierda! ¡A la izquierda! —le gritó a Leyr, quien también había echado a correr.

Rawne siguió corriendo. Respirar cuesta trabajo cuando lo haces en el interior de una máscara antigás. Además, correr hacía que la máscara se moviera, lo que dificultaba la visión.

Distinguió un atisbo de color rojo, y disparó, pero sólo descortezó el tronco de un árbol. Leyr también disparó, muy a su izquierda.

Rawne dio la vuelta a un árbol especialmente grueso y se estrelló contra un soldado del Pacto Sangriento que venía en dirección contraria. Ambos salieron despedidos y cayeron al suelo.

El mayor lanzó una maldición y se trabó en combate cuerpo a cuerpo con el guerrero del Caos. El soldado enemigo era grande y fuerte. Su cuerpo y sus brazos parecían duros, como si le hubieran implantado potenciadores. Sus grandes y sucias manos estaban al descubierto y mostraban las cicatrices de unas tremendas y antiguas heridas en las palmas, sufridas sin duda en el ritual del juramento de lealtad a la monstruosidad que era Urlock Gaur.

El individuo repelió el ataque, pateando a Rawne con fuerza y lanzando una ristra de insultos en un lenguaje que el de Tanith no conocía ni tampoco tenía intención de conocer.

Rodaron por el suelo. El arma de Rawne, inmovilizada entre los dos cuerpos, disparó de forma espasmódica. Lo único que Rawne podía ver era la parte delantera de la camisa de su oponente: vieja, deshilachada y manchada o teñida de un color rojo oscuro apagado, como el de la sangre seca. A Rawne se le ocurrió que probablemente era sangre seca.

Rawne consiguió liberar un brazo y le propinó un puñetazo corto pero brutal que alejó de él al salvaje, que profirió un gruñido. Pudo ver por un momento la cara de su oponente: la máscara de hierro, pensada para atemorizar, con forma de rostro de nariz ganchuda y sonrisa feroz, unida mediante unas bisagras a un casco en forma de cuenco cubierto de pintura carmesí descascarillada y de runas horribles pintadas con los dedos.

El soldado del Pacto Sangriento le asestó un cabezazo.

El mayor oyó que algo crujía, y sintió el tremendo impacto y una punzada de intenso dolor en su ojo izquierdo. Su cabeza salió despedida hacia atrás. La nariz ganchuda de la máscara de hierro había atravesado el visor izquierdo de la máscara antigás como un puñal sin filo, había roto el plástico y penetrado profundamente. La cabeza le daba vueltas. No podía ver nada con el ojo izquierdo y sintió cómo la sangre corría por su cara.

Rawne se enfureció y lanzó un gancho contra su enemigo acertándole de lleno en un costado del cuello. Su atacante se desplomó de lado, medio ahogado.

El mayor desenfundó su cuchillo de Tanith, agarró al hombre por el interior de su codo izquierdo para levantarle el brazo hasta un lado de la cabeza y clavó el arma hasta la empuñadura en el sobaco de su enemigo.

El soldado del Caos empezó a estremecerse con fuertes espasmos. Rawne rodó y

se puso de rodillas.

Leyr surgió de los arbustos cercanos.

—El otro está muerto. Se fue de cabeza hacia Feygor. Yo… ¡Feth! ¡Médico!

Leclan era el enfermero del pelotón, uno de los soldados adiestrados en los rudimentos de los primeros auxilios de campo por Dorden y Curth. En cuanto vio a Rawne, revisó el analizador de aire de bronce cosido en un lateral de su equipo.

—El aire está limpio. Estancado, pero limpio. Quitadle la máscara.

Leyr tiró de la máscara de Rawne y Leclan revisó la herida de la cara.

—¡Feth! —murmuró Leyr.

—Cállate la boca, vete a hacer algo útil por ahí —le ordenó Rawne—. ¿Cómo está?

—Parece todo un destrozo, señor, pero creo que sólo es superficial —dijo Leclan mientras sacaba unas pinzas y comenzaba a quitar los fragmentos de plástico que se habían clavado en la cara de Rawne—. Tiene sangre en el ojo por los cortes, y el párpado está rasgado. Aguante, esto escocerá.

Leclan roció la zona con un antiséptico de un envase pulverizador y luego tapó el ojo con una gasa y esparadrapo.

—Entonces, no he perdido el ojo.

—No, señor, pero Dorden deberá echarle un vistazo.

Rawne se puso en pie y metió la máscara por detrás del cinturón. Ya se había hartado de ella de todas maneras. Se agachó para recuperar su cuchillo. Tuvo que retorcerlo para vencer la fuerza de succión de la herida y sacar el arma.

Feygor estaba reuniendo al pelotón. El combate en el sendero se había acabado.

—Los hemos pillado a todos —le informó Caffran.

—¿Alguna baja?

—Sólo usted —le dijo Feygor.

—Podéis quitaros las máscaras si queréis —les dijo Rawne.

Recorrió el sendero a lo largo. Criid, Wheln, Neskon y Melwid estaban examinando los cuerpos.

—Aquí he dejado poco —le dijo Neskon mientras señalaba los arbustos quemados y a los tres cuerpos achicharrados y ennegrecidos—. Creo que llevaban algo con ellos.

Rawne se agachó y echó un vistazo, haciendo caso omiso de la peste a promethium y del hedor dulzón a carne quemada. Se trataba de alguna clase de caja de equipo electrónico, cubierta de restos quemados y chamuscados. Rawne pudo distinguir los cables fundidos y las válvulas rotas en su interior.

—Señor —dijo Feygor en voz baja.

Todo el pelotón se había puesto en tensión al detectar movimiento en la puerta sur, pero sólo eran más Fantasmas: la escuadra del capitán Daur, apoyada por la del cabo Merryn, en la que también iba el comisario Hark.

—Esta zona de parque está asegurada —les informó.

Hark asintió.

—¿Le duele? —le preguntó Daur.

—A veces haces unas preguntas realmente idiotas, verghastita —le respondió con tono seco Rawne, aunque sabía de sobras que el joven y atractivo capitán estaba utilizando su ya famoso ingenio irónico.

—Sus hombres están sin máscara —comentó Hark mientras enfundaba su pistola de plasma.

—A mí no me quedó más remedio. Sin embargo, el aire está limpio.

Hark casi se arrancó la máscara antigás al quitársela.

—Me alegro de poder quitármela de una puñetera vez —dijo mientras intentaba alisar su espeso cabello negro antes de ponerse la gorra. Sonrió a Rawne—. Hemos estado tan ocupados que ni hemos mirado los indicadores.

—Yo tampoco —contestó Rawne—. Vengan y miren esto. Me vendría bien que le echaran…

—¿Una buena ojeada? —le interrumpió Daur. Rawne oyó a Banda y a Criid reírse en voz baja.

—Capitán, por favor, que los hombres se quiten las máscaras —le dijo Hark a Daur. Este asintió y se alejó sonriendo.

—Jodidamente insufrible —expresó Rawne con un gruñido de disgusto mientras guiaba al comisario al otro lado del sendero.

—En la ilustre hermandad de guerreros del Dios Emperador, todos somos de la misma sangre, mayor —le indicó Hark con voz suave.

—¿Se ha sacado eso de alguno de los libros de enseñanza sagrada?

—Ni idea. Me estoy volviendo tan bueno en esto que soy capaz de hacer frases como esas sacándomelas de la manga.

Ambos se echaron a reír. A Rawne le caía bien Hark, probablemente tanto como le disgustaba Daur. Ban Daur, popular, atractivo, eficiente, se coló en la escala de mando superior del regimiento como un virus, colocado allí en términos de igualdad con el propio Rawne gracias a los generosos esfuerzos de Gaunt por integrar a los verghastitas. Hark, por el contrario, se había unido al regimiento a pesar de la oposición de Gaunt. De hecho, su misión original había sido lograr pruebas para degradar a Gaunt y arrebatarle el puesto. Todo el mundo lo odiaba al principio, pero demostró su valía en combate y también ser extremadamente leal al espíritu imperante en el Primero de Tanith. Rawne se alegró cuando Gaunt lo invitó a permanecer en el regimiento con el cargo de comisario para desempeñar la doble función como coronel y comisario.

Rawne había dado la bienvenida a la presencia de Hark en los Fantasmas porque era un hombre duro pero justo. Lo respetaba porque habían arriesgado la vida el uno por el otro en la batalla final librada en el santuario de Hagia.

Y le caía bien porque, teóricamente al menos, era una espina clavada en el costado de Gaunt.

—No te gustan nada de nada los verghastitas, ¿verdad, Rawne? —le preguntó Hark.

—No tiene nada que ver el que me gusten o no me gusten, señor, pero este es el Primero de Tanith —le contestó Rawne, recalcando la palabra «Tanith»—. Aparte de eso, sólo he visto a un puñado de ellos que puedan combatir tan bien o con tanto valor como los de Tanith.

Hark asintió con expresión burlona en dirección a Banda y a Criid.

—Ya veo que, sin embargo, mantienes a los más decorativos en tu pelotón.

Ahora le tocaba a Hark reírse un rato a costa de Rawne, pero por algún motivo, no le importaba. Rawne hubiera tumbado a Daur por un comentario como aquel.

Hark se agachó y estudió atentamente la caja medio fundida.

—¿Por qué nos interesa esto? —inquirió.

—Estaban atravesando el parque. En esa dirección —añadió, indicando el punto hacia el que había estado avanzando su pelotón—. Debe de ser importante porque salieron de su cobertura para trasladarlo.

Hark sacó su cuchillo. Era un arma reglamentaria, una daga de hoja ancha, un pugio con un emblema dorado del aquila imperial. Era la única persona del regimiento que no tenía un cuchillo de combate Tanith. Golpeó levemente el borde de la caja con la empuñadura del pugio.

—¿Un aparato de comunicación?

—No lo creo —comentó Rerval, el oficial de comunicaciones de la escuadra de Rawne.

—Es un generador de energía para una pantalla de vacío.

Todos giraron la vista. Daur se había unido al grupo.

—¿Está seguro, capitán? —le preguntó Hark con un leve tono de duda.

Daur asintió.

—Era oficial de guarnición en el fuerte occidental de Hass, señor. Parte de mis tareas diarias era comprobar el funcionamiento de las pantallas protectoras de los emplazamientos de las baterías.

«Cabrón sabelotodo», pensó Rawne.

—Entonces, ¿qué estaban haciendo…?

—¡Señor! —gritó Caffran desde el otro extremo del sendero. Estaba con la escuadra de Feygor en la compuerta más alejada.

Se apresuraron a reunirse con ellos. Merryn y Daur desplegaron sus tropas a lo largo del parque para cubrir todos los puntos de acceso.

La compuerta estaba abierta y su arcada estaba en la penumbra. Rawne pudo ver al otro lado un pasillo con el suelo de rejilla que llevaba hasta las profundidades de la estructura de la cúpula.

—Unos cables, ahí, en el interior de la jamba —dijo Feygor, señalando lo que ningún otro había visto.

Feygor era famoso por su buena vista. Allá en Tanith, era capaz de descubrir a un

larisel de noche a cien metros de distancia en los Grandes Nals del Oeste. Y de matarlo con una mala mirada. Feygor debería estar en la sección de exploradores, pero Rawne se había esforzado por no perder a su delgado y mortífero aliado a favor del grupo de Mkoll. Y de todas maneras, lo más probable era que Mkoll tampoco quisiera a Feygor entre los suyos.

—Una trampa —dijo Caffran, expresando en voz alta lo que todos estaban pensando.

Un rápido intercambio de comunicaciones confirmó que todos los accesos del lado norte del parque mostraban el mismo tipo de cables en las jambas de las puertas.

Daur llamó a Criid para que se acercara.

—Permiso para arriesgar mi vida de un modo insensato —solicitó a Hark con un tono de voz alegre.

—Por mí no te prives —murmuró Rawne.

—¿Se le ha ocurrido una idea, capitán? —inquirió el comisario.

—Que todo el mundo se aleje de las puertas —dijo Daur.

Le pidió prestado el rifle a Criid y también una pequeña montura con un broche pulido que ella guardaba en un bolsillo. Era su pequeña «marca de la casa», y Daur se la requisó por unos momentos, indicándole que se pusiera a cubierto.

Daur colocó el broche con montura sobre la pieza de sujeción para la bayoneta del rifle, tal como le había visto hacer a Criid, y luego adelantó cuidadosamente el rifle láser una distancia de un brazo.

—Récele al Trono Dorado… —le susurró Hark a Rawne, ambos a cubierto.

—Sí, lo estoy haciendo —le contestó Rawne.

El broche con montura había sido limpiado y pulido hasta convertirse en un espejo, y era una herramienta muy útil para mirar al otro lado de la esquina sin arriesgarse a que te pegaran un tiro. Rawne sabía que bastantes Fantasmas habían copiado la idea de Criid al darse cuenta de lo útil que era cuando se trataba de tomar diferentes estancias en un edificio. El explorador Caober utilizaba un espejo de afeitarse.

Daur miró en el interior mediante el pequeño espejo improvisado durante unos cuantos segundos y luego regresó con los suyos.

—Gracias, Tona —le dijo mientras le devolvía el rifle y el broche a Criid.

—La puerta tiene colocado un dispositivo de pantalla de vacío —les dijo Daur—. Todavía no está activado, pero está cargado.

—¿Y cómo lo sabes?

—Por el olor a ozono.

—Así que lo que intentan es detener nuestro avance en esta sección mediante los escudos. Será mejor que vayamos y los desconectemos —dijo Feygor.

—A menos que estén esperando que lo intentemos —señaló Daur.

—Puede que eso explique por qué se han retirado con tanta rapidez —comentó Hark—. Nos hacen avanzar y nos atraen a una trampa para poder rodeamos luego.

—O cortamos en dos —dijo Daur.

—¿Qué? —le preguntó Rawne.

—Mayor, ¿alguna vez ha estado en mitad de un campo de vacío cuando ha sido activado?

—No.

—Era una pregunta retórica. El campo le cortaría en dos.

Rawne miró a Hark.

—Yo digo que entremos, que hagamos pasar a todos los que podamos.

—¿Para que los que puedan pasar se queden aislados sin sitio al que retirarse porque existe un campo de vacío a su espalda?

—¿Tienes una idea mejor, verghastita?

Daur le sonrió sin humor, y tabaleó con los dedos sobre los galones de su uniforme.

—Diríjase a mí como «capitán», mayor. Es una pequeña muestra de educación que incluso usted debería ser capaz de lograr.

Hark levantó una mano.

—Ya es suficiente. Que se presente el oficial de comunicaciones.

Gaunt, libre por fin de la maldita máscara antigás, se colocó la gorra empezando por la visera. Miró su reloj, bebió un sorbo de agua de su cantimplora y luego miró a lo largo del pasillo.

Tenía una altura de dos pisos, estaba adornado con incrustaciones doradas y motivos florales. El suelo era de azulejos pouskin de color rojo y blanco. Cada diez metros se veía una gran lámpara de araña colgando del techo, que brillaban con un parpadeante resplandor amarillento que se reflejaba en los enormes espejos de las paredes.

Gaunt volvió la vista atrás. Su pelotón estaba situado a lo largo de toda la estancia, y utilizaban las pilastras y las columnas para ponerse a cubierto. Wersun y Arcuda estaban vigilando una puerta lateral que llevaba a una sección de las antesalas que ya habían sido registradas. Había un leve aroma en el aire, un perfume que se desvanecía.

Cirenholm había sido un lugar rico antaño, antes de que el Pacto Sangriento de Gaur se apoderara de él. Allí, en las salas palaciegas de la cúpula secundaria, la elegancia permanecía, melancólica y fría.

Caober apareció de nuevo, ocultándose en las sombras, de regreso del otro extremo del pasillo. Se dejó caer al lado de Gaunt.

—¿Escudo?

Caober asintió.

—Se parece a lo que ha descrito el comisario Hark. Está conectado a la puerta del final, y a las dos adyacentes. También vi una escalera, pero no me apeteció mucho

explorarla sin equipo de tiro como apoyo.

—Buen trabajo —le felicitó Gaunt, y tomó el micrófono que le acercó Beltayn.

—Cuatro, aquí uno.

—Uno, aquí cuatro —contestó Mkoll—. Todas las salidas al norte de 651 están preparadas con cables para escudos.

—Entendido. Quedaos donde estáis.

Gaunt miró el mapa y recorrió con un dedo la línea que unía los lugares donde sus hombres habían descubierto escudos conectados y preparados. Todos ellos habían encontrado uno al menos: Corbec, Burone, Bray, Soric. La escuadra del sargento Theiss había pasado de largo por uno, pero retrocedieron con rapidez en cuanto Gaunt les advirtió sobre aquello. Sólo la punta de lanza formada por las escuadras de Obel, Varl y Kolea habían ido más allá, avanzando demasiado como para ordenarles ya que regresaran.

—¿Qué cree que estarán tramando, señor? —le preguntó Beltayn—. Algo va mal.

—Sí, así es, Beltayn —le contestó Gaunt con una sonrisa al oír a su oficial de comunicaciones utilizar su expresión favorita.

Miró el mapa de nuevo. Su compañía, con la excepción de la avanzadilla, había penetrado unos dos tercios de kilómetro en el interior de la cúpula, y toda ella se había encontrado con emplazamientos de escudos, sin importar el nivel en que se encontrasen. El grupo de Soric estaba seis niveles por debajo de los demás gracias a un tiroteo y al descubrimiento casual de un montacargas. Era como si el enemigo hubiese abandonado la parte exterior de la cúpula para atraerlos a una trampa.

Pero ¿qué clase de trampa? ¿Estaba pensada para detenerlos en seco? ¿Para dividir la fuerza atacante por la mitad? ¿Meterlos en un callejón sin salida del que no pudieran escapar de ningún modo?

Gaunt tomó el micrófono de nuevo.

—Aumenta la potencia. Quiero hablar con Zhyte y con Fazalur —le dijo al encargado de comunicaciones.

—1A, 3A… aquí 2A. Contesten. Repito, 1A, 3A, aquí 2A.

Sólo estática. De repente, un chasquido y una voz.

—… A… repito, aquí 3A. ¿Gaunt?

—Confirmado, Fazalur. ¿Cuál es su situación?

—Avanzo por la cúpula terciaria. Poca resistencia.

—Fazalur, aquí hemos encontrado escudos. Escudos de vacío colocados en nuestro camino. ¿Alguna señal de eso por ahí?

—¿Escudos activados?

—Negativo.

—Nosotros no hemos visto nada.

—Estén atentos a ello y permanezcan en contacto.

—De acuerdo, 2A. Estaré atento. Corto.

—1A, aquí 2A, responda. 1A, responda por este canal. 2A a 1A, responda…

—Tengo al comisario Gaunt por el canal principal, señor —le dijo Gerrishon.

—Dile que estoy ocupado —respondió con un bufido mientras le hacía señales a la siguiente escuadra para que avanzara.

Su unidad había logrado adentrarse un kilómetro en el interior de la cúpula primaria de Cirenholm, y estaban explorando las estancias llenas de mármol y las sospechosas cámaras saqueadas del distrito comercial de la ciudad asentada entre las nubes. Se había comunicado diez minutos antes con el grupo de Belthini, y entre los dos habían comenzado a registrar toda la cúpula exterior. Seguía sin haber el menor rastro del enemigo. De hecho, seguía sin haber rastro de absolutamente nadie, a excepción de sus propias tropas con ropa de camuflaje. Se le estaba empezando a poner la piel de gallina.

—Está insistiendo bastante, señor. Dice algo sobre unos escudos.

—Dile que estoy ocupado —le repitió Zhyte.

Sus hombres estaban pasando de una cobertura a otra mientras avanzaban por el pasillo bajo los holorretratos de los grandes personajes de Fantine.

—¿Ocupado con qué, señor?

Zhyte dejó lo que estaba haciendo con un gran suspiro y se giró para mirar a su oficial de comunicaciones, repentinamente pálido.

—Informa a ese tozudo y pequeño montón de meado de cánido que le estoy dando una zurra de muerte a Sagittar Slaith y que le llamaré cuando acabe con el papeleo.

—Yo, señor…

—¡Ah, dame eso, limpoide! —le soltó Zhyte y le quitó el micrófono a Gerrishon al mismo tiempo que le daba un buen empujón.

—Será mejor que valga la pena, Gaunt —dijo con voz malhumorada.

—¿Zhyte?

—¡Sí!

—Zhyte, hemos descubierto escudos insertados en las jambas de las puertas a lo largo de la línea 48:00 del mapa, que sería la equivalente a la 32:00 en el suyo…

—¿Tiene algo que decirme o me llama para pedirme consejo?

—Le llamo para advertirle, coronel. La cúpula secundaria tiene escudos conectados, y puede que la terciaria también. Cuidado con ellos. Slaith, que el Emperador le maldiga, no es un idiota, y tampoco lo son los del Pacto Sangriento. Están planeando algo, y…

—¿Sabe el nombre de mi regimiento, Gaunt?

—¿Cómo?

—¿Sabe cuál es el nombre de mi unidad?

—Por supuesto, el Séptimo Urdeshita de Tropas de Asalto. No veo que…

—Sí, el Séptimo Urdeshita de Tropas de Asalto. Sí, señor. Nuestro nombre está trenzado con hilo de plata en un estandarte honorífico que cuelga junto a otras mil

banderas al lado del Trono Dorado de Terra. Hemos sido una unidad en activo y victoriosa durante mil setenta y tres gloriosos años. ¿El Primero de Tanith tiene un estandarte de honor, Gaunt?

—No creo que eso sea…

—¡Sé muy bien que no lo tiene! ¡Nacisteis ayer y no sois nada! ¡Nada! ¡Y de todas maneras, sólo sois un puñado! ¡No te atrevas a decirme cómo hacer mi trabajo, pedazo de mierda! ¿Advertirme? ¿Advertirme? Vamos a tomar esta puñetera ciudad casa por casa, sala por sala, con nuestro sudor y con nuestra sangre, y lo último que quiero hacer ahora mismo es oír cómo lloriqueas porque hay algo que te está haciendo cagarte en los pantalones, ¡porque tienes demasiado miedo de cumplir tu deber de soldado y enfrentarte a ello!

»¿Me oyes, Gaunt? ¿Gaunt?

Gaunt le devolvió con calma el micrófono a Beltayn.

—¿Habló con él, señor?

—No. Hablé con algún jodido idiota que está a punto de morir —le respondió Gaunt.

Zhyte soltó una maldición y le tiró el micrófono a su oficial de comunicaciones. El aparato le dio de lleno en la cara a Gerrishon, quien se desplomó de repente.

—¡Levántate, montón de mierda! ¡Gerrishon! ¡Ponte en pie inmediatamente!

Zhyte se calló de repente. Bajo la cabeza de Gerrishon se iba extendiendo por el suelo un cada vez más amplio charco de sangre. La cara del encargado de comunicaciones mostraba una expresión tranquila, como si estuviese dormido, pero había un agujero ennegrecido en mitad de su frente.

—¡Dios Emperador! —gritó Zhyte, y se giró. Un disparo láser le acertó en todo el hombro y lo arrojó al suelo.

Todo, absolutamente todo lo que le rodeaba, estalló de repente. Pudo oír los gritos así como los disparos de las armas. Los rayos láser chasqueaban al estrellarse contra las paredes, destrozando y arrancando holorretratos antiguos de sus marcos.

Zhyte avanzó a rastras. Vio cómo tres de sus guardias de avanzadilla eran derribados mientras corrían. De sus cuerpos surgieron nubecillas de gotas de sangre. Uno de ellos recibió tal impacto que le arrancó la pierna izquierda, que salió volando por los aires.

Sus hombres ya estaba disparando. Algunos chillaban de dolor. Todos gritaban. Explotó una granada.

Zhyte se levantó y echó a correr por el pasillo, disparando su arma hacia su espalda. Se agachó detrás de una pilastra y miró atrás. Lo que vio fue a los del Pacto Sangriento apareciendo en el pasillo desde todos lados. Clavaban sus bayonetas en

todos los urdeshitas que estaban a cubierto, y disparaban de manera alocada, pero efectiva, contra aquellos que intentaban retirarse.

—¡Reagrupaos! ¡Reagrupaos! —aulló Zhyte por el microtransmisor—. ¡A la compuerta 342! ¡Ahora mismo!

Tres cuatro dos. Allí había un cañón automático emplazado. Fuego de apoyo.

Se dio la vuelta y tropezó con un cadáver. Era Kadakedenz, su explorador. Su cuerpo había sido destripado sin piedad por los disparos láser de flanco, y los trozos de intestino y demás entrañas salían esparcidos desde su interior como los restos de un cefalópodo arrastrado a la playa.

—¡Singis! ¡Belthini! ¡Reagrupad a los hombres! ¡Reagrupadlos, por…!

Otro golpe en el hombro lo hizo caer de nuevo. Zhyte rodó por el suelo y vio la máscara de hierro de un soldado del Pacto Sangriento sonreírle mientras se abalanzaba contra él con la bayoneta por delante.

La hoja oxidada atravesó la carne del muslo de Zhyte y lo hizo aullar de dolor. Disparó dos veces y el soldado del Caos salió disparado hacia atrás. Luego se arrancó la hoja de la pierna. Salía sangre a borbotones de una de las arterias principales.

Zhyte se puso en pie, pero se cayó de nuevo cuando las botas resbalaron sobre su propia sangre. Agarró el rifle láser del soldado del Pacto Sangriento que había matado, con la bayoneta manchada de sangre todavía montada, rodó sobre sí mismo, y se puso a disparar.

Alcanzó a uno, a otro, luego a un tercero, haciendo saltar a cada uno de ellos por los aires con el satisfactorio impacto de un poderoso disparo láser.

Singis apareció de repente y lo llevó, medio arrastrándolo, medio cargándolo, de regreso hacia la compuerta. Había cadáveres por todos lados. Zhyte no pudo ver al otro lado del pasillo otra cosa que no fuera una horda de soldados del Pacto Sangriento lanzada a la carga cantando y aullando mientras se acercaban disparando sus armas desde la cintura.

Vio a sus hombres, que alfombraban el suelo de mármol de la estancia. Zober, tumbado de espaldas, sin mandíbula inferior. Vocane, doblado sobre sí mismo y cogiéndose la herida en el estómago que lo había matado. Reyuri, con las piernas hechas pedazos, manoteando al aire. Gofforallo, con la parte superior del cuerpo unida a las piernas tan sólo por un trozo de espina dorsal humeante. Hedrien, clavado a la pared por una bayoneta rota que le atravesaba el pecho. Jeorjul, sin pie izquierdo ni cara, con su rifle disparando todavía en sus manos espasmódicas. Vio a un hombre al que no pudo reconocer porque le habían vaporizado la cabeza. Otro no era más que un montón de trozos de carne y hueso envueltos por unos retales quemados de su uniforme de camuflaje.

Zhyte aulló y se puso a disparar de nuevo. Oyó el tableteo de un arma de fuego pesado, y se echó a reír como un loco cuando los disparos trazadores recorrieron todo el pasillo y atravesaron a los soldados enemigos de las primeras filas.

—¡Cállese! ¡Cállese! —le gritó Singis—. ¡Póngase en pie y ayúdeme!

Zhyte se sintió bastante atontado, como si estuviese bebido: el *shock* empezaba a afectarle. Sus pantalones estaban empapados con su propia sangre. Teñidos de rojo. Como los del Pacto Sangriento.

Estaban en la entrada. Tres cuatro dos. Belthini lo estaba arrastrando para que pasara. No pudo ver a Singis, pero cayó a todo lo largo de la entrada, y vio a Bothris y a Manahide disparar el cañón de veinte milímetros y acribillar a los enemigos con disparos trazadores. Tres cuatro dos. Su puesto de fuego de apoyo.

—¡Masacrad a esos cabrones! —dijo.

Al menos, pensó que lo había dicho. No podía oír su propia voz, y ellos no parecieron oírle.

Sentía cómo la sangre le subía por la garganta.

Todo se quedó en silencio. Zhyte pudo ver los fuertes destellos en la bocacha del cañón automático. Los centelleantes proyectiles trazadores. Los impactos de los disparos láser alrededor. Pudo distinguir cómo se movían las bocas de sus hombres cuando gritaban. Manahide. Bothris. Belthini, en la puerta, sobre él, con una mirada de preocupación genuina y conmovedora en su rostro.

Zhyte pudo ver a los del Pacto Sangriento a través de las piernas de Belthini. Habían pillado a Rhintlemann. Lo estaban despedazando con las bayonetas. Él estaba vomitando sangre y gritando.

Zhyte no podía oírle.

No podía oír absolutamente nada excepto su propio corazón palpitante.

Se desplomó. Belthini se inclinó sobre él. Belthini dijo algo.

Zhyte se dio cuenta de repente de que podía oler algo. Algo penetrante, fuerte.

Ozono.

Era ozono.

Su cabeza cayó de lado. Su cráneo chocó contra el suelo y rozó la jamba de la puerta.

Vio la pequeña cajita en el marco de la puerta, conectada a unas tomas de energía de la pared. Una luz parpadeaba en su interior.

Ozono.

Se arrastró. Se arrastró hacia delante. Estaba seguro de que había dicho algo importante, pero Belthini estaba mirando a la dotación del arma y no le oyó.

Vio un destello.

Un destello muy brillante, como si de repente la luz se hubiera hecho sólida, como si el propio aire se hubiera endurecido. Olió a humo y a calor.

Zhyte miró hacia atrás justo a tiempo para ver cómo el escudo de vacío cruzaba la puerta de un lado a otro, cortando en dos a Manahide y a Bothris, además del cañón de veinte milímetros, que explotó. Fue bastante asombroso. Una neblina bullente de sangre y metal atomizados. Los hombres desplomándose, con los torsos y los cráneos cortados verticalmente como si fueran un dibujo científico. Vio los huesos blancos seccionados con limpieza, los trozos de cerebro separados como cortados con un

escalpelo, la luz que entraba por la boca de Manahide cuando la parte frontal de su cuerpo y de su cara caían hacia delante al otro lado del escudo.

Dos porciones cortadas de carne humana cayeron de espaldas cerca de él, con sus bordes cauterizados y humeantes por la pantalla de vacío.

Zhyte alzó la mirada y vio a Belthini atrapado al otro lado del escudo, una imagen distorsionada y borrosa por la energía. Estaba gritando, desesperado, y golpeaba la superficie invisible con los puños. No pasó ni un solo sonido.

Belthini fue alcanzado desde atrás por seis o siete disparos láser. Un roción de sangre salpicó la superficie del escudo y Belthini se desplomó contra él, resbalando hacia abajo como un hombre resbalaría sobre una superficie de cristal.

—Oh, mierda —dijo Zhyte, oyéndose por primera vez desde hacía un buen rato.

Se dio cuenta de que ya no le dolía la pierna.

Y luego se percató de que se debía a que sus dos piernas todavía estaban al otro lado del escudo.



CUATRO

Era el único del grupo que podía ver las estrellas.

Estaban ocultas en la negrura, detrás de una extensión de nubes negras que cubrían el cielo por encima de la cúpula secundaria, pero él, y solamente él, podía detectar el brillo de su luz.

El sargento Dohon Domor era popular y cariñosamente conocido como Shoggy Domor por los hombres del regimiento. Había quedado ciego en la batalla de Menazoid Epsilon, mucho años antes, o eso le parecía a él. Ya estaba bastante acostumbrado a los potenciadores ópticos bulbosos que reemplazaban a sus ojos.

Shoggy Domor. Un shoggy era un pequeño anfibio de ojos saltones que vivía en los estanques de los bosques de Tanith. Se corrigió a sí mismo: un anfibio extinguido. El mote había cuajado.

Domor probó por última vez su microtransmisor, pero no oyó nada más que el siseo de la estática. Estaban fuera de alcance, y sus aparatos comunicadores de gran potencia, los dos, habían desaparecido junto a la nave de desembarco, todavía sujetos a los hombros de los oficiales de comunicación Liglis y Gohho.

Caminó con pasos cuidadosos sobre la traicionera superficie curva del tejado de la cúpula para reunirse con el resto del equipo. Las lentes de sus ojos artificiales chirriaron levemente cuando se ajustaron para reducir el resplandor procedente de los grandes tubos de escape de los condensadores. Las puntas de las chimeneas relucían con un color amarillo fuerte, y los tubos en sí con un color naranja. Las figuras de sus

compañeros eran de color rojo, y más allá de ellos, el resto de la noche se enfriaba en siluetas azules, púrpuras y negras.

—¿Ves algo? —le preguntó el sargento Haller.

—No —contestó Domor.

Empezaban a dolerle las articulaciones por el frío que hacía, y pudo sentir el palpitar de los moretones de los golpes que se había dado. Todos sus uniformes y la tela de sus máscaras antigás comenzaban a quedarse rígidos por la escarcha.

Los supervivientes de la nave de desembarco 2K, con Bonin a la cabeza, flanqueado por Vadim, treparon con cuidado por la superestructura recubierta de andamios que rodeaba a los condensadores de vapor de Cirenholm. Unas vaharadas de aire caliente y húmedo pasaban por encima de ellos, descongelando sus ropas rígidas por el hielo y haciéndoles sudar de repente. Pudieron sentir el palpitar de las enormes turbinas situadas bajo sus pies que hacía retemblar la superficie del tejado. El agua fundida por el deshielo goteaba por todas partes.

Los rayos de sus lámparas recorrieron nerviosamente el lugar arriba y abajo. Les parecía que era más que probable que el enemigo hubiera situado algunos centinelas alrededor de aquel punto de acceso en el tejado.

La comandante Jagdea había logrado ponerse en pie de nuevo. Fayner, el enfermero del grupo, le había inyectado una dosis de dexahedrina y le había inmovilizado el brazo roto contra el pecho con un vendaje apretado. Llevaba su pistola automática de cañón corto en la mano izquierda.

Pasaron bajo un puntal goteante y se quedaron sobre una enorme salida de ventilación emparrillada que dejaba escapar un gran chorro de vapor al frío de la noche. Un brillo ámbar llegaba desde abajo del conducto. Los ojos sensibles a la luz de Domor se ajustaron de nuevo.

—¡Ah, Feth! —dijo Nehn con un estremecimiento.

Los bordes del conducto y todos los puntales situados a su alrededor estaban repletos de moluscos relucientes que se retorcían, cada uno del tamaño de un dedo de orko. Se giraron hacia las luces, con sus carnosas bocas palpitando y dejando escapar un fluido viscoso. Estaban por todos lados, a miles. Arilla se quitó uno de la manga que le dejó un rastro babeante que se endureció rápidamente, como si fuera pegamento. La gruesa babosa hizo un ruido asqueroso y chasqueante cuando rebotó en el tejado.

—Termovoros —dijo Jagdea, con su respiración jadeante—. Sabandijas parasitarias. Se agrupan alrededor de los conductos de escape del gas caliente y se alimentan de las bacterias que viven gracias al vapor.

—Encantador —comentó Milo mientras aplastaba a uno de ellos con el pie, deseando no haberlo hecho segundos después.

—Son inofensivos, soldado —dijo la piloto—. Tú preocúpate por los alapellejos.

—¿Los alapellejos?

—El siguiente eslabón de la cadena alimentaria. Mutantes productos de la

contaminación. Se alimentan de esas babosas.

Milo se quedó pensando en ello.

—¿Y qué se alimenta de los alapellejos?

—Los tiburones de la Escaldadura. Pero no deberíamos tener problemas aquí. Normalmente no se acercan a las ciudades. Son cazadores del cielo profundo.

Milo no estaba muy seguro de lo que era un tiburón. De hecho, tampoco tenía muy claro qué era aquello de la Escaldadura, pero se había dado perfecta cuenta de la entonación que Jagdea le había dado a cada palabra.

Bonin se había parado a consultar el mapa y estaba hablando con los sargentos y con el cabo Mkeller, el explorador de Tanith asignado a aquella escuadra.

—Por allí —dijo Bonin, y Mkeller se mostró de acuerdo.

Los soldados siguieron a los exploradores bajo una serie de torres y grúas que se alzaban sobre la superficie del tejado de la cúpula hacia el helado cielo nocturno. En los extremos de los mástiles titilaban las luces de navegación, así como en la punta de las chimeneas más grandes. Las babosas serpenteaban a su alrededor, atraídas por sus luces, dejando un rastro de baba a su paso y formando relucientes burbujas viscosas alrededor de sus bocas.

Bonin se detuvo al lado de un tubo de escape elevado y utilizó la hoja de su cuchillo para apartar a los termovoros. Logró arrancar la rejilla con la ayuda de Mkeller y echarla a un lado.

Bonin echó un vistazo a su interior.

—Es un poco estrecho, pero podemos bajar. Preparad las cuerdas.

—No —dijo Vadim.

—¿Qué?

—Déjame mirar ese mapa —le contestó Vadim.

Le dio la vuelta con sus manos enguantadas a la delgada hoja de papel que Bonin le entregó.

—Eso es un escape de gases calientes.

—¿Y?

—Que moriremos si bajamos por ahí.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó Mkeller.

Vadim levantó la mirada para que Bonin y Mkeller le pudieran ver los ojos a través de las lentes de la máscara.

—Es un descenso vertical de unos cincuenta metros. Con todos los que somos, y con nuestra impedimenta… —Miró de reojo a Jagdea—, nos llevará más de dos horas llegar hasta el fondo.

—¿Y?

—No sé cada cuánto ventila este conducto, pero ninguno de nosotros querrá estar a mitad de camino cuando el gas caliente suba. Nos asaría vivos. Ropa, armaduras, piel, carne… todo arrancado de los huesos como si nos hubieran cocido.

—¿Cómo demonios sabes tanto? —le preguntó Mkeller.

—Trabajaba en los tejados de la colmena Vervun —respondió Milo con rapidez—. Sabe de este tipo de cosas.

—Estuve trabajando un poco en algunos sistemas de calefacción. Lo hice sobre todo con mástiles de comunicación y con antenas de detección, pero también con la calefacción. Mira la forma que tiene la rejilla que quitasteis. Las láminas se inclinan… hacia fuera. Es un conducto de salida.

Bonin parecía realmente impresionado.

—Sabes de esto, ¿verdad? Bien. Tú te encargas.

Vadim se limpió los visores empañados por el vapor y le echó otra mirada al mapa.

—Aquí… y aquí. Las grandes tomas. Conductos de toma de aire para los serpentines de enfriado. Es una bajada más larga, y habrá que tener cuidado con los ventiladores de las conducciones y de la afluencia…

—¿Qué es la afluencia? —le preguntó Domor.

—Si encienden los ventiladores para obtener una refrigeración mayor, nos podemos ver atrapados por un efecto túnel repentino. No digo que sea completamente seguro, pero es más seguro.

Oyeron un súbito estampido y el aullido de una corriente de aire. El respiradero por el que Bonin y Mkeller habían pensado bajar dejó escapar una inesperada nube y una llamarada de gas a una temperatura tremenda, además de cenizas. Pareció, de un modo algo cómico, recalcar la validez del consejo de Vadim.

Bonin observó cómo el torbellino de gas ardiendo se alzaba hacia el cielo.

—Me han convencido —declaró—. Sigamos el plan de Vadim.

Los escudos estaban activados a todo lo largo y ancho de la cúpula secundaria, impidiéndoles el paso y acorralándolos en la zona exterior de la cúpula. Una comunicación procedente de un nervioso Fazalur confirmó que estaba ocurriendo lo mismo en la cúpula terciaria.

Unos instantes después, la señal se cortó por completo y de forma abrupta.

No se sabía nada de los urdeshitas de la cúpula primaria aparte de recibir mensajes incoherentes de pánico.

—¡Agrupaos y avanzad! —ordenó Gaunt, haciendo girar a toda su escuadra. Se puso en contacto con Corbec y con Bray, mandándoles que avanzaran lateralmente por el borde del bloqueo levantado por los escudos y que convergieran hacia donde estaba él.

—No puedo ponerme en contacto con la punta de lanza.

Gaunt no se sorprendió por aquello. Los efectos del escudo distorsionaban bastante las comunicaciones. Los pelotones bajo el mando de Varl, Kolea y Obel estaban aislados de la fuerza principal, en lo más profundo de la cúpula todavía en manos del enemigo.

Gaunt intentó adivinar la táctica del enemigo mientras ponía en movimiento a sus tropas y las hacía bajar por unas amplias escaleras y cruzar una serie de hangares saqueados. Parte de esa táctica era tremendamente obvia: permitir que las fuerzas imperiales lograsen desplegarse en el perímetro exterior de las cúpulas y luego impedirles que avanzaran. La cuestión era… y después, ¿qué?

No tuvo que esperar mucho tiempo para descubrirlo.

El Pacto Sangriento había estado esperando. No se habían retirado en absoluto. Se habían escondido en suelos falsos y detrás de paneles de las paredes.

Cuando las fuerzas imperiales estaban acorraladas, hicieron saltar la trampa, apareciendo en mitad de las confundidas unidades de la Guardia Imperial.

Unas unidades que ya no disponían de espacio para maniobrar.

El soldado que estaba al lado del coronel Colm Corbec se giró para decir algo y luego se quedó callado para siempre cuando un proyectil trazador le arrancó la cabeza. Una brillante lluvia de disparos láser cayó sobre la escuadra de Corbec procedente de unos balcones situados sobre el entresuelo por el que avanzaba.

—¡Abajo! ¡Abajo y a cubierto! ¡Responded a los disparos! —aulló Corbec.

Vio caer a tres soldados y descubrió horrorizado que el suelo de losas de metal se partía y quedaba agujereado en un millar de puntos por la enorme cantidad de disparos enemigos que les estaban cayendo encima.

Corbec se arrastró detrás de un carro volcado que se estremeció y saltó en el aire ante la lluvia de impactos que se estrellaron contra él. Desenfundó su pistola láser y disparó contra una rejilla situada en la galería superior y tras la cual se adivinaban unas siluetas borrosas.

El soldado Orrin estaba a su lado, disparando de modo selectivo con su rifle láser.

—¿Orrin?

—Último cargador, señor —le indicó Orrin.

Corbec disparó unos cuantos tiros más con la pistola y sacó el cargador que le quedaba para entregárselo a Orrin.

—Utilízalo bien, chaval —le dijo.

Corbec estaba bastante seguro de que ninguno de los suyos disponía de más de un cargador de tamaño tres después del primer asalto. Si hubieran tenido munición, habrían podido resistir. Podría haber aguantado.

Pero sin nada que disparar…, sólo sería cuestión de minutos antes de que fueran completamente aniquilados.

De hecho, ya podía ver a dos o tres de los mejores hombres de su escuadra —Cisky, Bewl, Roskil, Uclir— agazapados y a cubierto, con las cabezas agachadas, con su capacidad para resistir desaparecida.

Ya no les quedaba munición.

Corbec rezó con todas sus fuerzas para que alguien, alguien con autoridad,… Ornoff, Van Voytz, quizás el propio Macaroth en persona, castigara a los majaderos del Munitorum, quienes, por no tener un papel firmado, habían permitido que se

encontraran en una situación semejante.

Corbec disparó su pistola láser hacia la galería superior. Le quedaban seis cargadores (de tamaño dos) para la pistola, y eso era todo lo que le quedaba después de darle su último cargador a Orrin. Había encontrado cargadores de tamaño dos, para pistola, en los almacenes del dirigible, pero pocos de los soldados regulares iban armados con una pistola.

Vio que Uclir disparaba contra el enemigo su revólver de munición sólida. Se trataba de un trofeo conseguido en algún otro campo de batalla. Muchos de los Fantasmas conservaban armas capturadas. Corbec tuvo la esperanza de que Uclir no fuera el único soldado de su escuadra en guardar un trofeo semejante y en condiciones de funcionamiento.

Oyó los estampidos de un arma más potente a su izquierda. Surch y Loell habían logrado colocar su ametralladora ligera en su soporte de bronce y habían comenzado a disparar. Sus ristras de proyectiles trazadores recorrieron los niveles superiores y varias figuras rojas desmembradas cayeron al suelo junto a trozos enteros de pared.

Al saber de la escasez de cargadores para los rifles láser normales, Corbec había asignado, inteligentemente, a los soldados Cown e Irvinn la tarea de cargar con pesadas cajas adicionales de munición para el arma de apoyo. Al menos, aquella segadora de enemigos disponía de munición suficiente.

Unos rayos de energía de fuerza terrible, de un blanco reluciente, casi apocalíptica, surgieron de entre las filas de los apelotonados enemigos. Corbec supuso que se trataba de un arma de plasma montada en un trípode. Vio a dos de sus hombres desaparecer en el aire convertidos en cenizas por sendos disparos.

Corbec disparó dos veces más su pistola antes de echar a correr, sorteando todo aquel fuego indiscriminado, y regresó al pórtico de mármol donde Muril estaba agazapada junto al explorador del pelotón, Mkvenner.

—¡Allí arriba! —le gritó mientras se dejaba caer al suelo a su lado.

—¿Dónde? —le preguntó Muril haciendo oscilar su rifle largo de un lado a otro.

Muril, una de las mujeres de la colmena Vervun con una hoja de servicio en la guerra zoicana, era la francotiradora escogida por Corbec. Rawne le preguntó una vez por qué había elegido en persona a Muril para el segundo pelotón (Rawne parecía tener un interés inusitado por las mujeres soldado en aquella época), y Corbec había soltado una carcajada. Le respondió que Muril tenía el cabello pelirrojo y una risa deliciosamente impúdica que le recordaban a una chica a la que había sido tan estúpido como para dejar atrás, en el condado Pryze.

Ambos hechos eran ciertos, pero la verdadera razón era porque Corbec creía que Muril era una tiradora a la que sólo superaba Loco Larkin, y que si se le daba un rifle láser en condiciones y un viento de costado medio decente, podía acertarle a cualquier cosa, en cualquier sitio, de lleno y sin problemas.

—¡A la maldita arma pesada! —le insistió Corbec.

—Ya la veo… ¡joder! —Muril se quitó el arma del hombro.

—¿Qué pasa? —le preguntó Corbec.

—El puñetero disparo… es tan brillante… casi me deja ciega cada vez que utilizo la mira telescópica. Está jodiendo los fotorreceptores de la mira…

Corbec vio horrorizado cómo desmontaba con toda tranquilidad la abultada mira telescópica del arma y apuntaba de nuevo, a simple vista, a lo largo del cañón del rifle.

—No lo conseguirás… —le susurró.

—Como decís los de Tanith, tú mira, por Feth…

Muril disparó.

Corbec vio aparecer una explosión de polvo y esquirlas de piedra en la galería superior.

—Sí, sí, vale… —gruñó Muril—. Sólo estaba ajustando la puntería.

El arma de plasma disparó de nuevo, abrió un agujero en la galería inferior y envió al soldado Litz al más allá completamente incinerado.

—Ya te veo —dijo Muril, y disparó de nuevo.

El disparo sobrecargado vaporizó la cabeza de uno de los artilleros del Pacto Sangriento, y el cuerpo desapareció de la vista. Otro guerrero con máscara de hierro se apresuró a encargarse de la pieza cuando el cargador le avisó a gritos, pero Muril ya había utilizado su primer acierto como punto de referencia, y ya estaba disparando otra vez. Una, dos veces…

El tercer disparo impactó en el voluminoso generador de energía del arma, y toda una sección de la galería superior explotó en un enorme cono de energía. El suelo cedió, y unos treinta o más soldados del Pacto Sangriento se desplomaron hacia la muerte en una avalancha de piedra medio fundida.

—Te besaría —le dijo Corbec con un murmullo.

—Después —replicó Muril, y añadió un «señor» apenas perceptible en su risa triunfante y provocativa.

Corbec la dejó recolocando la mira telescópica, y junto a Mkvenner echó a correr hacia el extremo de la escalera, donde la dotación de la ametralladora de calibre 30 estaba haciendo todo lo posible por detener la marea de asaltantes del Pacto Sangriento que cargaban contra ellos. Los peldaños de la escalera estaban cubiertos de cuerpos, miembros despedazados y otros restos de órganos internos humanos.

Loell recibió un disparo perdido que lo tumbó en el suelo, pero Cown se adelantó rápidamente para encargarse de seguir cargando munición. El arma continuó tableteando, con su cañón refrigerado por aire al rojo vivo.

De repente, se encasquilló.

—Oh, mierda… —tartamudeó Corbec.

El Pacto Sangriento se abalanzó sobre ellos.

—¡Plata pura! ¡Plata pura! —ordenó Corbec, y le disparó al enemigo más cercano mientras desenvainaba su cuchillo.

Los soldados de su escuadra avanzaron, con los que les quedaban munición

disparando y a los que no utilizando los rifles láser como si fueran lanzas, con las bayonetas caladas en las monturas.

Se produjo un combate breve pero brutal en las escaleras. Corbec apuñalaba y disparaba, y en un momento dado acabó con la máscara de hierro de uno de los del Pacto Sangriento enganchada al cuchillo, después de haberla partido y atravesado el visor.

Vio caer a Cisky mientras intentaba meterse las tripas de nuevo dentro. Vio a Mkvenner en mitad de las escaleras disparando sus últimas cargas láser y matando a un soldado con cada una. Vio a Uclir machacarle literalmente los sesos a un soldado del Caos con la culata de su revólver cuando ya había disparado todas las balas.

Un chorro de llamas ascendió por la parte superior de la escalera, consumiendo a la marea de tropas que bajaban hasta ellos. Furrian, el encargado del lanzallamas en la escuadra de Corbec, se había acercado al combate cuerpo a cuerpo, repasando una y otra vez las líneas enemigas con sus llamaradas y obligando a retroceder a sus aullantes oponentes.

—¡Vamos, Furrian! ¡Bien, chaval! —le gritó Corbec.

Furrian se había criado en el mismo pueblo del bosque que Brostin, y compartía su malsana afición por las llamas. Los depósitos de su espalda gorgoteaban y dejaban salir promethium en estado líquido que el quemador que empuñaba convertía en llamaradas incandescentes.

Ya le estamos dando la vuelta a la situación, pensó Corbec, por Feth que sí.

Un disparo láser impactó a Furrian en la cabeza. Giró sobre sí mismo y cayó. Su lanzallamas arrojó unos leves fogonazos por el suelo.

Entonces, otro impacto de láser alcanzó los depósitos de combustible de la espalda de Furrian.

El estallido y la ardiente onda expansiva tiraron por el suelo a Corbec. Uclir empezó a gritar cuando las llamas prendieron en su uniforme, y saltó por encima de la barandilla de la escalera, cayendo al suelo como una bola de fuego agitándose espasmódicamente. Orrin perdió la cara por las llamaradas, pero no la vida. Rodó sobre el suelo aullando y soltando alaridos de dolor por la boca, ya sin labios, ahogándose en la grasa derretida de su propia piel.

Los soldados del Pacto Sangriento entraron en tropel.

Mkvenner, Cown y Surch se enfrentaron a ellos, los únicos hombres que quedaban con vida al pie de la escalera tras la explosión. Corbec se esforzó por levantarse, jadeante, y vio algo que recordaría toda su vida, hasta el día de su muerte: el ejemplo más heroico de última defensa del que jamás fue testigo.

A Mkvenner ya no le quedaba munición, y a Cown no le quedaba más que su cuchillo de Tanith.

Surch estaba disparando con una pistola láser, y había enganchado su cuchillo a un palo corto.

Mkvenner blandió de un lado a otro su rifle láser y decapitó al primer enemigo

con la bayoneta mientras los disparos láser pasaban a ambos lados de su cabeza. Giró el arma y derribó de un golpe a uno de los soldados del Caos con la culata antes de enterrarle todo el cuchillo en el estómago a otro.

Cown le abrió de arriba abajo el torso a un soldado del Pacto Sangriento de un solo tajo, y después atravesó el visor de la máscara del que le seguía. Aparecieron más soldados por todas partes, rodeándolos.

Surch le disparó a dos y le pegó en la cara a otro con la empuñadura de la pistola cuando el cargador se quedó vacío. Al siguiente le hundió la máscara de hierro en la carne con el extremo romo de su lanza improvisada y luego giró sobre sí mismo para cortarle la mano derecha a otro de sus atacantes enmascarados.

El cuchillo de guerra salió volando por los aires de la mano de Cown cuando un soldado del Pacto Sangriento armado con una espada corta prácticamente le arrancó el brazo. Cown cayó, profiriendo maldiciones, y agarró un cargador circular grande de la ametralladora de calibre 30 y lo utilizó para matar al espadachín a golpes antes de desmayarse encima de él.

Surch mató a otros cuatro e hirió a un quinto antes de que un disparo láser le diera en la rodilla, haciéndolo caer y dejándolo al descubierto ante una culata enemiga.

Mkvenner… ver a Mkvenner era algo terrorífico. Estaba utilizando su rifle láser como un cayado, dando vueltas sobre sí mismo y haciendo tanto daño con el extremo de la culata como con el cuchillo. Las tropas escogidas de Urlock Gaur caían a un lado y a otro de él, rajados, aporreados, o pateados por sus pesadas botas. Alto y larguirucho, Mkvenner propinaba patadas como una mula y se movía como un bailarín. Mkoll le dijo una vez a Corbec que Mkvenner había sido entrenado en la tradiciones marciales del cwlwhl, el supuestamente perdido arte del combate de los guerreros del bosque de Tanith. Corbec no se lo había creído. Los guerreros del bosque no eran más que un mito, incluso para un folklore como el de Tanith.

Pero al observar a Mkvenner en aquellos momentos, Corbec se lo creyó. Mkvenner era tan veloz, tan ágil, tan directo. Cada golpe era efectivo. Cada balanceo del arma, cada ataque, cada quiebro de la cintura, cada corte. Los guerreros del bosque de los antiguos mitos de Tanith habían existido en los antiguos tiempos medievales, y únicamente combatían con unas lanzas cuya punta plateada sólo tenía un filo. Habían unido a todo Tanith y derrocado a la dinastía Huhlhwch, abriendo el camino para la moderna democracia de las ciudades-estado de Tanith.

A Corbec Mkvenner le parecía una figura salida de los cuentos infantiles que le narraban al lado del fuego. Los Nalsheen, los guerreros del bosque, los combatientes legendarios, los maestros del cwlwhl.

No era de extrañar que Mkoll sintiera semejante admiración Mkvenner.

Pero ni siquiera él, uno de los Nalsheen, podía resistir para siempre aquel ataque.

Corbec se apresuró, tambaleante, a unirse a él, disparando su pistola láser de forma alocada.

Se cayó a mitad de las escaleras.

De repente, una serie de rayos láser se abatió sobre el enemigo procedente de la parte superior de las escaleras.

El pelotón del sargento Bray los había encontrado, y habían avanzado por una galería superior para poder caer sobre la retaguardia de los del Pacto Sangriento. La escuadra de Bray, con veinticinco soldados, aniquiló con rapidez al enemigo y despejó la parte superior de la escalera.

Bray en persona se apresuró a bajar por las escaleras, deteniéndose tan sólo para rematar a dos soldados enemigos que todavía se movían, y se reunió con Corbec.

—Justo a tiempo, por lo que parece —dijo Bray con una sonrisa.

—Sí —respondió jadeante Corbec.

El coronel subió como pudo por las escaleras y ayudó al exhausto y también jadeante Mkvenner a ponerse en pie.

—Eres un chico valiente —le felicitó Corbec—. Valiente, muy valiente…

A Mkvenner le faltaba demasiado la respiración como para poder contestar.

Corbec se giró para mirar a Bray sin dejar de sostener a Mkvenner.

—Preparaos —le dijo. Se podían oír los tambores enemigos y sus aullidos y gritos rituales mientras se reagrupaban en los pasillos y galerías de alrededor.

»Despliega a tu pelotón. Recoge todas las armas en condiciones de disparar y la munición que puedas de los muertos enemigos. Esto sólo acaba de comenzar.

—¿Has pensado en algún momento —murmuró Varl sacando una varita de lho de una pequeña cajita de madera y poniéndosela entre los labios—, que puede que seamos demasiado buenos?

Kolea se encogió de hombros.

—¿A qué te refieres?

Varl apretó los labios alrededor de la varita de lho, pero no la encendió. No era tan estúpido. Sólo era algo tranquilizador, un intento por olvidar las ganas que tenía de fumar de verdad.

—Bueno, pues que hemos avanzado mucho, ¿verdad? Justo hasta el centro del enemigo, en vanguardia. Y mira adonde nos ha llevado eso.

Kolea sabía a qué se refería el sargento nativo de Tanith. Por lo que parecía, se encontraban aislados del destacamento principal. Las últimas transmisiones recibidas de Gaunt decían algo sobre escudos o algo parecido. En aquellos momentos, lo único que se recibía era el ominoso siseo de la estática. Los tres pelotones bajo las órdenes de Varl, Kolea y Obel, que en total eran unos setenta soldados, estaban en las profundidades de la cúpula secundaria y completamente carentes de cualquier clase de apoyo.

Habían avanzado, cautelosamente, a través de bloques y bloques de habitáculos de trabajadores, todos desiertos. Se trataba probablemente de lugares saqueados y abandonados cuando los miembros del Pacto Sangriento tomaron Cirenholm. Sólo

unas escasas y patéticas muestras hacían evidente que aquello antaño había sido una ciudad imperial: un aquila votiva procedente de una capilla que había sido arrancada y pisoteada en la calle; dos botellas de cerveza vacías encima de un muro bajo; un rifle láser de juguete de algún niño, tallado en monofibra; ropas colgadas de un cordel entre habitáculos para que se secaran y que llevaban tanto tiempo allí que se habían ensuciado de nuevo.

Había un gran tablero de anuncios de metal en la pared trasera de una terraza habitáculo donde antes se habían apuntado con orgullo las cifras de producción de cada mes de los trabajadores, junto a los nombres de los operarios más eficaces. La frase «Segundo tumo del condensador de Cirenholm Sur» estaba pintada con hojas de oro en la parte superior, y bajo ella se encontraba la bandera de Fantine y el lema «Nuestro esfuerzo por el amado Dios Emperador». Alguien había utilizado un rifle láser para agujerearlo repetidamente antes de recurrir a un lanzallamas para quemar la mayor parte de la pintura.

Kolea miró aquello con tristeza. Tanto una cosa como la otra, además de la zona de habitáculos donde se encontraban, le recordaban la cúpula de habitáculos de renta baja en la que había vivido con su familia en la colmena Vervun. Había trabajado en el Equipo de Profundidad Número Diecisiete durante más de una década. A veces, de noche, soñaba que podía oler el mineral, oír el retumbar de los taladros. A veces, soñaba con las caras de sus compañeros de trabajo, Trug Vereas, Lor Dinda. También recordaba un gran tablero de anuncio de producción del que se sentían orgullosos en su bloque de habitáculos. El nombre de Kolea apareció allí más de una vez.

Los operarios que habían vivido allí trabajaban para los condensadores de vapor de Cirenholm. Kolea se preguntó adonde se habían marchado, cuántos de ellos seguían con vida. ¿Habrían matado los del Pacto Sangriento a todos los habitantes de las cúpulas de Cirenholm? ¿O estaban los pobres encerrados en algún lugar?

Miró de nuevo al bloque. Estaba en ruinas, y tenía un aspecto todavía más miserable a causa de las luces amarillentas y sucias que relucían en el techo de vigas a la vista. Al menos, cuando él acababa sus agotadores tumos en el Equipo de Profundidad Número Diecisiete, salía al aire libre y a la luz del sol cuando este se alzaba o se ponía detrás de la montaña artificial que era la colmena Vervun.

Los Fantasmas recorrían atentos las calles, comprobando los habitáculos de ambos lados. Varl había insistido en comprobar todas y cada una de las estancias, y tenía toda la lógica del mundo. No habían visto a un solo enemigo desde que entraron por primera vez en la zona interna de la cúpula. Los del Pacto Sangriento podían estar atrincherados en cualquier lugar. Aquello no se había convertido en el combate cara a cara que ellos se habían esperado. Por Gak que no.

Obel estaba con un pequeño destacamento en el extremo de la calle, observando una zona de mercado donde habitualmente compraban los habitantes de las cúpulas. Las tiendas y los pequeños negocios estaban saqueados o arrasados.

—Mira esto —le dijo Obel mientras Kolea se acercaba. Lo llevó hasta una tienda

destrozada que antaño había sido la oficina del pagador.

Los emblemas del Munitorum estaban pintados en la pared. Kolea lanzó un bufido cuando los vio. Su opinión acerca del Munitorum Imperial era bastante penosa. No conocía a ningún miembro de su sección de la compañía que dispusiera de más de una célula de energía cargada disponible.

Obel abrió un cajón del mostrador de bronce del pagador, un púlpito mecánico elevado, con varias entradas de conexión para cables que demostraban que antes había sido necesario un enlace cibernético de un oficial autorizado para poder operarlo. Los cierres habían sido rotos y el cajón se abría y cerraba con toda facilidad. Kolea se quedó pasmado de que el interior estuviera repleto de monedas.

—¿Saquean la ciudad y no se llevan el dinero? —preguntó el sorprendido Kolea en voz alta.

Obel sacó una moneda de la caja y la sostuvo en alto. Había sido desfigurada. Alguien con una herramienta improvisada y una fuerza tremenda, así como con una obsesiva cantidad de tiempo a su disposición, se había dedicado a aplastar las monedas y a borrar la cabeza del Emperador. En su lugar habían grabado una runa. Le hacía sentirse mal el solo hecho de mirarla.

Obel dejó caer de nuevo la moneda.

—Supongo que esto nos indica algo de la disciplina de esos cabrones. Estaban más interesados en dejar la marca de su jefe que en hacerse ricos.

Kolea se estremeció. Todas las monedas del cajón mostraban el mismo aspecto. Tan sólo era un pequeño detalle, pero en cierto modo era más aterrador que todos los signos de destrucción y profanación que habían visto hasta ese momento. El archienemigo quería tomar el Imperio y remodelar todos y cada uno de los más mínimos detalles a su imagen y semejanza.

Kolea vio en el exterior las palabras pintadas a mano que los del Pacto Sangriento habían escrito en las paredes. Palabras que no entendía, compuestas de letras que no conocía en su mayor parte, pero algunas estaban escritas en gótico bajo: nombres, «Gaur» y «Slaith».

Sabía que Urlock Gaur era el señor de la guerra que controlaba las fuerzas enemigas principales en aquel sector de la confrontación, un demonio que poseía la total lealtad del Pacto Sangriento. Gaunt había hablado de él con una mezcla de repulsión y de respeto. Por el reciente cambio de fortuna que había sufrido la Cruzada Imperial, estaba claro que Urlock Gaur era un comandante muy capacitado.

Lo que ya no tenía tan claro era lo de «Slaith». Los oficiales al mando habían mencionado a bastantes oficiales de campo de Gaur, y Kolea estaba bastante seguro de que Slaith era uno de ellos. Quizás era el maligno ser encargado de la guerra en Fantine.

Varl se acercó hasta ellos.

—¿Qué pensáis, eh? —les preguntó. Obel se encogió de hombros.

—Yo digo que avancemos y tomemos esto.

—¿Por qué?

—Porque estamos solos, y no parece que haya algún modo de volver con los demás. Yo digo que si caemos, que sea haciendo algo que merezca la pena.

—¿El condensador? —le preguntó Varl.

—Sí, el condensador. Piensa en todo lo malo que podría llegar a pasar. Podríamos ser los únicos que quedáramos con vida, y si es así, eso significaría que no saldríamos de aquí de una sola pieza. Hagámosles daño con lo que nos queda. Eliminemos su fuente de energía principal.

Al otro extremo de la zona de mercado, Larkin entró cuidadosamente por la puerta de otra tienda destrozada, procurando no pisar los cristales rotos que había en el suelo. Empuñaba su rifle láser largo, preparado para disparar. Baen y Hwlan, los exploradores de las escuadras de Varl y de Kolea, se habían adelantado con algunos más para controlar la zona oeste del mercado, y se habían llevado a los francotiradores con ellos.

Larkin miró a su alrededor y vio a Bragg a su espalda, en el umbral de la puerta, cubriendo la zona abierta de la calle con su arma pesada. Caill estaba cerca de Bragg, llevando los cargadores para el arma de apoyo de este.

—Larks, ¿ves algo? —le pregunto Bragg con un susurro.

Larkin negó con la cabeza. Salió de nuevo a la calle. Fénix, Garond y Unkin pasaron apresuradamente a su lado, cubriéndose los unos a los otros mientras entraban en el siguiente grupo de edificios arrasados. Larkin pudo ver a Rilke y a Nessa, sus camaradas francotiradores, desplegados detrás de una buena protección y cubriendo el acceso norte al mercado.

Larkin siguió avanzando, un poco más tranquilo al pensar que Bragg y su potencia de fuego estaban flanqueándole. Sus agudos ojos descubrieron de repente algo que se movía en una tienda que Ifvan y Nour habían declarado despejada, o eso suponía.

—Ven conmigo, Prueba —siseó Larkin.

Por regla general, Loco Larkin no se hacía el valiente. Prefería quedarse atrás, eliminando sus objetivos a distancia y dejando lo de ser héroe a la gente como Varl y Kolea. Pero se estaba empezando a poner nervioso. Quería dispararle a algo antes de que le saltaran esos nervios o antes de que la tensión le provocara otro de aquellos tremendos dolores de cabeza procedentes del oscuro fondo de su cerebro.

Se lamió los labios, miró a Bragg, quien asintió asomado por encima del cañón de su arma de calibre 50, y abrió de una patada la vieja puerta de madera.

Larkin paseó de un lado a otro su rifle láser largo, registrando la penumbra con los ojos.

El polvo se arremolinaba bajo aquella luz enfermiza que se filtraba por la puerta y los agujeros de las persianas.

—Joder, Tanith, casi me da un ataque al corazón.

—¿Cuu?

El soldado Cuu salió de la oscuridad de la parte trasera de la tienda. Lo primero que apareció ante su vista fueron sus ojos felinos.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí atrás?

—Ocupándome de mis propios asuntos. ¿Por qué no te preocupas de los tuyos, Tanith?

Larkin bajó su arma.

—Esto es asunto mío —dijo intentando sonar duro, aunque había algo respecto al puñetero Lijah Cuu que lo hacía sentirse cualquier cosa menos eso.

Cuu se rio. Aquel gesto retorció de modo desagradable la cicatriz que le recorría la cara.

—De acuerdo, hay suficiente para compartirlo.

—¿Suficiente qué?

Cuu señaló con un gesto una pequeña caja fuerte de hierro que estaba abierta en el mostrador de la tienda.

—No puedo creerme que esos donantes de cerebro dejaran todo esto atrás. ¿Y tú?

Larkin miró la caja. Estaba medio llena de monedas. Cuu empezó a meterse en los bolsillos unas cuantas más y le lanzó un puñado a Larkin desde el otro lado del mostrador.

Este recogió una. Parecía una moneda imperial, pero las caras habían sido desfiguradas. Cortadas, remodeladas, talladas con un signo repugnante que no le gustaba mirar.

—Llévate algunas —le dijo Cuu.

—No quiero ninguna.

Cuu levantó la vista y lo miró con una desagradable expresión de burla.

—No me vengas ahora metiéndote en mi plan y poniéndote luego virtuoso y superior conmigo —le siseó.

—Yo no… —empezó a decir Larkin.

—El saqueo va contra las ordenanzas del regimiento —dijo Bragg en voz baja. Estaba mirando la escena desde el otro lado de la entrada, a la espalda de Larkin.

—Por Gak, pero si también ha venido el gran tontorrón.

—Cállate, Cuu —le dijo Bragg.

—¿Qué pasa, tontorrón? ¿Te vas a poner en plan santurrón como Larkin?

—Deja las monedas donde estaban —le ordenó Bragg.

—¿O si no, qué? Tú y el Loco Larkin no tenéis lo que hace falta para amenazarme, fijo que no.

—Tú déjalas donde estaban —insistió Bragg.

Cuu no lo hizo. Pasó al lado de Larkin, dándole un empujón, y luego de Bragg para salir a la calle. Al hacerlo, se detuvo un momento y le sonrió al enorme artillero de apoyo.

—Esperemos no encontramos en algún ejercicio dentro de poco, ¿eh, tontorrón?

—¿Qué quieres decir con eso? —le preguntó Bragg.

—No quiero cortarte con mi barra de pintura otra vez —le respondió Cuu.

Bragg y Larkin lo vieron alejarse.

—¿De qué iba todo esto? —les preguntó Caill mientras se acercaba. Bragg negó con la cabeza.

—Ese tío es un… —Larkin se calló—. Alguien tiene que darle una lección —acabó por decir—. Yo sólo digo eso.



CINCO

Una columna invisible de aire frío y cortante le dificultaba bajar. En algún lugar allá abajo, a lo lejos, en la oscuridad ámbar, podía oír el continuo y temible batir de las palas de los ventiladores.

Milo sentía que los dedos empezaban a entumecérsele. El cable de descenso comenzaba a cortarle las palmas de las manos, aunque estaba seguro de que lo estaba agarrando del modo en que le había enseñado Vadim.

—¡A la izquierda! —siseó una voz—. ¡Milo! ¡A la izquierda! ¡Mueve los pies a la izquierda!

Milo se retorció intentando no golpear con las piernas las paredes de metal del gran conducto hueco donde se encontraba, pero aun así, le pareció que estaba haciendo el mismo ruido que unos pesados sacos de patatas bajando por una tubería de metal.

—¡A la izquierda! ¡Por Gak! ¡Ahí, un reborde a tu izquierda!

El pie izquierdo tropezó con el reborde y colocó el derecho sobre el izquierdo para apoyarse bien.

—Ya has llegado. Ahora suelta el cable con la mano izquierda.

—Pero…

—¡Hazlo ya, joder! Suelta la mano y alarga el brazo. Hay una compuerta justo a tu lado.

Milo estaba sudando tanto que sentía que se resbalaría dentro de su propio

uniforme. No podía ver nada aparte de la oscuridad, no podía sentir nada excepto el cable que se le clavaba en las manos y el reborde situado bajo la punta de los dedos de los pies, y no podía oír nada más excepto su propia respiración jadeante y el amenazante batir que le llegaba desde abajo.

Eso, y una voz persistente.

—¡Milo! ¡Ahora!

Alargó la mano y sus dedos encontraron una superficie sólida y metálica.

—Ahora date la vuelta. Date la vuelta hacia mí… Eso es.

Milo lo intentó, pero había perdido por completo el sentido del equilibrio. Se lanzó hacia delante justo cuando comenzó a caerse.

—¡Feth!

Unas fuertes manos lo agarraron y lo arrastraron por encima de un borde metálico.

—¡Te tengo! ¡Te tengo! ¡Ya has llegado!

Milo se dio la vuelta y se quedó tumbado de espaldas, sin dejar de respirar fatigosamente, y vio que Vadim lo estaba mirando en la penumbra. El verghastita estaba sonriendo.

—Bien hecho, Milo.

—Feth… ¿De verdad?

Vadim lo ayudó a incorporarse.

—No es una bajada precisamente fácil. No se la hubiera deseado a muchos de los tipos con los que trabajé en los tejados. Mucho más empinada e impresionante de lo que había supuesto, y pocos sitios donde agarrarse. Por no hablar de la afluencia. ¿La sentiste?

Milo se limitó a asentir. Miró al interior a través de la compuerta de inspección por la que Vadim había tirado de él. Tenía un mejor ángulo de visión, y pudo distinguir con claridad las gigantescas palas del ventilador. Uap, uap, uap, uap.

—Feth… —dijo con un murmullo. Miró atrás—. ¿Dónde está Bonin?

—Aquí —dijo el explorador al tiempo que salía de entre las sombras. Bonin y Vadim habían bajado los primeros.

—No ha sido fácil, ¿a que no? —le preguntó Bonin, como si hubiera sido un simple paseo por el campo.

Vadim echó a un lado a Milo y metió los brazos en el conducto, sacando esta vez a Lillo, que tenía la cara completamente roja y sudorosa por el miedo y el esfuerzo.

—Nunca más… —murmuró el recién llegado mientras se agachaba para sentarse y descansar, limpiándose la frente de sudor.

—No creo que debamos hacer bajar a nadie más —le dijo Vadim a Bonin—. Nos está llevando demasiado tiempo.

Bonin asintió y activó su microtransmisor.

—Shoggy, ¿me recibes?

—Adelantes. ¿Ya estáis abajo?

—Sí, los cuatro. El resto es mejor que os quedéis ahí de momento. No ha sido nada fácil. Daremos una vuelta por aquí para ver si logramos encontrar un acceso en condiciones desde el tejado por el que podáis entrar.

—Entendido. No tardéis demasiado.

Los cuatro Fantasmas revisaron sus rifles láser y se pusieron sus capas de camuflaje. Ya estaban en el interior de las instalaciones del condensador de vapor de Cirenholm, moviéndose por las pasarelas elevadas y los montantes como sombras. El zumbar atronador de las turbinas principales cubría los leves sonidos que producían al avanzar por la zona.

Bonin les indicó con gestos que se pusieran a cubierto, y luego les indicó a Vadim y a Milo que avanzaran. Habían llegado a una planta principal suspendida por encima de los conos primarios de las turbinas. El aire era húmedo y estaba cargado con el olor a aceite industrial y a polvo quemado.

Lillo cruzó al otro lado en cuanto Bonin le hizo una señal. Cuando llegó a su nueva posición, Bonin empezó a avanzar a su vez.

Divisó una gran escalera metálica que parecía prometedora. Quizá se trataba de un acceso al tejado.

Bonin se puso a cubierto detrás de una mampara e indicó a los demás que siguieran avanzando. Lillo se colocó en un flanco del explorador, y Vadim y Milo pasaron apresuradamente a su lado, llegando hasta el final de la pasarela de la planta.

Milo se dejó caer de nuevo allí, pero Vadim siguió corriendo. Milo maldijo en silencio. El verghastita se había adelantado demasiado y había roto el ritmo del avance cauteloso que llevaban al ponerse a cubierto con cada carrera.

—¡Vadim! —siseó Milo por el microtransmisor.

Vadim le oyó y se detuvo en seco, dándose cuenta de que se había adelantado más de lo que debía. Miró a su alrededor en busca de alguna cobertura y se acercó de espaldas hasta quedarse agachado en el hueco de una compuerta estanca.

La compuerta se abrió de repente.

El lugar quedó inundado de luz.

Vadim se dio la vuelta y se encontró cara a cara con seis soldados del Pacto Sangriento.

Milo vio en la penumbra el repentino recuadro de luz que surgió del hueco de la compuerta estanca donde se había ocultado Vadim.

Un instante después, Vadim apareció a la vista de todos cuando se lanzó frenéticamente de cabeza hacia un lado, disparando su rifle láser con una sola mano.

Una andanada de disparos láser a su espalda fue la respuesta. Milo vio cómo los brillantes rayos rojos chisporroteaban en el aire, rebotaban en el suelo enrejado de la planta, en la cabria de un montacargas y partían el pasamanos de la pasarela. No estaba muy seguro de dónde había acabado Vadim, o de si le habían dado.

—¿Vadim? ¿Vadim?

Varias siluetas surgieron de la compuerta y se desplegaron por la planta de un

modo rápido y eficaz, en un despliegue de combate perfecto. Milo atisbo unos uniformes rojos, unos relucientes cascos carmesíes, el brillo negro de las cartucheras para cargadores y unos rostros oscuros que parecían haber sido deformados hasta mostrar unas torturadas expresiones de dolor. Dos de ellos dispararon desde la compuerta, a lo largo de toda la planta, proporcionando fuego de cobertura a los otros, que corrían por terreno abierto.

Milo alzó su arma, pero la suave voz de Bonin resonó en el microtransmisor.

—¡Milo! ¡No dispares y mantente agachado! ¡Lillo! ¡Dispara desde donde estás!

Milo miró a su espalda. Lillo estaba mucho más retrasado de lo que lo estaban él mismo o Bonin. El verghastita comenzó a disparar en fuego semiautomàtico, con cortas ráfagas dirigidas contra las siluetas que salían por la compuerta. Los disparos atravesaron toda la planta a la altura de la cadera de Milo.

Las tropas enemigas concentraron inmediatamente su atención en Lillo, y empezaron a dispararle y a moverse por la planta en dirección a él saltando de una cobertura a otra. Milo se dio cuenta en el acto de la táctica sencilla pero astuta de Bonin. Lillo estaba atrayendo al enemigo, sacándolo de sus posiciones seguras, obligándolo a desplegarse en línea entre las posiciones de tiro de Milo y de Bonin.

—Espera… Espera… —murmuró el explorador.

El enemigo ya estaba mucho más cerca. Milo pudo distinguir con claridad sus caras, que en realidad eran máscaras de metal, de aspecto cruel y feroz. Pudo oler la fetidez de su sudor y de sus ropas sin lavar. Pensó que, sin duda, tenía que tratarse de soldados del Pacto Sangriento.

—Espera…

Milo estaba tan agachado que las piernas empezaban a entumecérsele. Tenía la piel de gallina. Empuñó con más fuerza su rifle. Los disparos de láser atravesaban el aire a su alrededor: de color blanco azulado los del arma imperial de Lillo, de color rojo intenso los de los rifles del Caos.

—¡Ahora!

Milo giró sobre sí mismo y abrió fuego. Su ráfaga de disparos se estrelló contra una mampara, sin acertar al soldado del Pacto Sangriento que estaba agazapado al lado. El guerrero con máscara de metal se dio la vuelta buscando el origen de aquel nuevo ataque, muy cercano. Milo corrigió su apresurada puntería colocando dos impactos en la cara de su enemigo.

Bonin también había abierto fuego, abatiendo rápidamente a dos de los soldados del Pacto Sangriento cuando cruzaban por delante de él para ponerse a cubierto y conseguir una mejor línea de tiro contra Lillo.

Se produjo un silencio repentino. Por lo que Milo sabía, todavía quedaban tres enemigos con vida. Podía oír a uno arrastrarse lenta y sigilosamente hacia el montón de bidones de combustible donde Bonin estaba a cubierto, pero su propia cobertura le impedía verlo bien. Milo se tumbó en el suelo y se arrastró a su vez sobre el estómago. Casi podía ver su objetivo. Una sombra alargada sobre el suelo le indicó

que el enemigo estaba casi encima de Bonin.

Milo salió de un salto de su cobertura y disparó dos veces. Acertó de lleno al soldado enemigo y lo hizo caer de espaldas, disparando al aire la ráfaga de fuego automático que tenía preparada para Bonin.

Oyó un aullido de furia. Miró a su espalda y vio a otro de los miembros del Pacto Sangriento cargar contra él disparando. Los impactos láser estallaron al estrellarse contra las planchas de metal situadas a su espalda, dejaron un surco en la culata del arma de Milo y le agujerearon la manga izquierda.

Bonin apareció de repente de la nada, saltando limpiamente por encima de los barriles. Se estampó contra el enemigo lanzado a la carga y el impacto les hizo llegar hasta el pasamanos de la planta. El explorador lanzó un tremendo gancho de su puño hacia arriba, y su cuchillo de plata de Tanith estaba en ese puño. Su oponente lanzó un chillido y se agarró la cara y el cuello con ambas manos, para luego desplomarse por encima del pasamanos.

Resonó un único disparo. El último soldado del Pacto Sangriento había comenzado a huir hacia la compuerta, pero Lillo lo había abatido con un disparo bien colocado.

Lillo se acercó corriendo a ellos.

—Vigila la compuerta —le dijo Bonin mientras limpiaba bien su cuchillo antes de envainarlo.

—Gracias —le dijo Milo—. Pensé que me había pillado.

—Olvídalo —le contestó Bonin—. Yo no habría podido eliminar al que se me estaba acercando.

Se acercaron hasta Lillo, que ya estaba en la compuerta.

—Creo que los hemos pillado a todos. Este de aquí es un oficial, o eso creo.

Le dio una patada al individuo que había abatido mientras huía.

—¿Dónde está Vadim? —preguntó Milo.

Miraron a su alrededor. Vadim había buscado desesperadamente un sitio donde ponerse a cubierto al salir zumbando del hueco de la compuerta, y al parecer, en su pánico, había saltado por encima del borde de la planta y había caído al vacío.

—¡Eh!

Milo se acercó hasta allí y miró por encima del pasamanos. Vadim estaba colgando de una mano de una de las vigas de soporte de la planta, a unos cinco metros por debajo de ellos.

—¡Feth! —exclamó Milo—. ¡Traed una cuerda!

Bonin registró los cuerpos de los muertos y descubrió un manojo de llaves digitales en uno de los bolsillos del abrigo del oficial.

—Lo siento —se disculpó Vadim con todos ellos—. Me adelanté un poco más de la cuenta.

Bonin no dijo nada. No tenía necesidad de hacerlo. Vadim sabía que había cometido un error.

Se acercaron a la enorme escalera de metal y ascendieron hasta el espacio contiguo al tejado. Las llaves que habían conseguido les permitieron atravesar todas y cada una de las compuertas blindadas cerradas con las que se toparon. Habrían tardado horas en derribarlas para abrirse paso.

Al final de la escalera había una plataforma metálica grasienta con una escalerilla que llevaba a una pequeña escotilla en el techo. Bonin subió por ella y probó con todas las llaves hasta que dio con la que abría la cerradura a prueba de explosiones de la escotilla.

—Las máscaras —les advirtió Bonin, y los cuatro se las colocaron antes de que abriera la escotilla.

Unas luces anaranjadas de aviso empezaron a girar y a brillar cuando la escotilla se abrió hacia afuera y dejó paso a un helado aire nocturno.

—Alguien se va a dar cuenta de esto —dijo Lillo.

No había forma de evitarlo. El tiempo estaba en contra de ellos. De todas maneras, alguien echaría de menos en poco rato al grupo al que habían eliminado.

Bonin salió al tejado y se comunicó con Domor y su grupo. Les llevó quince minutos atravesar la distancia que los separaba, repleta de estructuras metálicas, y llegar hasta aquella escotilla. Bonin envió a los primeros que llegaron con Milo y Lillo para asegurar la base y el acceso a la planta elevada. En cuanto entró el último miembro del grupo, Bonin cerró la escotilla y aseguró la cerradura de nuevo. Las luces de aviso de peligro se apagaron.

De regreso a la planta elevada, los soldados que se habían quedado sin armas al estrellarse la nave de desembarco, como Seena y Arilla, se apropiaron de las viejas y baqueteadas carabinas láser de los del Pacto Sangriento. Dejaron atrás la compuerta estanca, por prudencia, y bajaron por la escalera hasta que llegaron a la planta principal de la cámara de turbinas. Estaba a oscuras, y sus superficies llenas de restos de aceite, con una leve capa de humo procedente de los tubos de escape de la maquinaria, pero la oscuridad y el ruido les envolvieron y los ocultaron. Mkeller y Bonin, gracias al mapa que les había entregado Gaunt, los condujeron a través de los niveles inferiores del condensador, entre las estructuras de las turbinas, bajo pasarelas elevadas, por encima de serpentines de tuberías de presión. Las gotas provocadas por la condensación caían por todos lados, y unos insectos de aspecto asqueroso se escurrían por los rincones.

Una luz apareció en algún lugar por encima de ellos. Los Fantasmas se quedaron inmediatamente inmóviles. Era una luz procedente de una compuerta o de una escotilla abierta al otro lado de una de las pasarelas elevadas, y vieron una fila de individuos corriendo hacia una plataforma. Instantes después, apareció otro foco de luz. Otro grupo, de aún más soldados, con las lámparas oscilando de un lado a otro se apresuraban a cruzar una pasarela situada más arriba, avanzando para apoyar al otro grupo.

Milo y Bonin se habían dedicado a arrojar por encima de la barandilla a todos los

muertos del Pacto Sangriento, hacia la oscuridad que les esperaba más abajo, pero no había modo alguno de disimular los efectos de los disparos láser en la zona.

En cuanto pareció que era seguro moverse de nuevo, siguieron avanzando en silencio por los estrechos pasillos formados por la maquinaria y llegaron a una compuerta interior que se abrió con un giro de una de las llaves digitales.

Entraron en formación de tiro, con Jagdea protegida en el centro de uno de los grupos, y atravesaron un pasillo principal de servicio que rodeaba la zona y que estaba flanqueado por grandes vigas. Unas pálidas luces de color azul brillaban detrás de sus protectores de rejilla a lo largo de la línea central del techo.

El pasillo seguía adelante, pasando por encrucijadas, cruces, entradas a escaleras y accesos a montacargas. Haller se sentía cada vez más intranquilo, y vio en las caras de los demás que los otros verghastitas también empezaban a ponerse nerviosos. Aquello era un laberinto. Habían dado tantas vueltas que ni siquiera estaba seguro de dónde estaban los cuatro puntos cardinales básicos. Pero los de Tanith parecían estar muy tranquilos. Corbec le había dicho una vez a Haller que los habitantes de Tanith no podían perderse. Al parecer, no estaba en su código genético. Tenía que ver algo con los eternamente cambiantes senderos de los bosques de aquel planeta natal del que siempre andaban hablando.

En aquel momento, se lo creyó. Bonin, que como todos los exploradores de Tanith siempre tenía una expresión ceñuda y jamás parecía encontrar motivo de alegría en nada, ni siquiera había vuelto a consultar el mapa. Se detenía de vez en cuando para mirar los rótulos pintados en las paredes. Una vez se detuvo, los hizo retroceder y les condujo por una escalera por la que antes habían pasado de largo, pero su confianza nunca disminuyó.

Llegaron por fin a una pequeña estancia lateral que parecía especialmente sórdida y que llevaba mucho tiempo fuera de uso. Estaban, según los cálculos de Haller, en los niveles más inferiores de la cúpula de la ciudad, más abajo incluso que los niveles donde se acumulaban los desechos del condensador. Unas hileras de monos de trabajo viejos y cubiertos de telarañas y unas cajas de equipos industriales ya inutilizados habían sido almacenadas allí para quitarlas de en medio. La mayoría de las luces del techo no funcionaban. Vieron una puerta en el otro extremo, otra compuerta de metal, pero pintada de azul con unos números rotulados en blanco y cuya pintura se estaba desprendiendo.

Bonin se detuvo y miró a Mkeller. El otro explorador, un hombre ya mayor con el cabello gris y afeitado a los lados de la cabeza, se limitó a devolverle la mirada y asentir.

—¿Dónde estamos? —susurró Haller.

—En una entrada de acceso posterior a la cámara de control principal del condensador.

—¿Estás seguro?

—No necesito abrir la puerta para comprobar que se trata de una entrada de

acceso posterior a la cámara de control principal del condensador, si es a eso a lo que se refiere, señor.

—Vale, vale… —Haller miró a Domor—. ¿Qué te parece?

—Creo que es lo más parecido que vamos a tener a un objetivo. A menos que te quieras esconder en estos niveles inferiores hasta, ehhh, bueno, no sé… ¿hasta el final de los tiempos?

Haller sonrió.

—Creo que te he entendido. Y como a nuestro amado coronel comisario le gusta decir tantas veces… ¿es que queréis vivir para siempre?

La explosión hizo estremecerse toda la estancia, arrancando los paneles de madera pintada, levantando las pulidas baldosas del suelo y haciendo caer una de las enormes lámparas de araña del techo. Todo aquel cristal cayó al suelo y rodó como si fuera un árbol transparente. La otra se balanceó de un lado a otro del techo.

El espeso humo azul empezó a despejarse.

Gaunt parpadeó para librarse de las lágrimas que el humo le había provocado y tosió y carraspeó para aclararse la garganta. Miró a su alrededor. Aunque algunos de los Fantasmas de su escuadra se estaban quitando los pequeños restos que les habían caído encima, todos parecían haber sobrevivido sin problemas a la tremenda explosión.

—Reagrupaos y avanzad, en grupos de tres. ¡Adelante! —ordenó Gaunt por el microtransmisor—. Soric, vigila nuestras espaldas.

—Recibido, señor —chasqueó el comunicador con la respuesta de Soric.

Su escuadra, junto a las de Theiss, Ewler y Skerral, estaba atrincherada en la retaguardia, conteniendo los crecientes ataques de los soldados del Pacto Sangriento.

Gaunt desenfundó su espada de energía, la puso en marcha y avanzó a la carrera con Derin y Beltayn, siguiendo al grupo que marchaba en vanguardia: Caober, Wersun y Starck. Los restos de la explosión crujían bajo sus pies. Una de las botas de Gaunt chocó con un trozo de cristal de la lámpara de araña y lo envió al otro lado tintineando sobre el suelo polvoriento.

Antes incluso de llegar al gran portón que había al otro extremo de la estancia, oyó el gruñido de frustración de Caober y supo lo que significaba: el escudo seguía intacto. Habían hecho pedazos toda la parte delantera del portón, con toda su estructura, con las cargas de demolición y los tubos de explosivos de todo el pelotón, aun así, la pantalla de energía seguía en funcionamiento, sin problemas aparentes.

—¿Señor? —inquirió Beltayn.

Gaunt pensó con rapidez. Se había planeado un protocolo de retirada (el táctico Biota le había dado el nombre clave de Acción Magus Azul), pero no tenía sentido dar aquella orden. Estaban acorralados en los niveles exteriores de la cúpula secundaria, entre la pared de escudos por un lado y por los soldados del Pacto

Sangriento del otro. No había ningún sitio al que retirarse, y tampoco había esperanza alguna de lograr una evacuación. Incluso en el caso de que la flota de naves de desembarco hubiese regresado a los dirigibles y se hubiesen reabastecido de combustible, como se suponía que debían hacer, el enemigo controlaba la zona de descenso en aquellos momentos, el único sitio donde se podía desembarcar.

Biota había esperado que vencieran, pensó Gaunt. Maldición, él mismo había esperado que así fuera. Cirenholm tenía que ser un hueso duro de roer, pero no tan jodidamente duro. Habían subestimado tremendamente la determinación y el poder estratégico del Pacto Sangriento.

Gaunt tomó el micrófono de mano de Beltayn.

—Uno a todas las unidades cercanas al punto 6903. El escudo permanece activo. Repito, sigue activo. Permanezcan en sus posiciones.

Consultó su placa de datos mientras Beltayn se apresuraba a descargar las posiciones actualizadas de las tropas desde su auspex. Aquello estaba estrecho. Demasiado estrecho. Los Fantasmas estaban completamente cercados por el enemigo, y estaban siendo empujados lenta y letalmente contra la línea de escudos.

Gaunt sabía que, sin prácticamente ningún espacio para maniobrar, tendría que aprovechar al máximo las posiciones defensivas de las que disponía.

—Aquí uno —continuó diciendo—. Soric, Thies, Skerral, mantengan la línea. Ewler, oriéntate hacia el oeste. El mapa muestra un pozo de servicio a unos doscientos metros de donde estáis. Quiero que lo bloqueéis y lo cubráis. Maroy, mantén la posición y proporciona fuego de cobertura al avance de Ewler. Confirmad.

Lo hicieron en una rápida sucesión de respuestas que se solaparon.

—Uno, a los demás… Burone, ¿me recibes?

—¿Señor?

—¿Cómo está la cosa ahí?

—De momento, poco combate, señor. Creo que intentan atacamos por el flanco.

—Entendido. Intenta no perder más terreno. No retrocedas más allá de la sala común 462.

—Cuatro seis dos, confirmado.

—Tamash, Mkfin, Mkoll. Intentad avanzar hacia el sur hasta el vestíbulo en 717. Allí existen una serie de cámaras que parecen fáciles de defender.

—Entendido, señor —contesto Mkfin.

—Recibido, uno —dijo Mkoll.

—¿Tamash? Aquí uno. Confirme.

Sonido de estática.

—¿Tamash?

Gaunt miró a Beltayn, quien estaba ajustando el dial del aparato. El apurado oficial de comunicaciones negó con la cabeza.

—Veinte, aquí uno.

—Adelante, uno.

—Soric, puede que Tamash haya caído, lo que significa que quizás existe un agujero peligroso en tu flanco izquierdo.

—Estaremos atentos, señor.

—Mkendrick, Adare… aprovechad la ventaja que tenéis a la derecha. Soric necesita que le cubran.

—Entendido, señor. Aquí la situación se está poniendo muy difícil —le respondió Adare.

—Haced lo que podáis. Wix, ¿sigues controlando ese muelle de carga?

—Hasta que nos quedemos sin munición, señor. Podremos resistir unos diez minutos como máximo antes de que tengamos que pelear con las manos y los cuchillos.

—Cinco selectivo, Wix. Utilizad las malditas cargas de demolición si no os queda más remedio.

Una voz interrumpió la transmisión.

—¡Uno, aquí diez cincuenta!

—Adelante, Indrimmo.

La voz del verghastita sonaba frenética. Gaunt pudo distinguir el tableteo del fuego automático a través de la transmisión.

—¡Estamos acabados! ¡Mi escuadra está acabada! ¡No tenemos ningún cargador! ¡Gak! ¡Están por todos lados, no podemos…!

—¡Indrimmo! ¡Indrimmo! ¡Diez cincuenta, aquí uno!

—No hay comunicación, señor —murmuró Beltayn.

Gaunt miró desesperadamente por encima del hombro al escudo, el verdadero enemigo. Le negaba cualquier posibilidad de organizar una defensa viable. Pensó por un momento en golpear el escudo con su espada de energía, pero sabía que no era modo de acabar con la vida de servicio de la noble arma de Heironymo Sondar.

—¿Alguna idea? —le preguntó a Caober.

El explorador negó con la cabeza.

—Lo único que se me ocurre es que este sistema de escudos debe de estar conectado a la red de suministro de energía de la ciudad. Debe de estar chupando una barbaridad de potencia para permanecer así de estable.

Gaunt ya había pensado en ello. Si pudiera ponerse en contacto con la avanzadilla, Varl, Kolea, Obel… si todavía seguían vivos. Quizá pudieran llegar hasta el condensador de vapor y…

No. Aquello era ser demasiado optimista. Si las tres escuadras de la avanzadilla seguían con vida, estarían luchando por sus vidas en aquellos momentos, en el centro de la cúpula controlada por el enemigo. Incluso si los escudos no estuviesen bloqueando las comunicaciones y pudiera hablar con ellos, esperar que pudiesen atacar el condensador era inútil.

Gaunt salió de su ensimismamiento cuando oyó lo que parecía una explosión de granada procedente de la antesala de la izquierda. Antes siquiera de que el humo se

despejara, vio a unas figuras vestidas de rojo que atravesaban la brecha abierta en la pared.

Los mapas imperiales de Cirenholm eran buenos, pero los del Pacto Sangriento eran quienes estaban allí, y conocían todos los conductos de ventilación y todo el subsuelo. De algún modo, habían logrado llegar hasta detrás de la pared de la antesala, a la espalda de la retaguardia de Soric y de los demás.

Y estaban atacando en mitad de su pelotón, demasiado extendido.

No tuvo que dar ninguna orden en absoluto. Sus hombres reaccionaron de forma instintiva, a pesar de que algunos de ellos cayeron bajo la descarga inicial. Wersun, que recibió dos disparos de láser, cargó contra ellos disparando ráfagas breves que acabaron con al menos tres infantes del Pacto Sangriento. Caober y Derin se lanzaron de cabeza, atravesándolos con los cuchillos calados en los rifles y disparando aquí y allá.

Vanette, Myska, Lyse y Neith dispararon con sus armas contra la brecha en el muro. A Myska le dieron en el antebrazo derecho, pero se puso en pie de forma casi inmediata, y utilizó una jardinera llena de polvo como apoyo para su arma para poder disparar con un solo brazo.

Starck cayó abatido de un impacto en la garganta. A Lossa lo alcanzó un disparo láser en la frente, y comenzó a dar vueltas a ciegas con las manos en la cabeza hasta que le volaron las piernas los disparos de unos soldados del Pacto Sangriento casi a quemarropa.

Aquellos soldados murieron rápidamente cuando Gaunt les abrió los torsos con sendos proyectiles de su pistola bólter.

A continuación, Gaunt saltó por encima del cuerpo de Wersun, que para entonces estaba tumbado en un charco de su propia sangre, jadeante, y cortó en dos la siguiente máscara negra grotesca y lo que había detrás.

El resplandor azul de la espada brillaba en el aire y le seguía el penetrante olor a sangre quemada. Otro que estaba a su izquierda, y que ya estaba alzando su carabina láser para disparar, tuvo que soltarla al cortarle Gaunt los brazos con que la sujetaba.

Gaunt retrocedió, y desvió un disparo láser con su espada antes de lanzarse a por el siguiente grupo de enemigos. Eran tres, y pasaban trastabillando por la brecha de la pared, todavía llena de humo. Uno de ellos se dobló sobre sí mismo al ser impactado por un rayo disparado por Derin. Gaunt atravesó a otro con su espada y utilizó su cuerpo para chocar contra el que le seguía. Este intentó disparar, pero Gaunt movió el pesado cuerpo de su oponente empalado y el cadáver absorbió los disparos efectuados a quemarropa. Gaunt colocó el cañón de su pistola bólter contra el visor negro de la máscara y apretó el gatillo.

La confusión era increíble… y feroz. Muchos de los Fantasmas se habían quedado sin munición. Se abalanzaron contra la marea de soldados del Pacto Sangriento que intentaban atravesar el hueco en la pared y les atacaron con sus cuchillos, sus puños o blandiendo sus rifles como si fueran mazas.

Un disparo quemó la manga de la chaqueta de Gaunt. El comisario disparó de nuevo, haciendo saltar hacia atrás una figura que cayó sobre sus camaradas, haciendo que todos se desplomaran como bolos en fila. Apretó el gatillo de nuevo, pero no se oyó más que un chasquido seco.

Se había quedado sin munición, y no tenía tiempo de cambiar de cargador.

Blandió su espada de energía a diestro y siniestro, cortando bayonetas, cañones de carabinas y manos. Dos de la escoria del Caos se lanzaron directamente sobre él para intentar inmovilizarlo, derribándolo. Uno de ellos se acercó demasiado a la espada y acabó retrocediendo, destripado.

El otro se quedó rígido por un momento y después se le relajó todo el cuerpo. Caober lo echó a un lado sin dejar de empuñar su plata pura.

Gaunt se puso en pie. Casi inmediatamente, Beltayn se arrojó sobre él y lo derribó de nuevo.

Oyó el tableteo de la ametralladora de calibre 30, y luego el rugir siseante de un lanzallamas. Bool y Mkan, que manejaban el arma de apoyo, y Nitorri, el encargado del lanzallamas de la escuadra, habían logrado acercarse desde sus posiciones en la antesala y se habían unido al contraataque. Gaunt se arrastró para ponerse a cubierto mientras los proyectiles del arma de apoyo y las llamas obligaban al enemigo a retroceder hacia la pared.

El hombro izquierdo de Nitorri dejó escapar un surtidor de sangre cuando un disparo tardío le acertó. Se derrumbó. Lyse, una de las verghastitas, una de las veteranas de la Defensa Civil de la colmena Vervun, corrió hacia él, se agachó al lado de su cuerpo convulso y recogió la manguera del lanzallamas. Roció el líquido en llamas por todo el hueco de la pared, incendiando la madera y haciendo estallar en llamas a los dos últimos soldados del Pacto Sangriento que se habían atrevido a quedarse atrás.

Gaunt deseó que le quedaran unas cuantas cargas de demolición más.

—¡Cubrid ese agujero! —le gritó a la dotación del arma de apoyo—. Soldado Lyse, tú también. Bien hecho.

—¡Señor! ¡Comisario Gaunt, señor!

—¿Beltayn?

El oficial de comunicaciones sostenía en alto los auriculares del aparato de comunicación con ademán de urgencia.

—Señor —le dijo—. Es el explorador Bonin.

—¡Repítalo, señor! ¡Apenas puedo oírle!

Bonin mantenía apretados contra sus oídos los auriculares y miraba con un gesto de desesperación a Nirriam, quien estaba intentando ajustar el gran aparato de comunicación.

Oyó otro estallido de la voz de Gaunt.

—Un momento, señor. Lo intentaremos por otro canal.

Bonin cortó la comunicación.

—¿No puedes aumentar la potencia? —le preguntó a Nirriam.

Este alzó las cejas, como un hombre al que le hubieran pedido que inflara un dirigible sólo con la fuerza de sus pulmones.

—No lo sé —le respondió el verghastita.

Era un soldado de infantería normal. Nirriam sólo había hecho una vez un curso de habilidades secundarias en el uso de comunicadores, lo que significaba que era el mejor operador de comunicaciones que podían encontrar entre las secciones de Domor y de Haller. Y eso no era mucho.

Nirriam tiró de una silla de metal típica de los operadores de comunicaciones y se sentó en ella mientras intentaba familiarizarse con la unidad de transmisión. Era el centro principal de comunicación de la sala de control del condensador, y era tan antiguo que casi resultaba obsoleto. El tiempo y el uso habían desgastado todos los indicadores de los mandos hasta borrarlos. Era un rompecabezas infernal e inescrutable.

Bonin esperaba impacientemente, y miraba a su alrededor en la estancia. Se encontraban a unos dos pisos de altura, y el lugar proporcionaba los puestos de control y de trabajo de los treinta tecnosacerdotes encargados del condensador. Todo tenía un acabado en bronce, y una gruesa y brillante capa de cerámica de color crema cubría los largos y extensos conductos que subían y bajaban por las paredes. El suelo estaba pavimentado con unas baldosas verdes también de cerámica. Tenía un aire de gastada elegancia, una reliquia procedente de una época industrial más sofisticada.

Había cuatro puntos de entrada: una compuerta en la galería superior que estaba por encima de la estancia principal, y tres en la planta baja, incluida la vieja entrada de servicio por la que habían accedido al lugar. Domor había desplegado las escuadras de modo que pudieran cubrirlas todas. Lillo, Ezlan y Milo estaban arrastrando los cadáveres hasta una esquina.

Se habían encontrado con cinco adeptos de servicio, junto a dos centinelas del Pacto Sangriento y un oficial con una grotesca máscara plateada y una placa dorada sobre la pechera de su camisa. Bonin y Mkeller no habían estado de humor para sutilezas. La mayor parte del tiroteo ya había acabado para cuando llegó el grueso del grupo.

La comandante Jagdea estaba mirando con expresión dubitativa a los muertos y la sangre que salpicaban el suelo. Milo había pensado al principio que se trataba de asco, pero ella también era una combatiente, y sin duda había visto la muerte antes.

Tenía la cara pálida por el dolor, pero había mirado furiosa a Bonin cuando todos acabaron de entrar.

—Podíamos haberlos interrogado.

—Sí, podíamos haberlo hecho.

—Pero los has matado.

—Era más seguro así.

Bonin no dijo nada más y se alejó.

Lo cierto de las palabras de la comandante le estaba reconcomiendo. Si hubieran mantenido con vida a los adeptos, adeptos que quizás eran ciudadanos imperiales obligados a trabajar bajo amenazas, a lo mejor uno de ellos habría sido capaz de utilizar la unidad de comunicación de la estancia.

No tenía sentido andar arrepintiéndose de aquello en esos momentos, pensó Bonin. Rezó en silencio para que su buena estrella siguiera brillando.

—¿Nirriam?

—Bonin, déjame trabajar.

—Venga…

—¡Mierda, hazlo tú! —exclamó el verghastita, que para entonces ya estaba metido debajo de la mesa desenchufando los cables de conexión uno por uno para soplar en sus terminales.

Domor se acercó hasta donde ellos estaban, deteniéndose un momento para comprobar cómo se encontraban Dremmond, Guthrie y Arilla, que se habían recostado contra una pared para descansar. Fayner les estaba echando un vistazo a sus heridas.

—¿Qué tal? —les preguntó Domor.

Bonin hizo un gesto vago en dirección a Nirriam.

—Está en ello —respondió.

—¡Prueba ahora! —resopló el aludido. Bonin estaba seguro de que la frase había terminado con un «cara de culo» no dicho en voz alta.

Bonin se puso los auriculares otra vez y apretó el botón de encendido del micrófono.

—Uno, aquí treinta y dos. Uno, aquí treinta y dos. ¿Me recibe?

Nirriam se inclinó a su lado y giró un poco uno de los mandos, como si eso fuera a servir de algo.

Bonin se sorprendió al descubrir que así era.

—… ta y dos, aquí uno. Treinta y dos, aquí uno. Le oímos aunque débilmente. ¿Me recibe?

—Uno, aquí treinta y dos. Le recibimos. Es un canal muy poco fiable, pero es lo mejor que hemos podido conseguir.

—Existe una fuerte actividad de escudos de vacío en la cúpula, y está bloqueando las señales de comunicación. Los microtransmisores no sirven de nada. ¿Estáis utilizando vuestro comunicador principal?

—Negativo. Estamos utilizando un sistema capturado. Debería tener la potencia necesaria para superar la interferencia.

Como para demostrar lo contrario, se oyó un tremendo restallido de estática antes de que surgiera la voz de Gaunt de nuevo.

—… estaríais muertos. Informe de su posición.

—Uno, repita.

—Pensábamos que ya estaríais muertos. Me dijeron que vuestra nave fue derribada. ¿Cuál es vuestra situación y vuestra posición?

—Es bastante largo de contar, uno. Nuestra nave fue derribada, pero Haller y Domor lograron hacer bajar a treinta en total. Bajas mínimas entre los supervivientes. Estamos dentro de…

Bonin se quedó callado. Se había dado cuenta de repente de que era muy posible que aquella frecuencia no fuese segura.

—Treinta y dos, aquí uno. Repita lo último.

Bonin sacó su arrugado mapa.

—Uno, aquí treinta y dos. Estamos… alrededor del otro lado de 6355.

Se produjo una larga pausa. Los altavoces del sistema sisearon y chasquearon.

—Treinta y dos, aquí uno. Espere.

Gaunt extendió su copia del mapa de Cirenholm sobre una mesa auxiliar dañada. Tenía los guantes manchados de sangre y dejó rastros marrones en el delgado papel cuando alisó el mapa.

Seis tres cinco cinco. 6355. No había ninguna marcación 6355 en el mapa. Pero Bonin había dicho «alrededor del otro lado».

Gaunt le dio la vuelta al número. 5536, lo que significaba…

El condensador. La sala principal de control del condensador de vapor.

¡Feth!

Gaunt levantó la vista, miró a Beltayn y casi le arrancó el micrófono de las manos.

—Treinta y dos, aquí uno. Estamos atrapados por una pared entera de escudos de vacío en funcionamiento a lo largo del marcador 48:00. Su fuente de alimentación es el suministro de energía principal de la ciudad. Necesitamos que corte ese suministro, y rápidamente si queremos sobrevivir más allá del próximo cuarto de hora. ¿Me ha entendido?

—Uno, aquí treinta y dos. Alto y claro, señor. Veré que podemos hacer. Espere.

Gaunt pudo sentir cómo su pulso aumentaba todavía más de velocidad. ¿Acababan de tener los Fantasmas la suerte más increíble en todos los anales de la historia militar del Imperio? Se dio cuenta de que se había hecho tan a la idea de la derrota y de la muerte en los últimos minutos, que la idea de que todavía le pudieran dar la vuelta a la situación le sorprendía enormemente.

De repente, pudo presentir la victoria. Pudo verla en las sombras, notar su presencia.

De repente, recordó todas las cosas que hacían que mereciera la pena la pesada carga del mando y consumirse al servicio del Emperador en la devota Guardia Imperial.

Había una oportunidad. ¿Podía confiar en ella? Aprovecharla al máximo significaría tener que confiar en esa oportunidad, pero si se equivocaba al depositar

esa confianza, sus hombres acabarían muertos incluso con mayor rapidez y eficacia que en los minutos anteriores.

Y justo en ese momento, se acordó de Zweil. Del viejo ayatani, parándole en el exterior de la Capilla Bendita del dirigible Nimbus.

«Déjame mirarte a los ojos, decirte que mates o que te matarán, y al menos hacer el signo del aquila».

Gaunt sintió que el estómago se le encogía. Se dio cuenta de que era miedo. Miedo a lo desconocido y a lo que no se puede conocer. Miedo a lo sobrenatural que acechaba en la galaxia que él conocía.

Zweil había dicho: «Confía en Bonin».

¿Cómo podía haberlo sabido? ¿Cómo podía haber visto…?

Pero las palabras del viejo sacerdote resonaban en su cabeza, alzándose desde las sagradas profundidades para obligarse a escucharlas por encima del cansancio de las horas de combate que inundaba su mente consciente.

«La santa en persona, la beata, me lo ha dicho… Debes confiar en Bonin».

No le había hecho caso en aquel momento. Apenas las había recordado mientras se acercaban a la zona de aterrizaje, en estado tenso y a punto de ponerse a gritar. Habían desaparecido por completo de su cabeza durante los intensos instantes del descenso, y los feroces combates que se produjeron a continuación.

Pero en ese momento estaba allí. Zweil. En su cabeza. Aconsejándole. Ofreciéndole la clave de la victoria.

Tenía que confiar en él.

Gaunt tomó el micrófono de su oficial de comunicaciones, a la espera, y comenzó a ordenar una serie de retiradas, mirando el mapa, a todas las unidades con las que se pudo poner en contacto. Buena parte de las unidades se quejaron con amargura, sobre todo la de Corbec, la de Hark y la de Soric. Gaunt las acalló, percatándose de que Beltayn le miraba como si hubiera enloquecido.

Comprobó de nuevo el mapa, observando las estancias y también los espacios que en aquel momento eran inaccesibles debido al muro de escudos. Ordenó a todos sus hombres que retrocedieran hacia los escudos, sin ningún sitio al que retirarse, y a continuación les dio instrucciones muy precisas sobre hacia dónde avanzar en cuanto pudieran moverse de nuevo.

Algo en su tono de voz y en la confianza que exudaba les hizo dejar de protestar. Le escucharon atentamente.

Más de un centenar de jefes de escuadra que de repente veían una oportunidad de vivir y vencer.

—Retroceded, aguantad y rezad. Cuando os dé la señal, obedeced inmediatamente las órdenes de despliegue que os he dado.

El sonido de las explosiones retumbó por toda la antesala. El Pacto Sangriento, al sentir un cambio en el despliegue de los Fantasmas, reavivó sus ataques y trajo armas de apoyo pesadas y lanzagranadas con munición de fragmentación.

Gaunt le gritó las órdenes a su propia escuadra. «Lo único que tenemos que hacer es contenerlos», pensó.

«Y lo único que tengo que hacer yo es confiar en Bonin».



SEIS

—¿Alguna idea? —les preguntó Bonin. Las respuestas fueron varios resoplidos y gestos negativos con la cabeza.

—Quizás ellos lo hubieran sabido —dijo Jagdea en voz baja mirando al montón de cadáveres apilados en un rincón.

¡Demonio de mujer!

Bonin sintió ganas de pegarle. Detestaba aquel tonillo de «te lo dije». Miró a su alrededor en la sala de control intentando desentrañar los misterios de aquel intrincado mecanismo. Se sentía como un niño. Era inútil. Las agujas de los diales temblaban de modo misterioso, los indicadores brillaban de forma inescrutable, las palancas y los botones parecían encontrarse en aquella posición «porque sí». Era un soldado, no un puñetero tecnosacerdote. No tenía ni idea de cómo se podía apagar un condensador de vapor.

—Si tuviéramos cargas de demolición, podríamos hacerlo saltar todo por los aires —dijo Ezlan.

—Si tuviéramos cargas de demolición —repitió Lillo como un eco.

—¿Y ahora, qué? —gruñó Haller mientras se acercaba al puesto de control más cercano. Tiró de una de las palancas de bronce, pero no hubo el más mínimo cambio perceptible en nada de lo que los rodeaba. Se encogió de hombros.

—Si… —empezó a decir Milo.

—¿Si qué? —le dijeron al menos diez personas a la vez.

—Si los del Pacto Sangriento han conectado todos sus escudos a la corriente principal, no serán conexiones habituales. Quiero decir que serán un apaño, algo externo. Ya sabéis, como cuando metes un cable interruptor para activar la apertura automática de una puerta.

Domor asintió.

—Entiendo lo que dice Milo —dijo Vadim—. Si han conectado algo, parecerá improvisado. Puede que seamos capaces de reconocerlo.

Bonin había estado pensando en la desesperada idea de tomar todas las baterías de disparo de las que disponían y conectarlas a la vez para quizá poder provocar una sobrecarga. Ante la idea de Milo, mucho más sutil, dejó la estratagema de la bomba improvisada en un rincón de su mente.

—Vamos a intentarlo, ¿vale? —dijo.

Se quedó callado. Haller y Domor, sargentos los dos, eran quienes estaban al mando. Se había pasado de la raya. Los miró, un poco avergonzado.

—Eh, yo estoy de acuerdo con Bonin —dijo Domor.

—Tiene mi voto —añadió Haller.

—Entonces… ¡vamos allá! —exclamó Bonin.

Los Fantasmas supervivientes de la nave de desembarco 2K se dispersaron en todas direcciones como si les hubieran golpeado a todos de forma simultánea en la espalda. Abrieron todos los paneles de mando, todas las escotillas de inspección y las linternas registraron todas las superficies inferiores de todos y cada uno de los puestos de control.

Los únicos que no se pusieron a buscar fueron los centinelas: Seena en la entrada superior, Mkeller y Lwlyn en las entradas principales inferiores y Caes, junto a Dremmond y su lanzallamas, en la compuerta de la entrada de servicio.

Bonin salió de debajo de uno de los puestos de control y centró su atención en una placa de la pared. Las tuercas que la mantenían cerrada estaban muy duras, y tuvo que utilizar el pomo de su cuchillo como si fuera un martillo para aflojarlas.

Vadim, cerca de él, estaba revisando el interior de un centro de conexiones y los puñados de cables le cubrían hasta las muñecas.

—Bueno —dijo con tono alegre—, también podríamos poner a cero todos los mandos y contadores.

—Ya he pensado en ello. Y también pensé en ponerme a dispararle a todos los malditos instrumentos que tuviera a la vista.

—Puede que funcionara —replicó Vadim con un suspiro.

—Si pudiera decir algo… —les interrumpió una voz a sus espaldas.

Bonin miró por encima de su hombro. Era Jagdea, y tenía aspecto de estar más incómoda que nunca con aquel brazo en cabestrillo.

—¿Qué, comandante?

—Soy piloto, así que no sé mucho sobre condensadores de vapor, pero creo que sé algo más que vosotros, ya que he pasado toda mi vida en Fantine. El condensador

es un generador de gas. Produce billones de litros de energía gaseosa bajo una presión increíble. El sacerdocio que mantiene en condiciones de trabajo los condensadores de Fantine posee miles de años de conocimientos y práctica sobre su funcionamiento.

—Lo que quiere decir… porque estoy seguro de que nos quiere decir algo con todo eso —dijo Bonin mientras arrancaba por fin la placa de la pared.

—Es un sistema muy antiguo, que funciona bajo millones… no sé… billones de toneladas de presión. Hazlo estallar, dispárale, apágalo… lo que sea… y lo más probable es que el sistema simplemente explote sin el personal experto necesario para controlarlo. Y si este condensador de vapor explota… Bueno, no creo que quede nada de Cirenholm para que pueda ser reconquistado.

—Vale —le respondió con una amabilidad falsa—. Gracias por todo.

Se dio la vuelta para seguir con su tarea. Aquella puñetera mujer iba a acabar con un cuchillo clavado en la espalda si no se callaba. Sabía que él no le caía bien. Maldita mujer.

Aquella puñetera mujer tenía toda la razón. Estaban trasteando en aquel lugar, toqueteando en su ignorancia un sistema de energía que mantenía con vida a toda una ciudad. Aquello era mucha energía. Jagdea estaba en lo cierto. Si metían la pata, no quedaría absolutamente nada de Cirenholm, a excepción de un pico montañoso agujereado y humeante.

—¡Feth! —maldijo Bonin al pensar en aquello.

—¿Qué? —dijo Jagdea a su espalda.

—Nada, nada.

—Claro que —siguió diciendo la comandante—, si ese chaval está en lo cierto…

—Milo.

—¿Qué?

—Soldado Brin Milo.

—Vale. Si está en lo cierto, y el enemigo ha conectado sus escudos al sistema de energía del condensador, ¿no es más probable que lo hicieran en las salas de las turbinas principales en vez de aquí abajo, en la sala de control?

Bonin dejó caer la placa de la pared, que se estrelló contra el suelo con un fuerte ruido metálico, y se puso en pie para encararse con ella.

—Sí. Sí que lo es. Es muy probable. Pero estamos aquí y lo estamos haciendo lo mejor posible. No podemos volver atrás, porque el enemigo se encuentra en todas partes. Así que trabajamos con lo que tenemos. ¿Tienes algo más que comentar? Porque si no es así, sinceramente, lo cierto es que me encantaría que te callases y nos echases una mano en la búsqueda. Me estás cabreando un montón.

Ella pareció realmente sorprendida.

—Oh. Bien. De acuerdo. ¿Qué quieres que haga?

Bonin miró a su alrededor.

—Allí. Entre Nirriam y Guthrie. Echa un vistazo bajo esa mesa, si no te importa.

—Por supuesto —le dijo ella, y se apresuró a ir hacia allí.

—Vaya, Bonin. Bien hecho. Así se trata a una dama —le dijo Vadim riéndose.

—Cierra esa maldita bocaza —le replicó el explorador.

—¡Sargento! ¡Sargento!

Todos oyeron la cantarina voz de Seena.

—¿Qué? —contestó Haller desde debajo de un conducto de mantenimiento en el que estaba metido hasta los hombros.

Seena estaba en la pasarela de arriba, vigilando la entrada superior.

—Tenemos compañía.

Su voz era un gorjeo jovial.

Lo que significaba que no había nada de eso.

—¡Vamos! ¡Vamos! —gritó Corbec al mismo tiempo que se ponía en pie y agitaba sus brazos a pesar de los disparos enemigos que impactaban por doquier. Los Fantasmas de su escuadra, junto a las tropas de Bray, atravesaron a la carrera la compuerta mientras una lluvia de fuego caía a su alrededor.

Irvinn tropezó y casi se cayó, y Corbec lo arrastró por el cuello del uniforme hasta hacerle atravesar la compuerta.

—¿Se ha apagado el escudo, jefe? —balbuceó.

—Todavía no, chaval.

—¡Pero el comisario Gaunt dijo que lo haría! ¡Dijo que se apagaría!

—Lo sé.

—Si el escudo no se apaga, nos meteremos en una ratonera, jefe, nos…

Corbec le dio un golpe al joven soldado en un lado de la cabeza.

—Gaunt lo solucionará. Eso es lo que siempre hace. ¡Lo solucionará y nosotros saldremos con vida! ¡Y ahora, levántate y colócate en tu puesto ahí atrás!

Irvinn le obedeció a trompicones.

Corbec volvió la mirada atrás justo a tiempo para ver caer a otros dos Fantasmas mientras corrían hacia la compuerta. Uno de ellos era Widden, y su cuerpo fue impactado con tanta fuerza y por tantos proyectiles del calibre 50 que quedó completamente deformado. La otra era Muril. A la joven le acertaron y cayó dando una vuelta de campana quedando boca abajo.

—¡No! —rugió Corbec.

—¡Colm! ¡Espera! —le gritó el sargento Bray.

—¡Bray, haz que entren! ¡Haz que entren! —le respondió Corbec a gritos mientras salía a la carrera por la abertura de la compuerta hacia Muril. Los disparos láser acribillaron el suelo a su alrededor, llenando el aire de nubecillas de baldosas pulverizadas.

Logró llegar a Muril de algún modo y le dio la vuelta. Tenía la cara blanca por el polvo y manchada por salpicones de sangre que estaban empapando el polvo como la tinta empapa el papel. Sus ojos parpadearon.

—¡Venga, chica! ¡Nos vamos!

—¿Co… coronel?

La miró de arriba abajo y vio la herida en la parte superior del muslo. Era grave, pero podría sobrevivir a ella. Se la echó al hombro.

Una de sus piernas cedió de repente y ambos cayeron al suelo ceniciento levantando una suave nube de polvillo blanco.

Todo pareció moverse más lentamente. Todo pareció quedar en silencio.

Corbec vio los disparos láser del enemigo atravesar el polvo como a cámara lenta. Unas lanzas chispeantes de luz roja que dejaban un leve brillo sobre el polvo al pasar. El resplandor cambiante de las diferentes explosiones. El parpadeo de los proyectiles trazadores. Las gotas de sangre de brillante color rojo que caían desde Muril al suelo, creando unos suaves cráteres en el polvo.

La levantó de nuevo y echó a correr, pero era muy difícil. Su pierna no quería moverse.

Sintió un dolor repentino en la espalda, y luego otra punzada realmente lacerante que traspasaba su espinilla izquierda.

Cayó atravesado sobre la compuerta, en los brazos de Bray. Merrt y Bewl corrieron hacia ellos con las bocas abiertas y lograron tomar en sus brazos a Muril antes de que cayera al suelo.

—¡Un médico! ¡Un médico! —oyó gritar a Bray.

Corbec se dio cuenta de que no podía moverse. Todo le parecía extrañamente suave y tibio. Estaba tumbado de espaldas, mirando al techo de paneles de madera.

Le pareció que este se elevaba alejándose de él.

Lo último que oyó fue a Bray que seguía pidiendo a gritos un médico.

Viktor Hark disparó su pistola de plasma contra la maraña de enemigos que se movía alrededor de la entrada. Las fuerzas combinadas de las escuadras de Rawne, Daur y Meryn estaban situadas a lo largo del parque, y estaban retrocediendo. No había nada más a su espalda excepto las compuertas bloqueadas por los escudos.

Habían cedido un terreno muy valioso para la defensa siguiendo las órdenes de Gaunt. No habían ganado nada a cambio.

Hark disparó de nuevo. Iban a morir. Uno por uno, con el escudo a sus espaldas.

El sargento Agun Soric, un héroe de la colmena Vervun, estaba recostado contra la pared. La herida que tenía en el pecho estaba dejando entrar el aire, y ya se había formado una espumilla rojiza y burbujeante alrededor del agujero de bordes cauterizados. Alzó lentamente el rifle láser con una mano, pero era demasiado pesado.

Unos hombres vestidos de rojo con grotescas máscaras de metal avanzaban hacia él a través de la humareda.

El sargento Theiss se arrodilló a su lado, apareciendo de la nada. Disparó contra

los enemigos y los obligó a ponerse a cubierto.

—¡Lleváoslo de aquí! —oyó Soric gritar a Theiss.

Soric sintió que lo alzaban. Doyl y Mallor se habían colocado bajo sus hombros, y Lanasa le llevaba de los pies.

Theiss, junto a Kazel, Venar y Mtane, se pusieron a disparar para cubrirlos.

—¿Ya hemos pasado? —preguntó Soric con voz gorgoteante—. ¿El escudo…?

—No —le respondió Doyl.

—Bueno… —dijo Soric mientras cerraba los ojos—. Ha sido una buena vida mientras ha durado…

—¡Soric! —gritó Doyl—. ¡Soric!

Los primeros atacantes del Pacto Sangriento intentaron entrar en la sala de control del condensador de vapor por la entrada superior.

Seena respondió sola a sus disparos hasta que Ezlan y Nehn se unieron a ella. Cada uno de sus disparos iba seguido de una queja y una maldición sobre el hecho de que debería estar disparando su arma de apoyo del calibre 30.

Era un lugar estrecho, y los tres Fantasmas podían contener al enemigo… a menos que este trajera algo más pesado.

Tres minutos después de que empezara el asalto por la compuerta superior, la puerta principal de abajo, cubierta por Mkeller, fue atacada. El explorador vio a tiempo una granada que le habían lanzado y pudo cerrar la pesada compuerta de hierro. La explosión la hizo estremecerse. Haller corrió hacia allí y ayudó a Mkeller a echar los cerrojos de las esquinas de la compuerta.

—Eso no los contendrá por mucho tiempo —dijo Mkeller, y como para confirmarlo, empezaron a sonar golpes de puños y de culatas de rifle contra la puerta.

Lwlyn, situado en la otra entrada principal, cayó de repente de espaldas soltando una maldición. La hombrera izquierda de su uniforme empezó a empaparse de sangre.

—Me han dado —dijo, y se desmayó.

Una tremenda andanada de disparos láser atravesó el hueco de la compuerta y dos de ellos alcanzaron el cuerpo inconsciente de Lwlyn, que estaba caído y al descubierto, y se aseguraron de que no se levantara nunca más.

Guthrie logró llegar a la puerta y la cerró de golpe. Los disparos láser empezaron a resonar contra el otro lado.

—¡Si vamos a hacer algo, será mejor que lo hagamos ya! —aulló Guthrie.

Bonin miró a Domor, quien se encogió de hombros. La sala era un follón increíble, con manojos de cables que salían de todas las esquinas.

—Por si te sirve de algo, soldado —dijo Jagdea mientras se recostaba contra la pared—, creo que lo has hecho lo mejor que has podido.

Sacó su pequeño cuchillo de supervivencia del interior de la caña de la bota y

abrió de un corte la manga de su traje presurizado. Bonin vio que sacaba dos píldoras de color blanco del interior de la manga descosida y las dejaba caer en la palma de la mano. Se las llevó a la boca.

Bonin se plantó a su lado de un salto y se las tiró de una palmada.

—¿Qué demonios estás haciendo?

—¡Déjame en paz!

—¿Qué demonios estás haciendo? —repitió Bonin.

—Tomando la única salida honorable, soldado. Estamos muertos. Peor que muertos. El mando de cazas nos entrega esas píldoras por si acaso tenemos que aterrizar tras las líneas enemigas. Los del Pacto Sangriento no hacen prisioneros, ¿sabes?

—¿Ibas a matarte tú misma?

—Veneno de alapellejo concentrado. Es casi indoloro, o eso me han dicho.

Bonin sacudió lentamente la cabeza. Seena, Ezlan y Nehn, todavía en la galería superior, seguían disparando contra el enemigo.

—¿El suicidio, comandante Jagdea? ¿No es esa la huida del cobarde?

—Que te den, soldado. ¿Cómo tengo que decírtelo? Estamos muertos. Mu-er-tos. Prefiero morir sin dolor que darle la bienvenida a la muerte que ellos traen.

Bonin se puso en cuclillas delante de ella y recogió las píldoras, que seguían en el suelo. Jugueteó con ellas en la palma de la mano.

—El coronel comisario Gaunt me enseñó que a la muerte hay que combatirla hasta el mismo final. No hay que darle la bienvenida. No hay que invitarla. La muerte llega cuando llega, y sólo un idiota la haría llegar antes de tiempo.

—¿Me está llamando idiota, soldado Bonin?

—Yo sólo le digo que no todo está perdido.

—¿De verdad?

—De verdad. Puede que tan sólo sea la filosofía de un pobre soldado ignorante, pero en la Guardia Imperial seguimos luchando hasta el final. Si morimos, morimos. Pero el suicidio jamás es una de nuestras opciones.

Jagdea se quedó mirándolo.

—Dame las píldoras.

—No.

—Me parece que tengo un rango superior.

—Me importa un bledo.

Bonin dejó caer las píldoras al suelo y las machacó con el talón de la bota.

—Mal rayo te parta, Bonin.

—Sí, comandante.

—¿De verdad crees que va a cambiar algo? ¿Qué vamos a ser milagrosamente rescatados?

—Todo es posible, siempre que lo hagas posible. Mi madre me dijo que yo había nacido con una buena estrella. Esa suerte jamás me ha abandonado. Ha habido veces

en las que debiera haber muerto. En la colmena Vervun. Puedo enseñarte las cicatrices.

—No, gracias.

La voz de Jagdea sonaba cada vez más débil y floja.

—Yo creo en mi suerte, Jagdea. La suerte de Tanith.

—Que te den. Estamos todos muertos. Escucha eso.

Bonin oyó el furioso martilleo contra las puertas, la frenética resistencia del trío de la galería superior.

—Quizá. En caso de que eso llegue a ocurrir, te prometo que no sufrirás.

—¿Lo harás en persona? Qué galante.

Bonin hizo caso omiso del sarcasmo.

—Los Primeros y Únicos de Tanith, señora, cuidamos de los nuestros.

En la galería superior, Nehn retrocedió, herido. Seena vio a un soldado del Pacto Sangriento cargando contra ellos… para luego desplomarse. La verghastita hubiera jurado que había recibido un disparo sobrecargado en la parte posterior de la cabeza.

El ataque se detuvo.

Su microtransmisor chasqueó.

—¿Quién está ahí abajo?

Era la frecuencia de la Guardia Imperial.

—Veinticuatro. ¿Quién es? —susurró ella.

—Veinticuatro, aquí nueve. Seena, ¿eres tú?

—¿Sargento?

—Real como la vida y dos veces más feo, chiquilla.

—¡Es Kolea! ¡Es Kolea! —anunció con su voz cantarina a los demás.

Las escuadras combinadas de Obel, Kolea y Varl entraron por la galería superior y se unieron a las unidades de Domor y de Haller. Lo cierto es que todas se mantuvieron bastante tranquilas. Hubo unos cuantos apretones de manos y algunos saludos. Nada de vítores ni de gritos, nada que dejara entrever la alegría que todos sentían. Nada para reconocer el increíble golpe de suerte que acababan de tener.

Para entonces, los soldados del Pacto Sangriento habían alcanzado niveles casi psicóticos de agresividad en las entradas principales de la planta baja. Varl envió a los lanzallamas para «aplacarlos».

—Claro que sí —estaba diciendo Kolea en aquellos momentos.

—¿De verdad? —le preguntó Haller, quien había sido su segundo al mando en las unidades irregulares de la colmena Vervun.

—No te tiras toda la vida trabajando en las minas y en las plantas de energía sin saber cómo funcionan los sistemas de trasvase de energía de un generador.

Kolea se acercó a lo que parecía un puesto de control secundario y bajó una palanca aparentemente sin importancia.

Las luces disminuyeron de potencia. Las agujas se pusieron a cero. El tronar rugiente de las turbinas se fue apagando.

Se dio la vuelta y vio los rostros pasmados de los que le rodeaban.

—¿Qué? ¿Qué?

Los escudos se apagaron.

Se oyó un tremendo chasquido eléctrico y se sintió una repentina y fuerte corriente de aire cuando el escudo al otro extremo de la antesala desapareció y la presión se igualó.

—¡Ahora! —aulló Ibram Gaunt—. ¡Ahora, ahora, ahora! ¡Hombres de Tanith, hombres de Verghast! ¡Han cambiado las tomas!

—¡Demostradme de lo que es capaz la Guardia Imperial!



UNA RECONSIDERACIÓN DE LA POLÍTICA DE COMBATE

Ocupación de la ciudad de Cirenholm,
Fantine, 214 a 222.771, M41.

Cirenholm fue tomada tras siete horas de decididos ataques. Una gran victoria para la Guardia Imperial. Eso es lo que dicen los libros de texto. Sin embargo, los avances cruciales que permitieron lograr la victoria no fueron conseguidos mediante asaltos masivos, sino por los ataques sigilosos llevados a cabo por individuos extremadamente entrenados y extremadamente disciplinados a los que se les concedió, de un modo sensato, un inusual grado de autonomía dentro de la escala de mando, y que utilizaron sus expertas capacidades de infiltración para desmantelar las defensas enemigas de un modo más completo y eficaz que lo que podrían haber logrado jamás diez mil unidades de infantería convencional. Es una lástima que nosotros no lo planeáramos de ese modo.

Antonid Biota, jefe táctico Imperial.
Teatro de guerra de Fantine.





UNO

Unas hinchadas columnas de humo de color marrón producidas por los incendios se elevaban desde la cara sur de las tres cúpulas de Cirenholm, y se disolvían hasta convertirse en una neblina amarillenta bajo la fuerte luz del sol de la mañana.

Era difícil creer que Fantine era un mundo tóxico si se miraba desde la plataforma de observación superior de la cúpula primaria. El brillante resplandor del sol hacía que el cielo a una altitud tan elevada tuviera un color azul pastel, y más debajo de las curvas de las inmensas cúpulas; unos grandes océanos de nubes blancas entrelazadas se extendían más allá de donde alcanzaba la vista. Sólo de vez en cuando se distinguía una mancha o una sombra rojiza causada por una llama que se hacía visible bajo las nubes cuando aquel infierno que era la Escaldadura las encendía.

Los dirigibles, parecidos a grandes mamíferos en aquel mar, se estaban acercando. Eran ocho en total, cada uno de un kilómetro de longitud desde la punta de su espolón hasta los alerones de cola, y estaban aprovechando el viento de la mañana, con sus tensos costados de color plateado y blanco reluciendo. Las parejas de diminutos Ligthnings cruzaban por delante de ellos, realizando repetidas pasadas por encima de la ciudad. Las cañoneras, unas variantes repletas de armamento de los dirigibles que les habían llevado cerca de Cirenholm, avanzaban pesadamente al lado de las naves que escoltaban.

Hacía frío en la plataforma de observación. Los sistemas de calefacción de la ciudad seguían sin funcionar. Se estaba tardando bastante tiempo en volver a poner en

marcha a su nivel óptimo al condensador de vapor después de su desconexión repentina.

Gaunt se arrebujó en el interior de su largo abrigo de combate. Unos cristales de hielo se estaban formando con rapidez sobre el cristal de la ventanilla de observación, y los quitó con una mano enguantada. Había algo extremadamente relajante en quedarse mirando el espectáculo de los dirigibles aproximándose. Podía distinguir incluso a aquella distancia el batir de las enormes palas de sus hélices. De vez en cuando, el cristal vibraba cuando un rugiente Lightning pasaba cerca y a baja altura.

—¿Ibram?

Gaunt se giró. Hark acababa de entrar en la plataforma de observación llevando dos grandes tazas humeantes de cafeína.

—Gracias, Viktor —dijo Gaunt mientras tomaba una de ellas en la mano.

—Toda una vista —comentó Hark soplando en su taza antes de tomar un sorbo.

—Es verdad.

Un remolcador aéreo acababa de aparecer para engancharse al morro del dirigible que iba en cabeza y arrastrarlo hacia los niveles de los hangares bajo el reborde de la cúpula primaria. Gaunt observó cómo las letras pintadas en el morro del dirigible Zephyr desaparecían lentamente una por una al pasar bajo la gran sombra del reborde.

Gaunt dio un sorbo cuidadoso a su cafeína.

—¿Qué noticias hay?

Había permanecido al lado de Beltayn durante seis horas supervisando el tráfico de comunicaciones antes de echarse unas pocas horas intranquilas de sueño en una habitación de aire estancado de una gran residencia de la cúpula secundaria. Había procurado mantenerse alejado de los parloteantes comunicadores desde que se había levantado. Necesitaba estar en calma.

—Todavía se están produciendo algunos combates en los sectores del norte. Rawne ha limpiado casi por completo los últimos núcleos de resistencia de la cúpula secundaria. La terciaria está limpia al cien por cien, y Fazalur está llevando sus tropas hasta la primaria para apoyar a los urdeshitas. La resistencia más fuerte es la del sector norte de la cúpula primaria. Tiene mala pinta, pero tan sólo es cuestión de tiempo. Y hemos encontrado a los ciudadanos. Estaban metidos en jaulas inmensas en la cúpula terciaria. Fazalur los ha liberado. Están empezando a devolver a la población a sus casas.

Gaunt asintió.

—¿Qué? —le preguntó Hark.

—¿Qué de qué?

Hark sonrió. Era una expresión que rara vez aparecía en su rostro.

—Esa mirada en los ojos. Tristeza.

—Ah, eso. Estaba sintiendo lástima por los urdeshitas. Se han llevado la peor parte, teniendo en cuenta todo. ¿Cuál es el balance ahora mismo?

—Mil doscientos muertos, y otros novecientos heridos.

—¿Y nosotros?

—Veintiocho muertos y doscientos heridos.

—¿Cómo está Corbec?

Hark dejó escapar un suspiro.

—No tiene buena pinta. Lo siento, Ibram.

—¿Por qué? No fuiste tú quien le disparaste. ¿Y qué tal Agun Soric?

—Ya le han tenido que resucitar en la camilla dos veces. Tendría que haber muerto en el acto con la herida que sufrió.

—Agun es perro viejo y duro de narices. Se irá cuando él quiera.

—Esperemos que no quiera todavía. No sé a cuál de ellos echaremos más de menos.

Gaunt frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

Hark se encogió de hombros.

—Corbec es el corazón del Primero de Tanith. Todos le adoran. Si lo perdemos, será un golpe terrible para todos. Pero es que Soric es del mismo paño. Significa mucho para los verghastitas. En caso de que muera, las secciones verghastitas del regimiento perderán mucha moral. Y no queremos que pase eso.

—Tienen otros jefes carismáticos: Daur y Kolea.

—Y se les respeta mucho, pero no son como Soric. Es su figura paterna, lo mismo que los de Tanith tienen a Corbec. Kolea podría tener mucha más importancia, pero no creo que quiera convertirse en un símbolo para nadie. Sinceramente, estoy convencido de que sería mucho más feliz siendo un simple soldado.

—Yo también lo pienso, a veces —dijo Gaunt mientras observaba cómo el siguiente dirigible, el Bóreas, era remolcado hasta introducirlo en el hangar correspondiente.

—Daur también es un buen hombre —continuó diciendo Hark—. Me cae bien, pero es… No lo sé. Un poco altanero. Demasiado vehemente. A los verghastitas no les gusta demasiado. No procede de la tropa básica, ni tiene los pies en la tierra como Soric. Y lo que está claro es que los de Tanith le desprecian.

—¿A Daur? ¿Desprecian a Daur? —exclamó Gaunt sorprendido.

—Algunos de ellos —aclaró Hark, pensando en Rawne—. La mayoría de los de Tanith aprecian de verdad la llegada de sangre nueva verghastita, pero ninguno de ellos puede quitarse de encima la sensación de intrusismo. De intrusos en su regimiento. Daur posee una autoridad equivalente a la de Rawne, y para muchos, ese es el mejor ejemplo de la invasión del Primero y Único por parte de los reclutas de la colmena Vervun.

—¿Para Rawne, quieres decir?

Hark sonrió de nuevo.

—Sí. Sobre todo para él. Pero no se trata sólo de él. Es una cuestión de honor.

Seguro que ya te has dado cuenta.

Gaunt asintió sin contestarle. Se daba perfecta cuenta del modo en que Hark le estaba poniendo a prueba. El nuevo comisario le era leal, y había comenzado a cumplir sus deberes en su nuevo puesto de un modo impecable, pero siempre estaba probando hasta dónde podía llegar. A Hark le gustaba pensar que estaba más en consonancia con el espíritu del Primero que el propio Gaunt.

—Sé que todavía pasará bastante tiempo antes de que los elementos de Tanith y de Verghast del regimiento encuentren el equilibrio apropiado para ambos —dijo Gaunt tras una larga pausa—. Los hombres de Tanith se sienten con un cierto derecho de propiedad sobre el regimiento. Incluso los que tienen una mente más abierta ven a los verghastitas como unos extraños. Después de todo, es su nombre el que aparece en el estandarte y en la enseña. Y no tiene que ver con la habilidad en el combate. No creo que ninguno de los hombres de Tanith se atreviera a poner en tela de juicio el espíritu guerrero de los reclutas de la colmena Vervun. Es más bien una cuestión de… orgullo. Este es y siempre ha sido el regimiento de Tanith. La nueva sangre que hemos incorporado de Verghast no es sangre de Tanith.

—Y lo mismo ocurre con los verghastitas, pero al contrario —comentó Hark para mostrar que estaba de acuerdo—. Este no es su regimiento. Ellos tienen su propia insignia, pero su nombre nunca aparecerá en nuestro estandarte. Sienten el resentimiento de los de Tanith… lo sienten porque es real. Y lo comprenden, lo que sólo sirve para empeorar las cosas. Quieren destacar por sí mismos. Lo cierto es que estoy sorprendido que semejante división no haya sido más… problemática.

Gaunt se bebió de un sorbo lo que le quedaba de cafeína.

—Los verghastitas ya han logrado destacar. Nos han ayudado a incrementar enormemente nuestro número de francotiradores.

—Sí, pero ¿gracias a quién lo han conseguido? A las mujeres en su mayor parte. No me malinterpretes. Las chicas francotiradoras son una bendición para esta fuerza de combate, pero el orgullo de los combatientes masculinos de Verghast ha sufrido porque esas mujeres son lo mejor que pueden ofrecer. No nos proporcionan exploradores, y ahí es donde se encuentra el verdadero honor. Ese es el origen de la fama de los Primeros. Los exploradores de Tanith son la élite, y ¿han logrado los verghastitas ofrecemos tan sólo uno a ese nivel? No.

—Se han quedado bastante cerca. Mira a Cuu.

—Ese cabrón.

Gaunt soltó una breve carcajada.

—Bueno, estoy de acuerdo. Lijah Cuu es una amenaza de tres pares de narices, pero posee todas las cualidades de un explorador del mejor nivel.

Hark dejó su taza y se limpió los labios.

—Entonces… ¿has pensado cómo podemos eliminar esa división en el regimiento?

«Ya estás probando tus límites otra vez», pensó Gaunt.

—Estoy abierto a sugerencias —le contestó diplomáticamente a Hark.

—Unos cuantos ascensos. Nombraría a Harjeon jefe de escuadra. Y a LaSalle. A Lillo también, incluso quizás a Cisky o a Fonetta. Necesitaremos nuevos sargentos ahora que Indrimmo y Tamash han muerto.

—Cisky ha muerto. Es una pena. Pero estoy de acuerdo con la idea. Pero no con lo de Harjeon. Es un antiguo carcelero. Los hombres no sienten ningún respeto por él. Lillo es una buena elección. También Fonetta. En cuanto a LaSalle, quizá. Yo apostaría por Arcuda. Es un buen hombre. O Criid.

—Vale. Arcuda. Tiene sentido. No estoy seguro con lo de Criid. ¿Una mujer sargento? Eso puede causar más problemas de los que resuelva. Pero creo que deberíamos adjuntar dos o tres al cuerpo de exploradores.

—Viktor, no podemos hacerlo si no tienen talento. No voy a desplegar en el campo de batalla como hombres de punta a individuos que no tienen lo necesario para desempeñar esa misión.

—Por supuesto. Pero está Cuu, como tú mismo has dicho. Hay otros. Muril.

—¿No la habían herido?

—Le han insertado una cadera de acero nuevecita, pero lo logrará. También están Jajjo, Livara y Moullu.

Gaunt frunció el ceño.

—Algunos de ellos son posibles exploradores. Muril tiene potencial para ello, y Livara. Pero jamás he visto a nadie tan torpe como Moullu, por muy ágil que sea. ¿Y Jajjo? Tendré que pensármelo. Además, la decisión no la tomo yo. Eso es responsabilidad de Mkoll. Siempre lo ha sido.

—Podrías ordenarle que…

—Ya basta, Víktor. No lo fuerces. La élite de exploradores siempre ha sido tarea de Mkoll. Acepto encantado su experiencia al respecto, siempre lo he hecho. Si él cree que cualquiera de las listas es capaz de tener el nivel necesario, lo aceptará. Pero si no es así, no pienso obligarlo a que lo haga.

—De acuerdo. Mkoll conoce su trabajo.

—Sí que lo conoce. Mira, tendré los ojos bien abiertos. Haré todo lo que esté en mi mano para equilibrar la combinación de Tanith y de Verghast. Será necesaria una discriminación positiva. Pero no pienso arriesgar la capacidad de combate de la unidad ascendiendo a quien no lo merece.

Hark pareció quedar satisfecho con aquello, pero sorprendió a Gaunt con un comentario final.

—Ibram, los verghastitas necesitan saber que los valoras tanto como a los de Tanith. De verdad, lo necesitan. Lo que les destruiría es la idea de que son unos recién llegados que no son capaces de mantenerse a la altura. Se sienten elementos de segunda clase dentro del propio regimiento, y eso no es bueno.

Gaunt estaba a punto de contestar, completamente pasmado por aquel comentario, pero justo en ese momento se abrió la puerta interior de la plataforma de observación

y entró un oficial de comunicaciones vestido con el uniforme con rebordes de piel del Aerotransportado de Fantine y les saludó.

—El general Barthol van Voytz va a llegar a la ciudad, coronel comisario Gaunt. Solicita vuestra presencia.

El dirigible Nimbus ya estaba dirigiéndose hacia el inmenso hangar situado bajo la cúpula primaria. El pequeño remolcador aéreo que lo arrastraba estaba acelerando sus motores para situar al enorme aparato en su lugar. Las enormes aspas propulsoras de aluminio del dirigible cortaban el aire con giros cada vez más lentos y susurrantes mientras acababan de detenerse.

Van Voytz se había adelantado a la gran nave. Su aeronave trimotor pintada a cuadros blancos y negros, escoltada por dos Lightnings que viraron bruscamente en cuanto llegó a la entrada del hangar, ronroneó al entrar bajo el amplio espacio del lugar. Era un avión de transporte de aspecto robusto con un morro bulboso y acristalado, y realizó un aterrizaje brusco pero limpio en la pista. Sus potentes hélices de doble pala invirtieron su empuje en cuanto el gancho de cola se trabó con el cable de recepción.

Gaunt estaba esperando en la penumbra del hangar, un hangar que ya contenía la enorme masa del dirigible Aeolus, sin que pareciera estar repleto.

Los motores de la aeronave todavía estaban rugiendo cuando una escalerilla descendió de uno de sus costados y Van Voytz empezó a bajarla.

—¡Guardias… firmes! —ordenó Gaunt a voz en grito y el destacamento de honor formado por Milo, Guheen, Cocoer, Dem, Lillo y Garond, bajo la supervisión del sargento Theiss, entrechocaron los tacones y se pusieron las armas al hombro con precisión. Theiss portaba el estandarte del regimiento.

El señor general agachó la cabeza al pasar bajo las ráfagas producidas por las hélices y se apresuró a cruzar la pista de aterrizaje, acompañado por su asistente, el táctico Biota y por cuatro magníficos soldados guardaespaldas con uniformes de color azul oscuro, rifles infernales y unos cordoncillos dorados alrededor de las viseras de sus chacos.

—¡Gaunt!

—General.

Van Voytz le estrechó la mano.

—Un trabajo excelente, soldado.

—Gracias, señor, pero no fui yo sólo. Tengo una lista de recomendaciones para otorgar distinciones.

—Y será aprobada, Gaunt. Fíjese en lo que le digo. Un trabajo excelente. —Van Voytz miró a su alrededor como si fuese la primera vez que veía un hangar en su vida —. Cirenholm. Cirenholm, ¿eh? Un paso adelante.

—Con el debido respeto, un paso atrás para los urdeshitas.

—Ah, es cierto. Ya hablaré con ese tal Zhyte en cuanto se recupere de la operación. La jodió, ¿verdad? Ese individuo es una amenaza testaruda. Pero usted, Gaunt… usted y sus Fantasmas convirtieron este desastre en todo un éxito.

—Hicimos lo que pudimos, señor.

—Hizo que la Guardia Imperial se sintiera orgullosa, coronel comisario.

—Gracias, señor.

—Se sacó un plan de la manga con bastante rapidez, ¿verdad?

—¿Señor?

—Usted y sus expertos en infiltración. El comisario se sacó un plan de la manga con bastante rapidez, ¿a que sí, Biota?

—Eso parece que ha hecho, señor general —contestó Biota sin aspavientos.

—Nos ha hecho replanteamos la situación, Gaunt. Un replanteamiento radical. Ouranberg nos espera, Gaunt. Su éxito aquí nos ha inducido a efectuar una apresurada reconsideración de la política de combate. ¿Verdad que sí, Biota?

—Eso ha hecho, señor general.

—Sí que lo ha hecho. ¿Qué piensa sobre ello, Gaunt?

Ibram Gaunt no sabía exactamente qué pensar.

Onti Flyte se consideraba una verdadera ciudadana imperial, y había criado a tres hijos con ese pensamiento. Cuando el archienemigo llegó a Cirenholm y lo conquistó con tanta rapidez, se sintió como si el cielo se desplomara sobre su cabeza. Su marido, un operario del condensador, había muerto a manos del Pacto Sangriento en los momentos iniciales de la invasión. Onti, sus hijos y sus vecinos habían sido sacados de sus habitáculos por unos individuos enmascarados y brutales, y conducidos a unas jaulas de los niveles inferiores de la cúpula terciaria, donde fueron encerrados.

Había sido un infierno. Poquísima comida y agua, y nada de instalaciones sanitarias. El lugar había empezado a apestar como una cloaca desde el final del primer día.

Después de eso habían llegado la suciedad y la enfermedad, y el hedor se había hecho tan fuerte que ya no podía ni olerlo.

En aquel momento, cuando un Guardia Imperial los estaba escoltando hasta su habitáculo, sí pudo oler la peste. Estaba en sus ropas y en su cabello. Sabía que en las duchas públicas del bloque de viviendas habría unas largas colas, y que el servicio de lavandería estaría hasta los topes, pero ella quería que sus hijos estuviesen limpios y con ropas lavadas. Eso significaba que tendría que llenar la bañera del exterior de la casa y esforzarse en el lavadero.

Un agradable y joven guardia vestido de negro que se llamaba Caffran se había encargado de acompañarla a ella y a sus hijos de regreso a su habitáculo. Onti no había dejado de disculparse constantemente por el olor que desprendía. El joven

Caffran, había sido tan amable y agradable…

Sólo cuando estuvo de regreso en su hogar, en el pequeño salón de su habitáculo adosado, se puso a llorar. Se dio cuenta de lo mucho que echaba de menos a su marido, y la torturaba la idea de lo que los del Pacto Sangriento le habían hecho sufrir sin duda.

Sus hijos ya correteaban por la casa. Ella deseó que se quedasen quietecitos. Ya no podía más. El amable soldado, Caffran, la miró fijamente mientras las calles seguían repletas de gente que regresaba a sus hogares con sus escoltas correspondientes.

—¿Necesita algo? —le preguntó.

—Un marido atractivo —le había respondido Onti con tono de broma, dolorosamente, pero intentándolo con todas sus fuerzas.

—Lo siento —le contestó el amable soldado—. Ya me tienen pillado.

Onti se había agarrado la cabeza con las manos y se había puesto a sollozar en cuanto se fue.

Su hijo mayor, Begg, se acercó corriendo para decirle que la bañera ya casi estaba llena. Había metido los cristales de jabón, los especiales, y todos los niños querían que su mamá se bañase la primera.

Los besó a todos, uno por uno, y le pidió a Erini que calentara un cazo con alubias para comer.

Onti se dirigió al patio y vio salir el vapor de la caseta donde estaba la bañera. Pudo oler el aroma a menta de los cristales de jabón.

Su vecino, al otro lado de la valla, un viejo pensionista llamado Absolom, estaba barriendo su patio trasero.

—¡Cuánta suciedad han dejado, señora Flyte!

—¡Lo sé, señor Absolom! ¡Cuánta suciedad!

Onti Flyte entró en la caseta exterior y se quitó sus mugrientas prendas.

Estaba probando la temperatura del agua, desnuda pero envuelta en una toalla desgastada, cuando oyó el chasquido.

Levantó la mirada y se quedó helada al darse cuenta de que había alguien agazapado en la parte trasera de la caseta.

Se sintió vulnerable. Se sintió frágil. Durante un momento terrorífico pensó que era uno de los del archienemigo, que se había escondido allí. Uno de los malvados enmascarados del Pacto Sangriento.

Pero no lo era.

La figura salió de entre las sombras.

Era un joven guardia imperial, muy atractivo. Muy parecido al encantador joven que la había escoltado a ella y a sus niños de regreso al habitáculo.

—Vaya, no debería estar aquí, señor —le dijo—. Ya sabe lo que la gente dice sobre los soldados jóvenes…

Soltó unas risitas.

El soldado ni siquiera sonrió.

Onti Flyte se dio cuenta de repente de que estaba metida en un aprieto. En un aprieto muy malo. Abrió la boca, pero no logró articular nada.

El soldado avanzó hacia ella. Tenía un aspecto muy característico.

Tenía un cuchillo. Un cuchillo largo y plateado que brillaba en contraste con el tejido negro de su uniforme de combate.

Sintió que un grito crecía en su interior. Aquello no era justo. No era eso lo que debía pasar.

—No lo hagas —dijo él.

Ella gritó de todas maneras. Por muy poco tiempo.

El doctor Dorden empuñaba el depresor de lengua de madera con la misma confianza con la que Neskon empuñaba su lanzallamas.

—Di «aaaggghh» —le ordenó.

—Ooooghh —logró articular Milo.

—No, chaval. «Aaaggghh»…, «AAAGGGHH», como si te hubieran clavado una bayoneta de orko.

—¡Aaarrrggghh!

—Eso está mucho mejor —dijo Dorden con una sonrisa mientras sacaba la pequeña espátula de madera de la boca de Milo y la tiraba a una bolsa de residuos que estaba pegada con cinta adhesiva a su botiquín.

Agarró a Milo por la cabeza con las dos manos y le examinó los ojos, separando los párpados con las puntas de los dedos y con firmeza.

—¿Sientes náuseas?

—Ahora sí.

—Ja, ja. ¿Dolores musculares? ¿Sangre en la saliva, en la orina o en las heces? ¿Dolores de cabeza?

—No.

Dorden le soltó la cabeza.

—Vivirás.

—¿Es una promesa?

Dorden sonrió de nuevo.

—Me temo que no tengo potestad para hacerla. Ojalá…

El viejo doctor de Tanith añadió algo más en voz baja, pero sus palabras se perdieron en el alboroto de trasfondo de la estancia donde se alojaban. Milo no le pidió que lo repitiera. Estaba seguro por la expresión triste de los ojos del doctor que tenía algo que ver con su hijo, Mikal Dorden, uno de los Fantasmas, que había muerto en Verghast.

Era el tercer día desde el ataque. El Primero de Tanith había sido alojado en una serie de plantas de empaquetado de la cúpula secundaria. Se colocaron cientos de

placas de madera en filas para que sirvieran de camastros, y los equipos de distribución del Munitorum habían dejado caer un par de mantas finas en cada uno de ellos. La mayoría de los Fantasmas complementaron aquella escasa ropa de cama con sus capas de camuflaje, los sacos de dormir y las bolsas de munición rellenas de ropa suelta.

El ruido en el lugar era enorme. Sólo en la estancia donde se encontraba Milo había novecientos hombres, y el estruendo de sus voces y de sus actividades resonaba en el aire y rebotaba contra el elevado techo. Los hombres se estaban relajando, limpiando su equipo, desmontando sus armas, fumando, jugando a los dados, echando pulsos, hablando, comparando trofeos, comparando heridas, comparando hazañas…

Dorden, Curth y los demás médicos iban de alojamiento en alojamiento, de estancia en estancia, realizando las comprobaciones de rutina sobre el estado de la salud de la tropa tras los combates.

—Es sorprendente cuántos soldados esconden sus heridas —le dijo Dorden mientras recogía su instrumental—. Ya he visto cinco heridas serias que los hombres no pensaban que mereciera la pena echarles un vistazo.

—Cicatrices de honor —le dijo Milo—. Señales de su valor. Lesp es tan bueno suturando que los hombres se temen que no les quedarán marcas que enseñar y con las que fanfarronear.

—Pues es una solemne tontería —le replicó Dorden—. Nour tenía una quemadura de láser que estaba infectándose.

—Ah, ahí está, ¿lo ves? —exclamó Milo—. Un verghastita. Son los que más quieren tener cicatrices para que equivalgan a nuestros tatuajes de Tanith.

Dorden puso mala cara, la clase de cara que siempre ponía cuando se enfrentaba a las ingenuidades de soldados hechos y derechos. Le entregó a Milo dos cápsulas de colores distintos y un envoltorio de papel lleno de polvo.

—Tómatelas. Vitaminas y minerales básicos, además de un poderoso antibiótico. Nuevos aires, nuevos tipos de gérmenes. Y con aire cerrado y reciclado, lo que es todavía peor. No queremos que todos os pongáis enfermos con alguna especie de gripe local contra la que vuestros sistemas no tienen defensa. Y tampoco sabemos lo que puede haber traído esa escoria del Caos.

—¿Y el polvo?

—Échatelo en las ropas y en las botas. Los del Pacto Sangriento tenían pulgas y piojos, y ahora que no están, los bichitos están buscando nuevos alojamientos. Los pobres habitantes de Fantine han descubierto que sus hogares de la cúpula terciaria están completamente infestados.

Milo se tragó las cápsulas con un buche de su cantimplora y luego se puso obedientemente a espolvorear toda su ropa con el contenido del envoltorio de papel. El doctor llegó a su camastro justo cuando estaba a la mitad del desmontado de su rifle, y quería ponerse a ello cuanto antes. Cada pocas horas se llamaba a nuevas

tropas para que ayudaran al mayor Rawne en su barrido final de la cúpula primaria. Milo estaba seguro de que lo llamarían en poco tiempo.

Dorden se despidió de él con un gesto de asentimiento y se acercó a Ezlan, en el siguiente camastro.

Milo echó un vistazo al bullicio que lo rodeaba en las filas de camastros. Dos hileras más allá, la cirujana Curth estaba revisando una herida que uno de los soldados tenía en la cabeza. Milo dejó escapar un suspiro. El doctor Dorden le caía muy bien, pero hubiese preferido que fuese la cirujana quien llegase antes a su fila. Le hubiera encantado que quien hubiera comprobado el estado de su salud fuese ella.

Dejó a un lado el rifle medio desmontado, se tumbó en su camastro con las manos detrás de la cabeza y se quedó mirando el techo mientras intentaba no oír todo el alboroto que lo rodeaba. Por mucho que lo intentó a lo largo de aquellos últimos meses, no había sido capaz de dejar de pensar en Esholi Sanian, la joven erudita que los había guiado hasta el santuario en Hagia, su último campo de batalla. Ella le gustaba mucho. Y estaba seguro de que el sentimiento había sido mutuo. El hecho de que nunca, nunca jamás, fuese a verla de nuevo no le parecía de importancia a Milo. Ella no saldría de su cabeza, y desde luego, no saldría de sus sueños.

No le había hablado a nadie de ello. La mayoría de los hombres de Tanith habían perdido a sus esposas o a sus novias en su mundo natal, y la mayoría de los verghastitas habían dejado atrás sus vidas y amores pasados. Sí, claro, había mujeres en el regimiento, y todas y cada una de ellas era el objeto del afecto de al menos un soldado. También había algunos romances en marcha. El de su amigo Caffran era el mejor. Su primer amor, Laria, murió junto al planeta, y Caffran estuvo tan perdido como los demás durante un largo tiempo. Pero en Verghast, justo en mitad de la guerra entre colmenas, había conocido a Tona Criid. Tona Criid, pandillera, chica de habitáculo, guerrillera, madre de dos crios. Ni Caffran ni Criid, a quienes Milo consideraba de sus mejores amigos, lo habían descrito jamás como amor a primera vista. Sin embargo, Milo se dio cuenta del modo en que se miraban el uno al otro.

Cuando se anunció el Decreto de Consolación, Criid se unió a los Fantasmas como un soldado de infantería más. Sus niños fueron con ella, y durante los períodos de combate, quienes los cuidaban eran los cocineros, los armeros, los furrieles, los barberos, los zapateros remendones, los músicos, los comerciantes, los seguidores del campamento y otros niños. Todos y cada uno de los regimientos de la Guardia Imperial llevaba una reata de no combatientes, y los de los Fantasmas ya llegaban a los tres centenares. Los regimientos acumulaban gente del mismo modo que los equinos atraían a las moscas.

Caff y Criid estaban juntos. Era la única historia de amor verdadero de los Fantasmas. Los soldados se sonreían cuando los veían juntos, pero respetaban aquella unión. Nadie se había atrevido a interponerse.

Milo suspiró para sus adentros con tristeza. Deseó que Sanian hubiese podido ir con él de aquel modo.

Pensó por un momento en bajar al hangar donde se encontraba acampado el «séquito» del regimiento. Podría conseguir comida en los fogones que había allí, y quizá visitar a una de las mujeres excesivamente pintadas que seguían al regimiento y se encargaban de satisfacer las necesidades de los hombres.

Rechazó la idea. Nunca lo había hecho, y no le atraía en absoluto, excepto al nivel más básico.

Además, ninguna de ellas era Sanian. Y lo que buscaba él no era sexo. Sanian estaba metida en su cabeza, como si fuese importante que ella estuviese allí. No quería hacer nada que pudiera eclipsar su recuerdo.

Y no podía explicar, aunque le fuese la vida en ello, por qué su recuerdo se negaba a desaparecer. Excepto… la profecía. La que los viejos sacerdotes ayatani de Hagia habían hecho: que Milo encontraría algún propósito, alguna meta en su vida, en los años venideros.

Milo tenía la esperanza de que tuviera que ver algo con Sanian. Tenía la esperanza de que ese fuese el motivo por el que ella permanecía tan vivida en su memoria. Quizá, de algún modo, ella era ese propósito.

Probablemente no. Sin embargo, pensar en ello de este modo le hacía sentirse mejor.

—Me temo que hay problemas —le oyó decir al doctor Dorden desde el otro camastro.

Milo se levantó y miró a su alrededor. A lo lejos, en la entrada de la enorme estancia, pudo ver al capitán Daur hablando con expresión seria con dos comisarios imperiales a los que Milo jamás había visto antes. Los comisarios iban acompañados por ocho soldados armados de Fantine.

—¿Con qué autoridad? —preguntó Daur con brusquedad.

—Con la del Comisariado Imperial de la Fuerza de Ataque, capitán, la del comisario Del Mar. Esto es un asunto de seguridad interna.

—¿Han informado al coronel comisario Gaunt de todo esto?

Los comisarios se miraron el uno al otro.

—No lo han hecho, ¿verdad? —sonrió Daur—. ¿Y qué me dicen del comisario Hark?

—Nos está retrasando, capitán —le dijo el más bajo de los comisarios.

Su nombre, le había dicho a Daur, era Fultingo, y era un miembro del estado mayor del almirante Ornoff. El otro, más alto y delgaducho, que llevaba puesto el emblema de comisario cadete, lucía unas insignias del regimiento urdeshita recién cosidas a su uniforme.

—Sí, eso hago. Quiero saber de qué va todo esto —respondió Daur—. No pueden entrar aquí por las buenas y empezar a interrogar a mis tropas así, sin más.

—Lo cierto, señor, es que podemos hacerlo —le replicó Fultingo.

—Este es el regimiento de Gaunt, estos son los hombres de Gaunt… —les dijo Daur en voz baja—. Ibram Gaunt, el único comisario que posee mando directo sobre

una unidad de combate, al menos, que yo sepa. ¿No creen que es una simple cuestión de cortesía que antes le pidan permiso?

—El excelso Comisariado del Dios Emperador tiene poco tiempo para la cortesía, capitán. —Daur se dio la vuelta y vio al comisario Hark a su espalda, acercándose a ellos—. Por desgracia. Sin embargo, como comisario agregado al Primero de Tanith, pienso exigir esa cortesía.

—Quieren registrar los alojamientos —le informó Daur.

—¿Eso quieren hacer? ¿Por qué?

—Esto es un asunto de seguridad interna —contestó rápidamente el cadete de Fultingo.

Hark arqueó las cejas.

—¿De verdad? ¿Por qué?

—Comisario Hark, ¿se niega a cooperar?

Hark se giró lentamente. Se quitó la gorra y se la colocó bajo el brazo. Miró fijamente a Fultingo con expresión furiosa.

—¿Me conoce?

—Nos hemos informado.

—Y sin embargo, yo todavía no conozco su nombre o el del… subordinado —dijo Hark señalando vagamente en dirección al cadete con la gorra.

—Soy el comisario Fultingo, del estado mayor del almirante. Este es el cadete Goosen, quien servía a las órdenes del comisario Frant con los urdeshitas.

—¿Y Frant no se ha dignado venir?

—Él comisario Frant murió durante el ataque —indicó Goosen con voz nerviosa mientras se ajustaba el cuello de la camisa.

—Ah, vaya, a solas en la palestra, ¿eh, cadete?

—No del modo en que yo habría deseado —le respondió Goosen.

Daur pensó que era una contestación bastante valiente por parte del oficial en prácticas. Hark estaba en mitad del proceso de dejar suelto todo su corrosivo sarcasmo.

—Bueno… Fultingo… ¿de qué va todo esto? —preguntó Hark con un tono de voz suave.

—Creo que tiene algo que ver con este niño —dijo Curth.

Se había unido al grupo procedente de las filas de camastros. Tenía el ceño fruncido. Se abrió paso a través de los oficiales y de la escolta y se puso en cuclillas al lado de un niño pequeño y mugriento que se agarraba a los faldones del uniforme del último soldado y que intentaba no echarse a llorar.

—Me llamo Ana. ¿Cómo te llamas? —le susurró.

—Begg… —le respondió.

—¿Lo sabía? —le preguntó Ana con un tono de voz cáustico.

Fultingo consultó la placa de datos que llevaba en la mano.

—Sí. Begg Flyte. El hijo mayor de Onti Flyte, esposa de un operario de

condensador de Cirenholm.

El niño comenzó a temblar y a sollozar.

—¡Está profundamente traumatizado! —soltó Curth al mismo tiempo que lo abrazaba—. ¿Para qué lo andan llevando por los alojamientos de los soldados y…?

—Señora, está profundamente traumatizado —le dijo Fultingo— porque su madre ha muerto. Asesinada. Por uno de los Fantasmas.

»Y ahora, ¿podemos proceder al registro?

El campamento de los seguidores del regimiento era un lugar embriagador y repleto de humo que ocupaba la mitad de uno de los hangares para dirigibles. Los cocineros estaban asando aves y preparando estofados a lo largo de una hilera de fogones de combustión química, y sus pinches estaban cortando las verduras en unas mesas cercanas. Sonaba música procedente de varias gaitas, mandolinas y timbales, y como ruido de fondo se podía oír el constante tintinear de las herramientas de los armeros en sus tiendas de trabajo. Los Fantasmas deambulaban arriba y abajo, comiendo, bebiendo, afilando sus armas, bailando y riendo, charlando de forma amistosa y chismosa con las mujeres pintadas.

Kolea avanzó a través de la multitud. Un tragafuegos escupió una llamarada al aire y la gente aplaudió. El sonido le recordó a Gol los lanzallamas utilizados en combate.

Alguien le ofreció un trozo de pollo ahumado por un crédito, pero rechazó la oferta con un gesto de la mano. Otro individuo, vestido con unos ropajes chillones y con unas manos provistas de dedos artificiales, le ofreció una partida de «encuentra a la dama».

—No, gracias —dijo mientras seguía caminando.

Un cuchillero estaba afilando armas en una piedra de amolar movida por pedales. Las chispas subían al cielo como una fuente. Kolea vio al soldado Unkin esperando su tumo detrás del soldado Cuu para que le afilaran su plata pura. El cuchillo de Cuu ya había sido untado de aceite y en aquel momento estaba colocado contra la piedra, soltando un chorro de chispas.

Siguió andando. Los vendedores del mercado negro le ofrecieron cargadores de tamaño tres.

—¿Dónde demonios estabais cuando os necesitábamos? —les dijo con un gruñido, y los apartó a empujones.

Otros le ofrecían placas pornográficas, caramelos, armas exóticas, bebida.

—¡Sacra de verdad! ¡De la buena, fantasmita! ¡Pruébala!

—No puedo soportarla —les contestó mientras se abría paso con el hombro.

Un buhonero cojo le ofreció talismanes del Emperador, insignias de Tanith y emblemas del aquila imperial. Otro, con unos grandes costurones en el rostro, le mostró cronómetros, visores nocturnos y microtransmisores de contrabando.

Y otro más, sin piernas, y que se movía gracias a un chasis potenciador de patas de araña, sacó varitas de lho, puros y varios narcóticos bastante más fuertes.

Pasó junto a un juglar. Se trataba de un artista de mimo con la cara pintada de amarillo y una expresión severa que estaba representando la muerte de Solan a una multitud atenta. Un niño pequeño correteaba entre la multitud dándole vueltas a un aro con un palo. Un par de niñas, que no tendrían más de cinco años, jugaban saltando a la rayuela que habían pintado en el suelo del hangar.

—¿Te pillo de camino, precioso?

Kolea se paró en seco. Su Livy siempre lo llamaba así. Miró a su alrededor. No era Livy.

Lo cierto es que la chica era guapa, aunque estaba demasiado maquillada. Sus ojos de pestañas negras eran brillantes y vivaces. Un lunar pintado resaltaba en su mejilla blanca por el polvo de maquillaje. Le sonrió a Kolea, con la falda un poco arremangada sobre las caderas en las que se apoyaban sus manos cubiertas por guantes con lazos en una postura coqueta. Sus pechos, grandes y redondos, podrían haber estado igualmente al desnudo dada la escasa y leve banda de tela satinada que los cubría.

—¿Te pillo de camino?

Su perfume era tremendamente fuerte.

—No —le respondió Kolea—. Disculpa.

—Capullo sin pelotas —la oyó susurrar a su espalda.

Intentó no hacerle caso. Intentó no hacerle caso a nada.

Aleksa lo estaba esperando en su tienda de seda.

—Gol —lo saludó ella con una sonrisa.

Era una mujerona grande a la que se le acababa con rapidez el tiempo de poder trabajar en aquello. No había cantidad suficiente de polvo de maquillaje, de pintura o de perfume que pudiera realmente suavizar la rotundidad de sus formas. Sus prendas interiores ya eran viejas y estaban deshilachadas, y el color de su bata de lazos y holiathi se había desvaído. Sostenía una copa de cristal tallado llena de amasec sobre su colosal busto al aire con una mano arrugada y llena de anillos.

—Aleksa —dijo él a su vez, al tiempo que cerraba los bordes de la entrada a su tienda.

Ella se removió sobre su lecho de cojines de seda.

—¿Lo habitual? —le preguntó.

Gol Kolea asintió. Sacó las monedas del bolsillo de su cinturón, las contó de nuevo y se las ofreció.

—En la mesita de noche, por favor. No me gusta mancharme los guantes.

Kolea dejó las monedas en la mesita que ella tenía a un lado.

—Muy bien… todo tuyo —le dijo Aleksa.

Kolea se subió al montón de cojines y pasó a gatas al lado de Aleksa. Ella se recostó, observándolo.

Kolea llegó a la pared trasera de la tienda y apartó la seda que cubría la rendija que ella le había abierto.

—¿Dónde están?

—Justo ahí, Gol.

Él giró la cabeza. Afuera, al otro lado de una pasarela, dos niños jugaban a algo sin nombre en un charco. Eran un chaval y una niña pequeña que se reían.

—¿Están bien?

—No les pasa nada, Gol —le dijo Aleksa—. Me pagas para que les eche un vistazo, y eso es lo que hago. Yoncy pilló un resfriado la semana pasada, pero ya se ha curado.

—Dalin… se está haciendo tan grande.

—Es un chico muy arrojado e imprudente, eso sí. Hay que tenerlo siempre vigilado.

Kolea sonrió.

—Que es lo único que hago yo.

Se recostó sobre los cojines. Aleksa se le acercó y empezó a masajearle los hombros.

—Ya hemos pasado por esto antes, Gol. Deberías hacer o decir algo. En serio, deberías hacerlo. Esto no está bien.

—Caff y Tona… ¿Lo están haciendo bien?

—¡Sí, sí! Son… Iba a decir que son los mejores padres que los niños podían tener… pero sabes lo que quiero decir.

—Sí.

—Oh, Gol. Vamos.

Se giró para mirarla.

—Son míos, Aleksa.

Ella le sonrió.

—Sí, si que lo son, así que sal ahí afuera y reclámalos.

—No. Ahora no. No quiero fastidiar sus vidas de nuevo. Su papi está muerto, y tiene que seguir así.

—Gol, no es asunto mío decirte algo así…

—Dilo.

Aleksa le sonrió para animarlo.

—Hazlo. Criid lo entenderá. Caffran también.

—¡No!

—Criid es una buena mujer. He llegado a conocerla bien por todo el tiempo que pasa aquí. Ella lo entenderá. Ella estaría… No sé. ¿Agradecida?

Kolea echó un último vistazo por la rendija. Dalin había hecho un barquito de papel para Yoncy y ambos lo estaban haciendo navegar por el charco.

—Demasiado tarde —susurró Kolea—. Por su bien, y por el mío, ya es demasiado tarde.

El grupo llegó al final de la última fila de camastros de los Fantasmas. Los soldados libres de servicio los miraban con curiosidad al lado de los catres. El niño había hecho poco más aparte de mirar atentamente y de negar con la cabeza de vez en cuando.

—¿Nada? —preguntó Hark.

—Nadie a quien haya reconocido —le respondió Fultingo.

—¿Satisfecho entonces? —le dijo con voz cortante Curth.

—En absoluto —contestó Fultingo bajando la voz—. La madre de este niño fue asesinada de múltiples cuchilladas. Las heridas coinciden exactamente en tamaño y forma con un machete de Tanith.

—Los cuchillos pueden ser robados. O perderse en combate. O recogerse de los muertos. Puede que algunos de los Fantasmas ya no tengan sus cuchillos… —dijo Hark con un tono de voz confiado.

Daur sabía que estaba fingiendo. Un cuchillo de Tanith era una de las posesiones más valiosas de un Fantasma. No los perdían. Y siempre se aseguraban de que sus muertos fueran a la tumba con su plata pura.

Fultingo no cedió.

—Numerosos testigos vieron a un soldado vestido con el uniforme de combate del Primero de Tanith marcharse de la zona de los habitáculos. Era un hombre que caminaba con prisas.

—¿Alto? ¿Bajo? ¿Con barba? ¿Afeitado? ¿Con las marcas de Tanith o con las de Verghast? ¿Alguna señal reconocible? ¿Insignias de rango? —exigió saber Hark.

—Delgado, fornido. Afeitado —leyó Goosen en las notas del informe—. Nadie pudo verlo con claridad excepto el chico. Es nuestro mejor testigo.

Miró a Daur y a Curth.

—Lamento profundamente este crimen, comisario —le dijo a Fultingo—. Pero esta caza de brujas ha llegado ya demasiado lejos. El chaval ha pasado por todos nuestros alojamientos y no ha reconocido a nadie. Se ha producido una equivocación. Su asesino no es un Fantasma.

Hark los llevó hasta un pasillo lejos de los hombres. Hacía frío, y la condensación provocaba un goteo constante procedente de las tuberías de calefacción que corrían por la pared.

—Les sugiero que comprueben el resto de los regimientos y que exploren otras posibilidades de investigación.

Fultingo estaba a punto de responder cuando tuvo que echarse a un lado para dejar pasar a un agotado pelotón de Fantasmas que venían por el pasillo, sucios y apestando a humo. Se trataba de una unidad de limpieza que regresaba de combatir en la cúpula primaria. Algunos estaban heridos, o al menos, manchados de sangre.

—No hemos visto a todos los hombres —dijo Fultingo mientras pasaban por su lado—. Todavía hay bastantes en la zona de combate y…

—¿Qué pasa? ¿Begg? —dijo Curth de repente arrodillándose al lado del chaval. Estaba señalando algo—. ¿Qué has visto?

El chico no dijo nada, pero su dedo apuntaba de un modo tan inexorable como un rifle de francotirador.

—¡Destacamento, alto! —ordenó Hark a gritos.

El pelotón que regresaba se detuvo de repente, dándose la vuelta con una confusión producida por el cansancio.

—¿Es ese, Begg? —le preguntó Curth con voz temblorosa.

—¿Ese es el hombre? —inquirió Hark casi al mismo tiempo—. Hijo, ¿es él?

Begg Flyte asintió con lentitud.

—¡Soldado! ¡Venga aquí! —gruñó Hark.

—¿Yo? —preguntó Caffran—. ¿Por qué?



DOS

Las grandes campanas de la basílica de Fantine repicaron por la mañana por toda la plaza municipal situada en el centro de la cúpula primaria. Su tañido provocó vítores entre la gran muchedumbre de habitantes de Cirenholm. Las campanas habían sido fundidas diecisiete siglos antes para ser colocadas en la basílica original, situada a unos cinco kilómetros por debajo de aquella, en un tiempo en que la civilización de Fantine habitaba sobre la superficie del planeta. Desde entonces, las ciudades habían sido abandonadas una y otra vez de forma progresiva para ser reconstruidas a mayor altura para escapar de la capa de contaminación, y cada una de esas veces, las campanas habían sido retiradas y transportadas hasta la siguiente iglesia consagrada.

En ese momento, tocaban de alegría. Y tocaban para señalar el final del servicio de agradecimiento que se había celebrado para conmemorar formalmente la liberación de Cirenholm. La noche anterior, las últimas fuerzas del Pacto Sangriento atrincheradas en los sectores más al norte de la cúpula primaria habían sido capturadas o habían muerto. Cirenholm era libre al fin.

Los eclesiarcas procedentes de Hessenville habían oficiado la ceremonia, ya que todos los sacerdotes imperiales de Cirenholm habían sido asesinados durante la invasión. Todos los personajes más importantes de la ciudad asistieron, a pesar de que algunos todavía estaban enfermos y débiles por el padecimiento que habían sufrido durante la ocupación. También habían ido tantos ciudadanos que la inmensa mayoría se vieron obligados a asistir a la ceremonia desde el exterior de la plaza y a oírla

mediante altavoces de bronce.

Cientos de oficiales de las fuerzas de liberación también asistieron como muestra de respeto. Van Voytz, con un aspecto tremendamente digno gracias a su uniforme de gala, había pronunciado un breve discurso. En su alocución, y muy diplomáticamente, mencionó los esfuerzos de los soldados de Tanith, los de Urdesh y los de Fantine por igual, sin diferenciarlos en absoluto. No era el momento de reconvenir a nadie.

Gaunt se levantó de su banco en cuanto se acabó el servicio y las campanas empezaron a sonar y siguió a los congregados en la basílica cuando salieron a la plaza. Se detuvo un momento para conversar con el mayor Fazalur, el estoico jefe de las tropas de Fantine, y con un joven oficial llamado Shenko que al parecer había sido nombrado comandante en jefe provisional de los urdeshitas.

—¿Cómo está Zhyte? —le preguntó Gaunt.

—Sus días como combatiente se han acabado, señor —contestó Shenzo con una incomodidad evidente—. Va a ser trasladado a una residencia para veteranos en Fortis Binary.

—Espero que el tiempo que pase allí sea más agradable que el que estuve yo —dijo Gaunt con una sonrisa pensativa.

—Señor, yo… —empezó a balbucear Shenko sin saber qué decir.

—No muerdo, a pesar de lo que haya podido oír.

Shenko sonrió con nerviosismo.

—Sólo quería decirle… Zhyte era un buen comandante. Un comandante realmente bueno. Nos sacó de muchos apuros en más de una ocasión. Siempre tuvo algo de mal genio y su orgullo. Bueno, sé que cometió un error aquí, señor, pero sólo quería decir que…

—Ya es suficiente, Shenko. No siento ninguna enemistad con los urdeshitas. Lo cierto es que he admirado su fortaleza y perseverancia desde Balhaut…

—¿Entró en combate en Balhaut? —le preguntó Shenko con los ojos abiertos de par en par.

—Sí, aunque en aquella época estaba con los hyrkanios —respondió Gaunt con otra sonrisa. ¿Tan viejo era que sus acciones de combate le sonaban a lección de historia a los jóvenes?

—Pregúntele a uno de los veteranos sobre la colina 67. Los hyrkanios estaban al oeste del risco, y los urdeshitas al este. No siento ningún rencor, y lo que tengo muy claro es que no voy a condenar a todo un regimiento por la actitud y las acciones de un solo individuo. Zhyte debería haber… Bah, no importa. Los vuestros pagaron por su error. Zhyte también ha pagado por ello, si nos paramos a pensarlo bien. Tan sólo hágame un favor.

—¿Señor?

—Sea lo que él no fue. Vamos a entrar en combate juntos dentro de poco. Me gustaría pensar que los urdeshitas son nuestros aliados, no nuestros rivales.

—Tiene mi palabra, coronel comisario.

Gaunt se alejó en dirección a las escaleras atravesando el gentío, incómodo con su uniforme de gala, lleno de cintas y trencillas.

El confeti flotaba en el aire, y los ciudadanos se empujaban los unos a los otros para poder poner guirnaldas de papel alrededor del cuello de sus libertadores y besarles las manos. Las flores de verdad habían desaparecido de Fantine ocho siglos antes, a excepción de unos pocos y preciados plantíos que se cultivaban en invernaderos especializados. Pero los molinos de papel seguían funcionando.

Gaunt, con un collar de guirnaldas en forma de flores de lirio al cuello, se abrió paso poco a poco a través de la multitud apiñada en la plaza mientras estrechaba todas las manos que le ponían por delante. Se fijó en un oficial especialmente llamativo que se estaba dedicando a estrechar manos de un modo muy formal. Era Rawne. Gaunt sonrió. Veía a Rawne vestido con toda la parafernalia ceremonial tan pocas veces que se quedó sorprendido.

Se acercó hasta él.

—Bonitos adornos —le susurró en tono burlón al oído mientras seguía estrechando aquellas manos ansiosas.

—Mira quién habla —le replicó Rawne mientras miraba de reojo el collar de guirnaldas que Gaunt llevaba al cuello. La herida suturada que tenía alrededor del ojo enrojecido hacía que su mirada fuese más furibunda incluso de lo habitual.

—Salgamos de aquí —le dijo Gaunt sin dejar de sonreírle a la gente.

—¡Buena idea! ¿Adónde vamos? —dijo el ayatani Zweil apareciendo en mitad de la masa de manos extendidas hacia ellos. Zweil llevaba puestos media docena de collares de guirnaldas alrededor del cuello.

Se abrieron paso hasta el exterior de la multitud, con las manos ya doloridas, y se dirigieron a una calle lateral. Incluso allí tuvieron que pararse varias veces a que los besaran, los abrazaran, o les dieran las gracias.

—Si esta es la parte buena de ser un soldado, no me sorprende que os guste —dijo Zweil—. No me habían festejado tanto desde que era un misionero allá en Lurkan, mientras recorría el sendero de la beata. Claro que, en aquella época, era mucho más atractivo, y los nativos esperaban el retomo de un mesías llamado Zweil.

Gaunt soltó una breve carcajada, pero Rawne ni siquiera sonrió. Se arrancó el collar de guirnaldas y lo tiró a una alcantarilla.

—Los empalagosos halagos de los sudorosos inquilinos de los habitáculos no son el motivo por el que me alisté —dijo con desprecio—. Esa gentuza probablemente también les dio las gracias de un modo tan efusivo a los del Pacto Sangriento cuando llegaron. Siempre conviene estar a buenas con la gente armada que controla el sitio donde vives.

—Mayor, es realmente el mayor cínico que he conocido en toda mi vida —comentó Zweil.

—La vida es una mierda, padre. Levántese y huela las flores.

Zweil jugueteó con los brotes de imitación en papel que llevaba alrededor del cuello.

—Ojalá pudiera.

—Rawne, si no te alistaste para disfrutar de la adulación de los ciudadanos imperiales comunes —le preguntó Gaunt—, ¿por qué lo hiciste?

Rawne se quedó pensativo por un momento.

—Que te jodan —fue lo único que se le ocurrió decir.

Gaunt asintió.

—Justo lo que yo pienso. —Se detuvo un momento—. Esto servirá —dijo.

Era una taberna. Estaba establecida en el sótano de un edificio de registros oficiales, con una escalera que bajaba desde el nivel de la calle hasta la puerta. Llevaba cerrada desde que el Pacto Sangriento ocupó la ciudad, y Gaunt tuvo que pagarle bastante al nervioso propietario para que les dejara entrar.

El lugar era bastante desolador y estaba repleto de cristales rotos y de mobiliario destrozado. Los paganos seguidores del Caos habían pasado las noches allí, rompiendo todo lo que utilizaban. Dos chicas, las hijas adolescentes del propietario, estaban barriendo los restos. Ya habían llenado varios sacos. El hermano del dueño estaba frotando con rabia las paredes con un cepillo de púas de metal mojado en líquido cáustico en un intento por borrar las obscenidades que habían escrito en las paredes cubiertas de yeso.

Gaunt, Rawne y Zweil se sentaron en un banco alto al lado de la barra.

—No debería estar abierto —les dijo el dueño—. Pero para los salvadores de Cirenholm, haré una excepción encantado.

—Una excepción doble, espero —dijo Zweil.

—¿Qué tomarán?

—¿Tiene sacra? —le preguntó Gaunt.

—Aaahh… No señor. No sé qué es eso exactamente.

—No importa. ¿Amasec?

—Solía tener —comentó el propietario con amargura—. Déjeme ver si me queda algo.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —preguntó Rawne con tono huraño.

—Nuestro deber —le respondió Gaunt.

El propietario del bar regresó con una triste bandeja mellada en la que había una botella de amasec y tres vasos pequeños de diferente tamaño.

Colocó los vasos delante del trío.

—Les pido disculpas. Son los únicos vasos que he podido encontrar que no están rotos.

—En ese caso —le tranquilizó Gaunt—, serán perfectos.

El propietario asintió y llenó los vasos con el fuerte licor.

—Deje la botella aquí —le aconsejó Zweil.

Rawne le dio la vuelta lentamente al vaso fijándose en la generosa cantidad de

alcohol.

—¿Por qué brindamos? —inquirió.

—¡Por la gloriosa liberación de Cirenholm en nombre del Dios Emperador! —declaró Zweil lamiéndose los labios antes de alzar su vaso.

Gaunt detuvo su brazo con una mano.

—No, no por eso. Bueno, no en realidad. Al final de la batalla, Colm Corbec habría olfateado el bar más cercano y habría hecho eso exactamente eso. Pero hoy no puede, así que lo vamos a hacer por él.

Gaunt alzó su vaso y lo miró fijamente pero con duda, como si estuviese lleno de veneno.

—Colm Corbec. Primero y Único. Ojalá estuviese aquí ahora.

Se bebió el licor de un solo trago.

—Colm Corbec —dijeron Zweil y Rawne al unísono en respuesta, y también se bebieron de golpe sus copas.

—¿Cómo está? —preguntó Rawne—. He estado en el frente hasta casi ahora mismo… no he tenido tiempo de… ya sabes.

—Me pasé por la enfermería de camino a la basílica —les informó Gaunt mientras jugueteaba con el vaso que tenía en la mano—. No ha habido cambios. Es bastante probable que muera. Los médicos están sorprendidos de que esté durando tanto.

—No será lo mismo… —murmuró Rawne.

Gaunt se giró para mirarlo.

—¿Acabo de escuchar lo que acabo de escuchar del mayor Rawne?

Rawne lanzó un bufido.

—No es ninguna vergüenza admitir que estaremos peor si Corbec muere. Ahora, si fueses tú el que se estuviese muriendo, invitaría a copas a todo el jodido regimiento.

Gaunt lanzó una carcajada.

—Y hablando de eso —dijo Zweil mientras llenaba de nuevo los vasos.

Gaunt tomó su vaso pero no bebió.

—He procurado ver a Raglon antes de venir, y le he concedido el mando provisional del segundo pelotón. Tiene lo que hace falta para ello, y como era el segundo de Corbec, era la decisión más obvia.

Rawne asintió.

—Ah, y de modo oficial por un momento, yo, el comisario Gaunt, le nombro segundo al mando del regimiento, mayor. Hasta nuevo aviso.

—¿No a Daur? —preguntó Zweil.

—Que le den a Daur —exclamó Rawne antes de beberse de golpe otra copa.

—No, ayatani. No a Daur —contestó Gaunt—. ¿Existe algún motivo por el que debiera serlo?

Zweil bebió un sorbo del vaso y se encogió de hombros.

—La división, supongo.

—¿La qué? —preguntó Rawne a la vez que se llenaba el vaso de nuevo.

—La división entre los de Tanith y los de Verghast —le explicó Zweil—. La gente de la colmena Vervun se siente como si siempre estuvieran en segundo lugar. En términos de moral, ascender a Daur al rango de segundo al mando les hubiera agradado.

Rawne soltó un bufido.

—Verghastitas de mierda.

Gaunt miró a Zweil. El comentario del sacerdote le había hecho recordar claramente los que había hecho Hark en la plataforma de observación unos días antes. ¿Habrían estado hablando Hark y Zweil?

—Mire, padre ayatani… Le admiro y confío en usted, hago caso de sus consejos y busco su opinión… espiritualmente. En lo que se refiere al protocolo del regimiento, confío en mí mismo. De todas maneras, gracias por su opinión.

—Eh, yo sólo decía… —empezó a protestar Zweil.

—El Primero de Tanith es el Primero de Tanith —siguió diciendo Gaunt—. Quiero estar seguro de que existe un equilibrio, pero a la hora de tener un segundo al mando, siempre ha de ser alguien de Tanith. Ascender a Daur le hubiera dado una impresión equivocada a los hombres.

—Bueno, tú sabrás lo que haces, Ibram. Pero ten cuidado con ese equilibrio. Los verghastitas se sienten Fantasmas de segunda clase.

—Y lo son —dijo Rawne.

—Ya basta, Rawne. Espero que utilices a los de Verghast tanto como a los de Tanith.

—Lo que tú digas.

—¿Cómo está Soric? —preguntó Zweil.

Gaunt levantó su copa.

—Muriéndose, como Corbec. Quizás algo más rápidamente.

—Entonces, por el alma de los verghastitas —brindó Zweil—. Por Agun Soric.

Los tres entrechocaron sus vasos y acabaron con la bebida.

Rawne tomó la botella para llenar las copas hasta los bordes de nuevo.

—Y un brindis por la siguiente acción, que el Emperador nos proteja. Ouranberg. Ojalá sea la mitad de difícil que Cirenholm.

—No lo será —le contestó Gaunt.

Cubrió su vaso vacío con la palma de la mano para que Rawne no se lo llenara de nuevo. Uno por Colm y otro por Soric. Eso sería más que suficiente.

—Será un infierno. Al general se le ha ocurrido alguna clase de idea que incluye a los Fantasmas y que no me quiere explicar. Tengo un mal presentimiento. Y se ha confirmado que Sagittar Slaith está al mando de la defensa de Ouranberg.

—¿Slaith en persona? —murmuró Rawne—. Feth.

—Al menos tenemos unas cuantas buenas noticias —indicó Gaunt—. Ha llegado

un dirigible de Hessenville esta misma mañana y transporta veinte mil cargadores de tamaño tres en sus bodegas.

—¡Aleluya! —exclamó Rawne con tono irónico.

—Pues sí, aleluya —le respondió Gaunt—. El ataque es inminente, y me alegro de que los Fantasmas vayan bien equipados esta vez.

—Espero que el asunto de Caffran se haya resuelto para entonces.

—¿Qué asunto? —preguntó Gaunt.

—Ah, ¿lo del asesinato? —dijo Zweil—. Es horroroso.

—¿Qué asunto? ¿Qué asesinato? —insistió Gaunt con un tono de voz amenazador.

—Oh, vaya —respondió Rawne con voz burlona—. ¿He hablado demasiado? ¿Hark te lo ha estado ocultando?

—¿Ocultando qué?

—Los trapos sucios del Primero y Único —dijo Rawne—. Lo cierto es que me ha sorprendido que sea Caffran. No creí que fuera capaz de algo así. El hijo de perra tenía un montón de oportunidades de «roce» con esa tal Criid sin tener que andar buscando por otro lado. Pero ¿asesinato? Tienes que ser muy cabrón para cometer esa clase de mierda. ¡Eeehhh!

Gaunt había apartado a Rawne de un empujón del extremo del banco para poder salir.

—¿Gaunt? ¿Gaunt? —le gritó Zweil, pero el coronel comisario ya había subido a la carrera la escalera y había desaparecido por la puerta.

Viktor Hark retrocedió a lo largo de la habitación, tropezó con un armario y se dio cuenta de que no tenía más espacio hacia el que retirarse.

—¿Cuándo ibas a decírmelo, Viktor? —le preguntó Gaunt.

Hark se levantó lentamente.

—Estaba ocupado con el general. Y políticamente hablando, pensé que lo mejor para usted era que se mantuviera alejado.

—Te traje a esta unidad para que actuaras como un oficial político en el que yo pudiera confiar. Reparte las cartas como quieras, Viktor, pero no te atrevas otra vez a dejarme fuera de la partida.

Hark se tiró de la chaqueta y miró directamente a los ojos de Gaunt.

—No se mezcle en esto, Ibram —le dijo en voz baja y suave.

—¡Feth! ¡Yo soy parte de los Fantasmas! ¡De todos los Fantasmas! Si algo le afecta a uno de ellos, me afecta a mí.

Hark meneó la cabeza.

—¿Cómo ha logrado llegar tan lejos siendo tan ingenuo?

—¿Cómo pensé jamás en confiar en ti si no sabes eso? —le preguntó Gaunt.

Hark volvió a menear la cabeza, pero esta vez con pesadumbre. Alargó la mano

hacia la mesa y le entregó a Gaunt una placa de datos.

—Una mujer llamada Ónti Flyte fue asesinada brutalmente hace tres días. Apuñalada con un cuchillo Tanith. Los testigos dicen que vieron a un Fantasma huir de la escena del crimen. El hijo de la víctima ha identificado a Caffran. Caso cerrado. No lo molesté con todo esto porque es un incidente sin importancia. Para eso estoy aquí, señor. Para encargarme de sacar la basura mientras usted se concentra en lo más importante.

—¿De veras? ¿Y qué le pasara a Caffran?

—El comisario Del Mar ha ordenado que sea ejecutado mañana al amanecer.

—¿Y no se te ocurrió que a lo mejor me «molestaría» la pérdida de un soldado tan valioso como Caffran?

—Dado su crimen, no, señor.

—¿Y qué dice Caff?

—Lo niega, por supuesto.

—Por supuesto… Y sobre todo, lo negaría si es inocente. Supongo que al menos se ha llevado a cabo una investigación. Los testigos a veces se pueden equivocar.

—El personal de Del Mar se encarga del caso. Un tal comisario Fultingo está al mando de…

—¿Te has lavado las manos sobre este asunto?

Hark se quedó callado.

—Las instituciones civiles legales y locales y el Comisariado del grupo de combate tienen jurisdicción, por supuesto, pero es evidente que todo esto también es un asunto del regimiento. Un asunto nuestro. Si existe alguna posibilidad de que Caffran sea inocente, no voy a permitir que se pase por alto. Dame esa placa y sal ahora mismo de aquí.

Hark tiró la placa de datos encima de la mesa y se dirigió a la puerta.

—¿Señor? —dijo deteniéndose en el umbral—. Sé que Caffran ha estado con usted desde el principio. Sé que le cae bien a todo el mundo y que es un buen soldado. Pero este caso está cerrado. Los Primeros de Tanith son un grupo de soldados que se comportan excepcionalmente bien, ¿sabe? Sí, bueno, hay problemas a veces con las borracheras y las peleas, con algunas enemistades personales y con pequeños robos, pero nada comparado con otras unidades en las que he servido. La ejecución sumaria por delitos capitales es casi una rutina en otros regimientos. Asesinatos, homicidios, violaciones. La Guardia Imperial está repleta de asesinos y muchos de ellos no pueden evitarlo. ¡Maldita sea, usted ya sabe todo eso! Una disciplina rápida y estricta es el único modo de mantener el control. Le repito que esto tan sólo es un incidente menor. No es nada comparado con la naturaleza vital de la cruzada que estamos llevando a cabo. No debería estar perdiendo el tiempo con esto.

—Estoy perdiendo el tiempo, Hark, precisamente porque es tan infrecuente en mi regimiento. Y ahora, por Feth, quítate de mi vista durante un buen rato.

Varl supo cuál era el camino hasta la enfermería siguiendo el olor a desinfectante. Al principio se confundió un poco, porque casi todos los pasillos y las entradas a la cúpula secundaria olían a aquello. Había grupos de trabajo civiles y del Munitorum por toda la ciudad, encargándose de limpiar los suelos y las paredes con manguerazos y frotando las superficies para eliminar el hedor y la suciedad dejados por el enemigo.

Pero la enfermería tenía un olor propio. Desinfectante. Sangre.

Los médicos del grupo de combate habían ocupado un colegio de aprendices en una de las plantas situadas en uno de los niveles medios, cerca de la capa exterior de la cúpula. Las paredes y los techos de algunas de las estancias más grandes mostraban la suave curvatura de la forma de la ciudad. Las maderas y demás materiales utilizados por el enemigo para tapar las ventanas habían sido retirados para que pudiera entrar la suave luz diurna. Fuera, a través de los gruesos cristales blindados transparentes, el paisaje nuboso de color nacarado se extendía más allá de donde alcanzaba la vista.

Era un lugar ajetreado. Varl se abrió camino a través de enfermeras cansadas y ordenanzas que discutían, entre bulliciosos enfermeros de campo que completaban sus botiquines en un dispensario y equipos de limpieza, y entre heridos que deambulaban. Cada estancia por la que pasaba estaba repleta de bajas, sobre todo urdeshitas, atendidos con medios simples pero efectivos. Los peores casos eran llevados a unas salas apartadas y ocultas a la vista mediante cortinas.

El olor a sufrimiento era imposible de evitar, lo mismo que el murmullo de lamentos doloridos que sonaba de trasfondo.

Varl se pegó a una pared para dejar pasar a dos enfermeros que llevaban un equipo resucitador a la carrera, y luego entró en la penumbra de un cuarto de cuidados intensivos. La luz era escasa, y estaba concentrada en las camas de los heridos. Se oía el pitido continuo y sin ritmo de los vitaladores y el susurro asmático de los respiradores automáticos.

Corbec estaba en una cama arrugada, con las sábanas de color caqui envolviéndolo, como si fuera una figura piadosa envuelta en un sudario de la capilla de un héroe imperial. Sus extremidades estaban extendidas en todas direcciones y revueltas con las sábanas, como si hubiera estado dando vueltas en sueños. Los tubos de goteo y los cables del monitor estaban conectados a diversos puntos de sus musculosos brazos y al pecho. De su boca y de su nariz salían unos tubos todavía más gruesos y grandes. Parecían estar ahogándolo. Tenía los ojos tapados con esparadrapo y gasas quirúrgicas. Se podían ver a través de su espeso vello corporal los moretones amarillentos y los cientos de pequeñas cicatrices que cubrían su cuerpo.

Varl se quedó mirándolo un largo rato y se dio cuenta de que no se le ocurría nada que decir o hacer. Ni siquiera estaba seguro del motivo por el que había ido.

Estaba a mitad del pasillo de salida cuando Dorden lo llamó.

—¿Has venido a echarle un vistazo al jefe, Varl? —le preguntó el viejo médico

mientras se acercaba, con parte de su atención puesta en la placa que llevaba en las manos.

Varl se encogió de hombros.

—Sí, bueno…

—No eres el primero. Ha estado pasando gente de Tanith durante toda la mañana, solos o por parejas. También algunos verghastitas. Para presentar sus respetos.

Varl dejó escapar un largo y profundo suspiro y metió las manos en los bolsillos de sus pantalones de combate negros.

—Yo no sé nada de eso —le contestó—. Yo no venía por algo tan desagradable. Me refiero a que… Yo sólo vine a ver.

—¿A ver a Colm?

—A ver si era cierto. Dicen que Corbec se muere. Pero no podía imaginármelo. No podía hacer que mi mente se lo creyera.

—¿Y ahora? —le preguntó Dorden mientras le entregaba la placa de datos a una enfermera que pasaba.

—Sigo sin poder hacerlo —le respondió Varl con una sonrisa—. No va a morir, ¿verdad?

—Bueno, todos deberíamos mantener la esperanza y rezar…

—No, doctor. No he venido para que me tranquilicen. Si va a morir, espero que me lo diga. Pero es que no me parece que vaya a hacerlo. Estaba allí de pie, y no me pareció que fuera a hacerlo. No creo que le haya llegado la hora. Es como si no estuviera preparado y no estuviese dispuesto a rendirse.

Esta vez fue Dorden el que sonrió.

—¿Tú también lo has visto, verdad? No se lo he dicho a nadie porque no quería dar falsas esperanzas, pero a mí me da la misma impresión.

—No parece justo, ¿a que no? —comentó Varl—. Corbec fue herido y casi se perdió la acción de Hagia. Sé que esas heridas acababan de curársele, y ahora va y le pasa esto.

—Colm Corbec es un hombre valiente y corre riesgos. Demasiados, en mi opinión. Y eso se debe, sobre todo, a que, como todos los buenos oficiales, dirige mediante el ejemplo. ¿Sabes que está así porque le intentaba salvar la vida a Muril?

—Eso he oído.

—Arriésgate, Varl, y tarde o temprano saldrás herido. En el caso de Corbec, más temprano que tarde.

Varl asintió, medio saludó, y se dio la vuelta para marcharse. Dudó un momento.

—¿Doctor?

—¿Sí, sargento?

—Es sobre lo de correr riesgos. Verá, yo… esto… Mire, ¿si yo le digo algo, quedará entre nosotros?

—Varl, te puedo ofrecer la confidencialidad habitual entre los médicos, siempre que no entre en conflicto con asuntos de seguridad de la Guardia Imperial. Y

además… soy tu amigo.

—Bien, esto…

Varl se llevó a Dorden hacia un lado, fuera del pasillo principal, hasta la entrada de una de las salas de cuidados intensivos. Bajó la voz.

—Se trata de Kolea.

—Dispara.

—Es un soldado excelente. Uno de los mejores.

—Estoy de acuerdo.

—Es un buen jefe.

—No te lo discuto.

—Nunca hubiéramos logrado avanzar tanto en el ataque si no hubiese sido por él. Realmente, él… hizo todo un Corbec, si entiende lo que le digo.

—Lo sé. Gracias a vosotros conseguimos una gran victoria. Penetrar en el interior del condensador llegando tan lejos como para apoyar a las escuadras de Domor y de Haller. Fue un golpe de suerte para todos nosotros. He oído decir que Gaunt va a citaros en la orden del día. No le digas que te lo he dicho.

—Bueno, es que… Kolea corrió riesgos. Grandes riesgos. Unos riesgos de locura. Como si ya no le importase vivir o morir. Quiero decir que estaba enloquecido. Corrió directamente hacia los disparos enemigos. Fue un milagro que no le diesen.

—Algunos hombres se enfrentan a la batalla de ese modo. Acuérdate de lo que hemos hablado sobre Corbec.

—Lo sé, lo sé —Varl se esforzaba por encontrar las palabras adecuadas—. Pero eso no fue cuestión de valentía. Eso fue… demencial. Algo realmente descabellado, insensato. Tan insensato que tuve que decirle algo, tuve que decirle que le contaría a Gaunt lo chiflado que estaba. Y me hizo jurar que no se lo contaría. Me suplicó que no lo hiciera.

—Es muy modesto…

—Doctor, Gol perdió a su mujer y a sus hijos en Verghast. Creo que… Creo que ya no le importa nada. No le importa su propia vida. Creo que está buscando su punto de reunión.

—¿De veras?

—Estoy seguro. Y si no me equivoco, no sólo va a lograr que le maten, sino que se puede convertir en un peligro para sus propios hombres.

—Me alegro de que me hayas contado todo esto, Varl. Déjalo en mis manos de momento. Seré discreto. Si le ves más comportamientos de este tipo, házmelo saber.

Varl asintió y se marchó.

La cortina que había a espaldas de Dorden se abrió de repente y apareció Curth quitándose unos guantes quirúrgicos ensangrentados que luego tiró a un contenedor de desechos.

—No sabía que estabas ahí —le dijo Dorden.

—Tú haz como si no hubiera estado.

—Eso fue una conversación confidencial, Ana.

—Lo sé. Y seguirá así. Recuerda que yo he pronunciado los mismos juramentos que tú.

—Bien.

—Sólo una pregunta —le dijo ella mientras se acercaba a un carrito lleno de placas de datos y las repasaba una por una—. ¿Qué es un punto de reunión?

Dorden meneó la cabeza y dejó escapar un suspiro. Se rascó la barbilla, cubierta por una barba gris incipiente.

—Es jerga de la guardia. Significa que… Significa que Kolea ya no quiere vivir sin sus seres queridos. Su esposa, sus hijos, todos muertos. Quiere estar de nuevo con ellos. Así que se lanza a cada combate sin prestar la más mínima atención a su propia seguridad, haciendo todo lo que puede, hasta que llegue por fin al punto de reunión que está rezando por encontrar. El que le matará y le permitirá reunirse con su familia.

—Ya —dijo Curth—. Me estaba temiendo que iba a ser algo así de desagradable.

—¿Qué has hecho?

Caffran se puso en pie lentamente, desconcertado. Las esposas que mantenían casi juntas sus muñecas tintinearon y se tensaron en el punto donde se unían a la argolla del tobillo. Le habían dejado tan sólo su camiseta negra y los pantalones de faena. Le habían quitado el cinturón y los cordones de las botas.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

Su voz era débil y hueca. El aire de la apestosa celda era húmedo y la iluminación mala. La expresión asustada del rostro de Caffran mostraba que todavía estaba enfrentándose a la sorpresa causada por las acusaciones.

—Quiero decir: ¿qué has hecho? Dímelo.

—No he hecho nada. Lo juro.

—¿Lo juras?

—¡Lo juro! ¡Nada! ¿Por qué… por qué has venido aquí a preguntarme eso?

Kolea se quedó mirándolo. Las sombras de la celda impedían a Caffran ver la expresión de su cara.

Kolea tan sólo era una presencia furiosa, inquietante, en aquel pequeño lugar.

—Porque quiero saberlo.

—¿Por qué?

Kolea dio un paso amenazador hacia él.

—Si descubro que me estás mintiendo… si le hiciste daño a esa mujer…

—¡Sargento, por favor! ¡No he hecho nada!

—¡Sargento Kolea!

Kolea se detuvo a unos pocos pasos de Caffran y se giró lentamente. La silueta del comisario Gaunt se recortaba en el umbral de la puerta.

—¿Qué estás haciendo aquí, Kolea? —le preguntó Gaunt al tiempo que entraba en la celda.

—Yo… —empezó a decir, pero se quedó callado.

—Le he hecho una pregunta, sargento.

—Los hombres de mi escuadra estaban… preocupados… por lo que Caffran ha hecho… Yo…

Gaunt alzó una mano.

—Ya es suficiente. No deberías estar aquí, Kolea. Deberías saberlo. Sal de aquí. Dile a tus hombres que hablaré con ellos.

—Señor —respondió Kolea con un murmullo, y salió de la celda.

Gaunt se quitó la gorra y se giró para mirar fijamente a Caffran.

—¿Tienes idea de a qué ha venido eso, soldado?

—No, señor.

Gaunt asintió.

—Siéntate, Caffran. Sabes por qué estoy aquí.

—Probablemente para hacerme la misma pregunta que me ha hecho Kolea.

—¿Y?

Caffran se sentó con lentitud en el camastro de ceramita de la celda, se aclaró la garganta y sostuvo la mirada de Gaunt.

—No lo hice, señor.

Se produjo un largo silencio. Gaunt asintió.

—Era lo único que necesitaba oír, Caff.

Caminó hacia la puerta mientras se ponía la gorra.

—Mantén la esperanza, Caff. Si puedo sacarte de aquí, lo haré.

—Gracias, señor.

Gaunt salió al iluminado pasillo. Los guardias del Comisariado cerraron la pesada puerta, echaron los cerrojos y activaron el escudo. Saludaron a Gaunt, pero él hizo caso omiso del gesto mientras se alejaba.

Los habitáculos parecían especialmente desolados bajo la lluvia. Claro que, por supuesto, no se trataba de lluvia de verdad. Cada sección del distrito de habitáculos era empapada cada dos días con el agua recogida en las tuberías del tejado de la cúpula. La intención era mantener la higiene y limpiar las calles.

Con aquello se lograba que todo brillara con la humedad y oliera como un lavabo atascado.

La casa de los Flyte había sido precintada, y en las puertas se podían ver los sellos de las aquilas imperiales. A los niños los habían enviado a vivir con unos vecinos.

Saltó por encima de la valla trasera para entrar en el patio y miró a su alrededor, con la capa echada por encima de la cabeza para protegerse de la lluvia. Si la caseta exterior tenía un buen tejado puede que quedaran algunas pruebas visibles; Si no, la

lluvia habría borrado cualquier indicio de valor.

Comenzó a registrar el lugar, mirando para empezar a través de las ventanas rotas de la parte posterior del habitáculo. El patio, repleto de hierbajos, estaba cubierto de restos rotos y desperdicios.

Se acercó hasta la caseta, rompió el sello del aquila de la puerta e hizo caso omiso de la nota de aviso serigrafíada del Comisariado. El interior olía a fibra de madera podrida y a restos minerales. No había luz. No es que fuera un lugar precisamente a prueba de agua, pero aun así pudo distinguir las manchas oscuras en la pared, en el suelo, y en el borde de la vieja y desgastada bañera. Una era la huella de una mano. Una huella perfecta. La de una mujer.

Siguió mirando a su alrededor. Las vigas de soporte del techo empezaban a baja altura, y en una de ellas había un corte, justo encima de la bañera. Sacó su linterna, rebuscó en la hendidura con la punta de su cuchillo Tanith y sacó un pequeño fragmento de metal que puso en su bolsa de cadera.

Olisqueó el aire. Olisqueó la pared de fibra de madera. Se puso de rodillas y alargó las manos para iluminar debajo de la bañera con su linterna.

Algo brilló.

Alargó la mano para sacarlo.

—¡No te muevas! ¡Ni un puñetero centímetro!

El haz de una linterna le apuntó.

—¡Sal de ahí! ¡Lentamente!

Obedeció la orden, manteniendo las manos bien a la vista.

El joven cadete de comisario estaba en el umbral de la puerta con aspecto atemorizado, apuntándole con una pistola automática. Pero tenía que reconocerle su mérito: se le había acercado totalmente en silencio.

—¿Quién eres? —le preguntó el cadete.

—Sargento Mkoll, Primero de Tanith —respondió Mkoll en voz baja.

—¿Goosen? ¿Qué está pasando ahí dentro? —gritó una voz desde fuera.

Un hombre, mayor que el tembloroso cadete, otro comisario con un abrigo de combate goteante por la lluvia, apareció detrás de este. Casi dio un paso atrás por la sorpresa cuando vio a Mkoll.

—¿Quién demonios eres?

—Uno de los vecinos informó que había un intruso, señor —dijo Goosen—. Dijo que creía que el asesino había regresado.

—Espósalo —dijo el hombre mayor con voz seca—. Se viene con nosotros.

—¿Por favor, puedo? —dijo Mkoll mientras señalaba con un dedo uno de los bolsillos de su uniforme.

Goosen no dejó de apuntarle mientras Mkoll metía una mano en el bolsillo y sacaba un papel doblado. Alargó el brazo en dirección al comisario mayor.

—Es una autorización firmada por el coronel comisario Gaunt, el comandante de mi unidad. Sus órdenes son que lleve a cabo una investigación para encontrar pruebas

en el lugar del crimen y que tengan relación con el caso.

El comisario le echó un vistazo al documento. No pareció muy convencido.

—Esto es muy irregular.

—Pero es un hecho demostrable. ¿Puedo bajar ya las manos?

Goosen miró al comisario. Este se encogió de hombros.

—Déjenlo.

Los comisarios se giraron para mirar. El capitán Ban Daur estaba en la puerta trasera del patio. No empuñaba ninguna arma, pero, a pesar de la lluvia que caía, llevaba el abrigo echado hacia atrás para poder sacar con facilidad la pistola láser que tenía enfundada.

Daur se acercó tranquilamente, puso una mano sobre la pistola de Goosen y la bajó poco a poco hasta que apuntó al suelo.

—Guárdela —le aconsejó.

—¿Está con él? —le preguntó el comisario señalando con un gesto a Mkoll.

—Sí, sí que lo estoy, Fultingo. Gaunt ha formado un equipo para que llevemos a cabo una investigación del caso a nivel del regimiento.

—No hay tiempo. La ejecución será…

—Pospuesta. Gaunt ha conseguido una orden del comisario Del Mar hace una hora. Disponemos de un período de gracia para revisar todas las pruebas.

Fultingo soltó un bufido despreciativo mirando a Mkoll.

—¿Ha enviado a un soldado a la escena del crimen? —preguntó.

—Mkoll es el jefe de unidad de los exploradores de Tanith. Tiene la vista más aguda de todo el Imperio. Si hay algo que se pueda encontrar, él lo hará.

—¿Quién está a cargo de la investigación? —quiso saber Fultingo. Parecía furioso, contrariado—. Voy a presentar una queja formal. ¿Usted, capitán? No… apuesto a que es Hark.

—Gaunt se encarga en persona del caso —le informó Daur.

Mkoll ya había bajado las manos y estaba revisando el exterior de la caseta.

—¿Gaunt? —preguntó Fultingo—. ¿Gaunt en persona? ¿Por qué se preocupa por esto?

—Porque es importante —le contestó Mkoll sin levantar la vista.

Fultingo se quedó mirando a Daur, con el agua de la lluvia goteándole por la visera de la gorra y por la nariz.

—Esto es un desperdicio criminal de recursos. No he acabado con este asunto.

—Pues díselo a alguien a quien le importe —le replicó Daur con voz siseante.

Fultingo dio media vuelta sobre sus botas de caña alta y salió del patio, seguido de cerca por Goosen, dando grandes zancadas y esparciendo gravilla húmeda por doquier.

—Gracias —dijo Mkoll.

—Te las estabas apañando muy bien.

Mkoll se encogió de hombros.

—¿Algún avance?

—Hark ha hecho lo que Gaunt le pidió. Todo está tan formalizado que Caff estará a salvo durante unos cuantos días. Dorden examinará el cuerpo de la víctima esta noche. Hark está repartiendo ahora mismo un cuestionario entre los Fantasmas para ver si aparece algo interesante.

Mkoll se limitó a asentir. Daur se estremeció y miró a su alrededor. La lluvia artificial ya estaba parando de caer, pero el aire seguía húmedo y cargado. Salía vapor de los conductos de calefacción y de los tejados con mal aislamiento. El agua se había quedado encharcada formando grandes espejos negros a lo largo de las calles de superficie desigual y en los socavones del sendero formado por los patios traseros. Daur pudo percibir el olor de los fogones y el aroma poco saludable de las raciones de comida de emergencia. En algún lugar, los niños reían y chillaban alegres mientras jugaban.

Aunque no podía verlos, Daur podía sentir los ojos que se asomaban en todas las ventanas traseras de la calle llena de habitáculos, los ojos que miraban desde detrás de las cortinas raídas y las persianas rotas, ojos que los vigilaban.

—Menudo sitio tan tristón —comentó Daur.

Mkoll asintió de nuevo y levantó la vista.

—El de la peor clase. No hay cielo.

Aquello hizo sonreír a Daur.

—Mkoll —le dijo—. Ya que estamos aquí afuera, sin que nadie nos oiga, por así decirlo, ¿crees que Caffran lo hizo?

Mkoll giró su penetrante mirada y la clavó en el oficial verghastita de elevada estatura. Daur siempre había admirado y le había caído bien el jefe de los exploradores. Sin embargo, por un momento, se sintió aterrado.

—¿Caffran? ¿De verdad tiene que preguntarlo? —le dijo Mkoll.

—Sí, es cierto. Perdón.

Mkoll se limpió el rostro húmedo con el borde de su capa de camuflaje.

—Ya he acabado aquí, señor.

—Bien, pues entonces, ya nos podemos volver. ¿Has encontrado algo?

—Los fiscales han hecho una porquería de trabajo… a menos que alguien se haya pasado luego por aquí. Podrían haber tomado huellas dactilares en las manchas de sangre, pero ahora ya es demasiado tarde. La humedad las ha estropeado. Pero no vieron… o no quisieron ver… un tajo de cuchillo en una de las vigas. He logrado sacar un fragmento de metal.

—¿Del cuchillo?

—Eso creo. Las estructuras de estos edificios consisten en un núcleo de ceramita rodeado de pulpa de papel. Ese núcleo es lo bastante duro como para mellar un cuchillo. Quienquiera que lo haya hecho, se encontraba en un estado de frenesí, y tiene el cuchillo mellado.

—¡Bien, joder! ¡Eso es todo un comienzo!

—Lo sé —dijo Mkoll—. Y lo que es todavía más interesante: encontré esto. Justo debajo de la bañera.

Alargó la mano con la palma hacia arriba y le mostró a Daur lo que había encontrado.

Una moneda de oro.

—¿Una corona imperial?

Mkoll sonrió.

—Una corona imperial desfigurada —le aclaró.



TRES

El general Van Voytz había escogido una mansión de estilo alto gótico situada en los niveles superiores de la cúpula primaria de Cirenholm como cuartel general. La mansión, pintada de un color verde pastel, y sostenida por algunos de los pilares integrados en la propia superestructura de la cúpula y que ascendían hasta aquel nivel, era una de las cuarenta rodeadas por un paisaje formado por una enorme reserva natural con un lago y repleta de prados y bosques de árboles semiartificiales.

Aquel hábitat lacustre estaba completado con unos yates de recreo que se mecían en el interior de una ensenada, amarrados a unos muelles de madera, y había sido el lugar de esparcimiento de los habitantes más acaudalados e influyentes de Cirenholm antes de la llegada del Pacto Sangriento. Dos senadores planetarios, un general retirado, un jerarca enriquecido, seis millonarios gracias al negocio de los condensadores y el gobernador de la ciudad… Todos ellos habían poseído una casa en algún punto de la orilla.

Todos ellos estaban muertos. No quedaba nadie que pusiera objeciones a la ocupación de Van Voytz. Ninguno de ellos las hubiera puesto. El general libertador disponía del poder, y lo que era más importante, de influencia sobre todos ellos.

Un transporte gravitatorio imperial ligero, pintado todavía con el camuflaje de invasión, sobrevoló por encima del lago con Gaunt como pasajero. La noche ya había caído, y las luces de la costa brillaban, reflejándose en la superficie oscura del agua. A pesar de la penumbra reinante, Gaunt pudo distinguir las ruinas quemadas de

algunas de las propiedades, siniestras como cráneos. También pudo percibir las siluetas de las cruces que salpicaban la orilla. Nadie había tenido tiempo todavía de enterrar en condiciones a los ciudadanos más importantes de Cirenholm.

El transporte disminuyó de velocidad y cruzó la pequeña playa situada delante de la mansión levantando surtidores de agua. Los guardias urdeshitas les indicaron que siguieran avanzando al tiempo que se protegían los ojos con las manos. El vehículo cruzó un prado y sobrevoló varios setos bajos antes de aterrizar sobre el arco de mica de la entrada, en el exterior de la mansión.

Gaunt salió al aire nocturno, y se puso su abrigo de combate. Pudo oler el agua y el hedor a ozono desvaneciéndose procedente de los motores del vehículo, que se estaban enfriando ya. Dos limusinas de estado mayor estaban alejándose de la escalinata de la entrada, y algunas motocicletas a reacción y otros transportes imperiales estaban aparcados bajo los árboles húmedos.

Había más centinelas en la escalinata. Dos de ellos, y el asistente de Van Voytz, se apresuraron a bajar para recibirlo.

—El general le está esperando en la biblioteca, coronel comisario. Pase, por favor. ¿Ha comido ya?

—Sí, con mis hombres.

—¿Quiere tomar una bebida?

—Estoy bien, gracias.

Gaunt entró en el iluminado recibidor. El asombroso interior estaba decorado con paneles de retórico pulido, con shanifes incrustados de oro y objetos de porcelana antigua. Se preguntó cómo diablos había logrado todo ello permanecer intacto.

El trampantojo del techo mostraba imágenes del Empíreo, incluidos combates entre naves espaciales. El suelo de la estancia estaba casi cubierto con las cajas de material típicas de la Guardia Imperial y bolsas de lona repletas de ropa.

—Por aquí —le dijo el ayudante del general.

Gaunt entró en una habitación que estaba vacía aparte de una enorme chimenea de ormulu y una solitaria mesa de escritorio iluminada por un globo de luz flotante.

El táctico Biota, estaba sentado a la mesa, trabajando, medio oculto por los mapas y las placas holográficas. Ni siquiera levantó la vista.

Dos soldados de asalto urdeshitas pasaron a la carrera con el equipo de combate completo. Disminuyeron la velocidad de su carrera tan sólo para saludar.

El ayudante se detuvo delante de unas inmensas puertas de madera de gordio. Llamó con dos golpes y se concentró en su microtransmisor.

—El coronel comisario Gaunt —dijo el ayudante por su micrófono. Hubo una pausa—. Sí, señor.

El ayudante abrió las puertas e invitó a entrar a Gaunt.

Como ejemplo de biblioteca, aquella era precisamente todo lo contrario. El enorme techo arqueado, de una altura de tres pisos, cubría una amplia estancia en la que se alineaban numerosas estanterías, con escaleras de hierro forjado y pasarelas

que permitían a cualquier curioso revisar los anaqueles situados en la parte más alta.

Pero todas las estanterías estaban completamente vacías.

Los únicos libros visibles estaban apilados sobre unas cuantas cajas del ejército agrupadas en el centro del suelo de *parquet* de la habitación.

Gaunt se quitó la gorra y paseó por el lugar. Las lámparas relucían en sus monturas de pared, y unos cuantos globos de iluminación autónomos flotaban alrededor de Gaunt como si fueran luciérnagas. Al otro lado de la estancia, bajo unos grandes ventanales, se podía ver una mesa de control táctico recién desembalada. Sus cables de toma de energía serpenteaban hasta unas conexiones del suelo. Alrededor de la misma había reunidas media docena de sillas de biblioteca.

Encima de una mesa cercana, sobre una bandeja, había una botella abierta de clarete y varios vasos, uno de ellos medio lleno.

No había señal alguna de Van Voytz.

Gaunt miró a su alrededor.

—Una tragedia, ¿verdad? —dijo la voz del invisible Van Voytz.

—¿Señor?

—Esta casa pertenecía al mariscal del aire Fazalur, el padre de nuestro amigo el mayor Fazalur. Un soldado magnífico, muy condecorado, uno de los héroes del planeta. Y un bibliófilo aún más magnífico.

Van Voytz apareció de repente emergiendo de debajo de la amplia mesa de control táctico. Tan sólo su cabeza y sus hombros. Le sonrió a Gaunt y desapareció de nuevo.

—Está muerto, por supuesto. Encontraron su cadáver en la playa. Bueno, la mayor parte del cadáver —dijo la voz de Van Voytz, parcialmente ahogada por la gran mesa.

—Poseía una de las colecciones de libros, mapas, placas de datos y primeras ediciones más sorprendente. Un caudal de conocimiento y un verdadero tesoro. Se puede deducir por el número de estanterías el tamaño de la colección.

—Extensa —comentó Gaunt.

—Los del Pacto Sangriento la quemaron por completo. Tomaron todas las placas y todos los libros, los llevaron al bosque situado detrás de la mansión, los rociaron con promethium y los quemaron. Hay un círculo enorme de cenizas ahí afuera. Cenizas, plástico fundido, trozos retorcidos de metal. Todavía está caliente y humeante.

—Un crimen, señor.

Van Voytz apareció de nuevo.

—¡Exactamente eso, Gaunt! ¡Un crimen!

Alargó la mano, tomó un sorbo de vino y desapareció de la vista otra vez.

Gaunt se acercó al montón de libros y escogió uno.

—Las esferas del anhelo… La mejor obra de Ravenor. ¡Feth, es una primera edición!

—¿Ha leído a Ravenor, Gaunt?

—Es uno de mis favoritos. Entonces, ¿algunos de los libros se salvaron? Tan sólo este volumen tiene un valor incalculable.

—Es mío. No podía soportar que este lugar apareciera tan vacío, así que ordené que trajeran algunos de mis libros desde Hessenville.

Gaunt dejó con cuidado el libro donde estaba mientras meneaba la cabeza. No podía ni imaginarse la clase de poder que podía ordenar al Munitorum Imperial que preparara un transporte y trasladara una colección de libros a un escenario de guerra. Ya puestos, tampoco podía imaginarse qué clase de poder le permitiría poseer un ejemplar de la primera edición de Las esferas del anhelo.

Echó un vistazo al resto de libros. La vida de Sabbat, en su edición de papel. Las consideraciones de Solon, en perfecto estado, como recién salido de la imprenta. El repique de los eones, de Garbo Mojaro. Una copia perfecta del Liber Doctrina Históricas. Los sermones completos de Thor, en versión de lujo. Una brecha en la oscuridad, de Sejanus. Una de las primeras ediciones en cuarto del Táctica Imperium, con sus ilustraciones estampadas y las placas al completo. Un ejemplar de tirada limitada del tratado de Slaydo sobre la campaña de Balhaut, en su placa de datos original.

—¿Le gustan los libros, Gaunt?

—Me gustan estos libros, señor.

Van Voytz salió por fin de debajo de la mesa y le dio al aparato una patada en uno de sus laterales de frío metal.

—¡Maldito cacharro!

Iba vestido con los pantalones y las botas de paseo, pero se había quedado en camiseta. Gaunt se fijó que la camisa del uniforme estaba colgada del respaldo de una de las sillas.

—Me enviaron esto —dijo Van Voytz señalando con el brazo la mesa de control táctico antes de alargar la mano y beberse de un trago lo que quedaba en su copa—. Me lo envían y me lo dejan aquí. ¿Alguien lo conecta y efectúa la comprobación de arranque? No. ¿Puedo hacer que la aplicación holográfíca funcione? No. Lo he intentado. Ya me ha visto ahí debajo.

—Lo cierto es que se trata de un trabajo para un tecnomago, señor.

Van Voytz sonrió.

—Soy un general, Gaunt. ¡Puedo hacer cualquier cosa!

Ambos se echaron a reír.

—Pero ¿dónde diablos están mis modales? —exclamó el general.

Sirvió un poco de vino en una de las copas vacías y Gaunt la tomó. Se dio cuenta de que todavía tenía en la mano el ejemplar del Táctica Imperium.

—Salud —dijo Van Voytz.

—A la suya, señor. El Emperador nos protege.

—¿Le gusta ese? —le preguntó Van Voytz señalando al libro que Gaunt sostenía

en la mano.

—Es muy bello…

—Quédeselo. Es suyo.

—No puedo. Es un tesoro.

—Insisto. Es mío, así que puedo darlo. Además, se lo merece. Considérelo un regalo por los esfuerzos que ha realizado en Fantine hasta el momento. En serio, quédeselo.

—Yo… Muchas gracias, señor.

Van Voytz hizo un gesto con la mano.

—Ya es suficiente. Maldita mesa. —Tomó un sorbo de clarete y le dio otra patada a la parte del mobiliario que le estaba mosqueando—. Tenía unos hologramas de Ouranberg para que los viera. Todo el plan de asalto.

—Puedo volver mañana, señor.

—No sea tonto, Gaunt. Ya está bastante ocupado. Yo hablaré. Usted escuchará. Entenderá el quid de la cuestión. Será como regresar a los días de Sejanus y de Ponthi. Usted será Ponthi.

—Será un honor, se…

—Sólo bromeaba, Ibram. Sólo bromeaba. Le he pedido que venga para que hablemos sobre el ataque contra Ouranberg. Biota ha estado organizándolo todo, y dice que estoy loco. Pero es que he tenido una idea, una que implica a su gente.

—Sí así lo desea, señor.

—No esté con ese aspecto tan… estreñido, Ibram. Le gustará. Tuve esta idea cuando repasaba sus informes de los combates. Tiene unos soldados excepcionales.

—Gracias.

—Buenos en misiones de infiltración. Inteligentes. Y también capaces. Si queremos acabar con Slaith, nos hará falta todo eso.

Gaunt dejó el libro de nuevo en la pila y se bebió su copa de un trago.

—Entonces, ¿Slaith está allí?

—Ya puede apostarlo. Probablemente con un montón de mercenarios loxatl. Ouranberg va a ser toda una fiesta.

Van Voytz llenó su vaso de nuevo.

—Antes de que pasemos a estudiar el plan de ataque, quiero hablar de ese problema que he oído que tiene en su regimiento.

—¿Un problema?

—Un soldado acusado de un crimen capital.

—Sí, señor. Ya me estoy encargando de ello.

—Sé que está haciéndolo. Y no tendría por qué hacerlo. Es un asunto a nivel de compañía. Deje que se resuelva solo.

—No puedo, señor. Y no lo haré.

El general tomó otro trago de vino y se sentó en una de las sillas.

—Es el jefe de un regimiento, Gaunt. Deje que su personal se encargue de ello.

—Esto me concierne, señor. Uno de mis hombres ha sido acusado injustamente. Tengo que demostrar su inocencia.

—Ya me lo han contado todo. He hablado con el comisario Del Mar esta tarde. Me temo que está perdiendo el tiempo, Ibram.

—Caffran es inocente, señor. Lo ju…

—Ese individuo… Caffran, ¿no? Es un soldado común. Un soldado más. El caso parece a prueba de láser. Tiene asuntos más importantes a los que dedicarles el tiempo.

—Con el debido respeto, señor, no los tengo. Si ahora mismo estoy aquí, es gracias a los soldados comunes. No estaría aquí sin sus esfuerzos. Y por eso procuro asegurarme de estar pendiente de todos y cada uno de ellos.

Van Voytz frunció el ceño.

—Vaya, debería sentirme avergonzado…

—Señor, no pretendía…

Van Voytz le hizo un gesto con la mano.

—No me siento ofendido, Gaunt. En realidad, es agradable oír a un oficial recordar los elementos básicos de un buen mando. La Guardia Imperial no es nada sin los guardias imperiales. Nadie debería ascender tanto y tener tanto poder como para olvidarlo. Su código personal de honor es inusualmente firme. Tan sólo espero…

—¿Señor?

Van Voytz se puso en pie para ponerse la chaqueta de nuevo.

—Iba a decir que espero que eso no le mate. Pero, como ya sabe, seguro que lo hace. Al final, me refiero. Esa es la maldición de un código de honor tan decidido como el suyo, coronel comisario. Siga manteniéndolo, y acabará muriendo por él.

Gaunt se encogió de hombros.

—Supongo que esa fue siempre la cuestión, señor.

—Bien dicho —contestó Van Voytz mientras se esforzaba por abrochar los botones de su uniforme—. Sin embargo, su doble tarea es un problema. Dígamelo y le transferiré inmediatamente del Comisariado al regimiento… Será el brigadier Gaunt… No, no nos andemos con tonterías, ¿vale? Será el teniente general Gaunt, destinado a mi cuerpo de ejército. Guardia Imperial al ciento por ciento. Todo un comandante de la Guardia Imperial con comisarios a sus órdenes y todo.

Gaunt se quedó bastante sorprendido.

—El uniforme le encajaría a la perfección, Gaunt. Teniente general del Primero y Único de Tanith. Se acabó tener que ocuparse de los asuntos disciplinarios. Se acabó perder el tiempo que debe dedicarse a las tareas de mando.

Gaunt se sentó.

—Me siento halagado, señor, pero… no. Soy feliz donde estoy.

Van Voytz se encogió de hombros. No pareció molesto.

—Si usted lo dice. Pero, por favor, no le dedique mucho tiempo a ese tal Caffran. No lo permitiré. Y ahora… déjeme contarle las ideas que se me han ocurrido sobre el

ataque a Ouranberg…

A pesar de todos los esfuerzos de Dorden, las pulgas y los piojos se habían instalado en los cuerpos de los Fantasmas. Todos ellos fueron convocados y acudieron en masa a unos baños públicos municipales en la cúpula primaria mientras los equipos de fumigación llenaban los alojamientos con nubes de compuestos químicos tóxicos. Todas las piezas del equipo de cada uno fueron desmontadas para ser limpiadas al vapor, y los soldados, temblando al llevar tan sólo su ropa interior, se alinearon en el frío atrio de piedra para que les raparan la cabeza. El zumbido de las tres docenas de maquinillas eléctricas resonaba en la estancia por encima de su parloteo. Los servidores iban arriba y abajo recogiendo el cabello para su posterior incineración.

Los soldados, una vez rapados, eran enviados a unos bloques de duchas humeantes por el vapor equipados con pastillas de jabón fuerte y con las botas colgándoles del cuello por los cordones. Al otro lado de los bloques de ducha había unas esterillas de fibra de junco donde se habían amontonado pilas de toallas viejas y tiesas, pero muy limpias. Los ayudantes del Munitorum estaban al lado de unas mesas plegables con montones de equipos limpios de reserva que apestaban a más polvos todavía.

Gaunt y Daur entraron en las estancias donde se estaban secando, y se oyeron los movimientos apresurados de los soldados que, desnudos o a medio vestir, se esforzaban por entrechocar los tacones y ponerse firmes para saludar.

—Descanso —gritó Gaunt, y todos se relajaron y siguieron con lo que estaban haciendo. Gaunt le hizo un gesto de asentimiento a Daur y entonces el capitán consultó una placa de datos.

—Prestad atención —dijo en voz alta—. El que oiga su nombre, que se vista y vaya a la salida. Solamente los diré una vez…

Los soldados prestaron atención sin dejar de secarse con las toallas las cabezas recién rapadas.

—¡Mkvenner! ¡Doyl! ¡Bonin! ¡Larkin! ¡Rilke! ¡Nessa! ¡Banda! ¡Meryn! ¡Milo! ¡Varl! ¡Cocoer! ¡Kuren! ¡Adare! ¡Vadim! ¡Nour! ¡Eso es todo! ¡Y daos prisa, si no os importa!

Larkin se estaba poniendo una camiseta negra sobre su escuálido torso y lanzó un gruñido de descontento hacia Bragg cuando oyó su nombre.

—Ah, vaya, ¿y ahora qué? —murmuró con descontento.

Larkin tenía un aspecto cadavérico y peligroso, con la cabeza rapada.

—¿Qué es lo que has hecho, Larks? —le dijo Bragg con un tono de voz zumbón.

—¡Nada, por Feth! —contestó con sequedad Larkin mientras se esforzaba por ponerse los pantalones de combate, rígidos por todo el almidón que le había echado. Se abrochó el cinturón y se acercó a los demás arrastrando los cordones de las botas, puestas pero no atadas.

—Ya está todo el mundo —le dijo Daur a Gaunt, y el coronel comisario asintió. Se percató del grupo de cabezas rapadas que lo rodeaban y señaló a su propio cabello.

—No os preocupéis. Luego me toca a mí —les dijo—. Los piojos no sienten ninguna clase de respeto por el rango.

Todos los Fantasmas sonrieron. Parecían reclutas novatos otra vez, con sus cráneos reluciendo con un blanco poco saludable. Gaunt lo lamentó especialmente por las mujeres.

—Muy bien —les dijo—. El mando imperial nos ha asignado una misión. Los detalles los conoceréis más adelante. De momento, tendrá que bastaros saber que es un plan concebido por el propio general en persona, y que considera esta misión como algo vital. Su ejecución completa y con éxito tiene prioridad sobre todas las demás operaciones imperiales en este momento.

Unos cuantos ojos se abrieron de par en par. Larkin dejó escapar un suave gemido de desesperación. Banda le dio con el codo.

—Os he escogido personalmente para esta operación por razones que pronto os serán obvias a todos y cada uno de vosotros. El nombre de la operación es Larisel. No le hablaréis de ella a nadie, ni en términos generales ni en detalles concretos, ni siquiera con otros Fantasmas que no pertenezcan a este grupo. Os quiero reunidos en el subhangar 117 a las 18:30, con todo el equipo, armamento y efectos personales. Quiero decir todo, preparados para salir en cualquier momento. No regresaréis a los barracones.

—¿Eso se debe a que es una… misión sólo de ida? —preguntó Varl utilizando un eufemismo.

—No le mentiré, sargento. Larisel representará un riesgo extremadamente elevado. Sin embargo, la razón por la que no regresarán a los alojamientos del regimiento, es porque se van a trasladar a otros barracones para recibir entrenamiento especializado e instrucciones específicas sobre la misión. ¿De acuerdo?

Se oyeron unos cuantos murmullos y hubo algunos asentimientos.

—¿Alguna pregunta? ¿No? Vale, muy bien. Tengo la máxima confianza en vosotros, en vuestras capacidades y en vuestras habilidades. Os lo diré antes de que partáis, pero buena suerte a todos. El Emperador nos protege.

Gaunt se giró para mirar a Daur.

—¿Quiere añadir algo, capitán?

—Sólo una cosa —dijo Daur mientras se adelantaba y metía una mano en el bolsillo de su chaqueta de combate negra—. Es sobre el soldado Caffran. Como ya sabéis, hemos ido haciendo preguntas y sacando información. Espero, y estoy seguro, de que obtendremos datos valiosos de este modo. De boca en boca, de soldado en soldado. Pero a partir de ahora vais a estar separados del grueso del regimiento, de modo que va a haber muchas menos oportunidades de que estéis al tanto de cómo va el tema de la investigación. Por tanto, de momento… quiero inspeccionar el cuchillo de cada uno de vosotros. Quiero que cualquiera de vosotros que se haya fijado en que

el cuchillo de otro está mellado o dañado me lo diga. Y, ¿habéis visto alguna vez una de estas?

Sacó un pequeño sobre encerado del bolsillo, lo abrió y sostuvo en alto una moneda de oro.

—Una corona imperial, de acuñamiento local… desfigurada a propósito en el anverso y en el reverso. ¿Alguien tiene una como esta? ¿Sabe alguien de dónde ha salido? ¿Alguno de vosotros sabe de otro soldado que tenga alguna como esta? Si os da apuro hablar ahora, id a verme, o al coronel comisario, o al comisario, para hablar con absoluta discreción. Eso es todo.

—Podéis retiraros —dijo Gaunt.

El grupo se dispersó, y todos empezaron a murmurar entre sí. Daur y Gaunt se dieron la vuelta y salieron de la estancia.

—Tengo la esperanza de que lo de la moneda sirva de algo —dijo Daur—. Ya sabemos por una docena de Fantasmas, incluidos Obel y Kolea, que había más como estas en la zona de los comercios del sector adyacente al condensador, pero todos ellos juran que dejaron las monedas en su sitio sin tocarlas por las marcas que tenían grabadas.

—Ya veremos. Si alguien se dejó llevar por la codicia, no querrá admitirlo. Saben lo estricto que soy con el tema del saqueo. ¿Has comprobado la hoja del cuchillo de Caffran?

Daur suspiró.

—Está mellada. Dijo que ocurrió durante el tiroteo en el parque 505, pero sólo tenemos su palabra. El personal de Del Mar se lanzará sobre eso como una jauría si se llegan a enterar.

—Entonces hay que procurar que no se enteren —dijo Gaunt—. Ya tienen toda la cuerda que necesitan para colgarlo. No les demos más.

—¿Qué hacemos? —le susurró Larkin a Bragg con voz llena de ansiedad mientras acababa de atarse las botas. Bragg se inclinó hacia él al tiempo que se ponía su camiseta.

—Se lo decimos a Gaunt —respondió Bragg simplemente.

—¡No podemos!

—¿Por qué no? —le preguntó Bragg.

—Porque no traicionamos a los nuestros. Nunca en mi vida he sido un chivato, y no pienso empezar ahora.

—No creo que esa sea la verdadera razón, Larks —le replicó Bragg, sonriente—. Nos chivaríamos si eso sacase a Caffran del calabozo. No, me parece que es que le tienes miedo.

—¡No le tengo miedo!

—Creo que se lo tienes. Yo se lo tengo.

Larkin abrió los ojos de par en par.

—¿Que tú le tienes miedo a Cuu?

—Bueno, vale, no exactamente miedo, pero sí me produce escalofríos. Es un tipo verdaderamente mal intencionado.

Larkin suspiró.

—Le tengo miedo. Es un loco maníaco. Si le delatamos y se entera, vendrá a por nosotros. Vendrá a por nosotros, por Feth. No merece la pena.

—Merece la pena por Caff.

—No pienso cabrear a Cuu por nada del mundo. Hay algo en él. Algo enfermizo. Podría acabar en el pelotón de fusilamiento y luego volver para atormentarme.

Bragg soltó una carcajada.

—Crees que lo digo en broma.

Bragg negó con la cabeza.

—Larks, Cuu es un maldito loco. Si hay alguien de nuestro regimiento que es capaz de cometer ese asesinato, ese es Cuu. Si es culpable, no tendremos que preocupamos por ello. Y si es inocente, bueno, entonces no le pasará nada. Y sé sincero, ¿qué puede hacer después? ¿Matamos a los dos? ¿Librarse de una acusación de asesinato y luego cometer uno doble?

—No pienso hacerlo —siseó Larkin con firmeza.

Bragg señaló la cicatriz reciente que tenía en el hombro.

—Pues a lo mejor lo hago yo —dijo—. No es amigo mío.

El barracón improvisado estaba bastante silencioso a excepción de alguna tos o de algún estornudo. La peste a la reciente fumigación seguía flotando en el aire.

Milo colocó de forma experimentada lo que le quedaba de equipo en su mochila, la cerró y luego ató su saco de dormir y su capa de camuflaje, bien enrollado todo, al conjunto.

Vadim, que ya lo tenía todo preparado, se acercó hasta él.

—¿Alguna vez te han escogido para una misión especial, Milo?

—Alguna, pero ninguna parecida a esta.

Milo se puso la camisa, comprobó el contenido de los bolsillos, y luego se colocó el chaleco.

—Suena a… misión secreta —añadió mientras colgaba sus guantes del chaleco, antes de enrollar la boina y metérsela en el hueco de la charretera de la camisa.

Se puso la mochila, se movió un poco para acomodar el peso entre sus hombros y apretó las cinchas.

—A mí me suena a suicidio —murmuró Vadim en tono siniestro.

Se rascó la cabeza rapada al cero. La falta de cabello había alterado la proporción de su cabeza y hacía que su prominente nariz casi se asemejara a un pico. Parecía un cuervo desanimado.

—Ya veremos, ¿no? —dijo Milo, ajustando la correa del rifle antes de echárselo al hombro. Echó un último vistazo a su camastro improvisado antes de irse para asegurarse de que no se dejaba nada—. Procuro no preocuparme hasta que estoy seguro de que tengo algo de que preocuparme.

Nour y Kuren, completamente equipados y preparados, cruzaron el barracón para reunirse con ellos. Se estrecharon las manos antes de seguir adelante e intercambiar unas cuantas bromas y bravuconadas con los Fantasmas con que se cruzaron en el camino de salida de la estancia. Ninguno de ellos explicó adonde iban, ni nadie les preguntó, pero estaba bastante claro que se marchaban a alguna clase de misión especial, lo que provocó numerosas despedidas y deseos de buena suerte.

Kuren se había puesto el pasamontañas utilizado en el descenso y lo había enrollado hasta formar un grueso gorro de lana.

—Piojos de mierda —gruñó—. Tengo un frío de narices en la cabeza.

—¿Preparados? —les preguntó Milo a los otros tres. Asintieron. Acababan de dar las 18:00 y había llegado el momento de marcharse.

Milo se giró hacia el camastro de Larkin. El maestro de francotiradores estaba terminando la preparación casi obsesiva de su arma, guardando el material de limpieza y deslizando el forro de protección a lo largo del arma.

—¿Larks? ¿Estás listo?

—Ahora mismo voy, Milo.

Bragg se sentó en el camastro que había al lado de la puerta.

—Tú… tú procura pasarlo bien, Larks.

—Oh, sí. Genial.

—Tú… tú procura regresar, ¿vale?

Larkin se dio cuenta de la expresión que había en la mirada de Bragg.

—Ah, pues por Feth que lo procuraré, de eso puedes estar seguro.

Bragg sonrió y alargó una de sus grandes manazas.

—Primero y Único.

Larkin asintió y palmeó la mano que Bragg le ofrecía.

—Nos vemos.

Se dirigió hacia donde le esperaban los demás. Cuu, que hasta entonces se había quedado tumbado mirando al techo, se incorporó de repente y le sonrió a Larkin mientras este pasaba por delante de él.

—¿Qué? —le preguntó Larkin deteniéndose en seco.

Cuu negó con la cabeza sin dejar de sonreír.

—Nada, Tanith. Nada de nada, desde luego que no.

—¡Larkin, vamos! —lo llamó Nour.

Larkin frunció el ceño sin dejar de mirarle y siguió caminando.

—¡Soldado Cuu!

El repentino grito hizo que los cinco soldados se detuvieran y se dieran la vuelta. Hark había entrado en el barracón acompañado del sargento Burone y otros dos

Fantasmas. Los tres iban armados. Recorrieron el pasillo que llevaba hasta el camastro de Cuu.

—¿Qué pasa? —susurró Vadim.

Se oyó un murmullo de interés general por todos lados.

—Oh, Feth —masculló Larkin.

Cuu se puso en pie con expresión confundida sin dejar de mirar al grupo que se le acercaba.

—Inspección de equipo —le dijo Hark.

—Pero yo…

—A un lado, soldado. Burone, registra su mochila y su saco de dormir.

—¿Qué pasa aquí? —barbotó Cuu.

—¡Póngase firmes, soldado! —aulló Hark, y Cuu le obedeció. Sus ojos miraban de un lado a otro con nerviosismo mientras se quedaba allí quieto, rígido.

—Cachéale —le dijo Hark a uno de los hombres que le acompañaba.

—Esto está fuera de lugar —tartamudeó Cuu.

—Silencio, Cuu. Dame su cuchillo.

El soldado que estaba cacheando a Cuu sacó el cuchillo de su funda y se lo pasó al comisario. Hark examinó cuidadosamente la hoja del arma.

—Nada, señor —informó Burone.

Todo el equipo de Cuu estaba extendido sobre el camastro, dividido en el máximo número posible de piezas. Burone estaba revisando las costuras en el tejido de la mochila y de la bolsa de cadera de Cuu.

—La hoja está limpia —comentó Hark, como si se hubiera visto decepcionado.

—Hizo que se la igualaran y se la afilaran el otro día.

Hark miró a su alrededor. Kolea destacaba en el grupo de Fantasmas que se habían congregado para mirar.

—Yo le vi, señor —insistió Kolea—. Puede comprobarlo con el afilador de cuchillos.

Hark se volvió para mirar otra vez a Cuu.

—¿Es cierto?

—¿Y qué? ¿Acaso hoy en día es un crimen mantener afilado tu cuchillo?

—Esa insolencia me está cabreando, soldado…

—Señor —dijo el soldado que estaba cacheando a Cuu.

Tiró hacia arriba de la pernera izquierda del pantalón de Cuu y dejó al descubierto una pequeña bolsa de tela que estaba sujeta con esparadrapo a la espinilla, justo por encima de la caña de la bota.

Hark se agachó y tiró del esparadrapo. Unas pesadas monedas de oro le cayeron en la palma de la mano.

Hark se levantó mientras le daba la vuelta a un par de monedas. Miró a Cuu.

—¿Tienes algo que decir?

—Es que estaban… No.

—Lleváoslo —ordenó Hark a su destacamento.

Los hombres de Burone agarraron a Cuu. Este empezó a forcejear.

—¡Esto es injusto! ¡Es un abuso! ¡Soltadme!

—¡Compórtate! ¡Ahora mismo! ¡O no harás más que empeorar la situación! —le advirtió Hark.

Cuu dejó de forcejear y los hombres lo hicieron avanzar a trompicones. Hark y Burone caminaron detrás de ellos. Justo cuando pasaban al lado del grupo de Milo, los ojos felinos de Cuu se fijaron en Larkin.

—¿Tú? ¿Has sido tú?

Larkin se estremeció y apartó la vista.

Siguieron arrastrando a Cuu. Bragg estaba sonriendo.

—¿Tú? ¡Eres un cabrón! ¡Un cabrón de mierda! ¡El tonto grandullón me la ha jugado! ¡Él me la ha jugado!

—¡Cállate! —le gritó Hark y salieron del barracón.

Bragg miró a Larkin y se encogió de hombros. Larkin meneó la cabeza con descontento.

—Bueno, eso sí que ha sido interesante —dijo Vadim.

—Sí —respondió Milo. Echó un vistazo a su reloj—. Vámonos.

El subhangar 117 estaba en la parte inferior del borde oeste de la cúpula secundaria de Cirenholm, cerca de una de las plantas de reciclaje de aire más importantes de la cúpula. Se podía sentir un palpitar de trasfondo en el aire, y una vibración constante. Los conductos de extracción hacían que el aire corriera por los pasillos de acceso y por la pista de aterrizaje a la entrada del hangar.

Cuando Varl llegó con Cocoer, eran cerca de las 18:30, y casi todos los demás estaban ya esperándolos. Banda y Nessa estaban hablando con Rilke, francotirador de Tanith, y el cabo Meryn y el sargento Adare estaban sentados sobre sus mochilas y recostados charlando mientras fumaban unas varitas de lho. Doyl, Mkvenner y Bonin, los tres exploradores, estaban apartados y agrupados cerca de la pared más alejada, conversando en privado sobre algo. «Sin duda, sobre técnicas secretas de los exploradores», pensó Varl.

—Chicos —exclamó a modo de saludo inclinando la cabeza. Ellos respondieron a su gesto de saludo.

—Eh, Rilke, chicas —dijo mientras se acercaba al grupo de francotiradores. Alzó un momento la mano para saludar también a Meryn y Adare.

—¿No os parece que somos pocos? —comentó Cocoer dejando caer su mochila.

—No por mucho tiempo —le respondió Rilke a la vez que Milo y los otros aparecían por el túnel lleno de óxido.

—Bueno, ¿qué pensáis? —preguntó Varl—. ¿Creéis que Gaunt nos ha reunido para sacamos de merienda campestre?

Banda soltó un bufido. Nessa, que se había quedado sorda en Verghast, tenía que leer los labios, así que sonrió un instante después de que Banda soltara su exclamación de mofa.

—A ver… Tres exploradores, cuatro francotiradores, y ocho soldados comunes como yo y Cocoer —dijo Varl mirando a su alrededor—. ¿A qué os suena eso?

—Suena a un destacamento para una misión de infiltración y eliminación —le contestó una voz a su espalda. Mkoll se acercó a ellos caminando por la pista de aproximación, con su botas resonando con fuerza sobre la superficie metálica—. Y en realidad, somos cuatro exploradores. Yo también participo en esto.

Al igual que todos los demás, Mkoll iba vestido con su uniforme de combate de color negro mate y sus botas de caña alta, además de su chaleco lleno de bolsillos, y con todo el equipo de campaña y sus armas colgando de la espalda. Se había enrollado las mangas de su camisa hasta encima de los codos. Hizo un rápido recuento visual y luego consultó su reloj de pulsera.

—Todo el mundo está aquí y son las 18:30 en punto. Ya hemos cumplido la primera parte.

Lo siguieron por la entrada que daba al hangar. El resonante interior era frío y estaba poco iluminado, y pudieron ver poco más aparte de la zona de la entrada, adonde llegaba algo de luz procedente de unos focos situados en el techo. Cuatro hombres los esperaban en el recuadro de luz.

Eran jóvenes grandes y musculosos que llevaban puestas unas chaquetas acolchadas de color crema y unos pantalones bombachos de lona de color claro remetidos en sus botas de salto de caña alta. Se habían afeitado los lados de la cabeza, y sólo se habían dejado algo de pelo en la parte superior del cráneo. Varl pensó que eso no se debía a un tratamiento contra los piojos. Esos individuos siempre llevaban el cabello así. Eran soldados de Fantine. Especialistas aerotransportados.

Mkoll los saludó con un gesto de cabeza y los cuatro soldados respondieron con saludos militares perfectos.

—El mayor Fazalur les envía sus saludos —dijo uno de ellos, el que llevaba una tira de plata en la manga, justo debajo del emblema del regimiento—. Nos pidió que les esperáramos aquí.

—Bien. ¿Por qué no se presentan?

—Teniente Goseph Kersherin, del 81 Aerotransportado de Fantine —contestó el robusto individuo. Después fue señalando a cada uno de sus hombres por tumo—. Cabo Innis Unterrio, soldado de primera clase Arye Babbist, soldado de primera clase Lex Cardinale.

—Vale. Yo soy Mkoll, del Primero de Tanith. Ya pillaréis los nombres de los demás dentro de poco. —Mkoll se dio la vuelta y se encaró con los Fantasmas, que estaban a la espera—. De momento soltad las mochilas y relajaos. Vamos a repartiros por grupos. Cuatro equipos. Sargento Varl, usted dirigirá el primer equipo. Sargento Adare, el tercero. El segundo equipo es tuyo, Meryn. El cuarto es mío. Y en cuanto a

los demás… Doyl, Nessa, Milo, vosotros con Adare. Mkvenner, Larkin, Kuren… con Meryn. Varl se lleva a Banda, a Vadim y a Bonin. Lo que me deja a mí con Rilke, Cocoer y Nour. Agrupaos para que nos vayamos acostumbrando. Venga. Bien. Así que, como todos os habréis fijado, cada grupo incluye un jefe, un explorador, un francotirador y un soldado normal. El mínimo exigible para un avance rápido y sigiloso tras una infiltración. Ninguno de nosotros disfrutará del respaldo de un equipo de armas de apoyo o de un lanzallamas. Lo siento.

Se oyeron unos cuantos gemidos de protesta, y el más fuerte lo soltó Larkin.

—Así que —siguió diciendo Mkoll con lo que pareció un cierto tono de disfrute —, vamos a por la parte divertida. ¿Teniente?

Kersherin asintió, se acercó a la caja de control que se balanceaba colgada del techo por un largo cable de goma, y pulsó varios botones. Se oyeron varios fuertes chasquidos cuando una serie de filas de focos se encendieron en el techo una tras otra e iluminaron rápidamente todo el amplio espacio del hangar con su luz fría y poco acogedora.

Al otro extremo se alzaba un gran andamiaje de treinta y cinco metros de altura por encima de un suelo cubierto de anchos colchones de gomaespuma. El andamiaje estaba repleto de cables que colgaban y poleas para subir objetos.

—¿Veis eso? —dijo Larkin a los Fantasmas que lo rodeaban—. Pues no me gusta nada la pinta que tiene.



CUATRO

El patio de ejecución era un espacio abierto poco impresionante, cerrado en tres de sus lados por paredes elevadas de rococemento con la superficie marcada por agujeros. El cuarto lado lo ocupaba la Cámara de Justicia.

La Cámara de Justicia, corte central de justicia de Cirenholm y cuartel general de los arbites, había sufrido grandes daños durante la invasión del Pacto Sangriento. Las plantas superiores del alto edificio de corte clásico gótico habían sido arrasadas por los incendios, y el ala oeste había sufrido un fuerte bombardeo. La mayoría de las oficinas y de los archivos habían sido saqueados. Una inmensa aquila de cromo, que antaño había colgado de la fachada sobre el gran pórtico, había sido acribillada por un implacable fuego de ametralladora, y yacía destrozada y sin alas sobre la escalera principal. A un lado de la entrada a la corte se encontraba un atroz montón de cascos antidisturbios de los arbites, todos ellos dañados. Se trataba de un montículo de trofeos alzado por los soldados del Pacto Sangriento después de haber derrotado a los agentes de la ley, equipados tan sólo con armamento ligero, y que habían resistido hasta que cayó el último de ellos para defender aquel sector de la ciudad.

A pesar de todo ello, el bloque de celdas del edificio, situado bajo tierra, seguía funcionando, y era el único edificio que podía ofrecer seguridad en ese sentido, por lo que el Comisariado de la fuerza de combate se había visto obligado a ocupar la Cámara lo mejor que pudo.

Gaunt miró a través de una ventana situada en la parte trasera de la primera planta

al patio de ejecución. Los miembros de la escuadra de fusilamiento, seis hombres encapuchados y con uniformes grises sin ninguna clase de emblema o insignia, recibieron la absolución de un oficial eclesiarca con los gestos de rutina, se alinearon y apuntaron.

No hubo ceremonia ni formalidades. El comisario de aspecto marcial a cargo de aquello, con un trapo de seda negro que le cubría la coronilla casi calva, alzó el sable y dio la orden de disparar con voz cansada.

Al prisionero ni siquiera lo habían atado o vendado los ojos. Simplemente se quedó acobardado contra la pared trasera, sin ningún sitio al que huir.

Seis disparos de rifle láser, en una ráfaga simultánea, cruzaron el patio y el prisionero saltó por los aires, chocando contra la pared para acabar deslizándose a lo largo de ella hasta el suelo. El comisario al cargo gritó algo más, y ya estaba enfundando el sable y quitándose el trapo negro cuando la escuadra empezó a desfilar para salir de allí y los servidores semimecánicos se acercaron con un pequeño carro para retirar el cuerpo.

Gaunt dejó que la cortina medio quemada cayera de nuevo para que tapara la ventana rota y se dio la vuelta. Daur y Hark, que habían visto la ejecución desde una ventana cercana, intercambiaron unos cuantos comentarios y empezaron a mirar a su alrededor en busca de un sitio donde sentarse. El mobiliario medio roto estaba apilado contra una de las paredes del deteriorado salón.

La gran puerta de diez paneles se abrió y el comisario Del Mar entró. Era un individuo delgado de bastante edad, de cabello blanco y que tenía que utilizar unos refuerzos potenciadores en los miembros, pero que seguía siendo imponente e impresionante. Le sacaba casi una cabeza de altura a Gaunt, llevaba un uniforme de paseo negro con un fajín púrpura y una larga capa con rebordes de satén rojo. Su gorra y sus guantes eran de un color blanco puro.

—Caballeros —dijo inmediatamente—, siento haberles hecho esperar. Hoy es un día lleno de destacamentos de castigo, y todos y cada uno de ellos requieren mi autorización y mi sello. Usted es Gaunt.

—Señor —le dijo al saludarlo militarmente, pero luego aceptó la mano que le tendía Del Mar. Sintió la rígida armazón de la mano artificial a través del tejido del guante.

—Ya nos hemos visto, ¿verdad? —comentó Del Mar.

—En Khulen, hace ya casi una década. Yo estaba asignado a los hyrkanios en aquella época. Tuve el placer de oír su discurso al Concilio de Comisarios.

—Sí, es cierto —replicó Del Mar—. Pero también en Canemara, después de la liberación. Brevemente, en la cena de gala del gobernador recién nombrado.

—Estoy impresionado de que recuerde aquello, señor. Tan sólo fue… un momento.

—Oktar, que el Dios Emperador le haya concedido descanso a su alma, sólo tenía alabanzas para usted, Gaunt. He estado pendiente de su carrera, y sus logros en esta

campaña le han hecho famoso, hay que reconocerlo.

—Es usted muy amable, señor. ¿Puedo presentarle a mi oficial político, el comisario Hark, y al capitán Ban Daur, el tercer oficial al cargo de mi regimiento?

—A Hark lo conozco. Bienvenido. Me alegro de conocerlo, capitán. Y ahora, ¿podemos proceder? Tenemos una mañana bastante ocupada con lo que podemos llamar la criba testimonial de datos para poder seguir. El táctico Biota está aquí, junto a todo un grupo de oficiales de estado mayor, y el inquisidor Gabel está preparado para presentar los resultados de su equipo.

—Me gustaría tratar un asunto adicional antes de entrar en materia —le dijo Gaunt—. El asunto del soldado Caffran.

—Ah, eso. Gaunt, me sorprende que… —Del Mar se detuvo y miró a su alrededor, a Hark y a Daur—. Caballeros, ¿serían tan amables de dejamos un momento a solas? ¿Fultingo?

El comisario Fultingo apareció en la puerta.

—Muéstreles al comisario y al capitán dónde se encuentra la sala de reuniones, si no le importa.

El comisario Del Mar esperó hasta que se quedaron a solas.

—Vamos a ver, el asunto del soldado Caffran. Seré sincero y directo, Gaunt: está por debajo de sus deberes. Sé que no soy la primera persona del estado mayor que le advierte sobre este tema. Comisario o no, usted es el comandante en jefe de un regimiento de combate, y no debería invertir ni tiempo ni esfuerzos en asuntos como este. Es un problema menor, y debería quedar en manos de la capacidad de juicio de su comisario.

—Tengo el completo apoyo de Hark en todo este tema. No pienso dejarlo pasar. Caffran es un soldado muy valioso y es inocente. Quiero que regrese al regimiento.

—¿Sabe a cuántos individuos he mandado fusilar desde que he llegado, Gaunt?

—A unos seis. Esa debe ser la media de una fuerza combate de este tamaño.

—A treinta y cuatro. Vale, veinte de ellos eran prisioneros enemigos a los que ya se había interrogado. Pero me he visto obligado a condenar a muerte a siete desertores, a cuatro violadores y a tres asesinos. La mayoría eran urdeshitas, pero también había unos cuantos de Fantine. No me sorprende esa clase de estadística. Estamos al mando de asesinos, Gaunt: individuos violentos y peligrosos que han sido entrenados para matar. Algunos se hunden y desertan, otros intentan saciar sus apetencias violentas en la población civil, y otros simplemente se hunden. Déjeme que le cuente los asesinatos. Uno fue un soldado de Fantine herido que se volvió loco y mató a dos auxiliares médicos y a una enfermera con una camilla en un hospital de la cúpula terciaria. Con una camilla. Ni siquiera puedo imaginarme cómo puedes matar a alguien con una camilla, pero supongo que hace falta estar muy furioso. El segundo fue un urdeshita con un lanzallamas, que incendió uno de los comedores públicos y achicharró a cuatro ciudadanos de Cirenholm que tenían todo el derecho a pensar que ya había pasado el peligro. El tercero, otro urdeshita, mató de un disparo a

un camarada por una discusión sobre un saco de dormir. Mi justicia es rauda y certera, tal como dicta la honorable tradición del Comisariado y como exige la ley imperial. Ejecución sumaria. No soy un individuo insensible.

—Nunca creí que lo fuera, comisario. Yo tampoco lo soy. Como miembro del Comisariado, no dudo en dispensar justicia cuándo y cómo creo que es necesario.

Del Mar asintió.

—Y es evidente que está realizando un trabajo excelente. El Primero de Tanith posee una hoja de servicio casi inmaculada. Y ahora uno de los suyos se pasa de la raya, una manzana podrida. A veces ocurre. Se ocupa uno de ello y sigue adelante. Se olvida y se deja que sea una lección para los demás hombres. No interrumpe el funcionamiento de mi oficina con peticiones de períodos de gracia y con la interferencia constante y deliberada del comisario Hark.

—Hark le molestó siguiendo ordenes mías, señor. Y me alegro de que lo hiciera. Hemos logrado tener el tiempo suficiente para identificar al verdadero asesino.

Del Mar suspiró.

—¿Lo han hecho de verdad?

—Lo arrestamos ayer por la noche, señor. El soldado Cuu, otro miembro de mi regimiento. Un verghastita.

—Ya veo.

—Esos hombres de Tanith que están vivos, señor, están vivos porque los saqué de su planeta natal antes de que lo destruyesen por completo. Los considero un bien y un recurso inapreciable. No renunciaré a ninguno de ellos a menos que esté completamente seguro de que es correcto. Y esto no es correcto. Caffran no es culpable. El criminal es Cuu.

—Entonces… ¿qué es lo que me está pidiendo, Gaunt?

—Que suelte a Caffran.

—¿Basándome en su palabra?

—Como si yo fuera la fianza. Juzgue a Cuu por ese crimen. Las pruebas contra él son mucho más condenatorias.

Del Mar se quedó mirando por la ventana al exterior.

—Bueno, Gaunt… ya no es tan sencillo —le contestó—. Ya no es tan sencillo porque usted lo ha convertido en un problema. Un crimen, un sospechoso…, eso es rutina. Un crimen, dos sospechosos… eso es una investigación. Una investigación formal. Usted mismo ha hecho que sea obligado, Gaunt. Debería haberse dado cuenta.

—Tenía la esperanza de que nos habríamos podido pasar por alto las formalidades, que fuéramos directamente al consejo de guerra de Cuu y acabáramos con todo esto.

—Bueno, pues no podemos. Ahora tenemos que encargamos de Caffran en primer lugar, dejarlo libre de culpa y juzgar después al otro. Y teniendo en cuenta la inminencia del ataque contra Ouranberg, no creo que disponga del tiempo necesario.

—Haré todo lo que sea necesario —respondió Gaunt—. Por la victoria en Ouranberg… y por mis hombres.

Gaunt acompañó al comisario Del Mar hasta la sala de reuniones donde el inquisidor Gabel estaba a punto de comenzar su informe. Gabel había estado interrogando a los soldados del Pacto Sangriento que habían sido capturados desde el primer día de la ocupación y ya estaba preparado para informar de sus descubrimientos a los mandos superiores de la fuerza de combate y a los consejeros tácticos para que pudieran decidir cómo podían aquellos datos afectar a los planes de asalto a Ouranberg.

La sala de reuniones era una estancia muy mal ventilada repleta de gente, humo y malos olores, pero era el único lugar de la Cámara de Justicia lo suficientemente amplio como para que cupieran los oficiales y un aparato holográfico de despliegue táctico de gran tamaño.

Gaunt hizo unas cuantas señas al otro lado de la estancia a través del gentío e hizo que Hark se acercara hasta él.

—Puedes saltarte esto. Yo me quedaré y anotaré lo que se ha descubierto.

—¿Por qué? —le preguntó Hark.

—Porque Del Mar no ha aceptado mi sugerencia. Insiste en que hay que exonerar por completo a Caffran antes de acusar a Cuu. Necesito que te ocupes del caso por mí.

—Ibram…

—Maldita sea, Viktor, yo no puedo ocuparme de eso en estos momentos. Todo el mundo me insiste en que debería delegar en mi personal. Tú insistes en ello, así que ve a hacerlo y hazlo bien. No quiero invertir más de una mañana en la liberación de Caffran. No puedo permitirme más tiempo. Van Voytz ha estado comentando que atacaremos Ouranberg en menos de una semana. Haz que la defensa de Caffran sea a prueba de balas para que acabemos con rapidez y pueda dedicarle toda mi atención a la invasión.

—¿Qué pasa con Cuu?

—Por mí, Cuu se puede ir al infierno, y yo me lavaré las manos. Mi única preocupación es Caffran. Y ahora, ponte en marcha.

Hark se quedó inmóvil. Había una extraña expresión en su rostro, una que Gaunt no había visto antes jamás. Era extrañamente comprensiva, pero a la vez, desconcertada.

—¿Qué?

—Nada —respondió Hark—. Están comenzando. Me voy. Confia en mí.

—Eso hago, Viktor.

—No, me refiero a que confíes este asunto a mi discreción. No cambies de parecer luego.

—Por supuesto.

—Vale. Entonces, vale.

Hark saludó militarmente y se abrió paso para salir de la estancia.

Gaunt se abrió paso para llegar hasta donde estaba Daur.

—¿Todo va bien, señor?

—Eso creo.

Se oyó un siseo cuando entró el inquisidor Gabel, un monstruo cadavérico protegido por una servoarmadura de placas de color rosa mate que se dirigió hacia el centro de la sala y activó una mesa de control táctico con sus dedos biónicos. Una imagen hololítica de la ciudad de Ouranberg apareció en el aire.

—Soldados del Emperador —dijo con tono áspero a través de su amplificador de voz—. Esta es Ouranberg, la ciudad con el condensador de vapor principal de este mundo, un objetivo vital que debe ser recapturado intacto. La defienden un mínimo de cinco mil soldados del Pacto Sangriento bajo el mando directo de la aberración llamada Slaith. Creemos que al menos tres grupos de mercenarios loxatl les apoyan. Y ahora, esto es lo que hemos averiguado durante los interrogatorios a los prisioneros enemigos…

Varl caía hacia la muerte.

Gritó de pánico e intentó dirigir la caída, pero se enganchó de tal modo que acabó cayendo de lado. A dos metros del suelo, los contrapesos enganchados a las poleas empezaron a chirriar mientras frenaban el cable y lo hacían detenerse de golpe, cabeza abajo, con la cara a escasos centímetros de la colchoneta.

El teniente Kersherin se le acercó y se arrodilló delante de él.

—¿Sabe lo que fue eso, sargento?

—Eehh… ¿Divertido?

—No. Un caso perdido.

Kersherin se puso en pie y le indicó a Unterrio, que estaba cerca esperando, que le quitara el arnés a Varl. Luego levantó la vista hacia las siluetas que había en lo más alto de la torre.

—¡El siguiente en sesenta segundos!

Treinta y cinco metros más arriba, Milo permanecía de pie en la plataforma, innecesariamente estrecha y delgada, agarrado a la barandilla con una mano. Era el siguiente. Banda, Mkvenner y Kuren estaban esperando en la parte de atrás de la plataforma a que les llegara el tumo.

El soldado de Fantine que estaba a su lado, Cardinale, llamó por señas a Milo mientras las poleas se colocaban en posición de nuevo y se equilibraban los contrapesos una vez más.

Comprobó el arnés de Milo y apretó una de las cinchas.

—No pongas esa cara de preocupado. Ya lo has hecho tres veces. ¿A qué viene esa expresión de descontento?

—Porque no estoy mejorando. Y porque sólo me he traído tres pares de

calzoncillos y voy a saltar por cuarta vez.

Cardinale soltó una carcajada y enganchó a Milo al cable de salto.

—Recuerda, cara abajo, miembros extendidos, incluso si parece que la colchoneta se te echa encima. Luego hazte un ovillo y rueda en cuanto aterrices. Vamos, demuéstrale a ese bocazas de Varl cómo se hace.

Milo asintió y tragó saliva. Se agarró a uno de los alambres de tensión y colocó primero un pie y luego otro en el borde de la plataforma. ¿Cómo la habían llamado durante la instrucción de descenso? ¿La plancha? Aquello ya había sido bastante malo, y eso que aquellas torres eran la mitad de altas que esta. La torre en la que estaba era cinco metros más alta que el descenso más largo que hubieran tenido que efectuar. Y además, aquello no era bajar por una cuerda. Aquello era saltar. Saltar al vacío con las manos vacías. Nadie, ni Mkoll, ni Kersherin, les había contado en qué consistía exactamente la operación Larisel, pero era evidente que se estaban entrenando para algo mucho más complicado que un largo descenso por cuerda. Los cables, los alambres y las poleas que utilizaban en el entrenamiento tan sólo estaban allí para proporcionar y permitir la simulación. Fuesen a donde fuesen, bajarían sin cuerdas.

Y eso, no las colchonetas situadas a treinta y cinco metros por debajo de los dedos de sus pies, era lo que realmente lo tenía preocupado.

Babbist, que no era más que un punto allí abajo, encendió una luz verde.

—¡Adelante! —le dijo Cardinale.

Milo tensó el cuerpo.

—¡Vamos! ¡El Emperador nos protege!

—Yo…

Cardinale lo ayudó dándole un fuerte empujón que lo hizo saltar de la plancha.

—Mejor —comentó Kersherin mientras veía bajar a Milo desde una cierta distancia. A su lado, Mkoll asintió.

—Milo le está pillando el tranquillo. Algunos de los demás también. Nessa, Bonin, Vadim.

—Lo de Vadim es instintivo —dijo Kersherin mostrándose de acuerdo.

—Tiene buena cabeza en las alturas. Al parecer, solía trabajar en las torres más altas de la colmena Vervun. Por eso Gaunt lo escogió para esta misión. A Meryn y a Cocoer tampoco se les está dando mal. Y para mi sorpresa, a Larkin también empieza a dársele bien.

—Creo que es el instinto de conservación. Hace que te concentres de maravilla en la tarea.

—De eso estoy seguro.

Milo se había levantado y estaba realizando algunas reverencias en broma para corresponder a los aplausos de sus compañeros. Banda ya se había colocado en posición sobre la plancha.

—¿Los peores? —preguntó Mkoll.

—Oh, Adare y Varl, pero con mucho. Doyl se queda demasiado rígido. Banda se esfuerza demasiado y casi se tira de cabeza. Bastaría con subir las rodillas.

Mkoll sonrió.

—Tomo nota. ¿Estarán preparados a tiempo?

—Difícil, muy difícil. El entrenamiento aerotransportado dura seis meses. Apenas disponemos de tan sólo seis días. Haremos todo lo posible. No tiene sentido que saquemos a alguno de ellos para intentar buscar a mejores candidatos. Tendremos que apañamos con lo que hay.

—Allá va ella —dijo Mkoll señalando con el brazo.

Se quedaron mirando cómo Banda pegaba un salto y bajaba haciendo zumbar los cables del contrapeso por la tensión. Fue un salto más limpio, aunque rebotó con fuerza contra la colchoneta.

—Eso está mucho mejor —comentó Kersherin—. Al final lo logrará.

Un poco más tarde, cuando Mkvenner y Kuren ya habían efectuado su cuarto salto cada uno, Kersherin los hizo reunirse y los sentó en un semicírculo sobre las colchonetas. Les pasaron unas cuantas cantimploras con agua y algo de comida. Hubo bastantes risas y bromas mientras la adrenalina iba saliendo de su cuerpo.

—¡Atención! —dijo Kersherin—. Lección de teoría. ¿Soldado Babbist?

Babbist se puso delante del semicírculo y Unterrio se apresuró a dejar una caja a su lado antes de retirarse.

El soldado de Fantine abrió la caja y sacó algo de su interior para que todos lo vieran. Era una mochila de metal, compacta pero de aspecto pesado, con un arnés de apariencia temible que incluía unas correas para los muslos y un brazo articulado con una empuñadura en su lado izquierdo. De la parte de los hombros salían dos cuernos, como astas, de forma roma y que acababan en unas bolas de metal del tamaño de un puño. Todo el conjunto estaba pintado de color verde mate.

—Lo que tenemos aquí, amigos y vecinos —dijo Babbist mientras palmeaba el viejo y desgastado aparato—, es una clásica mochila de asalto de infantería del tipo cinco. No acepten imitaciones. La denominación oficial, para aquellos que la necesiten, es: Unidad de Descenso Personal modelo Icaro de tipo cinco, con dos anuladores de gravedad M12 y un impulsor de compresión de turbina variable para el control de altitud. Algo que, por lo que he visto, muchos de vosotros necesitaréis.

Hubo algunas risas, pero la atención de los Fantasmas estaba concentrada en el aparato.

—Fabricado en el mundo forja Lucius —continuó diciendo Babbist—, es la variante estándar en la Guardia Imperial de la mochila de asalto. Es más pequeña y más ligera, por no mencionar que más compacta, que los pesados aparatos que utilizan los Adeptus Astartes. Los Marines, que el Emperador los bendiga, necesitan unos cacharros más potentes para poder mantenerse en el aire. Y además de eso, nosotros no somos dioses, y no seríamos capaces de permanecer en pie con una de las mochilas de los Astartes enganchada a la espalda.

Babbist dejó apoyada la mochila contra sus rodillas y abrió las manos hacia su audiencia.

—¿Recordáis que en el entrenamiento preparatorio y en el fundamental os decían que vuestro rifle láser era vuestro mejor amigo? ¿Que lo cuidarais, y que él os cuidaría a vosotros? Bien, pues olvidaos de todo eso. Este será vuestro nuevo mejor amigo. Conocedlo a fondo o acabaréis siendo una mancha en el paisaje. Si vuestro viejo amigo el rifle láser se queja, recordadle que si no es por vuestro nuevo amigo, no va a ver ninguna clase de acción.

Larkin levantó lentamente una mano.

Babbist frunció el ceño, sorprendido, y miró a Mkoll.

—Escupe lo que quieras decir, Larks —le dijo Mkoll.

—Estooo… ¿Esto no es más que una conferencia interesante con la que mantener ocupadas nuestras mentes en el descanso de la comida… o deberíamos sacar la conclusión de que en algún momento de nuestra vida futura, pero breve, vamos a tener que ponemos uno de esos cacharros y acabar lanzados por el aire? Sólo por curiosidad. Quiero decir, ¿sería incorrecto relacionar todos esos… saltos con cable que hemos estado realizando desde esa maravillosa torre con una situación en la que aparezcan esos aparatos y un montón de gritos y de soltura de tripas?

Se produjo una pausa muy medida.

—No —le contestó directamente Mkoll, y todo el mundo, incluido Larkin, empezó a reírse a pesar de las punzadas de miedo que comenzaron a sentir de repente.

—Veo que el soldado Larkin se ha dado cuenta de lo que os espera a todos en la operación Larisel —dijo Babbist—. Como premio, puede venir y ayudarme a efectuar una demostración con este aparato.

Larkin, animado casi a la fuerza por los Fantasmas que lo rodeaban, se puso en pie.

—No pienso saltar desde ningún sitio —dijo mientras se acercaba a Babbist.

—Las piernas por las correas, primero una, luego otra… —le indicó Babbist a Larkin para dirigir sus movimientos dubitativos—. Y arriba… Bien. Las correas delanteras sobre los hombros antes de cargar el peso.

—¡Feth! —exclamó Larkin en tono de queja.

—Sosténlo mientras te engancho la correa de la cintura… Vale, ahora pásame esas correas de los hombros. —Babbist metió las lengüetas metálicas de las hebillas de las correas en la placa del cerrojo de muelle que estaba colocado sobre el pecho de Larkin—. Luego las hebillas de las correas de las piernas, así… —También quedaron enganchadas con un chasquido al cerrojo del pecho—. Muy bien. Ajusta un poco los cierres de las correas. Eso es. ¿Cómo te sientes?

—Como si Bragg estuviera sentado encima de mí —respondió Larkin trastabillando debido al peso.

Se oyeron más risas.

—El modelo de tipo cinco pesa unos sesenta kilos —comentó Babbist.

—Me muero —gimió Larkin intentando retorcerse entre las correas.

—Es decir, sesenta kilos apagado —añadió Babbist.

Alargó la mano y bajó el brazo articulado de control situado en la parte izquierda del aparato. Quedó a la altura de la cintura de Larkin, con la empuñadura vertical justo en el lugar preciso para que su mano izquierda lo pudiera agarrar con comodidad. La empuñadura era un mango de goma con los huecos moldeados para los dedos alrededor de una agarradera de metal laminado, con un gran botón rojo que sobresalía por su extremo superior.

—Vamos a probarlo funcionando —dijo Babbist.

Abrió una pequeña placa marcada con un sello de pureza que estaba situada en el costado derecho de la mochila y levantó un par de interruptores. La mochila empezó a zumbar y a vibrar inmediatamente, como si la energía de la turbina estuviese aumentando por momentos. Babbist cerró la placa de nuevo.

—¡Feth! —exclamó Larkin de nuevo, pero esta vez alarmado.

—Relájate —le tranquilizó Babbist—. Sólo es el impulsor de turbina cogiendo velocidad.

Babbist agarraba con suavidad la empuñadura. Apretó una pizca el botón rojo.

—¿Qué tal?

—Por todos los… —tartamudeó Larkin—. Ya no pesa. No la siento en los hombros.

—Eso se debe a que las unidades antigravitatorias… —Babbist calló un momento y señaló a las bolas de metal que sobresalían por encima de los hombros de Larkin sostenidas por aquella especie de cuernos romos— están encargándose de ese peso. El botón rojo determina el empuje gravitatorio. Con tan sólo tocarlo, ya se encarga del peso de la mochila. Un pizca más de presión…

—¡Feth! —exclamó Larkin con otro barboteo, lo que provocó nuevas risas.

Se había elevado unos veinte centímetros del suelo y se había quedado allí colgando, con los pies balanceándose.

Babbist no soltó la empuñadura.

—Es sensible al tacto. Si se aprieta un poco, como ahora hago yo, hace que Larkin levite. Si, digamos, estuviera cayendo a velocidad terminal, probablemente tendría que apretarlo en sus dos terceras partes para conseguir este mismo efecto.

—¿Así que podría saltar de una nave de desembarco, apretar ese botón rojo y quedarse flotando en el aire? —preguntó Milo.

—Sí. Y si se aprieta el botón hasta el fondo, proporciona empuje hacia arriba —contestó Babbist. Apretó el botón un poco más y Larkin ascendió de nuevo.

»Es algo bastante sutil. Acabaréis sabiendo cuánta presión es necesaria… frenado, levitación, ascensión. Ya habrá tiempo para practicar. Otro aspecto de la mochila es la posibilidad de tomar una dirección. Dentro hay un poderoso impulsor de compresión. —Babbist hizo girar a Larkin en el aire para que pudieran ver la parte

trasera de la mochila—. Aquí y aquí, aquí, aquí, aquí y aquí —dijo señalando unas pequeñas toberas situadas en la parte superior, en la inferior y en las cuatro esquinas —. No importa si estáis apretando el botón rojo o no, si movéis la empuñadura hacia un lado u otro, las conexiones dirigirán el chorro de empuje mediante estas toberas. En otras palabras, apuntáis con la empuñadura hacia donde queréis ir, como si fuera una palanca de mando, y la turbina impulsora os proporcionará el empuje necesario.

Babbist movió levemente la empuñadura y Larkin se movió ligeramente hacia un lado. Lanzó un grito angustiado.

—La combinación de mandos permite que, por ejemplo, podáis saltar desde una nave, controlar la velocidad de descenso y maniobrar hasta posaros sobre vuestro objetivo. ¿Alguna pregunta, de momento?

—¿Cada cuánto suelen fallar? —preguntó Banda.

—Prácticamente nunca —respondió Babbist.

—Llamadme doña Práctica —le dijo Banda a un coro de risitas.

—¿Qué pasa con los vientos de través? —preguntó Mkvenner.

—Con la práctica suficiente, aprenderéis a compensar el empuje del viento con una combinación de empuje elevador y direccional.

—¿Cuándo podremos empezar a practicar? —preguntó Vadim con un tono de voz alegre.

Viktor Hark dejó su pluma sobre la mesa y se recostó contra la silla. Ya era tarde: las luces de la cúpula habían disminuido de intensidad, y en su oficina, una esquina improvisada dentro de una tienda de maquinaria situada cerca de los barracones del regimiento, comenzaba a hacer frío.

Hark echó a un lado las pilas de papeles y documentos que había permitido que se acumularan y tomó una de las placas de datos. Colocó el pulgar en el botón de avance de página y empezó a repasar todos los datos. Caffran, Cuu, las pruebas y los testigos a favor y en contra de cada uno de ellos. Suspiró y dejó la placa a un lado.

—No has pensado en Cuu, Gaunt —murmuró para sí mismo—. Estabas tan concentrado en liberar a Caffran que no has pensado en las consecuencias.

Se levantó, se puso el abrigo de combate y miró a su alrededor buscando la gorra. No la pudo encontrar, así que decidió que pasaría sin ella. Se fue hacia la puerta, salió a la calle y la cerró cuidadosamente a su espalda. Se dirigió hacia las escaleras. Ya no había marcha atrás.

—¿Gaunt?

Se detuvo en seco y miró hacia abajo.

—No, padre, no está aquí.

Zweil apareció subiendo por las escaleras.

—Ah, Viktor. Lo siento, pensé que eras Ibram.

—Todavía no ha regresado. Sigue por ahí con Daur y con Rawne. Es el segundo

día de reuniones tácticas.

—El deber de un soldado nunca acaba —suspiró Zweil.

Llegó hasta la altura de Hark y se sentó en los peldaños.

Hark se quedó quieto. No tenía tiempo para aquello.

Tendría que encontrar algo de tiempo. Se sentó en los sucios peldaños al lado de Zweil.

—¿Cómo van las cosas? —le preguntó Zweil.

—Mal. Llega la próxima gran función y todavía estamos liados con el asunto de Caffran y Cuu.

—Caffran no lo hizo, ya lo sabes —comentó Zweil.

—¿Tiene alguna prueba?

—Sólo de la mejor clase —le contestó Zweil tocándose la frente con un dedo—. Me lo dijo. Y yo le creí.

—En eso estamos trabajando —le dijo Hark—. ¿Qué pasa con Cuu? ¿Es inocente?

Zweil pareció fruncir el ceño.

—¿Padre ayatani?

—Con Cuu no lo sé —contestó Zweil—. Jamás he conocido a un hombre como él. No puedo captar su mente.

—¿Así que puede estar ocultando algo?

—También es posible que sea difícil de captar como persona. Todo el mundo parece convencido de que Cuu es el culpable.

—Lo es —dijo Hark.

—Quizá, Viktor.

Hark intentó controlar su respiración llena de ansiedad.

—Padre… ¿hasta dónde se atrevería a llegar usted?

—¿En una cita? ¡Soy un clérigo! Aunque debo decir que en mi juventud…

—Olvídese de su juventud. Ayatani Zweil… usted dice que está aquí para responder a las necesidades espirituales de los hombres. En confianza clerical, contésteme a una pregunta…

—Adelante.

—Un hombre es inocente de modo palpable, pero te han ordenado que demuestres esa inocencia. Sin embargo, no puedes encontrar pruebas irrefutables de ello. ¿Hasta dónde se atrevería a llegar usted?

—¿Esto va sobre Caffran?

—Dejemos que siga siendo un caso hipotético, padre.

—Bueno… si supiera que una persona inocente iba a ser castigada por algo que no hizo, lucharía por ella. Lucharía hasta el final.

—¿Sin ninguna clase de pruebas?

—Las pruebas niegan la fe, Viktor, y sin fe, el Dios Emperador no es nada.

—Así que si estuviese convencido de que está en lo cierto, ¿lucharía por corregir

esa injusticia de cualquier modo que pudiera?

—Sí, sí que lo haría —Zweil se quedó callado un momento, observando el perfil del rostro de Hark—. ¿Esto va sobre Caffran? —preguntó de nuevo.

—No, padre.

Hark se puso en pie y se alejó.

—¿Viktor? ¿Adónde vas?

—A ningún sitio que deba preocuparle.



CINCO

La sala de juicios no era un sitio especial. Una estancia cuadrada con cortinajes negros y una tarima amplia en mitad de la habitación, con los asientos y las mesas alargadas en tres lados para las partes enfrentadas y los oficiales que presidirían el juicio. Ni estandartes, ni banderas, ni decoración alguna. Era un lugar deprimente por lo insulso y por lo sencillo, deprimente por rudimentario.

Gaunt se sentó en su sitio en la mesa de la defensa, junto a su asistente Beltayn y al capitán Daur. Había cuatro sillas, pero nadie había visto a Hark desde la noche anterior. El grupo de la acusación, Fultingo y dos ayudantes, se colocaron enfrente de Gaunt. Un funcionario del Comisariado se dedicaba a repartir papeles en la mesa de la corte mientras otro ajustaba el artefacto flotante que levitaba sobre el borde de la tarima y que se encargaría de grabar el sonido y la imagen del juicio.

—¡En pie y respetuosos! —anunció uno de los funcionarios, y las sillas chirriaron al ser echadas hacia atrás al tiempo que el comisario Del Mar y dos comisarios de alto rango entraron y tomaron asiento en sus respectivos lugares de la mesa situada en el centro.

—Siéntense —dijo Del Mar con voz seca.

Hojeó los papeles que habían colocado en su lugar de la mesa y entregó una placa de datos a uno de los actuarios.

—Tengo las 09.01 hora imperial, del 221.771 M41. Anote eso. Comienza la sesión. Oficial de la corte, por favor, anuncie el primer caso. Que traigan al acusado.

—Fuerza de Combate Imperial Fantine, corte marcial, caso número 57, orden del día número 433 —leyó el actuario con voz nasal en la placa de datos—. Soldado raso Dermon Caffran, tercera sección, Primero de Tanith de infantería ligera, para responder a la acusación de asesinato en primer grado.

Mientras hablaba, unos soldados urdeshitas acompañaron a Caffran hasta la tarima y lo situaron en el centro del lado que quedaba vacío, justo enfrente de la mesa de Del Mar. Llevaba las muñecas esposadas, pero le habían permitido afeitarse y ponerse su uniforme reglamentario. Estaba pálido, pero tenía un aspecto decidido. De hecho, su rostro parecía estar extrañamente desprovisto de cualquier expresión.

«El chaval está rígido por el miedo», pensó Gaunt. Y no le extrañó. Le hizo un gesto de asentimiento a Caffran, y el joven le respondió con un saludo muy breve y nervioso, con un leve movimiento de la barbilla.

Había algo raro en Caffran, y Gaunt tardó un momento en darse cuenta de por qué: el joven todavía tenía todo su espeso cabello. Al estar encerrado, no había pasado por la maquinilla rasuradora y por la fumigación. Gaunt sonrió para sí mismo con gesto resignado y sintiendo picor en su cráneo recién afeitado.

—¿Dónde está Hark? —le preguntó con un susurro a Daur.

—Que me cuelguen si lo sé, señor.

Del Mar carraspeó.

—Un aviso a las dos partes antes de comenzar. No quiero que parezca que le quito importancia a la gravedad del crimen, pero este caso ya ha sido innecesariamente retrasado. Quiero cerrarlo ya. De forma inmediata. Eso significa que no toleraré trucos ni tácticas para retrasarlo todavía más, y sólo aceptaré el mínimo necesario de testigos.

Del Mar hizo un breve gesto en dirección a los papeles que tenía delante, uno de los cuales era la lista de testigos que Gaunt le había entregado al funcionario correspondiente.

—Nada de testigos emocionales. Sólo testigos oculares y expertos en la materia. ¿Ha quedado totalmente claro, coronel comisario?

—Sí, señor —contestó Gaunt. Estaba claro. No le gustaba, pero estaba claro. A tomar viento la mayoría de los testigos de la lista.

—Y de usted, Fultingo —siguió diciendo Del Mar—, también espero una actuación profesional. No empiece con nada que provoque que la defensa se suma en… digresiones.

—Sí, señor.

—Lean los hechos concretos del caso, por favor.

El actuario se puso en pie de nuevo.

—Que el consejo de guerra sepa que la noche del último 214, la ciudadana Onti Flyte, residente en una de las casas del destacamento de trabajo del segundo tumo del Condensador Sur de Cirenholm, fue atacada y asesinada a puñaladas en su lugar de residencia.

—¿Comisario Fultingo?

Fultingo se puso en pie y tomó una placa de datos de manos de su ayudante.

—Onti Flyte era viuda y madre de tres hijos. Como todos los residentes de ese distrito, acababa de ser reasignada a su casa por las fuerzas de liberación tras haber permanecido prisionera de las fuerzas enemigas de ocupación. Las familias residentes fueron llevadas a los habitáculos del Condensador Sur acompañadas de una escolta durante el transcurso de esa tarde y noche. Muy poco después de regresar a su hogar, creemos que entre las 21:50 y las 23:00, fue atacada y asesinada en la caseta de su patio trasero. El asesino cometió el crimen con un cuchillo largo y recto, que coincide en todos los aspectos con el cuchillo típico utilizado por todos los soldados de Tanith. Un individuo que encaja con la descripción de un soldado del regimiento de Tanith fue visto marchándose de ese lugar en aquel momento. El hijo mayor de la víctima, Begg Flyte, reconoció más tarde al soldado Caffran como el atacante. Los informes demuestran que el soldado Caffran fue uno de los asignados a las tareas de escolta de esa noche en el Condensador Sur.

Fultingo levantó la vista de la placa.

—En resumen, señor comisario, parece existir poco espacio para la duda. Tenemos al hombre correcto. Le ruego que ordene que el castigo sea llevado a cabo cuanto antes.

Se sentó. Caffran no se había movido en absoluto.

—¿Gaunt? —le inquirió Del Mar.

Gaunt se puso en pie.

—Señor, nadie, ni siquiera el propio Caffran, niega que estuvo en aquella zona esa noche. Lo que es más, Caffran admite que vio y que estuvo hablando con la víctima y con su familia. Recuerda que los escoltó hasta su hogar y se aseguró de que todo estuviera bien. La acusación depende por completo de la identificación realizada por el hijo de la víctima. El chico es todavía muy joven. Dado el terrible sufrimiento padecido por todos los habitantes supervivientes de Cirenholm, y si le añadimos la espantosa muerte de su madre, el muchacho está tremenda y lamentablemente traumatizado. Pudo haberse equivocado fácilmente al identificar al asesino. Había visto de cerca a Caffran durante la reinstalación de su familia. Cuando le pidieron que señalara a un soldado de Tanith, escogió a Caffran porque era el único cuya cara podía reconocer con facilidad. Pido que se retiren los cargos y que el soldado Caffran sea puesto en libertad. El verdadero asesino todavía debe ser juzgado.

Fultingo se puso en pie antes incluso de que Gaunt se hubiera sentado.

—Ahí tenemos todo el meollo de la cuestión, señor. Gaunt pretende que nos creamos que este chaval listo e inteligente sería capaz de olvidar el rostro del asesino de su madre, y que simplemente recordó la cara de un soldado que estuvo ayudándolos un rato antes aquella misma noche. Lo cierto es que estamos desperdiciando tiempo. Un cúmulo de pruebas circunstanciales señalan al soldado Caffran, y la identificación positiva del sujeto las confirman. La defensa no puede

ofrecer nada, repito, absolutamente nada sustancial que ofrecer como prueba para contradecir lo expuesto por la acusación. Tan sólo esa fantasiosa teoría sobre un error de identificación basado en un trauma psicológico. Por favor, señor, ¿no podemos acabar esto aquí y ahora, de una vez por todas?

Del Mar le indicó con un gesto que se sentara, y miró a Gaunt.

—Me siento tentado de acceder, Gaunt. Su argumentación no carece de mérito, pero lo cierto es que no se trata de una defensa muy sólida. El soldado admite que estuvo «ayudando en la zona hasta la medianoche más o menos», muchos le vieron, pero nadie el tiempo suficiente o con la suficiente seguridad como para afirmar que no tuvo tiempo de realizar un acto tan odioso. Si no tiene nada más que añadir, cerraré el caso.

Gaunt se puso en pie de nuevo.

—Existe una prueba —dijo—. Y es que Caffran no pudo haberlo hecho. Con todo el respeto a sus comentarios sobre los testigos emocionales, me temo que debo insistir en el hecho de que Caffran es un individuo cuerdo y con valores morales, además de tener una hoja de servicio intachable. Sencillamente, no es capaz de cometer un crimen semejante.

—Protesto —gruñó Fultingo—. Señor, usted ya ha dicho que los juicios emocionales no serán admitidos.

—Sé muy bien lo que he dicho, comisario —le contestó Del Mar—. Constato que el comisario Gaunt ha preferido hacer caso omiso de mis órdenes, así que le recuerdo que, a pesar de tener una conducta intachable, Caffran es un soldado. Es un individuo homicida. Matar es algo normal para él.

—Caffran sirve al Emperador como todos nosotros lo hacemos. Pero conoce la diferencia entre matar en el campo de batalla y un asesinato a sangre fría. No podría hacerlo.

—¡Gaunt!

—Señor, ¿enviaría usted a un soldado de infantería a disparar un mortero o una batería de cohetes? No. No tendría la capacidad para hacerlo. Entonces, ¿por qué insistir de ese modo en que Caffran ha hecho algo de lo que no es capaz, ni moral ni emocionalmente?

—¡Ya basta, Gaunt!

La puerta que estaba situada al otro extremo de la estancia se abrió de repente y Hark entró. Se acercó todo lo discreta y silenciosamente que pudo y entonces se sentó al lado de Gaunt.

—Pido disculpas —le dijo al jurado.

—No hacía falta que se tomara la molestia de aparecer, Hark. Ya hemos acabado.

Hark se puso en pie y le entregó una hoja de papel al actuario, quien se la llevó a Del Mar.

—Le imploro que tenga un poco más de paciencia, señor comisario, y le presento el nombre de un último testigo para que sea añadido a la lista.

Gaunt puso cara de sorpresa.

—¡Protesto! —exclamó Fultingo.

—Protesta denegada, Fultingo —dijo Del Mar mientras leía el papel—. Es tarde, y es irritante, pero no va contra el reglamento. Muy bien, Hark, con el permiso del coronel comisario Gaunt, veamos a quién ha traído.

Hacía frío en la sala exterior contigua a la estancia donde se celebraba el consejo de guerra. Tona Criid estaba sentada en un banco, bajo el cuadro de un jefe de arbites especialmente feo, y se removía inquieta. Había ido para apoyar a Caffran, incluso para testificar a su favor si se lo permitían, aunque Daur ya la había avisado de que era improbable que los testigos emocionales fueran admitidos.

Pero es que ni siquiera le habían permitido estar presente.

Dorden la había acompañado. Había ido para leer su informe sobre el estado del cuerpo, por si era importante. Y también había ido Kolea. Estaba sentado al otro lado de la habitación, a solas. Ella no estaba segura de por qué había ido. El jefe de sección de Caffran era el mayor Rawne, que estaba muy ocupado poniendo a punto al regimiento para el ataque, así que supuso que habían enviado a Kolea para que testificara, como oficial, del buen comportamiento de Caffran.

—Todo irá bien —le dijo Dorden, sentado a su lado—. De verdad —añadió tras un instante.

—Lo sé.

—Doctor, ¿quién cree que es ese hombre? —le preguntó ella momentos después, con un susurro.

Un civil, un hombre ya mayor y encorvado, estaba sentado en el banco situado justo enfrente de ellos.

Había llegado unos pocos minutos antes acompañado por el comisario Hark, quien le había dejado sentado en el banco y había entrado en la sala del consejo de guerra.

—No lo sé —respondió Dorden.

La puerta de la sala se abrió, y Criid y Dorden levantaron la mirada con expresión expectante. Salió un actuario.

—Que entre Cornelis Absolom. Cornelis Absolom. ¿Está presente?

El anciano se puso en pie y siguió al actuario al interior de la sala.

—Diga su nombre para el archivo del caso.

—Cornelis, ¡ejem!, Cornelis Absolom, señor.

—¿Empleo?

—Estoy jubilado, señor. Desde hace tres años. Antes de eso trabajé como vigilante nocturno en los contenedores de gas de los condensadores de vapor.

—¿Y cómo consiguió ese puesto de trabajo?

—Estaban buscando a un hombre con entrenamiento y experiencia militar. Serví nueve años en la Fuerza de Defensa Planetaria, en el Noveno de Reconocimiento de Fantine, pero me hirieron en el alzamiento de Ambross, y tuve que abandonar el

servicio activo.

—Así que sería apropiado decir que es un hombre con dotes de observación, ¿no, señor Absolom? Un vigilante nocturno, y antes de eso, en el cuerpo de reconocimiento.

—Mis ojos ven perfectamente, señor.

El comisario Hark asintió y dio unos cuantos pasos en actitud pensativa.

—¿Podría describimos, al señor comisario y a la corte, la relación que tenía con la difunta, señor Absolom?

—La señora Flyte era mi vecina de puerta.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a la fallecida?

El anciano, al que habían proporcionado una silla debido a sus débiles piernas, se aclaró la garganta.

—La noche del asesinato, comisario Hark.

—¿Podría describir la escena?

—Acabábamos de regresar a nuestros habitáculos. El lugar estaba lleno de suciedad, un auténtico desastre. Quería irme a dormir, pero antes tuve que barrer mi propio salón. El olor… Estaba en mi patio trasero y la vi por encima de la valla. Iba a la caseta de su patio. Charlamos un momento.

—¿Sobre qué, señor Absolom?

—Sobre la suciedad, señor.

—¿Y no la volvió a ver?

—No, señor. Viva, no.

—¿Puede decirle a la corte lo que ocurrió más tarde esa misma noche, señor Absolom?

—No fue mucho más tarde. Había llenado un saco con basura, sobre todo comida que se me había podrido en la despensa. Salí al patio para echarlo por encima de la valla trasera cuando oí un ruido en la caseta de la señora Flyte. Un golpe. Y después otro. Me sentí preocupado, así que la llamé.

—¿Y entonces?

—Un hombre salió de la caseta. Me vio en la valla, y salió corriendo por el callejón trasero.

—¿Puede describir a ese hombre?

—Llevaba puesto lo que ahora sé es el uniforme del Primero de Tanith, señor. Los había visto antes, aquella misma tarde. Nos escoltaron de regreso a nuestros hogares.

—¿Vio el rostro de ese hombre?

Absolom asintió.

—Por favor, señor Absolom, responda en voz alta para que quede grabado —le indicó con voz suave el comisario Del Mar.

—Lo siento, señor. Sí, sí lo hice. No con claridad, pero lo suficientemente bien como para reconocerlo.

—Señor Absolom, ¿se trataba del acusado, el soldado Caffran?

El anciano se giró un poco para mirar a Caffran.

—No, señor. El individuo era un poco más alto, y más delgado. Y mayor que él.

Hark miró al comisario Del Mar.

—No haré más preguntas, señor.

Fultingo se puso en pie inmediatamente.

—Señor Absolom, ¿por qué no vino con esta información antes? Usted dio la alarma y avisó a las autoridades sobre el asesinato. Fue interrogado, por mí y por mi ayudante, y declaró no haber visto a ningún sospechoso.

Absolom miró al comisario Del Mar.

—¿Puedo ser sincero, señor?

—Esta corte espera que lo sea, señor —le respondió Del Mar.

—Tenía miedo. Habíamos sufrido semanas de un infierno brutal a manos de esos paganos. La señora Flyte no se merecía lo que le pasó, no señor, pero yo no quería verme involucrado. Las preguntas incesantes de los comisarios, la investigación del lugar… y no quería arriesgarme a que el hombre regresara.

—¿Para hacerle callar?

—Sí, señor. Estaba terriblemente asustado. Luego oí que habían arrestado a un hombre, y pensé que todo había acabado.

Del Mar había estado tomando unas cuantas notas. Dejó la holopluma en su fuente de energía.

—Sus respuestas suenan verdaderas, señor Absolom, excepto por una cosa: ¿Por qué ha venido ahora?

—Porque el comisario Hark vino a verme. Me dijo que era posible que hubieran apresado a un hombre inocente. Cuando me mostró la fotografía del chaval, supe que tenía razón. No habían encarcelado al asesino. He venido hoy para que la justicia no acabe con este joven. Y porque tenía miedo de nuevo. Miedo de que el verdadero asesino siga suelto.

—Gracias, señor Absolom —dijo Del Mar—. Gracias por el tiempo y por el esfuerzo que nos ha dedicado. Puede marcharse.

—Señor, yo… —dijo Fultingo.

Del Mar alzó una mano.

—No, Fultingo. En el nombre del Dios Emperador de Terra, cuya gracia y majestad son eternas, y por el poder que me ha conferido el Comisariado, declaro el caso cerrado y al acusado libre de todos los cargos.

Gaunt vio desde la puerta de la sala a Criid abrazando a Caffran mientras el joven soldado le estrechaba la mano a Dorden. Se giró hacia Daur y Beltayn.

—Gracias por vuestros esfuerzos, a los dos. Beltayn, llévate a Caffran a su barracón y que le den un buen plato de comida caliente y un buen trago de sacra. Dales a él y a Criid unos pases de permiso de doce horas, también. Querrá ver a sus chavales.

—Sí, señor.

—Ban, acompaña al señor Absolom a su habitáculo y dale de nuevo las gracias de mi parte.

—Me gustaría hacerlo yo, Ibram —dijo Hark—. Le prometí al anciano que lo invitaría a una botella de cerveza y le daría la oportunidad de contarme alguna de sus batallas.

—Muy bien. —Gaunt miró frente a frente a Hark—. Lo has conseguido.

—Hice lo que se me pidió, Ibram.

—No olvidaré lo que has hecho. Caffran te debe la vida.

Hark saludó militarmente y se acercó al anciano.

—El actuario me ha dicho que el juicio contra Cuu se celebrará mañana por la mañana, señor —le informó Daur—. Quieren acabar con eso también. ¿Preparo las notas de la defensa?

—No voy a organizar la defensa.

—¿Señor?

—Cuu es culpable. Su crimen casi nos cuesta a Caffran. El Comisariado se puede encargar de él. Haré que Hark se ocupe de las formalidades.

—Ya veo —replicó Daur con voz tensa.

Gaunt le agarró del brazo cuando el capitán empezaba a alejarse.

—¿Algún problema, capitán?

—No, señor. Cuu probablemente es culpable, como usted dice. Sólo pensé que…

—Ban, te considero un amigo, y además espero que todos mis oficiales me digan lo que piensan sobre cualquier tema.

Daur se encogió de hombros.

—Es que parece que deja de lado a Cuu. Que lo deja abandonado a su suerte.

—Cuu es un asesino.

—Es lo más probable.

—Se le hará justicia. La justicia que se merece. Lo mismo que le ha pasado a Caffran.

—Sí, vale —respondió Daur—. Supongo que así será.

Kolea, al otro extremo del pasillo, observó al grupo que salía de la sala del tribunal. Vio a Caffran abrazando a Criid y las sonrisas en los rostros de Gaunt y de Daur.

Suspiró profundamente y regresó a su barracón.

Gaunt abrió la compuerta que daba al subhangar 117 y entró. El servidor de carga que le acompañaba le siguió llevando la caja de munición. El servidor llevaba pintada la insignia del Munitorum en la placa del torso.

Hacía frío en el interior del hangar, y Gaunt creyó por un momento que se había equivocado de lugar. Vio unas cuantas mochilas y algunos rifles láser apoyados a lo largo de una pared, pero no vio señal alguna de nadie.

Entonces levantó la vista.

Veinte siluetas humanas estaban flotando, subiendo y bajando, cerca de las vigas del hangar.

Una de ellas lo vio y bajó con rapidez en su dirección. Gaunt pudo oír el zumbido cada vez mayor de un impulsor de turbina. El individuo realizó un buen giro y aterrizó suavemente sobre sus pies, dando unos cuantos pasos adelante para acabar de detenerse. Gaunt lo reconoció: era el teniente Kersherin.

El especialista aerotransportado mantuvo la mano izquierda en la empuñadura del brazo de control de la mochila de salto, pero saludó con su mano derecha.

—¡Coronel comisario!

—Descanso, teniente. Parece que están haciendo progresos.

—Unos más que otros. Pero sí, yo diría que sí, señor.

—Me gustaría hablar con ellos. Si no están demasiado ocupados.

Kersherin habló un momento por su microtransmisor y las siluetas flotantes empezaron a descender. Los otros tres soldados de Fantine realizaron unos aterrizajes perfectos, producto de la experiencia. Los Fantasmas se posaron en su mayoría de un modo menos seguro, aunque Vadim, Nessa y Bonin lo hicieron con toda tranquilidad y sin problemas. Varl y Adare casi se estrellaron, y se posaron con tanta fuerza que a Gaunt se le escapó un gesto de dolor por simpatía.

Se ayudaron los unos a los otros a quitarse las mochilas de salto, y los instructores aerotransportados las repasaron para comprobar que todos los circuitos habían sido cerrados del modo apropiado.

—Agrupaos —dijo Gaunt.

Sacó un mapa del bolsillo y los Fantasmas se agruparon a su alrededor en semicírculo.

—Lo primero de todo —empezó diciendo Gaunt—, es informaros de que Caffran fue exculpado esta misma mañana de todos los cargos que se le imputaban. Pensé que os gustaría saberlo.

Se oyeron unos cuantos aplausos y algunos gritos de alegría entre los Fantasmas.

—Lo siguiente, y más importante para vosotros. Ha llegado el momento de que sepáis algo más sobre la operación Larisel. Ya habréis deducido que va a ser necesario efectuar un descenso gravitatorio. Y estoy seguro de que ya habréis adivinado cuál va a ser el objetivo.

Gaunt abrió el mapa y lo extendió sobre el suelo.

—Ouranberg, el objetivo principal de Fantine. Una ciudad cinco veces mayor que Cirenholm. Bien defendida. Con una guarnición numerosa. No va a ser un objetivo fácil, pero por eso nos dan esas medallitas brillantes.

Los Fantasmas se inclinaron un poco para ver mejor el extenso mapa, lleno de cúpulas, de Ouranberg.

—Dentro de poco os daremos unas copias de este mapa, y también la ocasión de tener una familiarización en condiciones con una simulación holográfíca. De

momento, este es el objetivo. O mejor dicho, aquí es donde se encuentra el objetivo. La operación Larisel, como sin duda sugiere su nombre a los nativos de Tanith aquí presentes, es una operación de caza. Un descenso gravitatorio, una infiltración sigilosa y luego, la caza.

—¿Cuál es la presa? —preguntó Varl.

—Dentro de una semana, más o menos, la fuerza de combate comenzará el ataque contra Ouranberg. La capacidad de resistencia del enemigo dependerá en buena parte de la moral y el ánimo de los miembros del Pacto Sangriento y de sus unidades aliadas. En este momento, esa moral es muy elevada. Quizá tan elevada que casi es indestructible. Los rumores que a lo mejor habéis oído son ciertos. Las fuerzas enemigas acantonadas en Ouranberg están dirigidas en persona por el general del Caos Sagittar Slaith, uno de los lugartenientes en los que más confía el señor de la guerra Urlock Gaur. Su repugnante liderazgo carismático inspira una devoción y una lealtad casi invencibles en sus tropas. Si atacamos a una fuerza atrincherada bajo su mando, el coste en vidas será muy elevado, terrorífico. Incluso si el ataque tiene éxito, será una matanza. Pero si apartamos a Slaith de esa situación, nos enfrentaremos a un enemigo mucho más vulnerable. —Gaunt se calló un momento—. El objetivo de la operación Larisel es localizar a Slaith y eliminarlo antes de que comience la invasión. Decapitar a las fuerzas enemigas y destruirles la moral justo en el preciso instante que comienza la invasión.

Nadie dijo una sola palabra. Gaunt los miró uno a uno a la cara, pero estaban asimilando lo que había dicho, y no dejaron traslucir ninguna emoción.

—A partir de mañana o pasado mañana comenzaremos las reuniones para enseñaros cómo localizar e identificar a Slaith. Tenemos un montón de datos que pensamos os serán de muchísima utilidad. En la operación Larisel participarán cuatro equipos. Creo que ya os habéis repartido, ¿no? Cada uno se desplegará en un lugar diferente de la ciudad para realizar la infiltración. Cuatro equipos que llegarán desde cuatro puntos diferentes. Cuatro veces más posibilidades de tener éxito en la operación.

Gaunt se giró hacia la caja de munición que llevaba el servidor de carga y abrió la tapa.

—Un último detalle que debéis saber, algo que incluir en vuestro entrenamiento. Lamento deciros que ha sido confirmado: existen unidades mercenarias de loxatl bajo el mando de Slaith en Ouranberg. Los informes tácticos y la experiencia en el campo de batalla nos han mostrado que esa escoria alienígena es especialmente resistente a los disparos láser.

Gaunt empuñó una voluminosa arma que sacó de la caja. Era un rifle automático, casi una pieza artillera de pequeño calibre, con un grueso cañón y una culata plegable de armazón hueca. Metió un grueso cargador de proyectiles detrás de la empuñadura delantera de metal estriado.

—Este es el cañón de asalto U90. Antiguo, pero potente. Dispara proyectiles

sólidos de calibre 45 en fuego automático y semiautomàtico. Tiene un retroceso de pelotas. El cargador circular de tambor contiene cuarenta proyectiles. Los urdeshitas me han prestado estos cuatro. Los fabrican en su planeta natal. No es un arma demasiado buena y tiende a encasquillarse, pero tiene un gran poder de detención y la mejor relación potencia de disparo/peso que hemos podido encontrar. Cada equipo debe designar a uno de sus miembros para que lleve esta arma en vez de su rifle láser estándar. Los cargadores marcados con una cruz amarilla contienen los proyectiles normales —sacó otro cargador de la caja y lo sostuvo en alto—, y los que tienen la cruz roja llevan proyectiles explosivos perforantes. Pensamos que estos escupidores de proyectiles sólidos, con munición perforante de blindajes, son lo mejor con lo que enfrentarse a los loxatl. Los soldados escogidos deberían empezar a practicar con ellos cuanto antes.

Gaunt dejó el arma y el cargador suelto de nuevo dentro de la caja.

—Mañana regresaré para seguir con las instrucciones. Nos ocuparemos de las zonas de descenso y empezaremos a revisar el área circundante del objetivo. Hasta entonces… seguid trabajando así.

—Oh, Feth —murmuró Larkin—. Esto se pone cada vez mejor.

Las barcazas de suministro procedentes de Hessenville habían estado llegando desde hacía ya tres días a los hangares de las afueras de Cirenholm. Las que llegaron bajo escolta la mañana del 221 iban acompañadas por el dirigible Skyro, y transportaban a dos regimientos urdeshitas y a uno krassiano para que reforzaran la fuerza de invasión.

Muchas de las barcazas habían llegado cargadas de munición y piezas de aviación para reforzar también el destacamento aéreo de la fuerza de combate, además de transportar unos dieciocho Marauders y veintisiete Lightnings. Las alas de ataque llevaban realizando incursiones desde la tarde del 215 al norte de Cirenholm para arrebatarle la superioridad aérea a los escuadrones de Ouranberg, y ya habían comenzado los bombardeos nocturnos a larga distancia contra la propia ciudad. La intención del almirante Ornoff era debilitar las defensas de la ciudad y neutralizar al máximo posible el poder aéreo enemigo antes del ataque principal, el llamado «Día O».

Era difícil calcular el efecto de los bombardeos. En tres noches de misión, habían soltado tres mil toneladas de bombas sobre Ouranberg con un coste de cuatro Marauders.

Los resultados de las salidas de los cazas eran en cierto modo más fáciles de evaluar. A menos que se les convocara para repeler una incursión enemiga, que eran escasas y muy intermitentes en el tiempo, los Lightnings despegaban en patrullas de cuatro aparatos y perseguían el tráfico enemigo aéreo dirigidos por el Mando Aéreo de Cirenholm, que utilizaba los auspexs de largo alcance y las antenas

astrotacográficas. Veintinueve aeronaves enemigas de diversos tipos fueron presuntamente derribadas en los primeros cinco días por tan sólo la pérdida de dos Lightnings. En la tarde del 220, cuatro alas de Lightnings de Fantine despegaron a toda prisa para interceptar una incursión en masa de cincuenta bombarderos en picado enemigos y sus cazas de escolta. Otros ocho Lightnings y Marauders fueron redirigidos rápidamente para que se unieran a la fuerza de intercepción en cuanto comenzó el combate. Los cañones del perímetro norte de Cirenholm llenaron de metralla las nubes que los cubrían.

La batalla duró cuarenta y ocho minutos, y fue un combate muy duro. El enemigo fue completamente derrotado y tuvo que huir antes de que pudiera soltar una sola bomba sobre Cirenholm. Perdieron un total confirmado de treinta y tres aeronaves. Los de Fantine perdieron seis, incluido el as condecorado Erwell Costary. La teniente de vuelo Lárice Asch derribó cuatro aparatos enemigos, lo que elevó su cuenta de derribos hasta convertirla en una de las pocas ases femeninas de Fantine. El alférez Febos Nicarde logró anotar siete derribos. Ornoff le concedió el Áquila de Plata. Las estelas de humo producidas por los motores a lo largo de la tremenda batalla tardaron horas en disiparse de la atmósfera.

Los trabajadores del Munitorum Junto a los guardias imperiales y a los ciudadanos voluntarios, se esforzaban por tumo en lo hangares de Cirenholm para descargar, ordenar y almacenar la enorme cantidad de material que llegaba. Algunas de las barcazas procedentes de Hessenville también llevaban alimentos y medicinas para la población herida.

A mitad de la tarde del 221, justo en el momento que Caffran era exculpado, cinco pelotones de Fantasmas, bajo la supervisión de los funcionarios del Munitorum, estaban descargando cajas de la bodega de una de las barcazas y llevándolas en unas pequeñas vagonetas a un subhangar.

Rawne había puesto al cargo de todo aquello a su ayudante Feygor, en parte para asegurarse de que los Fantasmas recibieran la mejor parte de la carga para sus armas de apoyo y sus lanzacohetes. El aire estaba lleno del sonido de cajas golpeando el suelo, voces que gritaban, chirridos metálicos y traqueteantes herramientas mecánicas. Los Fantasmas se habían quedado en camiseta y sudaban la gota gorda para subir las vagonetas cargadas por la rampa que llevaba al subhangar, y que luego dejaban caer vacías por esa misma rampa entre risas y gritos. El subhangar empezaba tener el aspecto del sueño delirante de un señor de la guerra enloquecido. A lo largo y ancho de la amplia superficie del suelo, las filas de cajas de munición y los grandes depósitos de otros proyectiles se alternaban con hileras cuidadosamente alineadas de cohetes. A lo largo de una de las paredes había toda una hilera de carretas de munición de ruedas gruesas y nuevas cargadas de bombas y misiles recién pintados destinados a las monturas y soportes de las alas de las aeronaves de combate. Algunos de los soldados no habían podido resistir la tentación y habían pintado sus nombres en las cabezas explosivas de la munición, o habían escrito mensajes

burlones como «Esta va de parte de los Fantasmas» o «Adiós, caraculo» o incluso «Si puedes leer esto, grita». Otros habían dibujado bocas con colmillos, convirtiendo a los cohetes en depredadores rugientes. Algunos, en un detalle conmovedor, le habían dedicado las bombas al enemigo de parte de algún camarada muerto.

—Nos estamos quedando sin sitio para almacenar —le dijo Brostin a Feygor mientras se secaba el sudor de la frente.

Feygor asintió.

—No rompáis el ritmo de descarga. Veré qué puedo hacer.

Fue en busca del oficial del Munitorum, quien accedió a abrir el subhangar contiguo.

Feygor marchó hacia allí acompañado de Brostin para abrir la mampara de metal que daba al siguiente local. Pasaron al lado de los soldados Pollo y Derin, que llevaban una carreta llena de cajas de granadas de mano hacia un pasillo posterior.

—¿Adónde demonios vais con eso? —les preguntó Feygor a ambos.

—Al pasillo —le contestó Pollo, como si fuera una pregunta estúpida—. Nos estamos quedando sin sitio aquí…

Feygor miró al sombrío pasillo posterior de acceso que había detrás del hangar. Los equipos de trabajo ya habían colocado nueve carretillas de munición a lo largo de una de sus paredes.

—Ah, Feth… Esto no va bien —murmuró Feygor con un gruñido—. Llevadlas adentro otra vez. Todas.

Los dos hombres se quejaron.

—Reunid a unos cuantos para que os ayuden. Vamos a meter todo lo demás en ese subhangar de ahí —les dijo Feygor señalándoselo con la mano—. No tengo ni idea de por qué pensasteis que era un buen lugar donde meter el material.

—Sólo seguíamos a los otros —le respondió Derin.

—¿Qué?

—Los tipos que iban delante de nosotros. Había un tío del Munitorum con ellos, y parecían tener muy claro adonde iban.

—Ve a traerme a ese tipo del Munitorum —le ordenó Feygor con voz iracunda, señalándole esa vez al jefe del Munitorum con el que acaba de hablar. Derin salió corriendo.

A unos cincuenta metros de donde ellos estaban, al otro lado del pasillo, se abrió otra puerta que daba al hangar. Mientras Feygor esperaba que llegara el funcionario, vio que aparecían tres Fantasmas empujando otra carretilla, acompañados por un subalterno del Munitorum.

—Ah, Feth… —exclamó Feygor. Estaba a punto de gritarles algo cuando Pollo dijo:

—Deben estar asándose.

Hubo algo en el tono de voz de Pollo que hizo que Feygor los mirara de nuevo. Los tres Fantasmas llevaban puesto el uniforme completo, incluidas las camisas y los

gorros de lana.

—Venid conmigo —les dijo a Pollo y a Brostin, y se acercó a la carrera hacia el grupo—. ¡Eh! ¡Eh, vosotros!

Los tres Fantasmas parecieron hacer caso omiso de sus gritos. Estaban concentrados en la tarea de meter la carretilla llena de misiles en el montacargas.

—¡Eh!

Dos de ellos se giraron. Feygor no los reconoció, a ninguno de los dos, y él se vanagloriaba de conocer todos los rostros del regimiento.

—¿Pero qué coj…? —empezó a decir.

Uno de los «Fantasmas» sacó de repente una pistola láser y disparó contra ellos.

Feygor lanzó un grito de aviso y empujó a Brostin contra la pared cuando los dos disparos pasaron siseando a su lado.

Pollo había sido el guardaespaldas de un noble cuando vivía en Verghast, un guerrero entrenado por la Casa Anko. Unos implantes neuronales bastante caros, pagados por su señor, le proporcionaban un tiempo de reacción mucho más corto que el de los humanos normales. Con un gesto ágil en el que se combinaban el instinto y un entrenamiento excelente, sacó la pistola automática de su funda en la cadera y respondió a los disparos, situando su cuerpo entre el oponente y sus camaradas sin siquiera pensarlo.

Abatió al atacante de un disparo en la cabeza. Los demás echaron a correr.

—¡A por esos cabrones! —exclamó Feygor con un aullido.

Ya se había puesto de pie y casi había arrancado la pistola láser de su funda al sacarla. Brostin sí que había arrancado un hacha para la lucha contra incendios de su montura en la pared.

Los desconocidos cruzaron a la carrera un pasillo lateral y habían empezado a bajar por una escalera.

—¡Alerta! —Feygor activó el microtransmisor que llevaba puesto mientras corría y gritó—. ¡Alerta de seguridad! ¡Hangar 45! ¡Los intrusos se dirigen bloque abajo hacia el nivel treinta!

En el subhangar que dejaba a su espalda estalló una tremenda conmoción.

Llegaron al inicio de la escalera y oyeron unos pasos que repiqueteaban por debajo de ellos. Feygor bajó los peldaños de tres en tres, con Pollo pegado a su espalda y Brostin esforzándose por seguir su ritmo.

Feygor se pegó al pasamanos y disparó por el hueco de la escalera. Dos proyectiles sólidos pasaron zumbando y rebotaron por encima de él. Oyeron una puerta que se abría de golpe.

La puerta de abajo llevaba a una zona de servicio, un amplio taller de maquinaria que les pareció amenazadoramente silencioso y oscuro, y que relucía con el brillo del aceite. Feygor se lanzó a la carga a través de la puerta y casi lo mata el pistolero que se había agachado detrás de la puerta para tenderles una emboscada. Dos balas pasaron silbando a pocos centímetros de su nuca y le hicieron trastabillar. Un instante

después, Brostin apareció por esa misma puerta y dejó clavado al pistolero contra la pared con el extremo en punta del hacha antiincendios.

Unos cuantos disparos cruzaron el taller de maquinaria. Feygor distinguió el resplandor de la bocacha de un arma en la penumbra, se dejó caer sobre una rodilla y disparó su pistola láser apuntando con las dos manos. Su objetivo salió despedido hacia atrás contra una mesa de trabajo y luego cayó de bruces.

No vieron señal alguna del tercer individuo. Pollo y Feygor avanzaron lentamente, y ambos giraron bruscamente sobre sí mismos cuando oyeron chirriar una puerta. Por tan sólo un instante, una figura quedó silueteada frente a la luz del exterior. La pistola de Pollo tronó y la figura salió despedida hacia fuera como si hubieran tirado de ella con una cuerda.

Brostin encontró los interruptores de las luces del taller.

Pollo comprobó que el hombre al que había disparado en la puerta estaba muerto, y cuando regresó, vio que Feygor le estaba dando la vuelta a su víctima sobre el suelo lleno de aceite. No había posibilidad de error con el deformado rostro del hombre, ni con sus manos repletas de cicatrices. El uniforme de Fantasma ni siquiera le sentaba especialmente bien. Pero era un uniforme de Fantasma. Incluido el detalle del cuchillo de plata pura en su funda del cinturón.

—¡Feth! —exclamó Feygor.

—Fíjate en eso —le comentó Pollo.

Se arrodilló. Cerca del agujero ensangrentado que Feygor le había abierto en el cuerpo, la tela de la camisa de Tanith tenía otro desgarrón, una abertura chamuscada que había sido cosida de forma precipitada y burda con hilo negro.

—No es la primera vez que esta camisa la lleva un muerto —dijo.



SEIS

Una comida medio en condiciones era una rareza incomprensible en Cirenholm, pero el almuerzo a hora tardía que Gaunt y Zweil tenían delante era sorprendentemente apetitoso.

—Beltayn, te has superado —le dijo Gaunt a su asistente.

—No es para tanto, señor —le contestó Beltayn, aunque era obvio que se sentía halagado por el comentario—. Si el asistente de un oficial no es capaz de apañar una comida apropiada y un poco de pan fresco para su jefe, ¿de qué sirve?

—Bueno, espero que hayas guardado un poco para ti —comentó Gaunt mientras empezaba a comer. Beltayn se sonrojó.

—Si el asistente de un oficial no es capaz de llenar su propio estómago, ¿de qué le sirve a su jefe? —le dijo Gaunt en tono tranquilizador.

—Sí, señor. —Beltayn se quedó callado un momento, y luego sacó una botella de clarete—. Por favor, no me pregunte dónde he conseguido esto.

—Mi querido Beltayn —expresó Zweil mientras se servía un vaso—. Tan sólo este acto te hará merecedor de la gloria del Emperador.

Beltayn sonrió, saludó, y se marchó.

Zweil le ofreció la botella a Gaunt, quien la rechazó con un gesto de la cabeza. Estaban sentados a una mesa del salón de la Casa de los Mercaderes que Gaunt había requisado para sus oficiales. Hacía un poco de frío y había algo de humedad, pero era bastante lujosa y de buen gusto. Zweil se relamió los labios y comió con entusiasmo.

—¿Estás contento con lo de Caffran? —le preguntó al comisario.

—Es un peso que me he quitado de encima, padre. Me pidió que le diera las gracias por el apoyo espiritual que le ha ofrecido.

—Es lo menos que podía hacer.

—Estará ocupado los próximos días. Se acerca la fecha de la invasión y los hombres querrán que les bendiga y que les dé consejo.

—Ya han comenzado a venir. Cada vez que voy a la capilla tengo a varios Fantasmas esperándome.

—¿Cuál es el sentimiento general?

—Bueno, bueno… Están confiados. Los hombres están preparados, si eso es lo que quieres oír.

—Quiero oír la verdad, padre.

—Ya sabes cómo se sienten. ¿Cómo va la operación Larisel?

Gaunt dejó los cubiertos sobre la mesa.

—Se supone que usted no debería saber nada de eso.

—Ah, ya lo sé. Nadie debería. Pero en los últimos dos días, Varí, Kuren, Meryn, Cocoer, y Nour han venido para confesar sus pecados y recibir su penitencia. Lo cierto es que no podría no saberlo.

—Saldrá bien. Confío plenamente en ello.

Alguien llamó a la puerta. Era Daur. Entró con aspecto de estar nervioso.

—Capitán. Coge una silla y sírvete algo. Puedo llamar a Beltayn si tienes hambre.

—Ya he comido —dijo Daur al tiempo que se sentaba con ellos.

—Pues entonces, informa.

—Se han producido algunos problemas en los hangares inferiores. Feygor se topó con unos extraños que intentaban robar munición.

—¿De veras?

—Eran del Pacto Sangriento, señor.

Gaunt apartó su plato y miro muy seriamente al oficial verghastita.

—¿En serio?

Daur asintió.

—Tres de ellos llevaban el uniforme de los Fantasmas y otro se disfrazó de miembro del Munitorum. Todos están muertos. Por lo que he oído, hubo un pequeño tiroteo.

—¡Feth! Deberíamos…

Daur alzó una mano.

—Ya se ha hecho, señor. Registramos la zona con varios equipos de búsqueda armados y descubrimos un grupo que se escondía en los niveles inferiores. Debían de estar ocultos desde el día de la liberación, esperando. No acabamos con ellos sin lucha. Allí abajo encontramos tres toneladas de munición explosiva que habían robado. Probablemente planeaban desencadenar un pequeño infierno cuando dispusieran de fuerza suficiente.

Gaunt se recostó en la silla.

—¿Has avisado a los demás comandantes?

Daur asintió.

—Estamos coordinando una batida a nivel de toda la ciudad para comprobar si se nos han escapado algunos. Todavía no hay indicios de que haya sido así, de modo que quizás hemos acabado con todos ellos. Puede que se tratase tan sólo de un grupo aislado. Sin embargo, hemos identificado a seis habitantes de la ciudad que estaban colaborando con ellos.

—¡Por el Trono!

—Creo que los del Pacto Sangriento los habían amenazado, pero también les pagaron bien por las molestias. Con monedas de oro desfiguradas.

Gaunt dejó definitivamente a un lado su comida sin acabar.

—¿Se ha informado a Del Mar de todo este asunto?

—Creo que los interrogatorios y las ejecuciones ya están en marcha.

—Increíble… —musitó Zweil—. Los liberamos de esos monstruos, y aun así, el estigma persiste.

—Señor —dijo Daur escogiendo con mucho cuidado sus palabras—. Los del Pacto Sangriento iban disfrazados utilizando ropas y equipo robado. Habían conseguido al menos nueve juegos completos de uniformes de Tanith.

—¿De dónde?

—Del depósito de cadáveres, señor. Cuando fuimos a comprobarlo, habían abierto nueve de las bolsas para cuerpos y habían despojado a los cadáveres de todo.

—Esos herejes cabrones…

—Señor, lo tenían todo. El uniforme de los Fantasmas, los chalecos, incluso los cuchillos.

Gaunt se dio cuenta de lo que Daur estaba intentando decirle. La comprensión de aquello le sorprendió. Miró a Daur.

—Estás hablando de Cuu, ¿verdad?

Daur suspiró.

—Sí, señor, hablo de Cuu. Un hombre vestido con el uniforme de los Fantasmas, que blande un cuchillo de Tanith y que lleva monedas desfiguradas. Ya no es tan sencillo.

—Oh, Feth —murmuró Gaunt, y se sirvió una copa de vino—. Lo es. Cuu es el asesino, seguro. Lo hemos atrapado.

—Con todo el respeto debido —dijo Daur—, quizá no lo hemos hecho. No me gusta Cuu, pero él sostiene que de lo único que es culpable es de robar las monedas. ¿Qué ocurre si es inocente? Ahora ya existe una duda razonable.

—Sí, pero…

—Coronel comisario: fue a defender a Caffran basándose, y jugándosela, en la duda razonable. ¿No se merece Cuu también esa clase de lealtad? Es un Fantasma, lo mismo que Caffran.

—Pero…

—¿Pero qué? ¿Es un verghastita? ¿Es por eso? —Daur se levantó enfurecido.

—¡Siéntate, Daur! No es eso lo que quiero decir.

—¿De verdad? Cuéntele eso a todos los verghastitas de este regimiento cuando mañana Cuu vaya al paredón.

Salió a toda prisa y dio un portazo al marcharse.

—¿Qué? —le dijo Gaunt a Zweil con un gruñido.

El anciano clérigo se encogió de hombros.

—El capitán tiene razón. Cuu es un Fantasma. Debería recibir de parte del gran y honorable Ibram Gaunt la misma entrega en su defensa que la que tuvo Caffran.

—Cuu es un asesino —repitió Gaunt.

—Quizá. Si estás esperando que te confírme o que te desmienta esa afirmación utilizando mi secreto de confesión, olvídalo. Soy una esponja absorbiendo secretos, pero no se me escapa ni uno. De otro modo, los soldados no confiarían en mí. Sólo el Dios Emperador oye lo que yo oigo.

—El Emperador nos protege —dijo Gaunt.

—¿Estás predispuesto? —le preguntó Zweil de modo impertinente.

—¿Qué?

—Que si estás predispuesto a favor de los de Tanith. Mucha gente piensa que lo estás. Que favoreces a los de Tanith frente a los de Verghast.

—¡No hago nada parecido!

Zweil se volvió a encoger de hombros.

—Es lo que parece a veces. Sobre todo a los de la colmena Vervun. Los valoras, los aprecias, incluso algunos te caen bien, como Daur. Pero siempre te fijas primero en los de Tanith.

—Llevan conmigo más tiempo.

—Eso no es una excusa. ¿Acaso los verghastitas son miembros de segunda clase del regimiento?

—¡No! —replicó Gaunt con un grito y posando con fuerza el vaso sobre la mesa mientras se ponía en pie—. No, no lo son.

—Entonces, para de comportarte como si lo fueran. Deprisa, antes de que el regimiento Primero de Tanith se deshaga por las costuras y se te parta por la mitad.

Gaunt se quedó callado y mirando por la ventana.

—¿Cuántas veces en la semana pasada has mencionado a Corbec en tus discursos a los soldados? ¿No los has mantenido al día y al tanto de su estado? ¿Y cuántas veces has mencionado a Soric? Dos jefes importantes, ambos queridos por sus hombres, ambos claramente apreciados por ti… ambos moribundos. Pero Corbec aparece en cada arenga que das para elevar la moral. ¿Y Soric? Perdóname, Ibram, pero no puedo acordarme de la última vez que lo mencionaste.

Gaunt se dio la vuelta lentamente.

—Me niego a aceptar que favorezco a los de Tanith tal como se dice. He hecho

todo lo posible para que los verghastitas se adapten de un modo adecuado y justo. Sé muy bien que existe una rivalidad… Yo…

—¿Qué, Ibram?

—Si usted piensa que eso tiene algo de cierto… y si Daur también lo piensa, como es obvio que hace, haré lo que debo hacer. Le demostraré al regimiento que no existe semejante división. Lo demostraré de modo que no quedará ninguna duda. No permitiré que nadie crea que favorezco de alguna manera a los de Tanith. Los Fantasmas son los Fantasmas. Siempre y para siempre, primeros y únicos. No importa de dónde vengan.

Zweil brindó en dirección a Gaunt y vació su vaso.

—Supongo que ya sabes cómo lograr eso.

—Sí, aunque es contrario a todo mi juicio ético y se me atraganta la idea, lo sé. Tengo que luchar por salvarle la vida a Cuu.

Consiguieron hacer veinte kilómetros realizando circuitos alrededor de la balconada que rodeaba la cúpula secundaria, y luego aumentaron el ritmo y subieron los treinta escalones de la escalera central de la cúpula a la carrera.

Para cuando la sección de Kolea regresó al parque arrasado que les había sido asignado como zona de ejercicio, todos estaban jadeando y empapados en sudor.

—Rompan filas —dijo Kolea, también con respiración ahogada.

Apoyó las manos en las rodillas, con lo que las chapas de identificación le quedaron colgando del cuello, y escupió al suelo.

Los hombres se dejaron caer en el suelo polvoriento o se alejaron para buscar agua. Las secciones de Skerral y Ewler estaban realizando ejercicios al otro lado de la hierba gris, bajo la dirección de la retumbante voz del sargento Skerral.

Hwlan le tiró una cantimplora de agua a Kolea, y el sargento le dio las gracias con un gesto de la cabeza antes de tomar un gran trago.

La sección se sentía débil, y eso no le gustaba. Se habían producido unas cuantas bajas durante el ataque, pero Rawne le había prometido que haría una rotación de hombres desde los pelotones inferiores para equilibrar la situación.

Lo que Kolea notaba sobre todo era el vacío dejado por los tres que habían desaparecido desde su llegada a Fantine. Nessa y Nour, apartados por Gaunt para realizar una misión especial. Y Cuu.

Kolea no sabía qué pensar respecto a aquello.

—Quizá deberíamos visitar a Cuu esta noche si conseguimos los pases —dijo Lubba, como si de algún modo estuviese sintonizado a los pensamientos de Kolea. Probablemente era el asunto que rondaba por la cabeza de toda la sección.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Kolea.

—Ir a verlo. Desearle buena suerte. Eso estaría bien, ¿no, sargento?

—Sí, claro que sí.

Lubba, el encargado del lanzallamas de la sección, era un individuo bajo y musculoso cubierto de tatuajes, de la zona inferior de la colmena. Se recostó contra la valla del parque.

—Bueno, al fin y al cabo, no volveremos a ver al pobre diablo, ¿verdad?

—¿Qué?

—Mañana a esta hora ya estará muerto. Contra el paredón —dijo Jajjo.

—Sólo si es culpable… —empezó a decir Kolea—. No puedo creer que Cuu, ni siquiera Cuu, fuese capaz de hacer algo así.

—Eso tampoco importa, ¿a que no? —comentó Lubba a la vez que se incorporaba un poco—. El viejo Gaunt se jugó las pelotas para sacar a Caffran de la prisión, pero no lo hará esta vez. De hecho, me parece que Cuu era la compensación. Cuu a cambio de Caffran.

Kolea negó con la cabeza.

—Gaunt jamás haría algo semejante…

Bastantes verghastitas se echaron a reír.

—¡No lo haría! —gritó Kolea.

—Caffran es de Tanith, ¿verdad? Es mucho más valioso.

Kolea se puso en pie.

—No funciona así, Lubba. Todos somos Fantasmas.

—Sí, vale —le respondió al tiempo que se recostaba de nuevo y cerraba los ojos.

Todo se quedó en calma por unos instantes, rota tan sólo por los lejanos gritos del sargento Skerral. Kolea se percató del ambiente reinante por primera vez. La impresión que estaba reconcomiendo a los verghastitas. La impresión de que eran de segunda clase. Nunca la había sentido antes. Gaunt siempre lo había respetado, desde el principio, pero…

—¡Vamos! —gritó mientras daba palmadas—. ¡En pie y a las duchas! ¡Vamos! ¡La llamada para comer es dentro de veinte minutos!

Hubo varios quejidos y gemidos de los hombres mientras se ponían en pie con gesto cansino. Kolea los condujo hasta la compuerta de salida del parque.

Ana Curth, vestida con un uniforme de combate viejo, estaba sentada en un banco destartalado al final del sendero que llevaba a la compuerta. Estaba recostada contra el respaldo, con las piernas extendidas y cruzadas, leyendo un libro desgastado.

—¿Es un buen libro? —le preguntó Kolea deteniéndose un momento a su lado.

Ella levantó la vista.

—Gregorus de Okassis. Sus Odas. Una de las recomendaciones de Dorden. O soy muy estúpida o no le pillo el tranquillo.

—Así que —dijo Kolea mientras se daba la vuelta para mirar a los hombres que estaban al otro lado del parque avanzar dando saltos—, tan sólo es un pequeño descanso entre tumos de servicio.

—Sí. Me gusta tomar el aire fresco.

Kolea se dio la vuelta de nuevo y vio el gesto irónico de su sonrisa.

—Lo cierto es que te estaba esperando a ti. Obel me dijo que traerías a tu sección por aquí de regreso del entrenamiento.

—¿A mí? —preguntó Kolea.

—A ti.

—¿Por qué?

—Porque me sentía con ganas de entrometerme donde no me llaman. ¿Tienes un momento?

Se sentó al lado de ella en el banco.

—¿Recuerdas de lo que hablamos, allá en Bhavnager? Me contaste algo en confianza.

—Sí que lo hice. ¿A quién se lo has contado?

Ella le dio un golpe amistoso con el libro en el brazo.

—A nadie. Pero se trata de eso. Tú sí que deberías hacerlo.

—No, no empieces otra vez.

—Tú contéstame a esto, sargento: ¿estás intentando que te maten?

Kolea abrió la boca para contestar, y se quedó callado. Estaba desconcertado.

—Por supuesto que no. A menos que consideres el hecho de alistarse en la Guardia Imperial como un deseo de morir.

Ella se encogió de hombros.

—La gente está preocupada por ti.

—¿La gente?

—Alguna gente.

—¿Qué gente?

Curth sonrió. A Kolea le gustaba aquella sonrisa.

—Vamos, Gol —le dijo ella—. No voy a…

—Yo te hice una confidencia. Me parece justo que confíes en mí.

Ella dejó el libro en el banco y se abrió de brazos.

—Me has pillado. Vale. De acuerdo. Uno de ellos podría ser Varl.

—Debería…

—Callarte y no decirle nada —le interrumpió rápidamente—. Las confidencias, ¿te acuerdas?

—Vale —masculló él.

—Varl… entre otros, creo… que piensan que estás corriendo riesgos innecesarios. Piensan que se debe a que has perdido a tu mujer y a tus hijos, y que estás buscando un… ¿Cómo se decía? Un punto de unión.

—Un punto de reunión.

—Ajá. Eso es. Bueno, eso es lo que ellos piensan. Pero yo sé la verdad, ¿a que sí?

—¿Y?

Kolea tomó el libro que ella había dejado en el banco y empezó a hojear las

páginas. Eran poemas. Poemas largos y antiguos del tipo que él se había esforzado por entender en la escuela primaria veinticinco años antes.

—Bueno, ¿tienen razón en estar preocupados?

—No. —La miró un momento y vio que ella lo estaba mirando a su vez, fijamente—. No. No estoy… corriendo riesgos. No creo que lo esté haciendo. Al menos, de una forma deliberada.

—¿Pero?

Kolea se mordisqueó los labios un instante. Bajó la vista al libro y meneó un poco la cabeza.

—Hubo un momento, durante el ataque. Corrí hacia los disparos. Yo… no me importaba nada. Varl me vio. Ni siquiera ahora sé en qué estaba pensando yo en aquellos momentos.

—¿En que querías escapar?

Él giró la cabeza y la miró a los ojos. No había malicia en ellos, sólo preocupación. La preocupación que la convertía en una doctora tan buena.

—¿Qué quieres decir?

—Todos queremos escapar. Escapar de la pobreza, del miedo, de la muerte, del dolor. Escapar de lo que sea que odiemos en esta vida. Y todos tenemos nuestros métodos. Están los Fantasmas que beben para olvidar los horrores de la guerra. Los que juegan. Los que tienen una superstición para cada cosa que hacen. —Fue sacando del bolsillo de la chaqueta un paquete de varitas de lho mientras hablaba y encendió una—. Yo tengo poesía antigua y mala, un banco en el parque bajo una luz solar artificial y este maldito veneno. —Aspiró una calada. Había dejado aquel hábito años antes, cuando logró el puesto de cirujana. El viejo hábito había regresado poco a poco en los meses anteriores—. Y me gusta tomarme un vaso de sacra de vez en cuando. Feth, me escapo de muchas maneras, ¿verdad?

Kolea se rio, en parte debido al comentario tan sincero y en parte por el modo en que el acento verghastita hacía sonar la maldición de Tanith. Ella era uno de los pocos antiguos habitantes de la colmena Vervun que había adoptado la expresión de Tanith sin reparos.

—Pero tú, sin embargo… —siguió diciendo—. Bueno, para ti no hay forma de escape, ¿verdad? La bebida, los narcóticos… sólo deben empeorarlo todo. El sufrimiento de tener a tus hijos tan cerca y a la vez tan lejos. Para ti, debe parecer que tan sólo existe un modo de escapar, y es escapar de la propia vida.

—Vaya, ¿ahora eres psiquiatra?

Ella se burló de él soltándole una pedorreta.

—Existe otro modo, y lo sabes. Otra manera de escapar.

—Sí, lo sé.

—¿Lo sabes?

—Sí. Se lo cuento a Caff y a Tona y aparezco ante los niños. No creas que no he pensado en ello. Ana, les haría daño a todos ellos. A Caffran, a Criid… les destruiría.

Sería como quitarles a sus hijos. Y para Dalin y Yoncy… malo. El trauma. Han sobrevivido a mi pérdida. Encontrarme de nuevo podría ser demasiado.

—Creo que sobrevivirían a eso también. Todos ellos. Creo que saldrían beneficiados en muchos sentidos. Creo que les importaría. Más de lo que tú te crees.

Él pasó las hojas del libro.

—Quizás.

—Eso por no mencionar el bien que te haría a ti. ¿Pensarás sobre ello?

—¿Y qué pasa si no lo hago?

—Oooohhhh… No tienes ni idea de lo persistente que puedo llegar a ser. O de la cantidad de comprobaciones médicas innecesarias que te puedo hacer pasar.

—Te propongo un trato —le dijo Kolea—. El ataque contra Ouranberg se acerca. Va a ser ya mismo. Déjame que pase esto. Después, yo… yo lo aclararé todo. Si crees que es lo mejor.

—Lo creo. Lo creo de verdad.

—Pero no antes de Ouranberg. Caffran y Criid necesitarán tener la cabeza despejada para ese día. No voy a soltarles un bombazo como ese justo antes de una acción semejante.

Curth asintió y dejó escapar un poco de humo, que relució con un brillo azulado bajo la luz artificial mientras se elevaba en el aire.

—De acuerdo.

Kolea jugueteó de nuevo con las páginas del libro, pasándolas una por una antes de devolvérselo a ella.

Se detuvo. El libro se había quedado abierto en la página del título. Alguien había pegado un certificado amarillento en la hoja. Era un premio escolar que le concedía a Mikal Dorden una mención especial en la comprensión de lectura elemental.

—¿Dorden te prestó este libro?

—Sí —respondió ella mientras se inclinaba para ver—. Ah. No había visto eso. Debe haber sido de su hijo.

En los primeros años de vida del regimiento, Mikal y Tolin Dorden habían sido algo único entre los Fantasmas. Padre e hijo. El doctor Dorden y su chico soldado. La única relación de parentesco que había sobrevivido a la desaparición de Tanith.

Mikal había muerto en la batalla de la colmena Vervun.

Kolea le devolvió el ajado libro.

—¿Gol?

—¿Sí?

—No te lo pienses demasiado. No lo dejes hasta que sea demasiado tarde.

—Te prometo que no lo haré —le contestó.



SIETE

A las 08:00 hora imperial de la mañana del 222, los Fantasmas asignados a la operación Larisel se reunieron en un anexo de oficinas del subhangar de entrenamiento. Habían realizado sus ejercicios, se habían duchado y tomado un buen desayuno traído desde las cocinas de los barracones. Había cierta tensión en el aire, pero se trataba de un sentimiento agradable, una sensación de estar preparados, de estar deseosos de entrar en acción.

El anexo había sido despejado para acomodar una mesa de control táctico y unas cuantas sillas plegables que estaban dispuestas en semicírculo a su alrededor.

—Siéntense —les dijo Kersherin cuando entraron.

Cuando el capitán Daur llegó, todo el mundo se quedó sorprendido al verlo.

Entró con naturalidad y se quitó la gorra y la chaqueta.

—Buenos días —les dijo.

—¿Dónde está el coronel comisario? —le preguntó Mkoll.

—Me dijo que os pidiera disculpas en su nombre y que ocupara su lugar. Algo le ha retenido.

Daur se acercó a la mesa de control táctico y metió una placa de datos en la ranura correspondiente. La unidad comenzó a zumbar y la información fue apareciendo en las pantallas de cristal. Daur tecleó su clave de acceso para poder cargar los archivos confidenciales.

—¿Algo como qué? —exclamó Adare en voz alta. Daur hizo caso omiso del

comentario.

—Hablemos de Ouranberg —dijo, atrayendo su atención de forma inmediata.

Los soldados de Fantine se sentaron en sus sillas, entre los Fantasmas.

Daur pulsó una tecla de la mesa y por encima de los emisores ópticos de la misma apareció una gran imagen holográfíca de la ciudad. Era un paisaje tridimensional, que cubría toda la superficie de la mesa.

—Ahí está —les dijo.

Todos alargaron el cuello hacia delante.

—Poneos en pie si queréis. Tenéis que llegar a conocer a fondo este sitio. Dos cúpulas conectadas, Alfa y Beta, habitáculos primarios. Construido entre ellas dos y hacia el norte está el complejo del condensador de vapor principal. Ahí, ¿lo veis? Junto a él y a la cúpula Beta está Gamma, un sector de habitáculos más pequeño. Un racimo de cúpulas menores de habitáculos rodea el borde norte del condensador. El aeródromo principal está aquí, en el escote entre Gamma y Beta, si queremos pensar en términos anatómicos.

—Eh, mejor que no —exclamó Banda. Varios de los hombres se rieron.

Daur levantó una mano como si estuviera pidiendo perdón.

—Vale. Aquí… ¿Veis? Aquí, en la cara sur, una gran porta principal es…

—¿Qué es una porta? —preguntó Larkin.

—La entrada, Larks.

—Sólo por saberlo —dijo Larkin mientras anotaba todo cuidadosamente en su bloc de notas.

—Bueno, pues la porta principal. Una compuerta de vacío de sesenta metros llamada el Pórtico de Ouran. Delante de ella, extendiéndose sobre una explanada de roca de un kilómetro de largo, más o menos, están los Campos de Pavía, una especie de larga plataforma ornamental.

¿Qué son esas cosas?, preguntó Nessa mediante el lenguaje de signos.

—Piedras verticales. Monumentos de guerra monolíticos —dijo Daur entendiendo los signos de forma casi inmediata y respondiendo rápidamente—. Se llama la Avenida de los Poliandriones, y marca el acceso oficial al Pórtico de Ouran. Unida a la plataforma de los Campos de Pavía por un paso elevado se encuentra la Terminal Aérea Imperial de Fantine, el punto principal de anclaje de los dirigibles. Sobre todo si llevan a la nobleza imperial. Al otro extremo de un paso elevado diferente, al noroeste de la ciudad, está el complejo del condensador secundario de vapor, construido sobre un pico montañoso cercano. La cima de la montaña sobre la que está construida la propia Ouranberg se eleva en medio de la misma ciudad, y ahí tenemos… Pico Ouran.

Daur señaló el colmillo rocoso que sobresalía por encima de la reproducción de la ciudad, entre las cúpulas Beta y Gamma.

—¿Qué es eso que se extiende hacia el oeste y el norte? —preguntó Mkvenner.

—Columnas de quemadores —respondió Daur—. Están unidas al condensador

principal por unas tuberías colgantes. Los utilizan para quemar los gases sobrantes del proceso.

Miró a su alrededor.

—¿Todo claro hasta ahora? Vamos a hablar de las zonas de salto. ¿Alguna pregunta de momento?

—Sí —dijo Varl—. ¿Qué decía que estaba haciendo Gaunt?

—¿Han comenzado? —preguntó Gaunt.

—Sí, sí que lo hemos hecho —respondió con voz cansada el comisario Del Mar—. El tiempo es oro, así que hemos adelantado las sesiones media hora.

—No se me ha comunicado.

—Gaunt, ayer me pareció entender que no iba a protestar en este caso.

—He cambiado de idea —contestó Gaunt.

Se subió al estrado y se dirigió hacia la fila vacía de asientos de la defensa.

Cuu, encorvado, esposado y derrotado, se encontraba en el mismo sitio donde Caffran había estado la mañana anterior.

—Acérquese al estrado —dijo Del Mar. Gaunt se aproximó a él y se inclinó sobre la mesa.

—Toleré a duras penas la representación que escenificó ayer con Caffran, Gaunt —le susurró Del Mar—. No puedo creerme que tenga el descaro de aparecer de nuevo hoy. Este fue el supuesto infame que situó en el escenario del asesinato. Es cosa hecha. Usted mismo dijo que había sido él.

—Puede que me haya equivocado. Un momento, por favor.

Antes de que Del Mar pudiese protestar, cruzó a lo largo la tarima y se enfrentó cara a cara con Cuu.

—¿Lo hiciste? —dijo tan sólo.

—¡No, señor! —En los ojos feos y penetrantes de Cuu se podía leer un miedo animal—. Robé oro, oro enemigo, y si se trata de eso, me declaro culpable. Pero yo no he asesinado a nadie. Les aseguro que no.

Gaunt dudó. Luego regresó hasta donde se encontraba Del Mar, se descolgó una pequeña mochila que llevaba al hombro y vació su contenido sobre la mesa del comisario.

Dagas de los Fantasmas, nueve en total, y cada una de ellas estaba envuelta en una bolsa de plasteno.

—¿Qué es esto? —preguntó Del Mar.

—Cuchillos militares. Plata pura, fabricados en Tanith. Algunos están mellados, como puede ver. Cualquiera de ellos podría haber sido el arma del asesinato.

—¿Y por qué debería creerme eso?

—Porque estas armas fueron recuperadas de los cadáveres de una célula del Pacto Sangriento que operaba en los niveles inferiores de la ciudad. Habían conseguido

varios juegos de uniforme de Tanith y estos cuchillos. Estaban utilizando monedas desfiguradas para sobornar a los habitantes de la zona. Las pruebas que le envié: el fragmento de cuchillo, la moneda encontrada bajo la bañera, todo indicaba que había sido Cuu. A menos que se tenga en cuenta la idea de que no todo aquel que se viste como un Fantasma es un Fantasma.

—Me está cabreando de veras, Gaunt —le dijo Del Mar—. No le toleraré todo esto por más tiempo.

—No me importa. Lo único que me importa es mi deber. Existen motivos razonables para pedir que se retiren los cargos contra el soldado Cuu. Tan razonables como los motivos por los que se desestimó el caso de Caffran.

—Le advierto que…

—Mi siquiera lo intente. Sabe que tengo razón.

Del Mar se recostó contra el respaldo de la silla y meneó la cabeza.

—¿Y qué pasa con el anciano? ¿El testigo?

—Le enseñé una fotografía de Cuu y tampoco lo reconoció.

—Ya veo. Es decir, que el Fantasma que la gente vio, el que sin duda asesinó a Onti Flyte…

—Era un soldado del Pacto Sangriento disfrazado de Fantasma. Sí.

Del Mar lanzó un suspiro.

—Duda razonable —dijo Gaunt.

—Maldita sea, Gaunt.

—Señor, ¿podemos acabar con esto para que yo pueda regresar a mis verdaderas tareas? —le respondió Gaunt acentuando con sarcasmo la palabra «verdaderas».

—¿Admite que saqueó?

—Sí, señor.

—Entonces, que sea azotado. Caso cerrado.

Gaunt no se quedó para ver cómo se cumplía la sentencia. Se encontró con Hark, que llegaba presuroso, justo cuando él bajaba la escalera de la Cámara de Justicia. Parecía cansado, con los párpados hinchados todavía por la falta de sueño, y estaba intentando alisarse el cabello encrespado con los dedos.

Hark se detuvo en seco cuando vio a Gaunt.

—¿Señor?

—Ya acabó todo. Cuu ha sido declarado inocente del asesinato.

Hark se puso a su paso mientras salían al patio.

—Me… me habría gustado que me hubiera tenido informado, señor.

—¿Informado, Viktor?

—De que había cambiado de opinión respecto a la culpabilidad de Cuu.

Gaunt le miró.

—Fue una decisión de última hora. Pensé que te gustaría. Entre los dos, entre el ayatani Zweil y tú, lleváis días machacándome sobre que sea justo con los verghastitas. Y teníais razón. Un popular Fantasma de Tanith tiene problemas, y

muevo cielo y tierra para sacarlo del follón. Un Fantasma menos popular, y de Verghast, tiene problemas, y dejo que se las apañe solo. No me atrevo a pensar lo que le hubiera sucedido a la moral de los verghastitas si no hubiera acudido a defender a Cuu esta mañana.

—Me ha gustado eso, señor. Por alguna razón, parece haber favorecido a los de Tanith hasta ahora. Incluso sin creer que lo estuviese haciendo.

—El capitán Daur ya me ha mencionado el asunto de un modo directo, y me alegro. —Se paró de repente y se giró hacia Hark—. Aun así, Viktor, pareces… molesto.

—Como ya he dicho, señor, me habría gustado que me hubiera dicho que iba a defender a Cuu. Podría haberle ayudado.

—Me las apañé bien.

—Por supuesto, pero podría haber hecho el trabajo de campo, haber organizado las pruebas. Para eso estoy.

Gaunt alzó una mano y el conductor del coche de mando que le había sido asignado puso en marcha el motor y cruzó el patio para recogerlo.

—Supongo que podrías haber hablado con los testigos. Probablemente hubieras preferido hacerlo en persona y a solas, en vez de dejármelo a mí.

—¿Señor?

—Fui a visitar al señor Absolom, Viktor. Después de todo, había visto al asesino. Tenía que asegurarme de que no reconociera a Cuu. El señor Absolom es una persona encantadora. Un veterano del servicio militar, ¿verdad? Haría cualquier cosa por la Guardia Imperial. Sobre todo si un comisario persuasivo va a verle y lo convence de que es su deber.

La mirada de Hark se ensombreció.

—Me pidió que me asegurara de que a Caffran lo declaraban inocente.

—Y eso se podía lograr con un testigo clave, ¿verdad? Por supuesto, Absolom no reconoció a Cuu. Pero tú ya sabías eso. No podría reconocer a nadie… porque no vio al asesino ni de lejos, ¿verdad, Viktor?

Hark apartó la mirada.

—Supongo que quiere mi dimisión del regimiento —dijo con amargura.

—No. Pero quiero que aprendas algo de todo esto. No incumpliré la ley imperial. Habría sido mejor que Caffran hubiera ido al paredón, aunque fuese inocente, que lo soltaran por una mentira. Viktor, a menudo se piensa que los comisarios son arteros, retorcidos. Esa reputación está justificada. Son animales políticos que utilizan todos los trucos de la política para conseguir su objetivo. Yo no soy así, y nunca lo permitiré en ninguno de los hombres bajo mi mando. Podrías ser un oficial ejemplar. Bueno, mi ingenua concepción de lo que es un oficial ejemplar. No te rebajes a utilizar esos métodos de nuevo, o te echaré de mi regimiento y del Comisariado a toque de tambor. ¿Nos entendemos?

Hark asintió. Gaunt entró en el coche y se marchó por la puerta.

Hark se quedó mirando cómo se iba.

—Ingenuo. Tú mismo lo has dicho.

Gaunt se subió a una caja de munición vacía que había llevado Beltayn. Elevó la voz, y aquel sonido silenció a los hombres reunidos alrededor del barracón principal.

—Hombres de Tanith. Hombres de Verghast. Fantasmas. Se ha dado la orden. Si el tiempo lo permite, atacaremos Ouranberg al amanecer del día 226. Preparaos para cumplir con vuestro deber hacia el Emperador. Eso es todo.

Gaunt pensó, mientras se bajaba de la caja y se ponía la gorra, en la información que tenía y que no había podido dar a conocer. Para cuando el ataque comenzase, las escuadras de la operación Larisel llevarían infiltradas en Ouranberg más de veinticuatro horas.

Si el Emperador lo permitía.



EL SALTO

Ouranberg, Fantine, 224.771, M41

Nunca, nunca, nunca más, por Feth.

Soldado Larkin, francotirador del segundo equipo.
Primero de Tanith

Justo después de medianoche, en la primera hora del 224, unas tormentas procedentes de la Escaldadura se alzaron como ciclones en los océanos de nubes al norte de Cirenholm. Unos cinturones de fuego incandescente y de colores discordantes, de varias docenas de kilómetros de largo, restallaron en los límites superiores del cielo, y las auroras boreales giraron y brillaron en volutas intranquilas y fantasmales.

La visibilidad aérea y los sensores de largo alcance quedaron reducidos a una operatividad de menos de cinco kilómetros. Las columnas de cenizas en ascensión ocultaron las estrellas. El venenoso corazón de Fantine se rebelaba con ferocidad contra la noche.

Las tormentas habían sido predecidas por los auspexs de largo alcance de la Armada y por los agitados sentidos de los astrópatas de la fuerza de combate. Aquello era exactamente lo que habían estado esperando los tácticos.

Los dirigibles Céfiro y Trenchant habían llegado a sus posiciones bastantes horas antes de la medianoche. Se mantenían a la espera, envueltos en un inmenso grupo de estratocúmulos de cuarenta kilómetros de largo, en una zona tranquila del cielo llamada las Corrientes de Sotavento, justo en el centro de una gran zona aérea desértica conocida como la Cuenca Continental del Oeste.

El almirante Ornoff ordenó el lanzamiento desde la cubierta de vuelo del dirigible Céfiro.

Ornoff había utilizado de forma hábil los dirigibles en su táctica de constantes ataques nocturnos. Al lanzar las oleadas de bombarderos desde aparatos de transporte situados en distintos puntos cada vez, se aseguraba de que las defensas de Ouranberg nunca supieran desde dónde iba a llegar el siguiente ataque. Las escuadrillas de cazas enemigos buscaban los dirigibles durante el día, con la esperanza de encontrarlos antes que pudieran soltar las oleadas de bombarderos, pero la Cuenca Continental del Oeste era inmensa, y Ornoff utilizaba los colosales cumulonimbos producidos por las tormentas habituales de la Escaldadura como cobertura.

El ataque nocturno del 224 se iba a aproximar a Ouranberg desde el sudeste, y recorrería una distancia hasta el objetivo de unos trescientos cuarenta kilómetros. Utilizarían las corrientes de la Cuenca Continental del Oeste para aumentar su velocidad, y se ceñirían al vacío ultravioleta donde la troposfera se convertía en la estratosfera.

La fuerza incursora constaría de unos seiscientos aparatos, incluidos los cazas Lightning y los Thunderbolt de escolta de la Armada. Treinta Marauders de la Fuerza Aérea de Fantine, pintados de gris mate, actuarían como guías, avanzando por delante de la formación principal para iluminar el objetivo con minas destellantes y munición incendiaria. Seis minutos después, aparecería una oleada masiva de más de trescientos bombarderos pesados. La mayoría de ellos serían los desgarbados Magogs de seis motores, pintados de negro antirreflectante. El Magog era un aparato de tipo atmosférico impulsado por hélices que llevaba en servicio desde hacía siglos, pero la oleada de bombarderos también incluía dos docenas de Behemoths, los

impresionantes y antiguos gigantes del Mando de Bombardeo de Fantine.

Detrás de la primera oleada llegaría la segunda, compuesta por Marauders, ya fuesen de la Armada Imperial o de los escuadrones regimentales urdeshitas. La pintura de camuflaje verde moteada de los primeros los distinguían del esquema de pintura de dos tonos, panza plateada y cubierta superior *beige*, de los segundos. Los setenta aparatos iban cargados con bombas rellenas de combustible inflamable al contacto con el aire.

La tercera oleada estaba compuesta por casi doscientos aparatos. Eran más Magogs, además de veinte Marauders urdeshitas de la clase Destroyer y de treinta Shrikes de Fantine. Estos Marauders, lo mismo que los antiguos Shrikes de alas invertidas y motor a reacción, eran especialistas en el bombardeo en picado, y acabarían la incursión encargándose de efectuar pasadas en vuelo casi rasante y de atacar puntos precisos de una zona que, para entonces, ya debería haber sido tremendamente castigada.

Como parte de la segunda oleada, iban cuatro Marauders de Fantine pintados de azul, y no llevaban ninguna bomba. Larisel 1, 2, 3 y 4.

Kersherin y los demás especialistas aerotransportados comprobaron el equipo de todos y cada uno de los Fantasmas, desde los cordones de las botas hasta los cierres de los bolsillos, con lo que habría parecido una atención demasiado obsesiva si no hubiese sido porque la tensión era muy elevada.

Cada miembro de la operación Larisel llevaba una versión modificada del uniforme de Tanith habitual. En vez de la ropa interior corriente, llevaban puestos unos trajes enterizos de seda con una capa de caucho que actuaban tanto como un aislante contra el frío extremo del exterior como una protección frente a la corrosiva atmósfera. Por encima de eso llevaban la camisa negra de Tanith, los pantalones y un chaleco, y sobre todo lo anterior, un chaquetón de salto de cuero con cremallera que les llegaba hasta las caderas y que estaba reforzado con una capa de cota de malla. Las piezas ligeras del equipo, que normalmente se hubieran llevado en una mochila o en un morral, habían sido distribuidas por los bolsillos de las camisas y de los chalecos, y el chaquetón cerrado cubría todo el equipo. Luego se pusieron los guantes y las botas, y por último, apretaron las muñequeras de los brazos y las polainas de las botas para lograr un aislamiento completo.

Para entonces, los Fantasmas estaban sudando por el calor bajo el pesado y poco habitual equipo. Alzaron los brazos cuando les colocaron varias cinchas como tirantes en el cinturón y en los costados. Las cinchas tenían morrales pequeños a la altura de la cadera para poder meter equipo adicional, y presillas para sujetar linternas, bengalas, un rollo de cuerda, una pistola láser de cañón corto, un cuchillo de sierra y el cuchillo Tanith. Sus capas de camuflaje estaban enrolladas y apretadas con una redecilla alrededor de un paquete que contenía granadas y cargas de demolición cilindricas, y todo ello había sido metido en un macuto alargado que se amarraba horizontalmente a las cinchas exteriores y que se encontraba a la altura de

la ingle. Los botiquines, las raciones de comida y los cargadores de energía para los rifles y las pistolas láser iban metidos en las bolsas sujetas a los muslos.

No todos llevaban un rifle láser. Aparte de los cuatro francotiradores con sus variantes de cañón largo metidas en sus fundas portafusil, Milo, Cocoer, Meryn y Varl iban armados con los UJ90. La munición sólida ocupaba mucho más espacio, así que aunque los cuatro llevaban cargadores de repuesto en las bolsas de los muslos para las armas de los demás miembros de los equipos, el resto de los Fantasmas iban cargados con una bandolera repleta de cargadores con forma de tambor. Los cuatro U90 llevaban cargadores más pequeños con una capacidad de veinticinco proyectiles, pegados con cinta adhesiva al arma. Los cargadores de tambor de mayor capacidad que llevaban en las bandoleras eran demasiado voluminosos para saltar con ellos. Los cañones en miniatura, lo mismo que los rifles láser, tenían tapadas las bocas de las armas con tapones de cera para impedir que se obturaran al posarse en el suelo.

Se pusieron pintura de camuflaje en la cara, y los microtransmisores en los oídos, y efectuaron una última comprobación. Después se colocaron sus gorros de lana y prepararon los cuellos del chaquetón para ponerse los cascos. Varl besó el aquila de plata que llevaba colgando de una cadena al cuello antes de meterla de nuevo debajo de su camisa y cerrar la cremallera del chaquetón de vuelo.

Los cascos eran de acero negro con visores integrados. En su interior tenían una correa de cuero para ajustársela en la barbilla. También tenían una proyección de tela que salía del reborde del casco, se metía por debajo del cuello del chaquetón de salto y se cerraba con una cremallera. Una botella de aire presurizado, sujeta a las cinchas del pecho, les proporcionaría oxígeno durante el descenso.

Por último, les colocaron las mochilas de salto en la espalda, les apretaron las correas de sujeción y las pusieron en marcha para comprobar su funcionamiento. Los seguros fueron comprobados de nuevo. Kersherin rezó una plegaria breve pero muy sentida por todos ellos.

Apenas veían nada, y podían oír mucho menos, excepto el chasquido de los comunicadores. Les era difícil caminar con tanto peso, y arrastraron los pies de un lado a otro para entrechocar las palmas de las manos con torpeza y desearse suerte mutuamente.

En cuanto los cuatro soldados aerotransportados de Fantine estuvieron preparados, una operación en la que se tardó mucho menos tiempo, todos fueron acompañados por las dotaciones de tierra hasta la cubierta de vuelo número cinco del Trenchant, donde estaban los cuatro Marauders, y les metieron dentro.

—¡Feth! —oyó Milo quejarse a Adare—. Ya he tenido bastante y acabamos de empezar.

A los Marauders que iban a utilizar para el salto les habían retirado todas las bombas y las demás armas, excepto los cañones del morro, para la misión. La tripulación necesaria habitualmente era de seis miembros, incluidos los artilleros,

pero para la operación sólo iban dos, un piloto y un navegante, que les llevarían a todos. Los cañones del morro eran controlados por el piloto, y el navegante coordinaría el descenso con el oficial del regimiento aerotransportado de Fantine. La tripulación ya se encontraba a bordo, en su cabina de mando, situada por encima del compartimento principal del fuselaje, y estaba realizando las últimas comprobaciones y verificaciones.

Los miembros de la escuadra dejaron todo el pesado equipo sobre el suelo desnudo del compartimento.

El lanzamiento transcurrió sin problemas. Ornoff se tomó aquello como un buen augurio. Uno de los Magog regresó casi enseguida e informó que tenía un problema con los soportes de las bombas, y otro abortó la misión quince minutos después comunicando que había sufrido un fallo grave en sus instrumentos de navegación. El primero aterrizó sano y salvo en una de las cubiertas de vuelo del Céfiro. El otro, que probablemente volaba a ciegas, no logró encontrar a los dirigibles y siguió volando hacia el este, hacia las nubes ardientes. Nunca se le volvió a ver.

Un ataque con sólo dos aeronaves abortadas. Era la mejor secuencia que habían logrado tener desde que habían comenzado a bombardear Ouranberg. Ornoff, situado en el puente de mando del Céfiro, sintió que su confianza aumentaba. Llamó al eclesiarca jefe del dirigible y le ordenó que celebrara un servicio de acción de gracias improvisado.

El viaje fue mucho más ruidoso, frío y agitado que ninguno de los que los Fantasmas habían experimentado en las naves de desembarco sobre Cirenholm. Estaban a mucha mayor altitud y volaban a mucha mayor velocidad. Pasó poco tiempo tras el brusco despegue, cuando descendieron la temperatura y la presión del interior de la nave y empezaron a formarse capas de hielo sobre las superficies metálicas, antes de que los Fantasmas comenzaran a agradecer las diferentes capas de ropa que llevaban encima.

Había mucho que ver, lo que era sorprendente teniendo en cuenta que la aeronave tenía pocas portillas de observación y que tenían la cabeza metida en un casco cerrado. La placa de imágenes del oficial encargado de soltar la munición estaba encendida en todos los Marauders y llenaba el oscuro vacío de cada compartimento con un brillo verde esmeralda frío mostrando una imagen detallada de la formación atacante.

Varl, que iba en Larisel 1, avanzó un poco, luchando con el peso que llevaba encima. Encendió su comunicador y llamó por gestos a Unterrio, el nativo de Fantine que iba a bordo, y que estaba ajustando la placa de imágenes.

—¿Esas son las oleadas de bombarderos?

—Sí —le respondió Unterrio. Incluso utilizando el comunicador, casi tuvo que gritar para que se oyera su voz por encima del ruido de los motores y el constante rugido del viento—. Nosotros estamos en esta banda.

Varl miró más de cerca, intentando enfocar la vista a través de las placas de cristal de los visores. Se dio cuenta de que cada banda borrosa que aparecía en la placa estaba compuesta en realidad por cientos de puntitos individuales, y que cada uno iba acompañado de un número.

—Cada aparato posee un transponedor identificador —le explicó Unterrio—. Nos ayuda a identificar antes al enemigo. Hubo una época en que los cazas enemigos se infiltraban entre las oleadas de bombarderos y se tomaban su tiempo, moviéndose en el interior de las formaciones y escogiendo sus objetivos. Hoy en día, si no tienes un código identificador, eres un pato de feria.

—Entiendo —dijo Varl.

Miró a su alrededor dentro del compartimento y vio que los demás miembros del primer equipo, Banda, Vadim y Bonin, estaban escuchando y mirando con interés.

—¿Cuáles son los otros aparatos de la misión? —le preguntó Vadim por el comunicador.

Unterrio alzó una mano y señaló varios puntos.

—Este es Larisel 4, el sargento Mkoll. Esta es la nave del sargento Adare, Larisel 3. Aquí, casi escondido por el código de este Marauder de la Armada… este es Larisel 2, el pájaro del cabo Meryn.

A Varl le costó un poco comprender el sentido de imagen. Por lo que parecía, los cuatro aparatos usados en el salto estaban distribuidos a lo largo de la oleada de bombarderos.

El Marauder dio un salto en el aire, y los motores parecieron bajar de ritmo y toser.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Varl por el comunicador con un tono de voz seco y duro.

—Una turbulencia —contestó Unterrio.

El especialista Cardinale, a bordo del Larisel 3, estaba ofreciendo una explicación semejante de los códigos que aparecían en las placas a Milo y Doyl. Nessa y Adare, quizá resignados a verse aislados sin piedad del mundo exterior, estaban jugando una partida de piedra, papel, tijera. Sus risitas resonaban en el canal de comunicación mientras sus manos con gruesos guantes efectuaban los repetitivos gestos del juego.

Larkin deseaba que hubiera una ventana por la que mirar al exterior, pero no la había. Estaba sentado en el suelo desnudo del compartimento de Larisel 2, mirando a los demás. Kersherin estaba estudiando la placa de dirección de puntería. Kuren y Meryn estaban charlando. Mkvenner parecía dormido.

—¿Cuánto falta? —le preguntó Larkin a Kersherin.

—Cuarenta minutos —le contestó el oficial de Fantine.

El sargento de exploradores Mkoll no había nacido para volar. Aun así, no se había negado a la decisión de escogerle para aquella misión. Mkoll no hacía cosas semejantes. Y sabía que cuando llegara el momento y se encontrara sobre el objetivo, él sería el individuo más apropiado para la misión.

Pero lo de volar… Aquello era una pesadilla endemoniada. Nunca había estado más arriba de las ramas superiores de un árbol nal hasta que Gaunt había sacado a los Fantasmas de Tanith. Los viajes espaciales, a los que, al igual que Corbec, odiaba, al menos no parecían un verdadero vuelo.

Aquello era mucho peor. La vibración, la furia de los elementos golpeando la aeronave. Era como si el aire no quisiera que olvidase que estaba a ocho kilómetros de altura gracias únicamente a sus caritativas capacidades físicas.

Y la espera. Eso era la muerte de la mente. Esperar a la acción. Esperar ese momento permitía que los miedos crecieran. Le daba tiempo a un soldado a preocuparse por el combate que se avecinaba. La lucha podía ser infernal, pero al menos era contra enemigos de carne y hueso, gente contra la que podías disparar. Los enemigos en aquel momento eran el miedo y el tiempo, la imaginación y la turbulencia… y el frío.

Mkoll se sentía enfermo. Odiaba la espera casi tanto como el peso que se veía obligado a llevar encima. No estaba completamente convencido de poder levantarse cuando llegara el momento y lo llamaran para saltar.

Miró a su alrededor, en el compartimento de Larisel 4.

Babbist, el soldado de Fantine, se estaba peleando con la pantalla de la placa. No hacía más que parpadear y moverse arriba y abajo, sin mostrar otra cosa que no fuera un borrón de color verde. Mkoll pensó que se debía a unos tubos defectuosos. Si Babbist no conseguía arreglarla, tendrían que aproximarse a ciegas.

Cocoer y Nour estaban recostados contra la pared, como si estuvieran dormidos. Nour probablemente lo estaba. Él se desconectaba del mundo que le rodeaba de ese modo en el intervalo de tiempo que precedía al combate. Rilke, el francotirador del grupo, nervioso y ya cargado de adrenalina, estaba limpiando y montando de nuevo el mecanismo de disparo de su rifle láser largo, acostumbrándose a manipularlo con los gruesos guantes. A Mkoll le hubiera gustado poder agarrarle y decirle que parara, pero sabía que tan sólo era una táctica para enfrentarse a la espera.

Encendió su comunicador y se inclinó hacia él.

—Rilke, ¿estás bien?

—Sí, claro que sí —contestó el francotirador mientras sus manos repetían una y otra vez el mismo proceso—. Bueno, lo cierto es que tengo un miedo de narices, sargento. No paro de tener ganas de vomitar, pero sé que no puedo hacerlo con este visor.

—Eso sería horrible —dijo Mkoll mostrándose de acuerdo.

Oyó reírse a Rilke.

—Hago esto sólo para mantener la mente ocupada y no pensar en las náuseas —añadió Rilke alzando la placa de disparo por un momento antes de montarla rápidamente de nuevo—. ¿Cómo aguanta esta espera, sargento?

—Me quedo mirándote —le dijo Mkoll.

Un contacto no identificado apareció brevemente en sus pantallas a unos treinta minutos de su objetivo, y diez de los cazas de escolta se abrieron hacia el sur para descubrir qué era.

—Probablemente tan sólo se trata de una llamarada muy fuerte de la Escaldadura —le dijo Unterrio a los Fantasmas—. Todo va bien.

El Marauder saltó de nuevo con fuerza en el aire. Ya era la quinta o la sexta vez que lo hacía en el transcurso del vuelo. Los demás no parecían percatarse ya de aquellos saltos, pero Bonin estaba convencido de que no se trataba de una turbulencia. El agudo recelo que Mkoll le había inculcado a Bonin y a todos los exploradores de Tanith estaba lanzándole toda clase de avisos a su cerebro.

Se puso en pie, lentamente, y caminó con pasos pesados hasta los estrechos peldaños que llevaban a la cabina de mando. Unterrio estaba inclinado sobre la placa de imágenes con Varl, y levantó la vista cuando Bonin pasó arrastrando los pies. Era evidente que no le gustaba que se estuviera moviendo por el compartimento, pero no tanto como para decirle que se estuviera quieto.

Bonin levantó los ojos y miró a la tripulación. Parecían estar esforzándose por controlar los mandos.

—¿Algún problema? —preguntó por el comunicador.

—No —le respondió el piloto—. Ninguno en absoluto.

Bonin creyó reconocer la voz.

—¿Está seguro?

—¡Sí! —contestó con brusquedad el piloto, que giró la cabeza para mirarle.

No se podía ver mucho rostro a través del visor de la máscara de presurización, pero Bonin reconoció los ojos de la comandante Jagdea.

—Hola —le dijo.

—Soldado explorador Bonin —contestó ella.

—¿No estaba herida?

—Me trataron y soldaron la rotura, y tengo todo el brazo envuelto por un cabestrillo de presión. De todas maneras, se puede pilotar un Marauder con una sola mano. No es como un Lightning.

—Lo que usted diga. Siempre que esté bien. ¿Se ofreció voluntaria para esta misión?

—Sí, pidieron voluntarios.

—Debemos gustarle —se aventuró a decir Bonin. Ella no respondió—. Los motores no deberían estar haciendo eso, ¿verdad?

Ella se giró para mirarle de nuevo.

—No, no deberían, ¿vale? Tenemos un problema de fallo de encendido. Pero no pienso permitir que eso afecte a la misión. Les llevaré hasta allí.

—Estoy seguro de que lo hará —le dijo Bonin.

La suerte de la oleada de bombarderos se mantuvo hasta que casi tuvieron a la vista Ouranberg. A unos diez kilómetros de la ciudad, las tormentas procedentes de la Escaldadura desaparecieron de repente y se hundieron con sus fuegos en los estratos inferiores de la atmósfera, dejando el cielo despejado y limpio.

Las defensas de Ouranberg detectaron a los bombarderos de forma casi inmediata. Los cazas enemigos se les echaron encima dos minutos más tarde.

Las aeronaves atmosféricas cruzaron la oleada de bombarderos a toda velocidad, de norte a sur. Dos Magogs acribillados y en llamas cayeron directamente en picado hacia la Escaldadura. Un Marauder de la Armada dejó de existir como aeronave y se convirtió en una ventisca de metralla y de gas en explosión.

Los aparatos enemigos viraron para efectuar otra pasada, y se encontraron de frente con la escolta de cazas imperiales. Milo pudo ver a través de la estrecha ventana del compartimento las ráfagas de proyectiles trazadores y las brillantes explosiones recortadas contra las nubes.

Un tremendo resplandor alumbró de repente el interior del aparato procedente de la cabina de mando.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Adare.

—Los guías acaban de iluminar el objetivo —les anunció el piloto—. Cinco minutos. Vayan a prepararse para saltar.

Todos los Fantasmas se esforzaron en ponerse en pie. Cardinale recorrió la fila desenchufando los tubos de oxígeno que los habían mantenido conectados al suministro de aire de la aeronave, y les colocó los tubos que salían de sus propias bombonas de oxígeno.

—Estáis utilizando vuestras botellas, ahora —les dijo por el comunicador. Ellos asintieron para mostrar que le habían entendido.

Luego recorrió la fila de nuevo, abrió las placas posteriores de las mochilas de salto y pulsó los controles que ponían en marcha el artefacto. El empuje antigravitatorio, un alivio para sus espaldas, comenzó a funcionar. El rugido exterior era tan fuerte que ni siquiera podían oír las turbinas de las mochilas que llevaban a la espalda.

Cardinale desconectó su tubo de oxígeno del avión y se colocó el autónomo. Después le dio la espalda a Nessa para que ella pudiera poner en marcha los sistemas de su mochila de salto. Doyl se acercó a la escotilla posterior y puso la mano sobre la palanca de apertura. Todos se quedaron mirando la pantalla.

La primera oleada principal comenzó a sobrevolar la enorme mole de Ouranberg, que ya estaba iluminada por los incendios provocados por las bengalas y por las bombas llenas de combustible. Los Magogs surcaron lentamente el aire y empezaron a dejar caer bombas desde sus panzas. Unos resplandores restallantes surgieron de cada columna siseante de fuego.

Los cazas, tanto los de un bando como los del otro, danzaban de un lado a otro por encima y alrededor de la oleada de bombarderos en un combate feroz guiado principalmente por modar. Las baterías terrestres ya habían abierto fuego a plena potencia. Los diseños florales de la munición antiaérea decoraron el aire. Los cohetes salieron disparados y subieron como centellas. Los proyectiles trazadores de las baterías Hydra cruzaron silbando el aire.

Uno de los Magogs voló en pedazos, y una de sus barquillas motoras cayó en picado envuelta en llamas con la hélice sin dejar de dar vueltas. Otro quedó centrado en los focos de luz y fue machacado con proyectiles antiaéreos hasta que se deshizo. Uno de los Behemoth, impactado en la base del ala por un cohete, se desplomó lentamente, envuelto en llamas, hacia la ciudad, y se estrelló contra el borde la cúpula Beta, provocando una explosión que envió una llamarada de quinientos metros hacia el cielo.

Otro recibió un impacto directo en la panza justo cuando estaba abriendo la compuerta para soltar las bombas. La explosión se llevó por delante a los aparatos que iban a su lado.

A una indicación de Babbist, Nour abrió la compuerta lateral de Larisel 4. Un viento con la fuera de un tifón entró y los azotó, haciéndolos tambalearse. Nour se echó hacia atrás cuando vio que el Marauder de la Armada que volaba a su lado estallaba y se desviaba hacia ellos.

El aparato impactado, del que salían unas tremendas llamaradas por detrás de la cabina, pasó a escasos metros de ellos en su descenso, y la columna de humo que iba soltando formó una espiral a medida que aumentaba la velocidad y se precipitaba a su destrucción.

Lo único que Nour pudo ver en una fracción de segundo, justo antes de que el Marauder desapareciera por debajo de ellos, fue al piloto y al artillero de proa golpeando el perspex de sus cubiertas en un intento desesperado por romperlas y escapar del fuego que invadía el espacio que ocupaban.

—Listos para el salto —gritó Mkoll.

Nour se estremeció. No podía apartar de su mente la imagen del piloto envuelto en llamas golpeando con desesperación la cabina.

—Listo.

Babbist ayudó a Cocoer y a Rilke a llegar hasta la escotilla.

Las zonas de aterrizaje para Larisel habían sido escogidas con cuidado. Larisel 1, el grupo de Varl, iba a posarse en los condensadores principales de vapor, mientras que Larisel 4, el equipo bajo el mando de Mkoll, caería sobre los habitáculos de los

operarios de los condensadores al noroeste del punto anterior. La zona objetivo de la unidad de Adare, Larisel 3, eran los condensadores secundarios de vapor, y Larisel 2, bajo la dirección de Meryn, saltaría sobre la cúpula Beta.

La metralla antiaérea se abalanzaba sobre ellos procedente de la ciudad. La primera oleada de Magogs había machacado la cúpula Beta. El dibujo creado por los incendios palpitaba bajo ellos en puntos aislados o en racimos de llamaradas. Las deflagraciones al rojo blanco aparecían y se alzaban en mitad de la noche, y las explosiones secundarias sacudían las cúpulas.

—¡Fuera! —gritó Cardinale.

Milo saltó del Marauder. Un tremendo viento de costado le impactó de manera inmediata, una ráfaga inmensa que le hizo dar vueltas sobre sí mismo una y otra vez. Siguió dando volteretas aturdido, y cayendo. Apretó el botón rojo. No sucedió nada.

—Relájate, poco a poco… —le dijo Cardinale por el intercomunicador, aunque apenas audible por encima del rugido del viento.

Ouranberg estaba subiendo hacia él con mucha rapidez, y con mucha fuerza. Milo tironeó de la palanca de control. En el entrenamiento todo había salido bien y sin problemas, pero nada lo podía haber preparado para aquella clase de viento de costado. Lo estaba arrastrando fuera de la zona de aterrizaje.

Milo vio a Nessa y a Adare pasar por debajo de él, con las extremidades desplegadas y controlando sus impulsores. Se deslizó tras ellos, con el viento azotándole la máscara.

La vasta cúpula gris claro del condensador secundario se alzó por delante de él. Ella sola tenía el tamaño de una pequeña ciudad.

Descendió hacia allí.

Larkin se desmayó cuando saltó por la escotilla. Se debió en parte al miedo, y en parte a la tremenda bofetada del viento de costado. Se despertó, sintió que todo su cuerpo vibraba y no vio nada más que una densa oscuridad.

—¡Larkin! ¡Larkin!

Se dio cuenta de que estaba cayendo de espaldas. Se esforzó por darse la vuelta y ponerse derecho, y forzó los mandos de la mochila de salto de tal modo que salió disparado hacia arriba como un corcho en el agua. El viento era un aullido rugiente que le azotaba los oídos. No vio señal alguna de Mkvenner, de Kersherin, de Kuren o de Meryn. La silueta herida y machacada de la cúpula Beta relucía con centenares de fuegos. Intentó encontrarle el sentido, intentó encajar lo que veía con las imágenes de la ciudad y de la zona de aterrizaje que había memorizado cuidadosamente.

En ese preciso instante vio a Meryn, que pasó a veinte metros por su izquierda, con un aspecto tenso e incómodo, pero manteniendo al menos el control del aparato. Apretó la empuñadura y avanzó en pos de su sargento.

Larisel 1 estaba a dos minutos de su zona de salto, retemblando a causa de los disparos antiaéreos, cuando sus motores fallaron definitivamente. Jagdea les ordenó que saltaran mientras se esforzaba por mantener elevado el morro del aparato todo el tiempo que pudiera. Saltaron Vadim, Unterrio, Banda y Varl. Bonin dudó, y subió por la escalera que llevaba a la cabina de mando. El Marauder había comenzado a estremecerse con una fuerza tremenda.

—¡Vamos! —gritó—. ¡Fuera! ¡Los dos tenéis paracaídas! ¡Vamos!

Jagdea lo apartó de un empujón. Fuera, justo delante de la cabina, se produjo un gran resplandor, y la metralla lanzó trozos de metal y fragmentos de cristal contra ellos. Bonin no tuvo que mirar para saber que el copiloto estaba muerto.

—¡Jagdea! —aulló al mismo tiempo que la agarraba.

El Marauder entró en pérdida y cayó, dándose la vuelta mientras se desplomaba en un picado definitivo. Bonin acabó en el techo de la cabina de mando, medio asfixiado por el arnés de su mochila de salto.

Jagdea luchó contra la creciente fuerza de gravedad provocada por la maniobra de la aeronave y tiró de una palanca que hizo estallar las pequeñas cargas explosivas integradas en la estructura de la cubierta de la cabina de mando. La dañada cubierta salió despedida por completo. Jagdea se desabrochó su arnés de sujeción y tiró de Bonin con fuerza, haciéndolo bajar hasta la cabina. La fuerza del viento se encargó del resto y los sacó del aparato que caía, lanzándolos al aire.

—¿Estamos sobre el objetivo? —preguntó Mkoll.

—¡No lo sé! —le replicó Babbist.

—¿Estamos sobre el objetivo?

—¡El puñetero apuntador está desalineado! —le gritó Babbist mientras se esforzaba para que la imagen parpadeante e inestable se quedara fija.

—Vamos a pasamos de largo si no vamos con cuidado —dijo Nour.

—¡Saltamos, saltamos ahora mismo! —decidió Mkoll.

—Pero… —empezó a decir Babbist.

—¡Saltamos ahora!

Mkoll se acercó hasta la escotilla.

—¡Vamos! ¡Alineaos para saltar!

Oyó una sacudida extraña, como algo que le hubiera hecho palpitar el oído interno. Mkoll se balanceó y miró a su alrededor. Vio un agujero humeante en el punto del suelo del compartimento por el que había entrado un proyectil trazador de gran calibre que había matado a Babbist en el acto en su trayectoria hacia el techo. Nour había caído derribado, y Rilke y Cocoer estaban intentando ponerle en pie.

—¡Vamos! —gritó Mkoll.

Una lluvia de chispas lo cegó. Más proyectiles trazadores comenzaron a atravesar el compartimento, agujereando el fuselaje del aparato. Oyó a Nour y a Rilke gritar.

—¡Va a estallar! ¡Va a estallar! ¡Va a estallar!

Varl se posó con mucha más fuerza de la que hubiera deseado, y se quedó tumbado por un momento sobre una sección de placa de tejado reforzada, sin aliento y dolorido. Unterrio apareció a su lado y lo ayudó a levantarse agarrándolo por las manos.

—Feth —dijo Varl.

Estaban sobre el tejado de una factoría adyacente al condensador principal de vapor, en una de las partes más altas de Ouranberg, con tan sólo las chimeneas del condensador y la cima del Pico Ouran alzándose por encima de ellos. El cielo brillaba con la tremenda furia de las llamaradas, pero al parecer, el bombardeo ya se alejaba.

Banda se había posado sobre una sección de tejado adyacente a la de ellos, y mientras se acercaban al lugar para reunirse con ella, utilizando el poder de empuje de las mochilas de salto y avanzando como si estuvieran brincando sobre grandes muelles, oyeron a Vadim llamarlos con urgencia por el intercomunicador.

Unterrio divisó al joven verghastita por encima de ellos, en una pasarela de inspección de un cañón de chimenea. Estaba señalando al cielo.

—¡Allí! ¡Allí! —les dijo.

Varl miró hacia arriba. No tenía muy claro qué era lo que debía ver, pero se dio cuenta de lo que la aguda vista de Vadim ya habían descubierto. Un Marauder, a un kilómetro y medio de distancia más o menos, que estaba virando hacia el sur. Debía de ser la aeronave de Mkoll, Larisel 4, que estaba realizando su pasada sobre los habitáculos del condensador.

Fue entonces cuando se percató de que estaba envuelto en llamas.

—Feth, será mejor que… —empezó a decir.

El Marauder estalló en mitad del cielo. Una gran esfera de luz blanca se expandió por el aire antes de desaparecer por completo.

Mkoll, Rilke, Cocoer, Nour… muertos. Hombres vitales, amigos…

Todo un equipo había sido aniquilado antes siquiera de poder comenzar la operación.



LARISEL Y NUBE NEGRA

El ataque a Ouranberg,
Fantine, 224 a 226.771, M41

A lo largo de todo el entrenamiento de especialista, todos tuvimos esa sensación de confianza, como si el amado Emperador estuviese con nosotros en todas las cosas. Luego nos vimos en tierra, con Mkoll y todos los suyos muertos, y empezamos a darnos cuenta de que no teníamos ninguna oportunidad.

Brin Milo, soldado del tercer equipo,
Primero de Tanith.



UNO

Tenían que salir de la zona de los tejados con rapidez. Unas gruesas columnas de humo negro procedentes de la combustión de los productos petroquímicos y de las bombas incendiarias cubrían casi por completo las estructuras superiores del condensador secundario de vapor y se dirigían hacia ellos.

El humo estaba saliendo a grandes bocanadas de la ciudad principal, impelido por los poderosos vientos de aquella elevada altitud, y, como si el mismo Dios Emperador los estuviese protegiendo, los había escondido en la última parte de su descenso.

Pero desde el mismo momento en que estuvieron sobre el tejado, Doyl se dedicó a escrutar la zona. Había seis torres de defensa en las cercanías, y todas ellas tenían un buen ángulo de tiro sobre el tejado en el que habían caído, con o sin humo.

Los cinco miembros de Larisel 3 se apresuraron a ponerse a cubierto detrás de una torre de ventilación, y se agazaparon allí. Nadie había efectuado disparos en su dirección. De hecho, dos de las torres todavía estaban disparando proyectiles trazadores contra una aeronave imperial que se estaba alejando de su objetivo.

—¿Nos han visto? —preguntó Milo por el intercomunicador.

—Estamos vivos, ¿no? —le contestó el sargento Adare—. Creo que están concentrados en lo que pasa por el cielo.

—Comprobación —indicó el especialista Cardinale—. ¿Alguna herida? ¿Pérdida de alguna pieza de equipo?

No se había producido nada de aquello. Adare se cercioró de hacerle un gesto a

Nessa para asegurarse de que ella estaba bien.

—¿Oísteis lo que han dicho? —preguntó Doyl con un murmullo—. El sargento Varl, por el comunicador, justo cuando llegábamos.

Milo sí lo había oído. Había un fragmento de mensaje, un breve aviso incompleto pero terrible: la aeronave de Mkoll había estallado justo antes de llegar a su punto de salto.

—No puedo creérmelo… —murmuró a su vez.

—Yo tampoco —dijo Adare—. Que el Dios Emperador le dé descanso a sus almas, pero no hay nada que podamos hacer al respecto. Excepto seguir adelante con la misión y hacérselo pagar a esos cabrones.

Adare alzó su mano enguantada e intercambió unas cuantas palmadas de ánimo con Doyl, Milo y Nessa. Cardinale dudó un instante, pero después entrechocó la palma de su mano con la que le ofrecía Adare. Milo sabía que Adare estaba intentando asegurarse de que el soldado de Fantine se sintiera parte del equipo.

Lo cierto era que Milo había respondido al saludo de Adare con poca convicción por su parte. La pérdida de Mkoll había resultado un duro golpe para él. El sargento explorador siempre le había parecido invulnerable, uno de aquellos Fantasmas que jamás desaparecería. Milo incluso sintió un poco de envidia de Nessa. No podía leerles los labios debido a las máscaras, y nadie le había comunicado la noticia mediante el lenguaje de signos. Había estado preocupado sobre cómo se las apañaría ella en la misión dada su discapacidad auditiva, pero en ese momento le parecía una suerte el no saber aquello. Al menos, durante un rato.

Doyl los llevó a lo largo de la fila de respiraderos y luego a través de una estrecha franja de terreno abierto hasta ponerse a cubierto detrás de un conjunto de tuberías galvanizadas. Se movían lentamente y con torpeza, incluso a pesar de que las unidades antigravitatorias de sus mochilas de salto estaban activadas todavía y les ayudaban con el peso.

Cardinale ayudó a Doyl a quitarse la mochila de salto, y el explorador avanzó rápidamente y a solas en busca de un punto de entrada mientras los demás se desembarazaban de sus mochilas. Adare y Cardinale metieron los pesados artefactos en un respiradero situado bajo las hileras de tuberías, las aseguraron con cuerdas y las ocultaron con una red de rejilla. Milo dudaba mucho de que hubiera alguna clase de patrulla a pie en el exterior de la cúpula debido a la atmósfera tóxica, pero lo último que quería ninguno de ellos era que el enemigo encontrara señales de un aterrizaje de tropas.

Todavía estaban cargados con el peso del equipo, los cascos y los chaquetones con armadura, pero se sintieron mil veces más ligeros. Nessa había sacado el rifle láser largo de su funda y le había colocado la mira telescópica, aunque no tenía sentido ajustarla, ya que llevaba puesta la máscara con los visores. Milo retiró el cargador de veinticinco proyectiles, el que tenía pegado con cinta adhesiva al U90, y metió un cargador de tambor, uno que llevaba pintada una cruz roja: los proyectiles

perforantes especiales. Adare recogió todos los tapones de las bocachas de las armas y se los guardó en un bolsillo; a continuación probó suavemente su intercomunicador. Habían recibido el fragmento del mensaje de Varl mientras todavía estaban en el aire. Ya estaban en tierra, así que las estructuras sólidas de Ouranberg bloqueaban todo lo que no fuera una transmisión a corta distancia. Tal como Daur había predicho en la última reunión que habían tenido, no iba a existir ningún contacto por comunicador entre los distintos equipos. Un comunicador de gran potencia hubiera sido una carga excesiva e innecesaria. Además, no era impensable que el enemigo estuviese intentando rastrear las comunicaciones en todos los canales utilizados por la Guardia Imperial.

Milo se agazapó para disponer de una buena posición de tiro, y cubrió todo el terreno que había entre las tuberías hasta lo que parecía una hilera de pequeños tubos de escape de gases que estaban en un borde de aquella sección del tejado. A pesar del tremendo frío que hacía, se sentía acalorado, y pudo notar cómo le corría el sudor por la espina dorsal. Cada vez le costaba más respirar. Probablemente estaban llegando al límite de la capacidad de las botellas de oxígeno.

Doyl reapareció. Había sacado la capa de camuflaje y se había envuelto el cuerpo con ella.

—Tengo un posible punto de entrada. A unos treinta metros en esa dirección. Parece una escotilla de mantenimiento. Está cerrada, pero seguro que podemos forzarla para entrar.

Corrieron hacia allí agachados, en fila india, en pos del explorador. La escotilla estaba cubierta por una gruesa capa de óxido y se ubicaba en el costado de una pequeña estructura elevada del tejado, bajo la sombra de una viga del techo que quedaba al aire. Milo y Cardinale se quedaron uno a cada lado para vigilar los alrededores, con las armas preparadas, mientras Adare y Doyl examinaban la escotilla.

—No creo que esté presurizada —dijo Adare.

—Yo tampoco. Si pasamos al otro lado de esto, puede que encontremos una puerta sellada.

—Córtalo —le ordenó Adare.

Doyl sacó un pequeño soplete compacto, rezó la plegaria de la ignición, encendió la pequeña hoja de energía y la pasó por la cerradura. Saltaron unas cuantas chispas y se produjo un pequeño resplandor, pero Adare abrió su capa de camuflaje para ocultar la operación.

En cuanto los pestillos de la puerta estuvieron cortados, Doyl utilizó el cuchillo para forzar la hoja de la puerta y sacarla de su marco corroído.

Adare entró en cabeza, con una linterna montada en el enganche de la bayoneta de su rifle. La estancia parecía ser un espacio de circulación alrededor de la parte superior de la maquinaria de un ascensor. Unas pesadas piezas cubiertas de grasa negra, sobresalían del suelo. Milo pudo distinguir, incluso a través del casco que

llevaba puesto, el gemido del viento que entraba por los oxidados agujeros de la cubierta metálica del tejado.

Doyl encontró una compuerta en el suelo, en una de las esquinas, y bajaron con esfuerzo por una corta escalera hasta las oscuras cavidades que existían entre el tejado exterior de la cúpula y el casco interno presurizado. Cada vez les era más difícil respirar.

El suelo que se encontraba bajo sus pies era una capa delgada de metal sostenida por unas vigas de tensión. No tenían ningunas ganas de comprobar por las malas si el suelo sería capaz de resistir su peso, así que avanzaron por las vigas. Después de recorrer unos cincuenta metros, llegaron a un hueco de la cubierta interior por donde pasaban unas columnas de apoyo de rococemento de proporciones gigantescas para sostener el tejado principal.

Una de aquellas columnas tenía unos travesaños de metal metidos en un lateral, y por ellos descendieron de nuevo, con cuidado, paso a paso, y con las armas colgadas a la espalda.

El camino estaba bloqueado unos veinte metros más abajo. Un inmenso collar de plasteno industrial moldeado envolvía las pilastras, que seguían descendiendo, y las sellaba contra la descendiente curva del tejado exterior. Adare pensó que tendrían que dar la vuelta, pero Milo vislumbró una placa de inspección casi invisible en la cubierta metálica. Doyl asomó el cuerpo desde la viga donde se encontraba, con Adare tirando de su peso, y empujó la placa hasta que cayó hacia la cavidad que había detrás. Doyl se balanceó y pasó encaramándose. Un momento después les indicó por el comunicador que podían seguirle.

Estaban en un túnel de mantenimiento situado bajo la cubierta interior, donde apenas había sitio para ponerse en pie. Doyl colocó de nuevo la placa, que tenía todo el reborde cubierto de caucho, y que se sellaba automáticamente porque la presión interna la mantenía pegada en su hueco. Milo pudo sentir la corriente de aire que pasaba por su lado hasta que Doyl la colocó de nuevo en su lugar.

Se sintieron agradecidos de poder quitarse las mascarillas y los conductos de aire. El aire era más bien escaso, y tenía incluso un extraño sabor que les provocaba picores en la garganta, pero al menos ya estaban en el interior de la parte presurizada de la ciudad.

—¿Habremos hecho saltar alguna alarma? —preguntó Cardinale.

—No creo —contestó Doyl mientras revisaba la superficie de la placa para comprobar que no hubiera señal alguna de cables o transmisores—. Puede que los procesadores de atmósfera hayan detectado una leve pérdida de presión mientras la placa estuvo fuera de su sitio, pero dudo que fuera la suficiente como para que se hubieran dado cuenta.

—Por si acaso lo han hecho, y por si son capaces de localizar su origen, será mejor que nos larguemos de aquí cuanto antes —dijo Adare.

Avanzaron medio agachados por el túnel de mantenimiento. Se extendía de un

modo inacabable, alargándose más allá de lo que podían distinguir a simple vista, pero su techo no aumentaba de altura. Doyl iba en cabeza, explorando, y encontró una trampilla en el suelo, a unos cuarenta metros del punto por donde habían entrado. Era una típica trampilla reforzada de diseño imperial, y estaba asegurada con un cierre electrónico.

El explorador se puso manos a la obra con rapidez. Colocó uno de los seis diminutos cortacircuitos que llevaba en su rollo de herramientas en el bastidor de la trampilla, y aseguró sus terminales a ambos lados del cierre. Esperó hasta que la pequeña señal verde se encendió: la indicación de que el circuito de alarma de la escotilla estaba pasando por el cortacircuitos. Sacó de nuevo el pequeño soplete y cortó la pestaña del cierre. Aunque no se oyeron inmediatamente sirenas de alarma, era imposible saber si realmente la alarma había sido desconectada, así que bajaron rápidamente por la escotilla y la cerraron en cuanto la cruzaron.

La abertura daba a lo que esta vez era ya un pasillo de mantenimiento más grande. Era viejo y lúgubre, y con muy poca luz. Los siglos de condensación habían oxidado sus paredes hasta pudrir las placas que lo formaban, y habían permitido que un moho pálido y abundante creciera a lo largo de todo el techo. El pasillo corría de norte a sur.

—Sur —dijo Adare con confianza. Todos se pusieron en marcha.

Hacia el sur, hacia la estructura principal de la ciudad de Ouranberg.

Y hacia la criatura a la que habían ido a matar.

Bonin tardó noventa segundos en hacerse con el control de su mochila de salto, y sintió que aquello había durado una eternidad: había caído dando vueltas de campana, girando y rodando sobre sí mismo, sin tener ni idea de dónde estaban arriba y abajo. De algún modo, Jagdea había tenido el sentido común de agarrarse a él, a pesar de la violencia de su caída.

Para cuando logró sacarle el suficiente impulso a las unidades antigravitatorias de la mochila como para mantenerlos a ambos en el aire, y consiguió empezar a compensar el empuje del viento con las turbinas, se habían alejado bastante hacia el este de Ouranberg.

—¡Aguanta! —dijo por el comunicador.

—¡Mi paracaídas está intacto! ¡Voy a dejarme caer! —le contestó Jagdea.

—¿Hacia dónde? —le preguntó Bonin.

Bajo sus pies no había nada más que la extensión burbujeante iluminada por las llamas de la Escaldadura.

—No importa…

—¡No! ¡Tú mantente agarrada!

Su voz sonaba débil y apagada por el comunicador. Los vientos nocturnos los azotaban y los zarandeaban.

Bonin se dirigió lenta y cautelosamente hacia la ciudad en penumbra mediante suaves chorros de las turbinas de impulsión para mantenerse como una hoja que arrastrara una corriente fuerte. Los vientos racheados parecían soplar en su misma dirección, pero de vez en cuando, el vendaval volaba contra ellos de frente y los hacía girar o incluso retroceder.

—¿Puedes agarrarte bien todavía?

—Sí.

Ella había pasado las manos y los brazos por detrás del correaje del arnés de su pecho. Bonin se dio cuenta de que tenía el brazo derecho colocado alrededor del hombro izquierdo de la comandante, de un modo protector, agarrando la parte superior de las cinchas de su paracaídas flotante.

—Vamos a necesitar algo más de empuje —le dijo mientras apretaba hasta el fondo el botón rojo de la empúñadura.

Los costados grises de lo que debía ser la cúpula Gamma se alzaban por delante de ellos como las laderas de una cadena montañosa.

Casi no lograron esquivar la cúpula Gamma. Bonin tuvo que esforzarse para contrarrestar los vientos laterales y evitar que les hicieran estrellarse contra el casco exterior de la cúpula, exigiéndole al máximo a la mochila de salto para encontrar el empuje suficiente. Los remolinos de viento creados por la superficie angular de la cúpula los sacudieron como si fueran briznas de paja. Y aunque según el altímetro estaban subiendo a gran velocidad, la cúpula no parecía tener fin por arriba.

La cúpula Gamma parecía haber quedado prácticamente indemne del ataque, aunque unas grandes llamaradas de color naranja y blanco iluminaban el cielo y las nubes en la zona donde la cúpula Beta ardía por los cuatro costados.

Unas corrientes de aire distintas se apoderaron de ellos cuando se ciñeron a la cúpula, ya cerca de la parte superior, y los arrastraron hacia arriba a una velocidad cada vez mayor. El casco exterior de la cúpula titiló bajo ellos, y Bonin tuvo que girar bruscamente a la izquierda para esquivar un mástil de antena que sobresalía.

Un instante después ya habían rebasado el borde superior, pasaron al lado del helado peñasco cubierto de hielo que era Pico Ouran, y empezaron a bajar hacia el condensador principal de vapor.

—¡Varl! ¡Banda! ¡Vadim! ¡Contestad! —dijo Bonin por el comunicador.

Se había imaginado tontamente que el principal problema iba a ser caer cerca del condensador. En aquel momento, al ver su inmenso tamaño, se percató de que encontrar a sus camaradas sería una tarea mucho más ardua que esa.

Repitió las llamadas tan a menudo como se atrevió. Bajaron velozmente, pasando al lado de la estructura de una torre de andamios que de repente se iluminó y rugió al escupir un pesado fuego antiaéreo.

Ellos no eran el objetivo. La torre estaba disparando contra un bombardero Shriker que se había acercado demasiado en su pasada de ataque. Bonin estaba tan concentrado en maniobrar y en concentrarse para saber por dónde iba que ni siquiera

había pensado en los puntos y en las torres de defensa que se encontraban por doquier en Ouranberg.

Fue un pensamiento repentino y aleccionador. Quizás era que presentaban un objetivo muy pequeño, quizás era que tenían suerte, pero le parecía un milagro que ninguno de los emplazamientos de armas de la cúpula Gamma no les hubieran detectado ya, y que no les hubieran disparado.

Había sido la suerte, decidió Bonin. No podía verla a causa de los enormes cirrocúmulos, pero estaba seguro de que su estrella de la suerte estaba allí arriba, en algún lugar.

Sin embargo, no estaría allí durante mucho tiempo.

—Jagdea, prepárate —le dijo.

—¿Qué? Oh, mier…

Descendieron de golpe contra un tejado de entramado tubular a la sombra de un condensador, pero además, lo hicieron en mal ángulo, frenando un poco antes de tiempo, eso sin contar que el tejado era mucho más inclinado de lo que Bonin había pensado en un principio.

Rebotaron una vez, mellando el revestimiento exterior de aleación del tejado, y luego rodaron, separándose. Jagdea rebotó otra vez, y otra, gritando de dolor cuando los impactos sacudieron su fractura recién soldada, y se deslizó hasta el borde de los canalones.

Bonin intentó acelerar la turbina, pero el primer impacto había torcido la palanca de mando y no pudo encontrarla. Se estrelló contra los canalones, se estampó contra el costado de un depósito de combustible, y se desmayó.

—Bonito aterrizaje —le oyó decir a Jagdea cuando recuperó el conocimiento.

Estaba encorvada sobre él, aflojando las correas de su arnés.

—¿Algo roto?

—Creo que no.

Se incorporó. Había aterrizado sobre un trozo de tejado que se encontraba entre el depósito de combustible y la sección elevada donde había intentado aterrizar en realidad. Aquel trozo de tejado era un desagüe de metal deslustrado cubierto de suciedad húmeda donde las estructuras superiores dejaban caer el agua. Miró a su alrededor y vio que si hubiera continuado rodando o deslizándose, habría acabado saliéndose de allí y cayendo unos cincuenta metros hasta la estructura de una torre de perforación.

Ascendieron con dificultad por el trozo de tejado hasta llegar a un tramo de techado de losas de piedra situado al otro lado de los depósitos. Bonin preparó su rifle láser y Jardea desenfundó su pistola de reglamento de la Armada. Él intentó comunicarse de nuevo con sus compañeros, pero siguió sin recibir señal alguna de su equipo.

Se apresuraron en dirección oeste cruzando una pasarela que franqueaba una cuba de almacenamiento repleta de agua aceitosa cuya superficie parecía ocupada por

cientos de arco iris. Cerca de ellos, un grupo de chimeneas de metal sin revestir expulsaban gases ardientes al cielo.

El comunicador soltó un chasquido. Bonin pensó que quizá se trataba de Varl y los demás, así que contestó para que le respondieran con una señal más clara. Lo que oyó fue algo gutural, y desde luego, no era gótico bajo.

Hizo que Jagdea se pusiera a cubierto justo cuando tres soldados del Pacto Sangriento con equipos completos de armadura para ambientes hostiles aparecieron detrás de ellos, corriendo por el otro extremo de la pasarela situada encima de la cuba. Sus cascos carmesíes en forma de cuenco se reflejan con claridad en el fluido oscuro.

Uno de ellos ya los había visto, y les disparó una ráfaga de su carabina láser. Los disparos repiquetearon contra el conducto tras el cual se habían refugiado.

Bonin apuntó con cuidado, pero se apresuró al disparar y sólo le dio de refilón al primer soldado enemigo y detuvo el avance de los otros. Todos los del Pacto Sangriento comenzaron a disparar e hicieron que el conducto resonara con los rápidos disparos.

El soldado alcanzado de refilón intentó cruzar a la carrera la pasarela mientras los demás le cubrían. Bonin le acertó con un disparo en el hombro, y con otro en mitad de la máscara de hierro con forma de cara. El soldado cayó despatarrado y se estrelló contra el agua con un chapoteo que levantó un gran surtidor de agua viscosa.

Bonin agarró a la piloto de la mano y corrieron por el tejado hacia una hilera de grandes evaporadores de calor que surgían de los paneles galvanizados como palomares. Los disparos de láser siseaban en el aire a su alrededor.

Bonin disparó de nuevo en cuanto estuvieron a salvo detrás de uno de los evaporadores. Otros dos soldados del Pacto Sangriento habían aparecido en un tejado adyacente, y les empezaron a disparar desde un puente con un pasamanos de cadena. No pasaría mucho tiempo antes de que los cuatro soldados del Caos coordinaran un fuego cruzado.

Los disparos se estrellaron contra el revestimiento metálico del evaporador. Bonin disparó a baja altura y le acertó a uno de los soldados del puente en pleno pecho. El individuo se derrumbó y quedó colgando en el lugar donde su correaje se enganchó al pasamanos metálico.

Otra ráfaga de disparos se estrelló contra el evaporador, y toda la cubierta superior, una cúpula delgada de metal, salió disparada. Jagdea disparó su pistola, pero su puntería no era demasiado buena.

Uno de los disparos pasó muy cerca del hombro de Bonin. El segundo soldado del puente había avanzado, y les estaba disparando desde justo arriba. No tenían ningún sitio al que correr sin arriesgarse a los disparos de la pareja enemiga que avanzaba a su misma altura.

El soldado del Pacto Sangriento situado en el puente se dobló hacia delante de repente con tanta fuerza que partió la cadena y cayó al vacío.

—¿Pero qué dem…? —empezó a decir Bonin.

Los otros dos, situados en el tejado, miraron a su alrededor por un momento, desconcertados, y en ese instante, un único disparo láser de gran potencia hizo estallar la cabeza del que estaba más cerca de él.

Bonin alzó su rifle láser y disparó en fuego automático contra el oponente que quedaba. El soldado del Pacto Sangriento se agachó otra vez detrás de un montante y no volvió a aparecer.

—Bonin, no dispares —le dijo una voz por el intercomunicador.

Varl apareció, saliendo de detrás del montante y enfundando su cuchillo.

—Aquí estamos solos. ¿Banda?

—Desde aquí no se ve nada, sargento.

—¿Vadim?

—Despejado.

—¿Unterrio?

—También despejado. Ningún movimiento.

Varl se apresuró a llegar hasta donde estaban Bonin y Jagdea.

—Tenemos que irnos. Vamos. Pensé que os habíamos perdido.

Corrieron tras él y subieron por una escalera de incendios hasta llegar a un tejado superior que quedaba por encima del puente.

—¿Cómo conseguisteis llegar hasta nosotros? —le preguntó Bonin.

—Oímos vuestras llamadas, y seguimos la señal. Los cabrones tenían hombres desplegados aquí arriba. No por nosotros; no creo. Han derribado a bastantes aeronaves en el ataque, así que estarán buscando a los pilotos que hayan saltado.

—¿Estás seguro de eso?

—No —le respondió Varl.

Banda salió de su cobertura en el tejado superior mientras acababan de subir. Bonin estaba seguro de que había sido su rifle láser largo el que había eliminado a dos de los soldados enemigos.

—Buenos disparos —le dijo.

—Por eso te dan esas bonitas medallas brillantes —le contestó ella. Señaló con un gesto a Jagdea—. Veo que te has traído a una amiga —dijo con ironía.

—Jagdea nos trajo con vida hasta aquí, Banda. Lo menos que podía hacer era devolverle el favor.

—¡Gak! ¡Tranquilo, chico! ¡Sólo era un comentario!

Vadim y Unterrio aparecieron por una escalerilla lateral y se unieron a ellos.

—Bien —dijo Varl—. Ahora que por fin estamos todos juntos, quizá podamos seguir. Mejor que enfrentarse a los chicos malos en una pelea en los tejados. Sugiero que entremos cuanto antes.

—¿Habéis encontrado un punto de entrada? —le preguntó Bonin.

Varl lo miró, y sus ojos mostraron una expresión sarcástica a través de los visores.

—No, no lo hemos hecho, porque: a) hemos estado buscando tu feo culo, y no

recuerdo el motivo; y b) porque ¿ese no es tu trabajo, señor explorador?

—Tienes razón —admitió Bonin.

—¿Podemos hacerlo pronto? La botella de oxígeno empieza a asfixiarme —dijo Banda.

—Vale, seguid a Bonin, y tenedlo cubierto —ordenó Varl.

Jagdea agarró a Varl por la manga.

—Sargento, sé que se supone que no… debo estar aquí. Creo que lo mejor será que me quede aquí y que me entregue.

—¡No! —exclamó Bonin.

—Comandante, como ha dicho el chaval: no —contestó Varl mostrándose de acuerdo con Bonin.

—Aprecio su lealtad, pero no he recibido entrenamiento como soldado de infantería, y desde luego, no poseo su habilidad para moverse a cubierto. Soy un peso muerto. Deberían dejarme ahora. Comprendía perfectamente la importancia de esta misión cuando me ofrecí voluntaria. No quiero poner en peligro su éxito.

—Se viene con nosotros. Fin de la discusión —replicó Varl.

—Prefiero arriesgarme sola, sargento…

—¡No! —exclamó Varl.

—La comandante Jagdea tiene razón, sargento Varl —dijo Unterrio—. Avanzaremos con mayor rapidez y seguridad sin ella. Esta misión es demasiado vital como para arriesgarse a hacerla fracasar. Y al igual que yo, la comandante es nativa de Fantine. Nos preocupa más la liberación de nuestro mundo que conservar nuestras vidas.

—Haga caso a Unterrio, sargento —continuó diciendo Jagdea—. Acaban de matar a todo un equipo de búsqueda aquí arriba. Déjenme aquí para que me encuentren los del Pacto Sangriento, y les diré que fui yo. Tan sólo un piloto derribado. Justo lo que esperan. Cubriré su presencia.

Varl tensó la correa de su U90 con expresión pensativa.

—Dije que no, y lo decía en serio. Para empezar, sabrán que usted no lo ha hecho, a menos que le dejemos un rifle láser largo y un cuchillo, lo que no estoy dispuesto a hacer, porque eso haría que le preguntasen más cosas. Y para terminar… no me la llevo con nosotros por amabilidad. ¿Tiene idea de lo crueles que serían los interrogatorios? No duraría mucho. Ninguno de nosotros lo haría. Su bonito cuento del «piloto derribado» se vendría abajo con tanta rapidez que empezaría a vendemos a nosotros, a su familia y a todo el planeta enseguida. No, comandante. Usted se viene. Por nuestro propio bien, no por el suyo.

Para Larisel 2, la entrada fue más fácil. Unas enormes secciones de la cúpula Beta habían quedado agujereadas y machacadas por el ataque, y bastantes partes de la misma todavía seguían envueltas en llamas. Los cinco miembros del equipo se

reunieron cerca del grupo de antenas situado en la punta más alta de la cúpula, cruzaron hacia el lado occidental y bajaron con cuerdas hasta una sección derrumbada del tejado que todavía estaba envuelta en llamas y humo.

Mkvenner y Meryn, con Larkin cubriéndolos, descendieron los primeros por la abertura para asegurar el terreno. Se trataba de una cámara de habitáculo totalmente abrasada por el fuego. Mkvenner caminó por encima de alfombras chamuscadas y encontró una puerta fundida con su marco por el calor de la detonación que había arrasado la estancia.

El sargento Meryn se abrió camino a través de maderas de contrachapado todavía humeantes y llegó a una habitación lateral que también había sido destruida por la explosión. Una bomba había atravesado limpiamente el suelo y había estallado un nivel por debajo. Se podía ver un agujero de bordes desiguales al lado de los pulverizados restos de lo que había sido una cama o un sofá.

—Bajad y dispersaos en formación —ordenó Meryn por el intercomunicador.

Kersherin, Larkin y Kuren bajaron por el agujero, y Mkvenner los llevó hasta Meryn. Miraron hacia abajo a través del suelo del agujero. Oyeron unas lejanas sirenas, que se habían disparado por las múltiples brechas abiertas en las cubiertas presurizadas de la cúpula.

—No hay nada en los siguientes dos pisos —comentó Mkvenner.

Lo cierto es que la bomba había demolido por completo todo bajo ellos hasta dos plantas más abajo, en parte debido al impacto y en parte debido a la explosión en sí. Larkin levantó la mirada y vio un tenedor, uno normal, de los de toda la vida, incrustado en una de las vigas de la pared. La explosión había convertido en metralla letal incluso los objetos más cotidianos.

—Bajemos con las cuerdas —decidió Meryn.

Mkvenner aseguró un extremo y bajó por el agujero todavía medio en llamas hasta el suelo.

Bajaron un nivel. Larkin intentó no mirar los dos cadáveres ennegrecidos que el estallido había aplastado contra la pared. Los fragmentos que quedaban del suelo aún sostenían la mitad de un escritorio, un montón de restos, las páginas esparcidas de un libro y un jarrón, milagrosamente intacto.

Bajaron otro nivel y por fin tocaron suelo firme. La superficie había sido arrancada por el intenso calor, y tuvieron que caminar balanceándose sobre las vigas. Una mitad de la estancia, un dormitorio, estaba intacta, algo extraño e inquietante. Vieron una silla de madera de teth, una estantería con vasos y algunos ornamentos, y una alfombra de buena calidad que acababa de forma abrupta en una línea chamuscada donde el suelo había desaparecido. Unas cuantas piezas de ropa estaban tiradas encima de la silla. La única señal de daños en aquella parte de la estancia eran unas leves ampollas que se habían formado en la pintura de la pared.

Mkvenner la cruzó hasta llegar a la puerta y abrió tan sólo una rendija. En el exterior había un pasillo, iluminado por las luces de emergencia.

—¡Vamos! —exclamó por el intercomunicador, y los demás lo siguieron desplegados en formación de combate.

Larkin estaba temblando. En parte se debía al trauma del descenso, y en parte a la tensión del combate, pero sobre todo se debía a la impresión que le había causado enterarse de que Mkoll no había logrado sobrevivir. Sentía que una de las terribles migrañas que padecía empezaba a formarse dentro de su cabeza. Había tenido la precaución de traer sus pastillas. Daur, Gaunt y Meryn habían insistido en ello. Pero tenía puesta la máscara y todavía necesitaba la botella de oxígeno para respirar, así que no podía tomarse una.

Llevaban recorridos unos diez metros de pasillo cuando apareció un equipo de emergencia de tres hombres, todos ellos vestidos con monos blancos ignífugos y con recicladores de aire en las caras. Se acobardaron al ver soldados y dieron la vuelta para echar a correr.

—Oh, mierda. Acabad con ellos.

La orden de Meryn fue lacónica pero suficiente.

Kuren y Kersherin abrieron fuego y abatieron al trío. Kuren pensó que aquello no estaba bien. No estaba bien en absoluto, pero tenían que mantener su misión en secreto. Apareció otro operario de emergencias, quien empezó a correr hacia el ascensor que había al otro extremo del pasillo. Había abandonado a la víctima de alguna explosión que se balanceaba sobre una camilla en el umbral de una habitación.

Mkvenner disparó, y el trabajador se estrelló contra una pared, se deslizó hacia abajo y se quedó pataleando contra el suelo durante unos momentos antes de morir.

—Feth —dijo Mkvenner con asco.

—Tenemos que volar toda esta parte del pasillo —dijo Meryn—. Si encuentran cuerpos con disparos será como si hubiésemos dejado a estos pobres diablos con vida para que hablaran. Hacedlo explotar y parecerá que ha sido el estallido de una bomba de espoleta retardada.

Mkvenner asintió y sacó un par de cargas de demolición de su morral. Larkin lo observó todo, con el cuerpo todavía tembloroso. Aquella actitud despiadada era una faceta del cabo Meryn que no había visto antes. Meryn, uno de los Fantasmas más jóvenes, era un soldado capacitado y fiable. Su hoja de servicio era excelente, pero Gaunt no lo había ascendido todavía. Rawne, sin embargo, había tomado a Meryn bajo su protección. Y parecía ser que en aquellos momentos buscaba demostrar lo que valía, sin correr ningún riesgo que pusiera en peligro el éxito de la misión. Estaba haciendo las cosas del modo en que el *culoduro* de su mentor las habría hecho. Ya no era el Meryn que Larkin conocía. No le gustaba, aunque sabía que era el mejor modo de hacerlo.

—¡Larkin! ¡Vamos! ¡Tenemos que marchamos! —le dijo Meryn, y se apresuraron a bajar por las escaleras que estaban cerca del ascensor mientras las cargas de demolición hacían saltar por los aires y hacia fuera de la cúpula el pasillo situado por encima de ellos.

Gaunt tomó la placa de datos de manos de su asistente, Beltayn, y la leyó.

—¿Ha sido confirmado?

—Los datos han llegado a través del almirante Ornoff.

Por los datos que el almirante había podido reunir, dos de las aeronaves de la operación Larisel habían sido destruidas antes de que llegaran al objetivo. Larisel 2 y Larisel 3 habían logrado aterrizar sin problemas. Ornoff creía, por lo que le habían comunicado algunos pilotos, que algunos, si no todos los miembros de Larisel 1, habían saltado antes de que el Marauder cayera en picado.

Ya era algo.

Larisel 4 había estallado en mil pedazos bastante antes de llegar a la ciudad. No se habían visto supervivientes. No se habían visto paracaídas.

—Oh, amado Dios Emperador —suspiró Gaunt—. Mkoll.



DOS

Quinientas sirenas dejaron escapar la misma nota larga y quejumbrosa al unísono, y los miles de trabajadores empezaron a desplazarse lentamente por el condensador secundario de vapor de Ouranberg. Era un cambio de tumo, pero no habría descanso para los grupos que dejaban ese trabajo. Los deprimentes mensajes que llegaban por el sistema de megafonía les ordenaban recoger las bandejas de comida de las cantinas correspondientes y que después se reunieran en el puente basculante principal. Allí serían separados en destacamentos de trabajo y enviados por la calzada principal hacia la propia Ouranberg para ayudar a reconstruir y a recuperar los materiales.

—«No presentarse dará como resultado castigos de represalia para todos los demás miembros del equipo de trabajo de ese individuo» —repetía machaconamente el sistema de megafonía una y otra vez.

La voz, ya distorsionada por el tono bajo del repetidor de voz, tenía un acento fuerte y marcado, y hablaba de un modo monótono, como si dijera las palabras sin entenderlas.

—«El castigo de represalia será inmediato. No se admitirán excusas. Que todo el mundo acuda al punto de reunión del puente basculante principal en veinte minutos».

La larga e inexpresiva declaración se repitió varias veces, y las distancias y los ecos de las grandes salas de turbinas la convirtieron en una larga sucesión de frases que se solapaban las unas a las otras.

Nadie se quejó. Nadie se atrevió. Los trabajadores se alejaron caminando

penosamente y se dispusieron en silenciosas filas por las pasarelas rodeadas de alambre que se alejaban del condensador, mientras otros se acercaban en sentido contrario arrastrando los pies por otras pasarelas para ocupar los puestos de trabajo que habían quedado vacíos. El aire estaba cargado de polvo, y olía como si fuera un derivado putrefacto del ozono y de los contaminantes generados por el condensador. Una luz amarillenta resplandecía débilmente procedente de las lámparas de plafón, y bajaba parpadeante debido al movimiento de las palas llenas de suciedad de los ventiladores del techo.

El personal del Pacto Sangriento, armados con aguijoneadores de dolor y con disruptores de sinapsis, caminaba por encima de las pasarelas, sobre unas plataformas de suelo de rejilla. Algunos de ellos iban vestidos tan sólo con unos monos de cuero sin mangas y unas máscaras de hierro, y tironeaban de las correas de unos cibermastines, que no dejaban de gruñir, con unos brazos sudorosos y de músculos tensos como cuerdas mientras insultaban a los trabajadores. Eran los animales de la fuerza esclavista del señor de la guerra Slaith, una unidad especializada del Pacto Sangriento que obligaba a obedecer las decisiones del ejército de ocupación del Caos. Sus métodos crueles e implacables aseguraban que la población capaz de trabajar que había sido capturada mantuviera su nivel de producción e hiciera funcionar las fábricas conquistadas. En Gigar, los esclavistas habían hecho trabajar a la población local, día y noche, durante ocho semanas, azuzando a sus canes contra veinte individuos, cada vez que uno bajaba el ritmo de producción o se desmayaba.

Al final de las ocho semanas, los pozos de Gigar habían producido promethium suficiente como para abastecer a sesenta regimientos motorizados del Pacto Sangriento durante un año. Y los cibermastines engordaron.

Los trabajadores de Ouranberg habían quedado reducidos a un estado casi de muertos vivientes, privados de sueño, de comida en condiciones, de líquidos suficientes. Las distinciones por sexo o por edad habían desaparecido. Todos iban vestidos con monos de trabajo y llevaban vendas hechas con trapos, y todo ello ya estaba rígido por el polvo gris. Unas capuchas o unos mantones de tela basta, del mismo color gris, les cubrían la cabeza como si fueran monjes. Estaban encorvados en actitud sumisa. Unos recicladores de aire y unos guantes de trabajo, también de aspecto gastado, asomaban entre los bordes de sus ropajes. Sus pies en carne viva y apenas envueltos en unas vendas ya ennegrecidas, dejaban un rastro intermitente de sangre en el polvoriento suelo.

Era posible que la persistente campaña de bombardeos de Ornoff estuviera provocando daños entre las fuerzas de Slaith, pero también estaba convirtiendo las vidas de los trabajadores esclavos de un infierno viviente en algo mucho, muchísimo peor. Todas y cada una de las horas que pasaban despiertos debían dedicarlas a los trabajos de reparación y reconstrucción.

Slaith sabía que en poco tiempo se produciría una invasión, así que intentaba prepararse para rechazarla convirtiendo Ouranberg en una fortaleza. Se creía que los

esclavistas habían mezclado estimulantes en las escasas raciones de comida de los trabajadores para obligarlos a realizar jornadas de trabajo de veinticuatro horas. Muchos ya habían muerto de ataques convulsivos o se habían lanzado enloquecidos contra las armas de los miembros del Pacto Sangriento.

Las sirenas aullaron de nuevo. El sistema de megafonía volvió a repetir sus monótonas órdenes. Un equipo de trabajo del noveno nivel del condensador se dirigió en fila hacia una estrecha pasarela que llegaba hasta unas escalerillas que bajaban hasta el punto de reunión.

Un trabajador tropezó a la entrada de la pasarela y se quedó doblado sobre el pasamanos metálico. Un guardia del Pacto Sangriento que estaba en la plataforma situada justo encima intentó pincharle con el aguijoneador de dolor, pero el agotado trabajador estaba fuera de su alcance. Sus compañeros de equipo pasaron rápidamente a su lado, sin ningún deseo de verse involucrados. Los esclavistas se abrieron paso hasta la pasarela dando empujones a diestro y siniestro a los trabajadores que se apartaban con demasiada lentitud. Los cibermastines aullaban y ladraban.

—No lo hagas —le dijo Adare a Milo apretándole el brazo mientras avanzaban arrastrando los pies.

El amplio lugar comenzó a llenarse de gritos. Lino de los del Pacto Sangriento empezó a disparar contra la multitud.

—Tú sigue andando, por el amor de Feth —murmuró Adare.

Milo contuvo las ganas que tenía de quitarse el asqueroso mantón que le cubría la cabeza y empezar a disparar con la U90 que llevaba justo debajo del sobaco derecho. Los gritos eran insoportables.

—Estamos muertos tan sólo con que pienses en hacerlo —siguió murmurando Adare.

Los miembros de Larisel 3 siguieron avanzando al paso de la penosa multitud. Todos ellos iban envueltos y tapados con harapos robados, y habían cubierto con polvo gris y a base de bien todo su equipo y sus manos. Doyl había envuelto las botas y la parte baja de las piernas de todos ellos con vendas simuladas, y también aquello había sido cubierto con suciedad. Caminaban con los hombros hundidos.

Oyeron más disparos a sus espaldas.

Milo se tragó la rabia. Atisbó por debajo de su capucha y vio a un esclavista de pie, justo al otro lado del pasamanos de cadena, observándolos pasar en fila india. Milo estaba lo bastante cerca como para poder oler el hedor rancio del cuerpo de aquel malnacido y ver las cicatrices en sus manos deformadas y la marca de ocho puntas del Caos en su esternón desnudo. La máscara de hierro del esclavista parecía estar mirándolo directamente.

Milo tensó la mano alrededor de la empuñadura de la pesada arma…

Y un instante después, ya habían pasado y bajaban por las escalerillas metálicas hacia el punto de reunión.

El condensador secundario de vapor había sido construido en la boca de un volcán, en un picacho hermano de la montaña sobre la que se había construido Ouranberg. Estaba unido a la ciudad principal por una calzada voladiza de dos kilómetros de largo suspendida entre otros dos picos.

Pudieron ver a través de las grandes cristaleras, opacas por el polvo y la suciedad, el majestuoso recorrido de la calzada principal hasta la monumental mole en forma de cúpula de la ciudad. Un millar de luces parpadeaban a través de la neblina, procedentes de los extremos de las antenas y de las chimeneas, y un millón más relucían en las hileras de ventanas y plataformas de observación.

El punto de reunión estaba repleto de trabajadores esclavizados. Larisel 3 se entremezcló con ellos. Milo se quedó pegado a Nessa por si ella no se percataba de alguna de las señales de Adare.

—«¡Adorad a Slaith!» —atronó el sistema de megafonía de repente—. «¡Adoradlo porque él es el señor supremo!». —Los del Pacto Sangriento gritaron con fuerza, y los trabajadores elevaron obedientemente un gemido lo bastante apropiado —. «¡Adorad a Slaith, y mediante vuestro esfuerzo y vuestra sangre, abrazad la verdad de Khorne!».

La sola mención de aquel nombre hizo que algunos trabajadores gimieran y sollozaran. Los látigos chasquearon contra la multitud. Milo sintió que se le subía la bilis por la garganta, y que todo el vello del cuerpo se le ponía de punta. Aquella palabra. Aquella maldita palabra, aquel nombre siniestro, un grito animal procedente de la disformidad. Hedía a maldad mucho más de lo que la simple combinación de letras y sonidos podía lograr. Era como una de aquellas resonancias que emitidas a cierta frecuencia provocaban un miedo y una repulsión involuntarios.

Milo había oído muy pocas veces los Verdaderos Nombres del Caos dichos en voz alta. Eran sonidos prohibidos, palabras que las bocas humanas no deberían pronunciar.

Intentó olvidarlo. Se sentía aterrorizado por la posibilidad de recordar aquel nombre y de pronunciarlo, o de que se le quedara grabado en la memoria. Gaunt le había enseñado una vez que existían cuatro grandes nombres malditos, que podían aparecer solos o en combinación. Milo había considerado una cuestión de honor no conocer ninguno de los cuatro.

—«¡Alabad a la disformidad! ¡La disformidad es el verdadero camino! ¡Los nombres de la disformidad son un millón y uno, y cada nombre es un lamento de la humanidad! ¡Adorad a la disformidad! ¡Alabada sea la disformidad! ¡A través del poder de la disformidad, el Señor de la Transformación transmutará la galaxia! ¡La disformidad envolverá todas las cosas en una marea de sangre!».

Milo sintió que Nessa estaba temblando, y se dio cuenta con una inesperada punzada de pánico que ella estaba respondiendo a aquellos sonidos aunque no podía oír las palabras. La empujó para que avanzara por la multitud. Le rezó al Dios Emperador de la Humanidad para que el sistema de megafonía no pronunciara

aquella palabra de nuevo.

Cardinale había llegado a la verja del punto de reunión, donde los trabajadores se apretujaban para acercarse al puente basculante. Estaba intentando bloquear aquellos sonidos, tenía la mano tan apretada alrededor de su pequeña aquila de plata que las puntas de las alas le estaban perforando la piel. Se dio cuenta del dolor que sentía y aflojó la presión.

Cardinale miró hacia atrás en un intento por encontrar a los demás miembros del equipo sin alzar la cabeza. Vio a Adare, y a Doyl. No distinguió señal alguna del chaval o de la francotiradora.

La verja de acceso se unía a la calzada mediante el puente basculante, un gigantesco puente levadizo de hierro que bajaba colgando de unas gruesas cadenas desde la casamata donde se encontraba el cabrestante, situada por encima del puente. En cuanto su gran masa se posó con un chasquido estremecedor, los esclavistas del Pacto Sangriento empezaron a darles latigazos a los trabajadores para que se pusieran por filas, y abrieron la verja.

Cardinale sintió que un latigazo eléctrico le restallaba en una de las pantorrillas, y cayó de rodillas cuando esa pierna sufrió un espasmo y cedió bajo su peso.

—¡Arriba! ¡Arriba! —rugió un esclavista que estaba cerca, aunque sus gritos iracundos iban dirigidos sobre todo a los trabajadores que habían quedado completamente tumbados en el suelo por el latigazo.

Cardinale sintió que una fuerte mano lo ayudaba a levantarse. Doyl estaba pegado a su lado.

—¿Y tu pierna? —le susurró el explorador.

—Estará bien en un momento. Tenemos que atravesar esa verja.

—Lo sé.

Doyl se giró un poco y vio a Adare unas pocas filas detrás de ellos.

—¡Los primeros cincuenta! —gritó un esclavista, hablando, al igual que el sistema de megafonía, como si no estuviera acostumbrado a hacerlo en aquella lengua —. ¡Los primeros cincuenta a la cúpula Beta!

Los látigos restallaron de nuevo y pasaron por el puente hasta llegar a la calzada principal. Esta era una carretera de rococemento lo bastante ancha como para permitir el paso de un camión de carga. Estaba techada y presurizada con glasita reforzada con una malla metálica, e iluminada con lámparas alargadas y empotradas en la pared.

—¿Están con nosotros? —susurró Adare.

—Sí —contestó Doyl—. No vuelvas la cabeza. Milo y Nessa están a unos veinte metros por detrás de nosotros. Los he visto a los dos.

Se produjo una parada. Los esclavistas obligaron a los grupos de trabajadores a apretarse contra la pared para que pasara un camión de carga. Cardinale aprovechó la oportunidad que ofrecía la pausa y se agachó para masajearse la pantorrilla dolorida.

—Oh, mierda —exclamó de repente.

—¿Qué?

Cardinale empezó a rebuscar entre sus bolsillos y en las dobleces de su ropa. La delgada cadena seguía enganchada a su mano, pero se había roto. El aquila de plata había desaparecido.

—¡Vamos! ¡Vamos! —gritó un esclavista en cuanto el camión acabó de pasar. Los trabajadores reanudaron su marcha por la calzada principal.

—Debe de haberse caído —dijo Cardinale.

—No te preocupes. No importa —le dijo Adare.

—¿Qué pasa si la encuentran? —le respondió Cardinale mientras se frotaba con una mano los agujeritos producidos por las puntas de las alas en la otra.

—¡Cállate! ¿Vale? Deja que yo me preocupe de eso.

Estaban ya a la mitad de la calzada.

¿*Estás bien*?, le preguntó Milo por señas a Nessa.

Estoy bien. Eso fue aterrador.

Es verdad.

Estaban llegando a la porta de Ouranberg, la inmensa torre de entrada que protegía la calzada y los accesos desde el norte. Los estandartes y las enseñas del Pacto Sangriento ondeaban al viento en los emplazamientos de las baterías de armas.

Ya casi hemos llegado, dijo Milo.

En el punto de reunión, con el sistema de megafonía todavía lanzando aquel venenoso sermón, uno de los esclavistas tiró de la cadena de su cibermastín. Estaba olisqueando el asqueroso suelo de piedra.

Había encontrado algo.

El esclavista se agachó y rebuscó entre la mugre que cubría el suelo pasando sus dedos, deformados por las cicatrices, arriba y abajo.

Algo plateado brilló.

Una pequeña aquila de doble cabeza. Un aquila. Un símbolo imperial.

—¡Alarma! —gritó escupiendo saliva entre sus dientes podridos—. ¡Alarma! ¡Alarma!

Las sirenas empezaron a aullar. La masa de esclavos que ocupaba la calzada principal miró a su alrededor llena de pánico cuando las luces de la pared comenzaron a parpadear con un color ámbar. La porta que llevaba a Ouranberg estaba tan cerca ya.

—¡Sigue andando! —le dijo Adare a Cardinale.

—¿Qué hacemos? —tartamudeó el soldado aerotransportado.

—Lo que te he dicho, sigue andando. ¡Ya casi hemos llegado! ¡Sigue adelante pase lo que pase!

El trío se abrió paso a través de los arremolinados trabajadores, sin dejar de acercarse a la entrada.

A su espalda, los soldados del Pacto Sangriento pasaban a la carrera del puente basculante a la calzada principal empujando a los trabajadores del condensador o simplemente abatiéndolos a disparos. Se oían unos terribles aullidos. Habían soltado

a los cibermastines.

—¡Vamos! —le indicó Milo a Nessa apretándole el brazo.

Para su sorpresa, ella tiró de él.

—¡No! —le dijo ella en voz alta.

Nessa tiró de Milo hasta la pared de la calzada, lo colocó entre los acobardados trabajadores y le bajó bien la capucha hasta cubrirle la cara por completo.

Ella había combatido en la guerra de colmenas de Verghast como guerrillera en una de las compañías de irregulares. Sabía cómo mezclarse con la gente ordinaria, cómo ocultarse incluso a plena vista. Aunque sus instintos le gritaban que echara a correr, Milo recordó aquello, y confió en ella.

Inclinó la cabeza.

Los soldados y los esclavistas del Pacto Sangriento pasaron por su lado lanzados a la carrera, pateando a cualquiera que fuera lo bastante estúpido como para interponerse en su camino. Los cibermastines, dejando un rastro de baba a su paso, avanzaban por delante de ellos a grandes saltos, aullando y ladrando, inundando el aire con el hedor de sus apestosos pellejos.

Dos trabajadores del condensador, completamente confundidos, fueron abatidos a disparos justo delante de Milo y de Nessa por los soldados del Pacto Sangriento. Sus cuerpos quedaron tendidos y retorcidos en mitad de unos charcos de sangre cada vez mayores, y fueron pisoteados y aplastados por los miembros del Pacto Sangriento que seguían a los primeros.

Las alarmas también estaban sonando dentro de la porta. Los soldados enemigos, con sus máscaras de hierro reluciendo, estaban acorralando a los trabajadores que ya habían cruzado la calzada a un lado de la estancia de entrada. Les estaban gritando y haciendo gestos con sus armas.

—¡Feth! —dijo Adare en cuanto cruzaron el umbral, entrando de verdad por primera vez en la misma ciudad de Ouranberg.

—Sigue a la masa de gente —le indicó Doyl—. Ponte en fila y no llames la atención.

Todos pudieron oír los aullidos de los perros que se acercaban.

—¡Los perros! ¡Los malditos perros! —gimió Cardinale—. Están siguiendo mi rastro…

—¡Olvídate de eso! —le dijo Doyl todo lo alto que se atrevió.

—Tenemos que entrar en acción —dijo Cardinale con una voz llena de miedo.

—¡Ni se te ocurra hacerlo hasta que te lo diga! —le replicó Adare con voz furiosa —. ¡Pasa al otro lado! ¡Pasa al otro lado con los demás trabajadores!

—¡Pero los perros…!

Los perros ya estaban casi encima de ellos, atravesando las filas de trabajadores aullantes que se encontraban en la entrada, abalanzándose hacia ellos.

—¡Santo Emperador! —chilló Cardinale, y empujó a Adare a un lado.

—¡Oh, Feth! ¡No! ¡No! ¡No lo hagas! —le gritó Adare—. ¡En nombre del Trono

Dorado, Cardinale…!

El soldado aerotransportado echó a un lado su disfraz y giró en redondo, disparando su rifle láser en fuego automático contra los cibermastines que se acercaban dando saltos.

Despedazó a tres de ellos, dos en mitad de un salto. El cuarto, un animal de noventa kilos, cayó sobre él con todo su peso y lo lanzó contra el suelo. Sus mandíbulas de acero se cerraron sobre el lazo izquierdo de su cara.

—¡En acción! —aulló Adare, con toda la esperanza perdida—. ¡Doyl, entra en acción! ¡No tenemos elección!

El sargento Adare sacó el rifle láser de debajo de las ropas y mató al cibermastín de Cardinale a quemarropa.

Doyl se giró y acribilló a los soldados del Pacto Sangriento cercanos con su rifle.

Cardinale estaba chillando. La sangre salía a borbotones de su cuello destrozado. Adare lo agarró, y las manos se le quedaron resbaladizas inmediatamente por el viscoso líquido.

—¡Vamos! ¡Vamos! —aulló Doyl mientras mataba a otros dos animales que se acercaban. Un tercero huyó, aullando y arrastrando una pierna.

—¡Sáquelo de aquí, sargento! ¡Sáquelo de aquí! —gritó el explorador.

Abrió fuego de nuevo con su arma, esta vez en un arco amplio que mató a dos centinelas del Pacto Sangriento que estaban en un nido de cañón automático situado sobre la sala de entrada, dominando toda la estancia.

Los esclavos chillaban y corrían de un lado a otro completamente dominados por el pánico. Adare puso en pie a Cardinale y disparó su rifle láser con una mano. Doyl, desesperado, comenzó a abrir un pasillo para ellos a través de la turba enloquecida. Si pudieran salir de allí y encontrar un sitio donde esconderse…

El explorador reculó cuando un disparo láser le rozó la frente. Comenzó a caerle un reguero de sangre sobre los ojos. Lanzó una maldición mientras sacaba una carga de demolición de tubo. Arrancó la cinta de detonación y arrojó la carga a su izquierda. La onda expansiva hizo saltar por los aires a tres soldados del Pacto Sangriento y aumentó la confusión que reinaba en el lugar.

Adare siguió disparando de forma indiscriminada contra todo lo que le parecía un soldado del Caos y abrió un corredor a través de la multitud hacia la salida noroeste de la sala de entrada. Llevaba prácticamente a cuestas a Cardinale, para entonces. Los trabajadores del condensador huían aterrorizados ante su presencia.

—¡Doyl! ¡Por aquí! ¡Por esa salida! —gritó Adare.

Doyl, medio cegado por su propia sangre, siguió la voz de Adare. Tuvo que empujar y patear a los esclavos que se le ponían por medio. Varios de ellos chocaron enloquecidos contra él.

—¡Adare!

—¡Doyl! ¡Vamos!

Los disparos de un cañón automático segaron a la multitud, y partieron por la

mitad a una docena de trabajadores. Doyl pudo oler el ficeleno y el aroma con regusto metálico de la sangre. El cañón tableteó de nuevo.

Doyl se pasó la manga por los ojos para enjugarse la sangre y se giró, dejándose caer sobre una rodilla y apuntando contra el origen de los disparos. Los soldados del Pacto Sangriento se estaban abriendo paso disparando a través del pandemónium. Uno de ellos tenía una ametralladora de apoyo montada en un bípode, y un esclavo corría a su lado suministrándole cintas de munición. La bocacha del cañón del arma iluminaba la brutal tarea que estaba realizando como si fuera una luz estroboscópica. Cada fogonazo mostraba una imagen congelada de figuras lanzadas al aire, esclavos que caían desplomados, arrancados del suelo, chocando con otros cuerpos.

Doyl logró atravesarle el cuello de un disparo al artillero antes de que la sangre lo cegara de nuevo. Adare había llegado a la salida noroeste y pasó al otro lado trastabillando y dejando caer a Cardinale. Se puso en pie y lanzó una granada contra los perseguidores de Doyl, haciéndola volar muy por encima de su compañero.

—¡Vamos! —le gritó a Doyl por encima del estallido de la granada—. ¡Todavía podemos lograrlo! ¡Primero y Único! ¡Primero y Único, por Feth!

Doyl corrió hacia el grito de Adare.

Entraron juntos en un amplio túnel de piedra que arrancaba de la sala de entrada. El humo procedente de la estancia anterior comenzaba a inundarlo y a acumularse bajo el techo de arco. Los esclavos caminaban aturdidos, trastabillando, por todos lados.

—¡Ya hemos salido! —le dijo Adare a Doyl—. Ayúdame a llevarlo.

Cada uno agarró una de las muñecas de Cardinale y empezaron a arrastrarlo entre los dos. Doyl intentó no mirar el destrozado rostro del soldado de Fantine.

—¿Por dónde? —preguntó Adare.

—A la izquierda —respondió Doyl.

Tan sólo habían avanzado unos cuanto metros cuando un disparo láser atravesó la rodilla de Adare y lo hizo caer. Varias escuadras del Pacto Sangriento estaban entrando en el túnel por un pasillo lateral.

—¡Feth! —gritó Doyl con desesperación.

Soltó a Cardinale y disparó el rifle desde la cadera, logrando dos impactos. Había tantos soldados del Pacto Sangriento y tan poco sitio donde ponerse a cubierto que no era difícil acertarles.

«A mí tampoco», pensó Doyl.

Las escuadras enemigas iban disparando mientras cargaban contra ellos. Los proyectiles sólidos y los disparos láser pasaban zumbando y siseando alrededor de los tres soldados imperiales. Doyl sintió que uno de ellos le atravesaba la capa, y que otro le rozaba dolorosamente el muslo. Unas pequeñas esquirlas de piedra le acribillaron la cara por un proyectil que rebotó en la pared rocosa.

Adare comenzó a disparar tumbado, desde el suelo, y el esfuerzo del sargento se vio reforzado de repente por Cardinale. Empapado en su propia sangre, haciendo caso

omiso del dolor de las heridas, el soldado de Fantine había logrado ponerse en pie. Se quedó así, balanceándose ligeramente, al lado de Doyl, abatiendo a las oleadas de enemigos con ráfagas y disparos irregulares.

—¡Explosión! —gritó Doyl, y arrojó una carga de demolición tubular al otro extremo del túnel, contra el enemigo que cargaba.

La bola de fuego resultante derrumbó parte del techo y enterró a las escuadras del Pacto Sangriento bajo un aluvión de piedras. Un casco carmesí salió rodando de la explosión y rebotó contra la pared del túnel.

—¡Cardinale! ¿Puedes oírme? ¿Puedes oírme? ¡Todavía podemos lograrlo! —le animó Adare mientras se esforzaba por levantarse.

Cardinale asintió, sin dejar de balancearse, inseguro y vacilante.

—Regresemos por ahí —ordenó Adare—. ¡Regresemos por el túnel!

—De acuerdo —dijo Doyl—. De acuerdo. Pero tenemos que escondemos. No podremos sobrevivir si seguimos al descubierto.

—¡Vale! —respondió Adare.

Se giró, y sus siguientes palabras se perdieron en un rugido zumbante.

El pecho de Adare explotó y salió despedido de espaldas contra la pared con la fuerza suficiente como para romperle los huesos. Cientos de impactos secundarios diminutos acribillaron simultáneamente la pared de piedra.

Doyl trastabilló hacia atrás para tratar de proteger a Cardinale. El de Fantine había caído al suelo de nuevo. El explorador tuvo la certeza de que Cardinale había muerto. De repente, Doyl percibió un aroma que era una mezcla de leche agria y menta.

La bestia se movía con tanta rapidez que el explorador de Tanith apenas pudo seguir sus movimientos. Utilizaba sus garras traseras para asirse con fuerza a los salientes de las piedras, y avanzó pegada al techo del túnel, cabeza abajo. La armazón blindada con servoextremidades mecánicas que rodeaba su torso cargó de modo automático el lanzadardos de diseño alienígena que había utilizado para matar a Adare. Una bandolera de cuero bastante tosca colgaba de su cuerpo reluciente y moteado. Miró a Doyl por encima de su morro alargado, y sus párpados dobles bajaron para proteger sus ojos lechosos.

Doyl lo acribilló con disparos láser.

Apenas se estremeció.

Doyl aulló y disparó de nuevo. Vació su cargador de tamaño tres contra la bestia hasta que el arma se quedó sin energía.

Aquello lo agarró por el cuello con una de sus poderosas extremidades delanteras y lo alzó. Doyl empezó a ahogarse.

—El Emperador nos protege —logró articular con voz estrangulada antes de que el loxatl le colocara el cañón de su lanzadardos en el ojo y disparara.

—¡Seguid andando! ¡Seguid andando! —rugieron los esclavistas mientras utilizaban a mansalva sus látigos y sus aguijoneadores. Agrupados de nuevo, los equipos de trabajo pasaron en fila por la sala de entrada. El lugar estaba sembrado de restos y de sangre. Los soldados herejes estaban llevándose a rastras los cadáveres.

¿*Estarán*…?, preguntó Nessa por signos.

No pienses en eso, le contestó Milo. *Ahora depende de nosotros*.

Los dos supervivientes de Larisel 3 siguieron a la multitud, con la cabeza agachada, y entraron en la ciudad.

El equipo de Varl avanzó sin tropiezos a través del complejo del condensador principal de vapor de Ouranberg, a lo largo de escaleras traseras y pasillos secundarios. Tuvieron que ocultarse varias veces para esquivar a las patrullas enemigas o a los equipos de trabajadores que se movían con prisa.

Bonin encabezaba la marcha. Se habían deshecho de su equipo adicional de salto, de los cascos y de los chaquetones con cota de malla, y los Fantasmas se habían puesto de nuevo sus capas de camuflaje. Varl había colocado a Unterrio y a Jagdea unas pequeñas redes de rejilla y algo de pintura de camuflaje en la cara de la piloto.

El condensador resonaba por todos lados con el estruendo de trabajos de carácter pesado. Los taladradores chirriaban. Los montacargas rechinaban. Las turbinas rugían y se estremecían.

Los informes tácticos suponían que Slaith estaría a salvo en algún lugar de la cúpula Alfa. Varl consideraba algo prioritario conseguir alguna información más. Se detuvieron dos veces para que Unterrio intentara conectar su placa de datos a una terminal del sistema de la ciudad, pero fue algo inútil. Las fuerzas de Slaith habían corrompido las bases de datos del Imperio y las habían inundado de secuencias ilegibles e incompatibles.

Cruzaron una serie de salas de almacenamiento, y bordearon un hangar aéreo. Allí tuvieron que esperar durante casi quince minutos mientras unos servidores terminaban de cargar una aeronave de transporte. La zona sólo quedó libre después de que la aeronave se dirigiera a la pista y despegara en dirección a la cúpula Alfa, lo que les permitió continuar. Banda se detuvo un momento para echarle un vistazo al tablero con la lista de tumos que colgaba de una de las vigas de sustentación del hangar.

—Mandan un envío cada cierto tiempo a la cúpula Alfa —dijo—. Cada dos horas.

Varl asintió. Miró a Jagdea.

—¿Podría manejar uno de esos transportes tan grandes?

—Sí —le contestó ella.

Continuaron avanzando, pero el camino estaba bloqueado. Unos equipos de

trabajo bajo la supervisión de guardias armados estaban reparando los daños producidos por el bombardeo en una factoría cercana. Bonin hizo retroceder al grupo, fue entonces cuando oyeron a otros equipos de trabajo vigilados subir por el túnel de acceso en su dirección.

—¡Feth! —exclamó Varl.

Estaban atrapados.

—¡Aquí! ¡Por aquí! —les siseó Bonin.

El explorador había forzado la cerradura de una puerta lateral. Se apresuraron a entrar, y él la cerró a su espalda. Era un pequeño almacén para piezas de maquinaria. Apestaba a lubricantes basados en aceite. Varl y Bonin se pusieron cada uno a un lado de la puerta, con las armas preparadas, escuchando atentamente el sonido de los pasos que marchaban por el exterior.

Pudieron distinguir con claridad unas voces ásperas y una serie de mensajes transmitidos por intercomunicador. Un grupo de individuos se había detenido a conversar justo al otro lado de la puerta.

Vadim se acercó a la parte trasera del almacén. Quitó en silencio una serie de cajas de madera de contrachapado de un banco mugriento y se subió para poder llegar hasta un pequeño tragaluz que había en la pared. La ventanita estaba atrancada por la suciedad, y tuvo que utilizar su palanqueta para poder mover el pestillo.

Parece prometedor, indicó con el lenguaje de signos.

Varl y los demás Fantasmas asintieron. Jagdea y Unterrio, que desconocían aquel lenguaje, fruncieron el ceño.

Tú primero, yo te cubriré. Que ellos tres pasen y que Vadim les siga, escribieron hábilmente en el aire las manos de Varl.

Bonin le indicó que le había entendido y que estaba de acuerdo señalando con un pulgar hacia arriba. Luego se dirigió a la parte trasera del almacén y sustituyó a Vadim. Asomó la cabeza por el tragaluz y sintió aire fresco en la cara. La pequeña ventana daba a un conducto de circulación que recorría diferentes lugares del complejo del condensador. Abrió la ventana todo lo que dio de sí con su cuchillo Tanith y se metió con la cabeza por delante.

Varl, todavía en la puerta, observó cómo desaparecían las botas de Bonin. Las voces del exterior seguían discutiendo, pero parecían estar alejándose.

Bonin reapareció en el tragaluz y alargó un brazo hacia abajo. Banda se subió al banco, metió su rifle láser largo por el hueco y después trepó. Vadim la empujó por los pies para ayudarla a subir.

Se giró y le indicó a Jagdea que le tocaba.

Fue capaz de subir sin problemas, y más con la ayuda de Vadim, pero la red de rejilla que Varl había insistido que se pusiera se enganchó en un reborde del marco del tragaluz.

Ella se esforzó por avanzar, pero estaba atrapada. Vadim se subió al banco e intentó desenganchar la red. Sus esfuerzos hicieron que el banco se moviera e

hicieron temblar a su vez las estanterías llenas de piezas de repuesto.

Varl no dejaba de mirarlos una y otra vez.

¡Date prisa, por Feth!, le dijo a Vadim con la boca sin emitir ni un solo sonido. Estaba seguro de que las voces del exterior se estaban acercando de nuevo. Flexionó su hombro biónico y ajustó el agarre de su pesada U90.

Vadim desenfundó su cuchillo y cortó el trozo de red, liberando a Jagdea. Ella se escurrió por la pequeña ventana, pero el repentino movimiento de su liberación hizo que se moviera de nuevo el banco, y la estantería se bamboleó.

Una lata llena de remaches cayó desde la estantería superior.

Varl la vio caer como si fuera a cámara lenta. Cerró los ojos, esperando lo inevitable.

No se oyó nada. Abrió los ojos y miró de nuevo. Unterrio había logrado atrapar la lata a escasos centímetros del suelo de rococemento. Las caras de inmenso alivio de Vadim y de Unterrio casi hicieron que Varl estallara en carcajadas.

Unterrio fue el siguiente en salir. Al ver las dificultades que había tenido Jagdea, tuvo el buen juicio de quitarse su red de rejilla y hacer una pelota con ella antes de tirarla por el tragaluz por delante de él.

Vadim, agachado sobre el banco, miró a Varl y le hizo señales.

Ve tú, le dijo Varl con los labios.

Miró de nuevo a la puerta y pegó la oreja a la hoja. Las voces estaban justo afuera en ese momento. Justo al lado de la puñetera puerta.

Bonin había roto la cerradura de la puerta para poder entrar, pero Varl se fijó en que había un pestillo, y lo pasó con mucho cuidado. Se alejó de espaldas de la puerta, sin dejar de apuntar su arma hacia ella.

Vadim ya había atravesado el tragaluz y se dio la vuelta para ayudar a Varl a subir. Sin dejar de apuntar su arma contra la puerta, Varl se sentó en el banco y después levantó los pies poco a poco. Su bota izquierda rozó el borde de la estantería.

Varias lámparas de aceite de dos litros de capacidad cayeron desde arriba y se estrellaron contra el suelo del almacén.

Varl no pudo creerse que fuera tan estúpido.

Pudo distinguir las voces que llegaban del exterior, y vio cómo el pomo de la puerta giraba repetidamente.

—¡Vamos! —le dijo Vadim con un siseo apremiante.

Ya estaban golpeando la puerta. Pateándola. Gritando.

Luego llegaron los disparos. El metal que rodeaba al pomo se deformó y partió bajo los impactos de varios disparos láser. El pestillo se mantuvo firme.

Fuese quien fuese quien se hallaba en el exterior, abrió fuego directamente contra la puerta y la atravesó con seis agujeros humeantes. Penetrar la puerta de metal había absorbido buena parte de la energía de los disparos láser, pero todavía tuvieron la fuerza suficiente como para hacer rodar a Varl sobre sí mismo y derribarlo del banco.

—¡Varl! —gritó Vadim.

La puerta ya estaba acribillada con numerosos agujeros, y los relucientes disparos láser llovieron sobre el interior de la estancia.

—¡Feth! —exclamó Varl.

Tenía unos serios moretones en los hombros y en la parte trasera de las piernas por los impactos. Se puso en pie, apuntó con la U90 contra la puerta y abrió fuego, apoyándose con firmeza sobre las piernas para resistir el retroceso.

Su arma estaba cargada con proyectiles normales del calibre 45. Azotaron la puerta de metal y mellaron su superficie por doquier, pero pocos proyectiles la penetraron. Una tormenta de disparos láser llegó del otro lado de la puerta.

Varl sacó el cargador marcado de amarillo del arma, lo sustituyó por uno marcado de rojo, la amartilló y acribilló la puerta con proyectiles perforantes y explosivos. Traspasaron la puerta como si estuviera hecha de papel mojado. También la pared que la rodeaba. Las balas explosivas causaron una rociada de fragmentos de ladrillo y trozos de metal en el pasillo.

Varl se giró, le arrojó el arma a Vadim, y saltó de cabeza hacia el tragaluz, pasando al otro lado en un momento.

Comenzó a sonar una alarma. Otra le respondió rápidamente. Larisel 1 cruzó el conducto de ventilación a la carrera hacia un surco que formaba el canalón de desagüe de desechos de una pequeña fundición.

—¡Por ahí no! —les dijo Bonin con tono perentorio. Ya había visto dos torres de vigilancia al otro lado de la fundición—. ¡Por ahí abajo!

Era otro gran surco, pero estaba lleno de tejas prefundidas para las reparaciones en los tejados.

—Muy bien, Bonin. No hay forma de pasar —le dijo Banda.

—Sí que la hay —le replicó Vadim, y empezó a subirse por la pila de losas más cercana sin bajar el ritmo de paso.

Su habilidad para trepar era mejor que la de cualquiera de ellos, pero lograron seguirle, llegando hasta la parte superior de un muro y pasando desde allí hasta el tejado alquitranado del pasillo de un claustro.

Se escondieron bajo las lonas impermeabilizadas que cubrían un puñado de barriles que había en el patio trasero de un taller.

—Creo que será mejor que nos quedemos quietos y a escondidas durante un rato —dijo Bonin.

—Sí —respondió Varl jadeando—. Y después, creo que deberíamos volver a ese muelle de carga.

El equipo de Meryn, Larisel 2, fue el primero en ver el rostro de Sagittar Slaith. Todas y cada una de las plazas y de las calles de la cúpula Beta tenía sus pantallas de comunicaciones y sus placas pictográficas sintonizadas a un hipnótico espectáculo en directo protagonizado por varios predicadores del Pacto Sangriento que no hacían

más que soltar blasfemias y exaltar las virtudes y ventajas de su fe demoníaca. Las emisiones eran constantes y despiadadas, y las transmitía una cámara de mano de no muy buena calidad que regularmente se desenfocaba en sus intentos por mantener centrados a los jerarcas, que se movían de un lado a otro. Aquellos individuos eran unos seres malignos, pintados y llenos de perforaciones rituales, que lanzaban sus sermones en una mezcla de su propio lenguaje deformado por el Caos y un gótico bajo híbrido y envilecido. Algunos se tiraban horas predicando, retorciéndose y con ataques de espasmos, como si hubieran tomado alguna droga narcótica y estuviesen sufriendo sus efectos. Otros gritaban de un modo histérico durante unos cuantos minutos antes de desaparecer. La imagen pictográfica saltaba y parpadeaba mientras pasaba al siguiente predicador.

Los miembros de Larisel 2 se esforzaron por hacer caso omiso de las transmisiones, pero era casi imposible escapar de ellas. El sonido de los sermones resonaba por doquier, y su eco llegaba a cada calle y túnel de acceso.

De todos los miembros del equipo, Larkin era a quien más afectaban las retransmisiones. Habían dejado a un lado todo el equipo de salto mientras bajaban por las secciones bombardeadas de los habitáculos superiores, y Larkin, libre por fin del casco integral con visores, pudo tomar algunas de sus potentes píldoras anticonvulsivas. Se sintió mejor durante un buen rato, pero la migraña tan sólo había disminuido, no desaparecido. Siguió dando vueltas por el borde de su cerebro, como una tormenta que se niega a despejarse.

En cuanto llegaron a los niveles del sector primario, encontraron una placa de imágenes en cada esquina alterna. Larisel 2 se mantuvo pegado a los callejones traseros, a los túneles y a los patios abandonados, pero no encontraron descanso de las voces aullantes ni de las imágenes borrosas. Larkin notó que sus niveles de tensión se ponían por las nubes, y que la migraña aumentaba por momentos.

Las partes comprensibles en gótico bajo de los sermones eran malignas: el tipo de discurso utilizado, los conceptos, las ideas, todo ello era difícil de soportar, y a menudo, impactante, pero las palabras de la disformidad que farfullaban eran mucho peores, por lo que se refería a Larkin. Su mente se retorcía cuando se imaginaba sus significados.

Pero lo peor, lo peor de todo, lo que realmente dejó atemorizado y horrorizado a Larkin, fueron los habitantes de Ouranberg, envueltos en harapos, a menudo sollozando, observando las retransmisiones. No parecían estar obligados. Simplemente se quedaban de pie en las esquinas de las calles, en las plazas y en las hileras de tiendas de las zonas comerciales mirando las pantallas mientras sus mentes eran corroídas lentamente por el bombardeo venenoso de mentiras de la disformidad.

Mkvenner los guio bien. Poseía un instinto infalible para esquivar a las patrullas de soldados, y los ponía a cubierto inmediatamente cuando los vehículos gravitatorios pasaban cerca de ellos. Se mantuvieron fuera de la vista de las multitudes, y tan sólo una vez tuvieron que silenciar a alguien, a un individuo que los vio. Un hombre de

mediana edad que salió a su patio justo cuando ellos estaban pasando por allí. Se los quedó mirando sin decir ni una sola palabra y luego simplemente se dio la vuelta y regresó tranquilamente a su habitáculo.

Meryn se separó del grupo y siguió al hombre al interior del edificio. Unos momentos después, salió y ellos siguieron su camino.

Nadie le preguntó a Meryn lo que había hecho. Todo el mundo lo sabía. Todo el mundo sabía que era absolutamente imprescindible mantener en secreto la operación durante el mayor tiempo posible. Fue un mal necesario. Como lo de matar a los equipos de rescate. Un mal necesario.

A Larkin no le gustaba nada aquello. Lo del «mal necesario» le sonaba a una de esas frases inteligentes que algunos hombres utilizan para disculpar los errores que cometen. Y ya había demasiado mal innecesario en la maldita galaxia como para añadir más de un modo deliberado.

En realidad, lo que no le estaba gustando nada era el hecho de que Meryn no mostraba señales de ninguna clase de emoción. Se mantenía en calma, inexpresivo. Se trataba de una cualidad que Rawne, incluso Gaunt, admirarían como propia de una dedicación absoluta y profesional al deber de un soldado. Pero Larkin pensó que se sentiría mejor sobre ese asunto si Meryn mostrase una pizca de arrepentimiento o de incomodidad.

Se detuvieron justo antes del amanecer del 224 para descansar, y se refugiaron en el primer piso de un taller de confección abandonado. En cuanto comenzara el ciclo diurno, sus movimientos se verían muy restringidos, y necesitaban darle al cuerpo algunas raciones de comida y un poco de descanso. El local del tejedor, que había sido saqueado y luego cerrado con tablas, daba a una pequeña plaza municipal repleta de vehículos calcinados y de restos. Una pantalla dirigida al público situada al otro lado de la plaza resonaba emitiendo la última diatriba de los predicadores de Slaith. Los ciudadanos estaban congregados alrededor de bidones de aceite ardiendo mirando la pantalla.

Comieron, y luego Kuren empezó la primera guardia.

Los despertó a todos unas dos horas más tarde. El exterior seguía estando a oscuras. Las lámparas que deberían haberse encendido de modo automático al inicio del ciclo diurno habían sido reventadas a balazos. Ouranberg parecía estar atrapada en una penumbra permanente, y Mkvenner se dio cuenta de que eso les ayudaría mucho a moverse por la ciudad.

Kuren los había despertado por las retransmisiones.

Los predicadores se habían quedado callados, y la pantalla permaneció completamente en blanco y con tan sólo un ruido de fondo durante más de quince minutos.

Quien apareció a continuación fue Sagittar Slaith.

Era algo absolutamente terrorífico.

Les habían enseñado durante el período de reuniones preparatorias algunas

imágenes borrosas tomadas a larga distancia de un ser que creían era Slaith, y que lo mostraban de estatura elevada y de complexión poderosa, pero nada que se pareciera a aquello ni de cerca.

El rostro que aparecía en la pantalla carecía por completo de cualquier clase de pelo o vello: era calvo y completamente afeitado, sin cejas ni pestañas. Sus orejas estaban grotescamente distendidas por el peso y el número de los anillos y las tachuelas incrustadas en ellas. Parecían los flecos de la garganta de un lagarto. Los dientes de Slaith eran unos triángulos cromados, como la punta de una daga. Tres enormes y antiguas cicatrices diagonales le marcaban cada mejilla: eran cortes rituales realizados durante la ceremonia de obediencia a Urlock Gaur. Llevaba una capa de pieles blancas sobre una servoarmadura de color marrón y repleta de pinchos. Sus ojos eran dos rendijas blancas sin pupilas.

Su voz era el suave y apagado latido de una pesadilla que ha despertado al durmiente aterrorizado pero sin un recuerdo claro del motivo de su pánico.

Les habló a ellos. Directamente a ellos. Utilizó el gótico bajo de un modo entrecortado.

—Soldados imperiales. Sé que estáis aquí. Sé que estáis aquí, en mi ciudad, sin haber sido invitados. Os habéis colado como alimañas en las sombras. Puedo oleros.

—¡Feth! —exclamó Larkin con un tartamudeo. Meryn le siseó para que se quedara callado.

—Moriréis —continuó diciendo Slaith. Sus ojos no parpadearon en ningún momento—. Moriréis pronto. De hecho, ya habéis comenzado a morir. Un centenar de miles de agonías os llevarán a la tumba. Vuestros gritos moribundos harán estremecer el Trono Dorado y despertarán a esa marioneta rancia y vieja a la que decís servir. Cortaré vuestra carne y os haré jurar el Pacto Sangriento. Quemaré vuestros corazones en el altar del Caos. Enviaré vuestras almas a la disformidad, donde mi señor, el dios de la Sangre, el poderoso Khorne, os rehará a su imagen y semejanza. Su alquimia reforjará vuestras almas en la belleza de la oscuridad eterna, donde su dolor será vuestro para siempre.

Cuando Slaith mencionó aquel nombre, Larkin notó que sus sentidos se estremecían. Sintió que le daba un golpe de calor. Vio que todos los demás se habían quedado pálidos. Kersherin se esforzaba por tragar saliva en un intento por evitar vaciar su estómago.

—Abandonad vuestra fútil misión ahora mismo, y os concederé la gracia de una muerte rápida. Tenéis una hora —Slaith miró a un lado de la cámara, como si estuviese hablando con alguien situado detrás de ella, y luego volvió a mirar al objetivo—. Esclavos, habitantes de este lugar, prestad atención. Buscad en vuestros habitáculos, en vuestros lugares de trabajo, en vuestros almacenes. Buscad en vuestros sótanos y en vuestros áticos, en vuestros graneros y en vuestras despensas. Encontrad a las alimañas imperiales que no han sido invitadas. Es vuestro deber. Si descubro que alguno de entre vosotros les ha ayudado o les ha ofrecido cobijo, sufrirá

por mi mano, y también su descendencia y todas sus amistades. Aquellos que vengan a entregarme a las alimañas imperiales serán benditos a mis ojos. Sus recompensas serán las mayores que yo pueda otorgar. Serán honrados como estirpe de mi propia sangre, ya que habrán mostrado su verdadera lealtad a mi señor, el dios de la Sangre.

La imagen de la pantalla saltó de repente y giró hacia un lado, enfocando de nuevo. Los Fantasmas pudieron atisbar una estancia muy lujosa, con unos grandes ventanales al fondo que dejaban ver una estatua medio destrozada. Un instante después, la espalda de Slaith, cubierta por la capa de pieles, apareció de nuevo en pantalla mientras la cámara lo seguía por la estancia. El señor de la guerra se echó a un lado. La imagen quedó borrosa hasta que enfocaron bien la cámara de nuevo.

Los hombres de Larisel 2 contuvieron el aliento.

Había tres cuerpos tirados y retorcidos bajo una de las ventanas. Dos llevaban puestos los inconfundibles uniformes del regimiento de Tanith, y era evidente que estaban muertos. Unas heridas tremendas y enormes hacía que fuera imposible reconocerlos. La sangre empapaba la alfombra sobre la que los habían dejado. Sobre ellos estaba el tercero, un hombre mutilado, desnudo a excepción de los pantalones de combate del regimiento aerotransportado de Fantine. También parecía muerto, pero se retorció de dolor cuando Slaith lo abofeteó con su mano cubierta por el guantelete de acero.

Era Cardinale. Su rostro no era más que una masa de carne destrozada y llena de sangre. Sus muñecas y tobillos estaban atados con alambre de espino.

—Santo Feth —exclamó Meryn.

—Ved cómo sé que estáis aquí, alimañas imperiales. Vuestros compañeros ya han sido descubiertos y aniquilados. Vuestra causa está perdida.

Slaith se giró para mirar de nuevo a la cámara.

—Una hora —dijo, y la imagen desapareció.

La pantalla se quedó en blanco durante un buen rato. Todos dieron un respingo, sobresaltados, cuando de repente apareció otro predicador y empezó a lanzar, aullando, una retahila de blasfemias.

A Larkin le temblaban mucho las manos. Sentía la boca seca.

—Han pillado a Larisel 3 —dijo Meryn.

—¿Y esos cuerpos? ¿Milo? ¿Doyl? —preguntó Kuren en voz baja.

Mkvenner se encogió de hombros.

—Quizás. A lo mejor Adare era uno de ellos.

—Así que es posible que algunos de los del equipo 3 se hayan podido librar, ¿no? —insistió Kuren con esperanza.

—A menos que no quedara bastante de ellos para que encontraran restos —le replicó Mkvenner.

—Ya no puedo dormir —dijo Meryn—. No después de ver eso. Acabemos de una vez. Encontremos a ese cabrón. ¿Vale?

Kersherin y Mkvenner asintieron.

—Sí —dijo Kuren con la cabeza agachada.

—¿Larkin? ¿Te parece bien?

Larkin levantó la vista y miró a Meryn.

—Sí. Acabemos de una vez.

Los tubos quemadores de los restos de gases de Ouranberg se encontraban al norte y al oeste de la ciudad, construidos sobre esbeltos peñascos de roca. Unas largas tuberías soportadas por grandes estructuras de caballete de vigas de hierro, algunas de cuatro kilómetros de largo, los unían a la estructura principal de la ciudad. Los quemadores propiamente dichos eran grandes chimeneas de ladrillo parecidas a hornos de veinte metros de diámetro, rematadas por estructuras de ignición de metal ennegrecido.

Ya era media mañana del 224. El cielo era un cegador cuenco de altoestratos de color topacio, y los bancos de polución matinales procedentes de la Escaldadura comenzaban a disolverse en unos vapores amarillentos cuando los vientos empezaron a ganar fuerza. Unas ominosas nubes se reunían a lo lejos, hacia el oeste.

Ouranberg estaba a tres kilómetros de distancia, al final de un enorme entramado metálico oxidado. La ciudad seguía siendo inmensa. La luz del sol destellaba y refulgía sobre sus hileras de ventanas. Unos delgados hilos de humo negro como manchas de huellas digitales se alzaban procedentes de las cúpulas.

Sin aliento tras el último trecho que había trepado, se recostó sobre una estrecha comisa rocosa a unos cincuenta metros de la parte superior del quemador. Tenía enganchada una bota para evitar que el viento lo arrastrara. El quemador, situado muy por encima de él, dejaba escapar un zumbido cuando el viento corría por las cavidades de los soportes de ignición, y cada diez minutos, más o menos, se producía la gigantesca llamarada de una burbuja de gas inflamado que subía al cielo antes de desaparecer. La ceniza flotaba en el aire como copos de nieve.

Su botella de oxígeno se había acabado hacía tiempo, y se había visto obligado a utilizar el rudimentario reciclador de aire del casco. Eso significaba que cada bocanada de aire llegaba tibia y húmeda, y que era imposible respirar profundamente. Aquella era una ascensión que hubiese sido difícil incluso con un aire limpio y en condiciones. Ya había perdido, sudando, unos dos kilos. Le dolía la cabeza por la falta de oxígeno. Tenía las manos, los pies y las rodillas, a pesar de los guantes, los pantalones reforzados y las botas, en carne viva y ensangrentados.

Comenzó a trepar de nuevo, y logró subir unos tres metros. Aquello lo situó casi a la altura de las vigas del fondo del andamiaje de la tubería. Levantó rápida y brevemente el visor de su casco para poder beber un trago de su cantimplora. La tentación de respirar el frío aire exterior fue casi irresistible.

Se encaramó hasta el borde del andamiaje. Le había parecido estrecho, desde lejos, pero en aquel momento, ya al lado, pudo apreciar la escala titánica de las vigas

y los travesaños. Trepar no sería nada fácil. Las vigas estaban demasiado separadas las unas de las otras. Tendría que avanzar sobre la panza por los travesanos, una mano tras otra.

Y llegar a Ouranberg en algún año del siguiente siglo.

La alternativa era seguir subiendo y cruzar el puente a lo largo de la tubería. Eso implicaba ascender completamente en vertical el peñasco, cada vez más escarpado, a lo largo de otros cuarenta metros más o menos.

Comprobó la tensión que sufría la cuerda que colgaba bajo él. No cedió demasiado, así que pasó los siguientes diez minutos tirando de su equipo hasta llevarlo a su altura. Trepar con todo el peso del equipo habría sido imposible, de modo que se había visto obligado a atarle la cuerda y a tirar de él cada vez que llegaba al límite de la misma. Si al menos su mochila de salto no se hubiera estropeado en la caída. Encendió su microtransmisor e intentó comunicarse de nuevo.

—Larisel. Larisel, ¿me recibe?

Nada.

—Larisel. Larisel, cambio.

Nada tampoco. Sabía perfectamente que estaba muy lejos del alcance máximo del aparato, pero no podía resistir el impulso de ir probando de vez en cuando.

—Larisel. Larisel… Aquí Mkoll. ¿Me recibes? ¿Me recibes?



TRES

Ya estaban en la cuenta atrás para el comienzo de la invasión. El Día O. A tan sólo un día de la operación Nube Negra.

Gaunt y Rawne se reunieron con el general Van Voytz y con los oficiales de los regimientos de Urdesh y de Fantine para pasar revista al Sexto de Krassia. Se trataba de un regimiento recién fundado, procedente de Krassia, un mundo agrícola liberado hacía poco tiempo en la zona conocida como los Márgenes Galácticos. Su comandante en jefe, el coronel Dalglesh, era un veterano de la Fuerza de Defensa Planetaria, con unas cejas gruesas y un tremendo mostacho, enorme y espectacular.

—Un grupo excelente de hombres —le dijo Gaunt al terminar de pasar revista.

—Gracias, señor —le contestó Dalglesh, con aspecto de estar encantado de verdad por el comentario—. ¿Me permite decirle que es un honor servir a su lado?

Gaunt levantó las cejas.

—De veras, señor —insistió Dalglesh—. La reputación del Primero de Tanith es considerable. Krassia fue colonizada gracias a la cruzada de la mártir. El esfuerzo de sus hombres en su nombre en el mundo capilla de Hagia es enormemente apreciado entre nuestra gente.

—Gracias —le dijo Gaunt—. Siempre es agradable que te aprecien.

—Es toda una novedad ser apreciado —le murmuró Rawne por la espalda.

El microtransmisor de Gaunt vibró.

—Discúlpeme, coronel… Gaunt. Adelante.

—Coronel comisario, soy Curth. Será mejor que venga a la enfermería.

Ana Curth dejó el micrófono del comunicador a un lado y cruzó a la carrera el pasillo que llevaba a la sala de cuidados intensivos. Se abrió paso a través de la multitud de enfermeros, enfermeras y heridos que podían caminar que se habían reunido en la puerta.

Dorden se giró para mirarla.

—¿Lo has localizado?

—Ya está en camino.

Dorden se giró de nuevo para continuar mirando la habitación.

—¿Lo encontraste así?

Ella negó con la cabeza.

—Me encontré con su cama vacía. Se había quitado todos los goteos intravenosos. Empezamos a buscarlo y Lesp lo encontró aquí.

Dorden dio un paso hacia el camastro donde Corbec estaba tumbado medio encogido y dormido en un sueño del que el doctor dudaba mucho que fuera capaz de despertar.

Agun Soric, completamente desnudo a excepción de una sábana enrollada sobre su cuerpo y de los vendajes que cubrían su gran torso, estaba sentado en un taburete al lado del camastro del coronel, con la cabeza apoyada sobre el pecho de Corbec. Su piel estaba cubierta de gotitas de sangre donde había tenido clavados los goteos intravenosos y de manchas blanquecinas por el esparadrapo que había mantenido sujetos esos goteos.

Soric levantó la cabeza cuando Dorden se acercó, y alzó lentamente la pistola láser hasta que apuntó directamente al estómago del doctor.

—Ni un paso más.

—Eh, tranquilo, Agun. Tranquilo. Cálmate.

El ojo bueno de Soric todavía estaba empañado por los fluidos. Había estado inconsciente durante muchos días. Dada la extensión de las heridas en su pecho, Dorden no se explicaba cómo era posible que consiguiera permanecer con vida sin la ayuda de los aparatos de soporte vital.

—Doctor —murmuró, como si reconociera a Dorden por primera vez desde hacía un rato.

—Soy yo, Agun. ¿A qué viene esa pistola?

Soric miró la pistola como si le sorprendiera estar empuñándola. Luego, un gesto de comprensión cruzó su cara.

—Los demonios —susurró.

—¿Los demonios?

—Por todos lados. Por todos lados y en el aire. He tenido un sueño. Vienen a llevarse a Colm. Vienen a por él. Lo he soñado. Vienen a por él. Están en su sangre, mordisqueando como ratas. Ñic, ñic, ñic.

Soric imitó muy gráficamente el sonido del mordisqueo.

—¿Y vas a luchar contra ellos, Agun? ¿Con la pistola?

—¡Si tengo que hacerlo! —le replicó Soric. Giró la cabeza de un modo extraño y se concentró en Corbec—. No está preparado para morir. Todavía no le ha llegado su hora.

Dorden dudó por un momento. Recordó, con una claridad que le puso nervioso, que el sargento Varl había dicho lo mismo.

—No, no está preparado, Agun —le contestó Dorden mostrándose de acuerdo.

—Lo sé. Lo he soñado. Pero esas ratas demoníacas. Ellas no lo saben. Le están mordisqueando.

Soric imitó de nuevo el sonido del mordisqueo y después comenzó a toser.

—Les dispararía si pudiese —añadió.

—¿Dónde demonios ha conseguido el arma? —murmuró alguno de los mirones.

—¿Quién está ahí? —preguntó Soric en voz alta, levantando la vista en actitud alerta y alzando la pistola—. ¿Demonios? ¿Más demonios? ¡He soñado con demonios!

—¡Nada de demonios, Agun! ¡Nada de demonios! —le tranquilizó Dorden.

—Sácalos de aquí —le siseó a Curth.

—¡Fuera de aquí! ¡Ahora mismo! —les ordenó Curth mientras los empujaba. Cerró la cortina a su espalda y se giró de nuevo hacia Dorden—. ¿Cómo es que sigue vivo? —le susurró.

—Porque soy un viejo cabrón resistente, encantadora cirujana Curth —le contestó Soric—. La Fundición Uno de Vervun, de chaval y de hombre, aaah. Te endurece, sí que lo hace, trabajar en una fundición. Es una chica encantadora, ¿verdad que sí, doctor? Una chica encantadora, encantadora.

—Yo siempre he pensado lo mismo —le respondió con tranquilidad Dorden—. ¿Por qué no me das la pistola, Agun? Quizá yo pueda dispararle a esas ratas demoníacas.

—¡Oh, no! —le replicó Soric—. Eso no sería justo para usted, doctor. No utiliza armas. Siempre he admirado eso de usted. Un salvador de vidas. No un quitador de vidas.

—Entonces, ¿por qué no me la das a mí? —le preguntó Curth con amabilidad—. En el entrenamiento básico de la Fuerza de Defensa Planetaria fui la mejor de mi clase en el disparo de armas cortas. Te apuesto algo a que soy capaz de eliminar esas ratas por ti.

Soric se la quedó mirando durante un momento. Luego, con una habilidad sorprendente, hizo girar el arma sobre su gran mano y la empuñadura quedó encarada hacia Curth.

—Muy bien, inténtalo —le dijo—. Encantadora, una chica encantadora —añadió mirando de reojo a Dorden.

—Oh, lo sé —dijo Dorden, dejando escapar a continuación un suspiro de alivio.

Curth tomó con cuidado la pistola de manos de Soric y la arrojó a un contenedor

de ropa sucia.

—Déjame echarte un vistazo —le dijo al viejo verghastita.

—No, yo estoy bien.

—Sólo quiero comprobar que las ratas no te están mordisqueando a ti también.

—Hmmm, vale.

Tosió de nuevo, y Dorden pudo distinguir las manchitas rojas que habían salpicado las sábanas del camastro. Soric pareció sufrir un pequeño bajón.

Curth se puso detrás de Soric y realizó un examen de su torso.

—¡Feth! ¡Está respirando por los dos pulmones! ¿Cómo es posible?

—¿Sin problemas? —le preguntó Dorden, dubitativo.

—No… Existe una masa de fluidos. —Sacó su estetoscopio y lo colocó en la espalda de Soric—. Pero no es muy grande. Es increíble.

—Desde luego —susurró Dorden.

—No os preocupéis por mí, estoy bien —les dijo Soric al mismo tiempo que se ponía en pie. Tosió de nuevo—. El sueño me dijo que yo me pondría bien. El sueño me puso bien. Me dijo que tenía que estar bien para poder levantarme y mantener lejos de Corbec a los demonios. Quieren su alma, doctor. Están mordisqueándolo.

—¿El sueño te dijo eso?

Soric asintió.

—¿No les había dicho que mi tatarabuela era una bruja?

Tanto Curth como Dorden se quedaron dudando.

—¿Una bruja? —repitió Dorden.

—Tenía la segunda visión, y era muy peculiar. Se ganó la vida en los habitáculos exteriores prediciendo el futuro.

—¿Cómo si fuera… un poder psíquico? —le preguntó Curth.

—¡Por Gak, no! —barbotó Soric—. Una chica encantadora, pero no muy espabilada, ¿verdad, doctor? Mi querida Ana, si mi santa tatarabuela hubiera tenido poderes psíquicos, se la hubieran llevado las Naves Negras, ¿a que sí? Llevada por las Naves Negras o fusilada por hereje. No, no… era una bruja. Tenía el inofensivo truco de ver el futuro, sobre todo en sueños. Mi mamá me dijo que yo heredaría ese poder porque era el séptimo hijo de un séptimo hijo, pero no he tenido la más mínima sensación parecida a eso en toda mi vida.

»Hasta ahora —añadió a continuación.

—¿Soñaste que Corbec tenía a los demonios mordisqueándolo? —le preguntó Curth.

—Muy clarito, eso es lo que me dijo el sueño.

—¿En su sangre?

—Eso mismo.

—¿Y el sueño te dijo que debías volver a la vida para que eso no ocurriera? ¿Para impedir que los demonios se llevaran a Colm?

—Sí, señora.

Curth clavó su mirada en Dorden.

—Encuentra a Lesp. Que haga un examen toxicológico de la sangre de Corbec.

—Estás de broma —le contestó Dorden.

—Tú busca a Lesp, Tolin.

—No hace falta. Yo mismo puedo realizar el examen toxicológico.

—Tuve otros sueños —dijo Soric. Su voz sonaba lejana, como si ya estuviese agotado.

—Tenemos que llevarte de nuevo a la cama, Agun —le dijo Curth para acallarlo —. El sueño sólo te curará si tú le ayudas descansando.

—Vale. Encantadora, una chica encantadora, doctor.

Curth ayudó a Soric a ponerse en pie mientras Dorden sacaba de sus envolturas esterilizadas el instrumental que iba a utilizar en Corbec.

—Malos sueños —murmuró Soric.

—Estoy segura de que lo fueron.

—Vi a Doyl. Y a Adare. Están muertos. Me rompe el corazón. Los dos están muertos. Y el cardenal está sufriendo mucho.

—¿El cardenal?

—Un dolor terrible. Pero dile a Gaunt… que Mkoll no está muerto.

Curth levantó la mirada hacia Dorden. Vio la expresión de sus ojos: una emoción dividida entre la esperanza y la incredulidad.

—Vamos, Agun —le dijo ella.

—Una chica encantadora, encantadora —murmuró Soric, y a continuación se desplomó, desmayado.

—¡Lesp! ¡Lesp! —gritó Curth.

Para cuando Gaunt llegó a la enfermería, Soric ya estaba inmovilizado en un camastro y conectado de nuevo a los sistemas de soporte vital.

—¿Que ha dicho qué?

—Dijo que unos demonios iban a por Corbec. Y que había soñado que Adare y Doyl estaban muertos, pero que Mkoll estaba vivo. Y dijo algo sobre que el cardenal estaba sufriendo mucho.

—¿Quién?

—El cardenal.

Gaunt estaba con Curth a la sombra de una puerta de servicio, al otro extremo del pasillo que daba a la sala de cuidados intensivos. Curth estaba intentando encender una varita de lho con sus temblorosas manos.

—Dame eso —le dijo de repente Gaunt, y le sacó la varita de los labios.

Se acercó hasta un lanzallamas que se encontraba tirado sobre una pila de restos de equipo a lo largo de la pared del pasillo y la encendió con la llama piloto azul del dispositivo de ignición que había en la punta de la boca de salida.

Regresó junto a Curth y le dio la varita de lho.

—Esto te matará —le dijo.

—Mejor esto que la disformidad —le replicó ella antes de dar una gran calada.

—¿Sus palabras exactas fueron «el cardenal»?

—Eso es lo que yo oí.

—El especialista de Fantine asignado al equipo de Adare se llama Cardinale —le dijo Gaunt.

—No jodas —dijo ella simplemente.

Dorden se unió a ellos tras recorrer el pasillo. Sin decir nada, tomó la varita de lho de manos de Curth y aspiró una profunda calada. Se arrepintió entre grandes toses, y se lo devolvió.

—Corbec vivirá —dijo.

Gaunt sonrió.

—¿Y Soric?

—El también. No me atrevo a pensar lo que haría falta para matar a Agun Soric.

—No parece muy contento —comentó Gaunt.

Dorden se encogió de hombros.

—Seguí el consejo de Ana y le efectué un examen toxicológico a Corbec. Se encontraba en una situación terminal debido a una infección nosocomial.

—¿Una qué?

—Había contraído una infección secundaria debido a su estado aquí, en la enfermería.

—Un envenenamiento de la sangre —dijo Curth.

—Sí, Ana. Un envenenamiento de la sangre. Si no le hubiera administrado veinte centímetros cúbicos de morfomicina y de anticoagulante por vía intravenosa, probablemente ya habría muerto para cuando anocheciera.

—Maldita sea —exclamó Gaunt.

—Demonios en su sangre, mordisqueando como ratas —dijo Curth, e imitó el sonido de mordisqueo que había hecho Soric.

—No empieces con eso —la cortó Dorden.

—Pero tienes que admitir… —empezó a decir Curth.

—No, no tengo por qué hacerlo —la cortó de nuevo Dorden.

Los Fantasmas del barracón principal estaban guardando su equipo y repasando las armas cuando Hark regresó con el destacamento de castigo. El soldado Cuu estaba encadenado de pies y manos, y tenía que dar rápidos pasitos cortos para mantenerse a la altura de los guardias. Su rostro estaba pálido y demacrado por las noches que había pasado en una celda, y aquello hacía resaltar todavía más su gran cicatriz.

—¡Alto! —gritó Hark, y el destacamento se detuvo de golpe.

—¡Llaves! —pidió Hark.

El soldado que estaba más cerca de él le entregó un manojo de llaves electrónicas y el comisario abrió las esposas de Cuu.

Cuu se quedó allí de pie, parpadeando y frotándose las muñecas.

—¿Comprendes la naturaleza de tu transgresión y renuncias a ella por completo a los ojos del Dios Emperador?

—Lo hago, señor.

—¿Aceptas tu condena y comprendes que es una muestra de la misericordia del Dios Emperador?

—También lo hago, señor.

—¿Prometes permanecer fuera del camino del pecado desde ahora mismo? —dijo Hark con voz amenazante al mismo tiempo que acercaba su cara a la de Cuu.

—Ya puede contar con ello.

—¿Señor?

—Señor. Ya puede contar con ello, señor.

Hark apartó la vista.

—El prisionero está libre —dijo.

El destacamento dio media vuelta sobre los talones y salió del barracón, seguido por Hark.

Cuu se marchó a su camastro. Se sentó en él y miró a la fila donde estaba Bragg.

—¿Qué? —preguntó Bragg levantando la vista del mecanismo de disparo a medio engrasar que estaba limpiando.

—Tú —dijo Cuu tan sólo.

—¿Yo qué? —le respondió Bragg poniéndose en pie.

—Déjalo, Bragg —dijo Fénix.

—No merece la pena —dijo a su vez Lubba.

—No, Cuu quiere decir algo —les contestó Bragg—. Cuu, me alegro de que Gaunt demostrara tu inocencia. Me alegro de que no fueras tú. Me revolvía las tripas pensar que alguien de nuestro regimiento era capaz de hacer algo así.

—Tú pensaste que fui yo, Bragg. Les dijiste dónde debían buscar.

—Sí —respondió Bragg apartando la vista—. Esas monedas… fue culpa tuya.

—Y esto es culpa tuya —le replicó Cuu al tiempo que se subía la camisa para que pudieran ver su estrecha espalda y los sangrientos verdugones que el látigo le había marcado treinta veces en el torso.



CUATRO

Era una larga caída.

Las última hora de la tarde estaba trayendo un tiempo atmosférico preocupante: nimboestratos hinchados de lluvia y un fuerte viento del oeste. La Escaldadura se sintió solidaria con la atmósfera superior y comenzó a bullir con mayor fuerza, arrojando al aire destellos electroquímicos y llamaradas de fuego.

La fuerte lluvia ácida fue lo bastante densa como para reducir Ouranberg a poco más que un borrón gris recortado contra el cielo, pero hizo poco por reducir la enorme distancia que lo separaba de ella.

Mkoll siguió avanzando por la parte superior de la tubería. Había el espacio justo en las vigas de la armazón de soporte para que pusiera un pie delante del otro, apoyándose con una mano en el costado de la propia tubería. La lluvia hacía que todo fuera resbaladizo: el metal bajo sus pies, la tubería bajo su mano. No había mucho a lo que agarrarse en el camino, excepto algún remache ocasional. Se trataba de una cuestión de equilibrio completo y de concentración total.

Había caminado durante los primeros quinientos metros más o menos por encima de la enorme tubería, pero luego el tiempo se había estropeado de tal modo que le había sido imposible seguir por allí, y avanzar por el borde de la estructura de apoyo era mucho más lento.

Hubiera preferido no mirar hacia abajo, pero aquello era algo esencial. Las vigas estaban cubiertas de óxido y de liquenes pegajosos, y tenía que dar cada paso con

mucho cuidado. Bajo él podía ver la caída que había hasta las profundidades tóxicas de Fantine. Un resbalón, una mancha de óxido, una superficie llena de musgo, un trozo resbaladizo de viga por la lluvia, y caería sin esperanza alguna de sobrevivir. Mkoll estaba bastante seguro de que si se caía, chocaría con una de las vigas transversales de la estructura, así que, por lo menos, no se enteraría mucho.

Ya se había salvado dos veces de milagro: una brusca ráfaga de aire ascendente casi lo había arrastrado, y había pisado sin querer una de las viles cosas parecidas a las babosas que habitaban ese lúgubre sitio. Termovoros. Bonin y Milo le habían hablado de ellos. La cosa había explotado en un chorro de baba y su bota patinó en la viscosidad producida. Demasiado cerca, aquello había estado demasiado cerca.

Mkoll supuso que ya habría cruzado la mitad. La lluvia era cada vez más fuerte, una cortina de agua que le daba en la cara, y los estallidos de los truenos hacían retemblar el aire. Se acercaba ya el crepúsculo y, aparte de unas pocas luces, la ciudad era en esos momentos totalmente invisible.

La lluvia había hecho salir a las babosas. Mkoll pensaba que obtenían nutrientes o fluidos esenciales de la lluvia, o que tal vez se alimentaban de las microalgas que la alta acidez de la lluvia disolvía del metal. ¡Feth, él no era biólogo! De lo único que estaba seguro era de que las repugnantes cosas recubrían las piezas metálicas y de que eran diez veces más de las que había cuando empezó a cruzar, antes de que se pusiera a llover. Intentó no tocarlas y, desde luego, no pisarlas. Esto último era lo más difícil. Tenía que dar zancadas largas para pasar sobre los retorcidos montones que formaban. Dos veces tuvo que utilizar la culata de su rifle láser para apartar de su camino los montones especialmente grandes.

El alapellejo debió confundirlo con un depredador rival. O tal vez le apeteciera una presa más grande. Lo vio acercarse en el último momento, un animal huesudo y escuálido, parecido a una rata, con unas desgastadas alas de dos metros y una cola de cuatro metros fina como un látigo. Se lanzó hacia el visor de su casco, emitiendo enfurecidos chillidos ultrasónicos y batiendo sus alas hacia él. Mkoll dio un traspié, se inclinó hacia él con una maldición y resbaló de la viga.

Se agarró al borde de la viga con la mano izquierda. La sacudida del golpe casi le dislocó el hombro. Mkoll gruñó de dolor. Sus piernas se balanceaban en el aire tratando de encontrar un punto de apoyo. Cuando las yemas de su mano izquierda ya comenzaban a resbalar, lanzó su mano derecha también hacia la viga. La primera vez agarró un puñado de termovoros; los sacudió de sus dedos y se agarró mejor. Las piernas le seguían colgando y los antebrazos le ardían por el esfuerzo de agarrarse a la viga y soportar todo su peso.

El alapellejo volvió, atacándole por la espalda, chillando tan alto que hizo vibrar su casco de acero.

—¡Lárgate! —le gritó.

Logró poner un codo en la viga apretando los dientes y lanzando un gruñido, y a continuación el otro, y luego ya una bota. Finalmente, se encaramó a la viga y se

quedó tumbado, temblando y luchando por recuperar la respiración, boca abajo sobre una masa de babosas aplastadas.

Permaneció allí tumbado durante mucho tiempo, intentando contener su corazón desbocado, sintiéndose morir.

No volvió a moverse hasta que el alapellejo aterrizó sobre su hombro y comenzó a mordisquearle la parte del cuello sellada con tela. Se dio la vuelta de un tirón, lo pilló por la cabeza y lo agarró con fuerza mientras lo golpeaba y lo zarandeaba. Lo mantuvo agarrado el tiempo suficiente como para sacar el cuchillo y matarlo.

Mkoll lo dejó caer desde el borde y vio cómo descendía dando vueltas, con sus alas y larga cola colgando, hacia las profundidades. Aquel maldito bicho no lo había hecho matarse por poco.

Justo antes de que desapareciera en las profundas nubes, una forma borrosa, mucho mucho más grande que el alapellejo y de un negro intenso, emergió fugazmente de la Escaldadura y lo atrapó en el aire de un modo grácil antes de volver a desaparecer.

Mkoll no tenía ni idea de qué era lo que acababa de vislumbrar, pero de repente se alegró de que sólo hubiera sido un alapellejo el que hubiera decidido incluirlo en su dieta.

Se levantó, tambaleante y dolorido, se limpió el fango de la pechera de su camisa y continuó su arduo camino.

Nessa colocó una mano sobre la boca de Milo antes de despertarlo. No le parecía justo molestarlo. Le parecía que estaba profundamente dormido, como un niño.

Pero se acercaban las 20:00 hora imperial y comenzaba el ciclo nocturno. Tenían que ponerse en marcha.

Milo se despertó y la miró. Ella le sonrió de forma tranquilizadora y retiró su mano de la boca de Milo, descubriendo la sonrisa que él le dedicaba.

Se sentó y se restregó la cara con las manos.

—¿Estás bien? —le susurró.

Ella no contestó. Milo bajó las manos y repitió el susurro para que pudiera ver sus labios.

—Sí —contestó ella. Luego añadió—. ¿Demasiado alto?

Tenía dificultades para ajustar el volumen de su voz.

—Así está bien —dijo él.

Se alejaron a hurtadillas de la cuadrilla de esclavos con los que se habían mezclado para cruzar el paso elevado y pasaron la primera parte del día atravesando las principales zonas de factorías y zonas de trabajo, evitando las ávidas patrullas de búsqueda del enemigo. A mitad de la tarde, cansados del esfuerzo y de la prolongada tensión, entraron en un edificio abandonado de las afueras de la cúpula Alfa para robar unas pocas horas de sueño.

Ninguno de ellos había mencionado los terribles sucesos que ocurrieron cuando estaban cruzando la calzada principal. Milo no conocía bien a Doyl pero sabía que los Fantasmas habían perdido un valioso y dotado explorador. La muerte de Adare lo había afectado de una forma más directa y emotiva. Lhurn Adare, astuto, fuerte y seguro de sí mismo, había sido un Tanith bastante querido y un amigo íntimo. Fue uno de los compañeros de borrachera de sacra del coronel Corbec, un acérrimo juerguista a quien le gustaba contemplar el amanecer con gente como Varl, Derin, Cown, Domor, Bragg y Brostin. Parte del círculo interior, el corazón y la espina dorsal del Primero de Tanith. Milo había visto, desde los primeros días, mucha acción allí donde se encontraba Adare. Recordaba las implacables bromas pesadas que este les gastaba a Baffels y a Cluggan. Recordaba la tremenda borrachera con él la noche que lo nombraron sargento. Recordaba los frecuentes y acertados consejos de Adare.

Ninguno de los dos estaba allí ya. Adare y Doyl, muertos, Milo estaba seguro, como todos los demás: Baffels, en Hagia; Cluggan, muerto hace tiempo en Voltemand; Mkoll, en los cielos de Ouranberg.

¿Cuánto tiempo pasaría, se preguntaba Milo, hasta que las últimas piezas de Tanith se consumieran?

Se puso en pie y se estiró, intentando sacudirse la tristeza de su cabeza para estar preparado. La desnuda habitación estaba iluminada por una única lámpara química que Nessa se había atrevido a encender al estar las ventanas cubiertas por placas de madera de contrachapado. Su rifle láser largo se encontraba colocado sobre su capa de camuflaje, desmontado. Utilizaba un dedal hecho de tela gruesa para pulir y engrasar el mecanismo de disparo.

Milo sacó unas raciones envueltas en papel de aluminio y las devoró, bebiendo tragos de agua de su cantimplora. Notó que tenía las manos llenas de polvo, pero no le importó.

Abrió el mapa de Ouranberg de papel delgado que les habían proporcionado a todos y lo volvió a estudiar, trazando algunas rutas.

—¿Has dormido? —preguntó, tocándole primero el brazo para que supiera que tenía que mirarle.

—Un poco.

—¿Suficiente?

—He tenido un sueño —dijo Nessa mientras seguía repasando su arma de francotiradora.

—¿Un sueño? —preguntó él.

—Soñé que el coronel Corbec y el sargento Soric venían a buscamos. Que estaban vivos.

—Probablemente lo están —dijo Milo—. Es decir, no lo sabemos.

—No, pero estaban a punto de morir cuando los dejamos. Una cosa es perder a alguien en la batalla, pero otra es dejarlos agonizando y luego no saber nada… no averiguarlo nunca…

—Lo averiguaremos. Nos estarán esperando cuando volvamos. Soric tendrá muchas ganas de bromear y se sentirá muy orgulloso de ti. Corbec tendrá una botella de sacra abierta y me pedirá que saque mi gaita para tocar unas canciones.

—¿Por qué va a estar Soric orgulloso de mí? —preguntó ella.

—Porque le habrás metido un disparo entre ceja y ceja a Slaith.

Ella se rio.

—Es bueno saber que tienes tanta confianza en mí. Y que puedes adivinar el futuro, Brin.

—Es un don que poseo.

Ella movió la cabeza con una sonrisa entre dientes y comenzó a armar su rifle láser largo. Sus manos se movían con precisión y práctica ensamblando las diferentes piezas. Milo dudaba de que él pudiera haber montado un rifle láser en el doble de tiempo.

Él la observó. Todos solían considerarla como la mujer más hermosa de los Fantasmas, aunque todos los hombres tenían sus favoritas: Muril, Arilla, Banda, Solia, Ellan, Criid o, cuando estaban lo suficientemente borrachos o doloridos para atreverse a admitirlo, Ana Curth, Criid y Banda eran consideradas como las más seductoras, aunque a Milo a menudo le impresionaba que se dejara aparte a Criid debido a su relación con Caffran. Nessa no era atractiva de la misma manera que Banda o Solia. Era en parte debido a su silencio, en realidad una herida de guerra. Pero se debía principalmente a su fina y deslumbrante cara, a los ángulos perfectos de sus mejillas y nariz y a sus ojos azul oscuro. Su brillante pelo al viento parecía ser una parte esencial de su atractivo. Todo su cabello había desaparecido de momento, pero todavía seguía siendo bellísima. El cabello estaba comenzando a crecer de nuevo, un fino fieltro de textura similar a la pelusa. La ausencia de cabello enfatizaba sus rasgos esculturales.

Levantó los ojos y se fijaron en los de él.

—¿Qué es tan interesante? —le preguntó.

Milo movió la cabeza.

Apartó la vista y vio una pequeña tabla de madera de contrachapado apoyada contra la pared. Una punta de cuchillo había grabado en ella las palabras «Nessa Bourah, 341.748 a 225.771 M41».

—¿Qué narices es eso? —preguntó.

—Tan sólo una costumbre —respondió ella.

—¡Feth, es una puñetera lápida!

—Relájate, Brin. Lo hacíamos todos los días durante los combates guerrilleros. Nunca me he podido quitar la costumbre.

Milo movió la cabeza, perplejo.

—Tendrás que darme una explicación mejor que esa —añadió.

Ella dejó a un lado el rifle láser largo y se volvió hacia él.

—Íbamos a morir. Todos los días, en una guerra de guerrillas entre las ruinas de

los habitáculos exteriores de los alrededores de la colmena Vervun, íbamos a morir. El número y el ritmo de muertos era horroroso. Así que adquirimos la costumbre de grabar nuestras propias lápidas en el poco tiempo libre que teníamos. Si moríamos, ves, ya habría una lápida preparada. Fácil. Sencillo. Una pequeña zanja abierta en un momento, un poco de tierra encima del cuerpo, una oración… y una lápida preparada ya esperando.

—Eso es terrible.

—Así es como fue —hizo una pausa y se aclaró la garganta sin hacer ruido alguno. Luego continuó—. Se convirtió en una rutina, y la gente comenzó a poner la fecha del día siguiente en las lápidas, como retando al destino a que se los llevara. Al principio era una broma. Una mala, mala broma. Entonces alguien, no recuerdo quién, señaló que, por norma general, aquellos que grababan la fecha del día siguiente como la fecha de su muerte, sobrevivían.

—¿Sobrevivían?

—Los sensatos que dejaban la fecha de la muerte en blanco tendían a morir. Aquellos que alegremente habían cincelado que el siguiente día sería el último… sobrevivían. Así que tenían que desechar la lápida y hacerse una nueva porque la fecha estaba mal. Tras una semana o dos, se convirtió en un hábito, en una especie de rito para traer suerte. Todos lo hacíamos, desafiando a los dioses, a los demonios o aquello que gobierne el orden cósmico, para que convirtiera nuestras lápidas en algo inservible.

—¿Y todavía lo haces?

Ella asintió con la cabeza.

—En momentos como este, lo hago.

—Siento que debo hacer una —dijo él.

—Me temo que sólo funciona con los verghastitas —respondió ella.

—Maldita sea… —empezó a contestar burlonamente.

Y se quedó helado.

Pudo oír golpes, arañazos procedentes de debajo del suelo. Al ver sus ojos, Nessa se incorporó y metió un cargador de energía en su rifle láser largo.

Lentamente, escuchando, Milo levantó el cañón.

Más golpes, un choque.

Vámonos, le indicó por señas.

Recogieron rápidamente su equipo, manteniéndose atentos a la puerta. Nessa apagó la lámpara.

En la repentina penumbra azul, Milo hizo un gesto con el pulgar hacia la puerta trasera. Se desplazaron lentamente hacia ella, con las armas preparadas, envueltos en sus capas de camuflaje.

Milo retiró suavemente la madera de contrachapado que cubría la ventana más cercana. Tres pelotones del Pacto Sangriento se estaban concentrando en una plaza cercana.

Otra patrulla de búsqueda. Desde que Adare y Doyl habían sido descubiertos, el enemigo había estado buscando otros intrusos imperiales por todo el distrito industrial. El sistema de megafonía había lanzado mensajes para «encontrar a las alimañas», alternándolos con llamadas para que la «basura imperial» se rindiera.

Milo y Nessa retrocedieron hacia la puerta trasera. Esperaban un soldado del Pacto Sangriento.

Pero no lo era.

La puerta del habitáculo se hizo añicos, reventada por la poderosa detonación de un arma, y se coló el primer loxatl.

En la penumbra, Milo pudo entrever un cuerpo sinuoso y gris con una cabeza plana y hocicuda y una cola corta y musculosa. Entró y subió por la pared, con sus pezuñas cortas arañando el yeso para obtener un punto de agarre. La armazón blindada con servoextremidades mecánicas que rodeaba su torso moteado hacía girar la boca parecida a un pimentero del lanzadardos del alienígena.

Un segundo loxatl se arrastró a través de la puerta y se encaramó rápidamente a la otra pared. Milo podía notar cómo olía a menta mezclada con leche agria.

Las servoextremidades mecánicas de su armazón blindada barrieron la estancia y apuntaron a Milo, iluminando con un haz de color verde su capa de camuflaje.

El rifle láser largo de Nessa rugió.

El segundo mercenario alienígena fue arrancado de la pared por la tremenda potencia del disparo reforzado y se estrelló, agitándose violentamente, contra el marco de la puerta.

El otro disparó su arma. Un gran agujero se abrió en los paneles de fibra prensada que había cerca de Milo.

El soldado de Tanith abrió fuego y trastabilló hacia atrás durante un momento por la acción del casi incontrolable retroceso del U90.

Los proyectiles perforantes y explosivos reventaron a la cosa-lagarto y rociaron la pared con su sangre inmunda. Su cadáver humeante cayó de la pared y se estrelló contra el suelo.

—¡Feth! —oyó gritar a Nessa. La criatura a la que ella había disparado estaba incorporándose, tambaleante, otra vez, apuntando su lanzadardos hacia Milo.

Milo vació el resto del cargador de tambor en el segundo loxatl, triturando su cabeza y su pecho.

Miró a Nessa.

¡*Vamos*!, le indicó.

Ella afirmó con la cabeza y tiró de él hacia la puerta por la que había entrado el loxatl. Confiando en ella, Milo se dio cuenta de que tenía razón. Los escuadrones del Pacto Sangriento estaban asaltando la parte trasera del habitáculo, intentando matar a cualquier extraño que hubiera escapado de los loxatl.

Nadie contaba con que alguien pudiera salir por la parte delantera del edificio.

Nessa y Milo, a la par, salieron corriendo del edificio de habitáculos y corrieron a

toda velocidad hacia los imponentes cascarones de los bloques de viviendas situados en la parte más alejada de la plaza.

En el habitáculo que dejaron atrás, la lápida de Nessa había quedado aplastada bajo el peso de un loxatl muerto.

Durante la mayor parte del día tuvieron que esperar una oportunidad para volver a escondidas al muelle de carga, donde les llevó tan sólo noventa segundos apropiarse del transporte. El rifle láser largo de Banda se encargó del piloto y Bonin y Varl se ocuparon del resto con sus cuchillos de Tanith.

Jagdea atravesó a la carrera el muelle y arrojó el cadáver del piloto fuera de su asiento.

—¿Los dejamos aquí? —preguntó Unterrio, señalando a los demás cuerpos.

—No, súbelos a bordo —dijo Vadim.

Izaron los cuerpos de los herejes y los lanzaron al fondo de la bodega del transporte.

Era un vehículo de carga ligero, provisto de una sección de cabina techada y de un compartimento de carga cubierto por una lona. Jagdea se puso tras los mandos mientras el resto de Larisel 1 terminaba de arrastrar los cadáveres al compartimento de la nave y subía a bordo.

—¿Comandante? —le preguntó Varl.

—Sólo estoy familiarizándome con el diseño —dijo ella.

Jagdea pilotó el vehículo con mano experta y pasaron entre dos grandes hileras de habitáculos hacia la porta de la cúpula Alfa.

Aproximadamente en ese mismo momento, mucho más lejos y hacia el noroeste, Mkoll estaba escalando el farallón granítico de Ouranberg hasta donde llegaba la tubería. Estaba oscuro, hacía un frío intenso y el viento era espantoso, pero él se sentía como un triunfador. Había logrado atravesarlo de lado a lado.

Ahora todo lo que tenía que hacer era lograr entrar.

Unos convoyes de vehículos de transporte cargados de munición para las defensas aéreas de la cúpula Alfa habían estado pasando con gran estruendo por las rutas de acceso durante más de una hora. Larisel 2 se había visto forzado a esconderse hasta que cesara la actividad. Esperaron con impaciencia nerviosa en el sótano de una incendiada capilla del Ministorum.

Kuren observaba la puerta, armado con el U90 de Meryn. Durante el día habían visto a muchos de los viles mercenarios loxatl que acompañaban a las patrullas del Pacto Sangriento.

—¿Esto te recuerda algo? —dijo Mkvenner.

Había estado buscando entre los destrozados restos que cubrían el suelo del sótano y ahora sostenía una figurita barata de escayola, una de las doce que había encontrado en una caja.

—Es un recuerdo de san Fidolas, que fue quien condujo a los primeros colonizadores a Fantine —dijo Kersherin—. Todas las iglesias del planeta venden recuerdos baratos como este. Son para los peregrinos.

—Ya —dijo Mkvenner—, pero ¿qué más?

—No sé… —dijo Kersherin.

Mkvenner golpeó sin aparente interés la figurita contra un pilar, destrozándole la cabeza y la parte superior del cuerpo.

—¿Y ahora qué?

Todos miraron la figurita, como si fuera una broma y estuvieran esperando la gracia que le daba sentido.

—Feth —dijo Larkin de improviso—. Estaba detrás de Slaith.

—Exacto —dijo Mkvenner.

—¿Cómo? —replicó Meryn—. ¿Detrás de Slaith? ¿De qué estás hablando?

—Cuando estaba en la pantalla —dijo Larkin—, cuando… nos mostró a Cardinale… había una gran ventana tras él y una estatua destrozada allí fuera.

—No recuerdo ninguna estatua —dijo Kuren.

—Había una estatua —dijo Mkvenner—. Destrozada. Justo allí, al otro lado de la ventana.

El explorador dio la vuelta a la figurita y examinó una etiqueta situada en la parte inferior.

—Una imagen de san Fidolas —leyó—, copiada de la gran estatua que puede verse en la explanada imperial, cúpula Alfa, Ouranberg.

—Vaya, vaya, vaya… —sonrió entre dientes Meryn.

—No me gusta la pinta que tiene esto —dijo Jagdea.

—Sigue —le dijo Bonin, que iba junto a ella en la cabina del vehículo de transporte.

Habían atravesado la porta de la cúpula Alfa con asombrosa facilidad y se habían incorporado a una ruta de acceso que les pareció que tenía el tráfico suficiente como para pasar inadvertidos. Varl esperaba que pudieran llegar hasta los distritos centrales de la cúpula hacia la medianoche.

Pero el tráfico se iba ralentizando y los vehículos gravitatorios blindados del Pacto Sangriento, provistos de luces giratorias anaranjadas, estaban obligando a bajar al nivel de la carretera a todos los vehículos aéreos para poder conducirlos así a un puesto de control.

—Necesitamos salir de esta carretera —dijo Jagdea. Estaban avanzando muy despacio, siguiendo la parte trasera de un gran camión de municiones.

—Nos verán, si intentamos escapar. Además, la ruta no tiene intersecciones claras.

—¡La verdad, no creo que pasar por ese puesto de control vaya a ser una idea especialmente positiva! —murmuró ella.

—¿Sargento? —llamó Bonin a Varl a través de la separación de malla—. ¿Alguna

extraordinaria sugerencia?

Varl entornó los ojos y echó un vistazo a lo largo de la línea del tráfico, prácticamente parado, delante y detrás de ellos. La propia carretera de seis carriles estaba libre, con poco tráfico, y unos edificios de treinta pisos se elevaban a los lados. No era el mejor sitio para un tiroteo.

Se maldijo. Utilizar el vehículo de transporte había sido una buena idea y les había ahorrado un montón de tiempo. Jagdea y Bonin le habían aconsejado abandonarlo una vez que estuvieran dentro de la cúpula Alfa, pero Varl quiso continuar para ver hasta dónde podían llegar. Se sentía estúpido ahora, como si los hubiera defraudado. Aunque Gol Kolea ya no estaba por allí, la rivalidad entre él y Varl los había llevado a este aprieto. Gol había sido el héroe de Cirenholm. La inutilización de la central eléctrica había supuesto para ellos la victoria en la batalla. Suyo fue el triunfo aquella vez. Cuando surgió la operación Larisel, todo en lo que Varl podía pensar era que esa podía ser su oportunidad, su turno para ser un héroe. ¡Yo me atreveré a más, Kolea! ¿Qué te parece?

Así que los había forzado a seguir, mucho más allá de lo que deberían haber hecho a campo abierto. Los había forzado para que pudieran localizar a Slaith y ser unos héroes. «Estúpido» no era lo bastante fuerte para definirlo.

—Hay una carretera a la izquierda, unos setenta metros más adelante —dijo Varl a través de la malla.

—Ya la veo —dijo Jagdea, aunque en tono dubitativo.

—Seguimos adelante como ahora, hasta el puesto de control, y luego torcemos rápidamente a la izquierda y dejamos esto.

—¿Así de fácil?

—Comandante, tengo una fe absoluta en su capacidad para conducir este cacharro como si fuera un Lightning con un posquemador adicional. Llegamos allí, abandonamos este vehículo y nos escondemos.

—¿Ese es tu plan? —preguntó Unterrio.

—Sí, ni más ni menos —dijo Varl—. ¿Está claro?

—¿Qué pasa si nos descubren antes de llegar a girar? —preguntó Jagdea.

—De acuerdo… —dijo Varl—. Nos salimos de la cola de todas maneras. Volamos directos a un edificio.

—¿Qué?

—Tengo cargada el arma con munición perforante y explosiva. Haré un agujero. Entraremos dentro del edificio y luego lo abandonaremos y nos esconderemos allí. ¿De acuerdo? ¿Está claro?

El tráfico seguía avanzando lentamente. El aire estaba lleno del humo de los tubos de escape y del sonido de docenas de motores. Un vehículo gravitatorio pasó zumbando por encima de ellos, volando a lo largo de la cola. Instrucciones incomprensibles retumbaban de un amplificador en el puesto de control.

—¡Tropas a pie! —gritó de repente Bonin.

—¿Dónde? —preguntó Varl.

—Vienen andando por la cola hacia nosotros. En la mediana. Allí, junto a la barrera de protección.

—Oh, Feth.

—Están comprobando los papeles —dijo Jagdea. Tiró de sus guantes, secó el sudor de sus manos en la chaqueta y luego agarró de nuevo el volante y la palanca del acelerador, tensa y preparada.

—Espera, espera —dijo Varl. Banda, Vadim y Unterrio levantaron sus armas a la altura de los hombros. Bonin se puso la pistola láser sobre el regazo.

—Puede que no lleguen hasta aquí —susurró Banda con voz optimista.

Los vehículos volvieron a moverse hacia delante, unos pocos metros más. Un agente del Pacto Sangriento, parado en la barrera central de la carretera, hacía señas con una linterna a los tres camiones situados delante de ellos.

Entonces se interpuso en su camino y levantó la mano.

—¡Mierda! —dijo Jagdea.

Cuatro soldados más del Pacto Sangriento y un esclavista con un grupo de cibermastines se acercaron por detrás del agente. Él se aproximó al vehículo de transporte.

—Estamos perdidos —anunció Bonin.

—¡Lo sé! —dijo Varl—. Espera hasta el último momento…

El agente se acercó a la cabina y miró dentro. Ellos pudieron notar el olor de su cuerpo y ver sus ojos inyectados en sangre a través de las aberturas de su máscara de hierro. Empezó a preguntar algo en un idioma que no podían entender y luego se detuvo cuando vio a Bonin y a Jagdea con sus uniformes de combate imperiales.

—¡Vamos! —dijo Bonin, y disparó a la cabeza del agente con su pistola.

Jagdea sacó el carguero de la fila, acelerando tanto que lanzó a Unterrio hacia la parte trasera. El vehículo aéreo bramó en su ruta hacia los edificios, mientras se sucedían los gritos, las sirenas y los disparos. Un fuego intenso procedente de un vehículo gravitatorio levantó nubes de fragmentos de la superficie de la carretera en su intento de alcanzarlos.

—¡Varl! —gritó Jagdea. La fachada del edificio se estaba acercando muy rápidamente.

Varl echó hacia atrás la lona y se incorporó para poder disparar por encima del techo de la cabina. Tenía que hacer fuerza para mantenerse de pie. Iban a chocar contra la pared en breves segundos.

Disparó con el U90 y desencadenó una catarata de explosiones superpuestas que hundió la fachada de la planta baja.

Entraron a través del agujero.

O casi.

Varl no había terminado de agacharse cuando un saliente de ladrillo se enganchó a la lona del vehículo y desgarró todo el marco de la cubierta. Eso hizo que se levantara

el morro del vehículo y que la parte trasera girara. El motor trasero izquierdo se partió contra una viga de metal que estaba al descubierto y una parte considerable de la panza del vehículo se hizo trizas.

La planta baja del edificio era un espacio grande y abierto utilizado como almacén y vacío en este momento, excepto por los pilares de rococemento de un metro cuadrado situados a intervalos de treinta pasos.

La máquina entró volando en el almacén prácticamente de lado. Golpeó contra el suelo con una fuerza estremecedora, rebotó impulsada por su propia inercia y volvió a impactar, produciendo un sonido ensordecedor al deslizarse por el suelo dejando una sobrecogedora estela de chispas y fragmentos de metal.

Chocó de frente contra el primer pilar con la fuerza suficiente como para girar sobre sí mismo y quedarse enfrentado a su ruta de entrada, abollado y humeante.

Varl y Banda habían salido despedidos y yacían inconscientes en el suelo. Unterrio se incorporó e intentó levantar a Vadim. El joven verghastita había recibido un golpe en la cabeza y había perdido el sentido.

—¡Vamos! ¡Vamos! —gritó Unterrio.

Bonin se recuperó. Estaba colgando de la destrozada cabina y le llevó un momento caer en la cuenta de lo que estaba ocurriendo. Podía oír los gritos de Unterrio.

Jagdea, salvada por el arnés, estaba viva pero semiinconsciente. Bonin se libró de su arnés y comenzó a arrastrarla hacia fuera.

Unterrio saltó del vehículo y abrió fuego con su carabina láser.

—¡Bonin! ¡Llévatelos! ¡Llévatelos! —gritaba.

Bonin intentaba averiguar cómo podía él llevarse a cuatro personas semiinconscientes. Banda estaba recuperando el sentido, sollozando de rabia y dolor y agarrándose una muñeca rota.

Jagdea de pronto abrió los ojos y miró hacia Bonin en distante confusión.

—Sigo destrozando cosas —dijo de forma débil—. No me gusta.

—¡Jagdea!

Comenzó a desmayarse de nuevo y murmuró algo.

—Huelo… a leche. Bonin, huelo a leche y a menta…

Rugió un lanzadardos y la desafiante pose de Unterrio desapareció brusca y rápidamente.

Algo pequeño, duro y metálico, aterrizó cerca de Bonin dando pequeños botes.

Durante un momento pensó que era una granada, pero luego se dio cuenta de que era una bomba de sinapsis.

—¡Corred! —chilló, aunque estaba bastante seguro de que nadie estaba en condiciones de obedecer.

La bomba estalló con un destello silencioso, como una estrella fugaz, que brilla durante un momento y luego se apaga.

Y, al tiempo que se derrumbaba, paralizado, Bonin supo que su estrella de la

suerte lo había abandonado también.



CINCO

Era la medianoche del día 225. Las fuerzas agrupadas de la operación Nube Negra comenzaban a dejar Cirenholm, marchando en convoy en medio de la noche en dirección a Ouranberg.

Las vastas oleadas de bombarderos salieron primero con sus escoltas de interceptores. Era una noche clara, y a las tripulaciones les parecía, en las cabinas de los Magogs, que eran parte de nuevas constelaciones surgiendo de la ciudad.

Los dirigibles que transportaban a las principales fuerzas armadas comenzaron a salir, deslizándose en el frío aire de la noche tras la estela de los bombarderos, con las palas de sus rotores al viento. Las escoltas de Thunderbolts volaban a su lado. Los dirigibles, Céfiro, Aeolus y Trenchant, repletos de regimientos de infantería krassianos y urdeshitas, emprendieron un largo viaje que los llevaría a girar al oeste para asaltar los principales muelles aéreos y la estructura del aeródromo de Ouranberg.

Los Fantasmas estaban subiendo a bordo del Nimbus, que, como parte de un grupo de seis dirigibles, iba a transportar a las principales fuerzas de asalto de Tanith, Fantine y Urdeshi a la cara sur de Ouranberg.

Día O. Al atardecer del día siguiente se iba a desencadenar un infierno.

Gaunt comprobó sus órdenes de salida una última vez, las firmó y se las entregó a Beltayn, quien se apresuró a entregárselas a Van Voytz. Rawne, Daur, Hark y los demás altos oficiales lo esperaban fuera de la oficina. Se puso en pie, se ajustó la

gorra y condujo a los comandantes de Tanith a la cubierta principal de las tropas. No había llegado todavía palabra alguna de ninguno de los grupos de Larisel. Se preguntó cuántos de ellos estarían todavía vivos.

En la inmensa cubierta de las tropas, miles de Fantasmas preparados para la batalla estaban rezando una oración con el ayatani Zweil.

Zweil vio acercarse a los oficiales y dio por concluida su lectura de El Evangelio de Santa Sabbal. Cerró el viejo libro y se arregló la ropa.

—Para terminar, dejadme decir esto —resaltó, alto y sin esfuerzo aparente—. A todos vosotros, para que lo sepáis y lo recordéis durante los peligros que vais a afrontar. Y quiero deciros esto ahora, antes de que lo haga él. —Zweil señaló a Gaunt con un gesto despreocupado de su pulgar y la risa recorrió las filas—. El Emperador nos protege. Lo sabéis, recordadlo y os protegerá.

Zweil se volvió hacia Gaunt.

—Todo vuestro —dijo.

Hizo el signo del aquila, bendijo a Gaunt con unas pocas palabras y luego siguió la fila de oficiales repitiendo lo mismo.

—Parece que el venerable padre me ha robado la idea —dijo Gaunt dirigiéndose a los Fantasmas. Hubo más risas—. Así que quiero deciros esto. El coronel Corbec y el sargento Soric están fuera de peligro.

Se produjo una gran ovación. Gaunt levantó una mano.

—Se prevé que van a tener una buena recuperación. Así que recordad esto: Me gustaría que las primeras noticias que oigan en la enfermería fueran que Ouranberg ha caído y que los Fantasmas se han comportado valientemente. Ese tipo de noticias los curará más rápido que ninguna otra medicina que el doctor Dorden o la cirujana Curth puedan suministrarles. ¿Qué decís a esto?

Los vítores fueron ensordecedores.

—Hombres de Tanith, hombres de Verghast.

—¡Y mujeres! —gritó Criid.

Gaunt sonrió.

—Y mujeres. A menudo os pregunto si queréis vivir para siempre. No lo haré esta noche. Espero veros otra vez a todos mañana a esta hora, levantando el estandarte del Primero de Tanith sobre Ouranberg. La muerte no es una opción. Luchad valientemente y brindad al Dios Emperador de la Humanidad la victoria que os pide a todos.

Prácticamente ahogado por los aplausos y los gritos, Gaunt se volvió hacia Hark.

—¿Viktor? Informa al almirante de que estamos preparados para zarpar.

Esa vez los médicos iban con las tropas de asalto. El equipo médico de Curth estaba completamente preparado, pero ella estaba peleando con la armadura corporal que Gaunt les había proporcionado.

—Tienes los enganches mal puestos —dijo Kolea, entrando en el hospital del dirigible detrás de ella.

—¿De verdad? —contestó agriamente, con la apariencia de un paciente que intenta librarse de una camisa de fuerza.

—A ver, déjame —dijo él, adelantándose para colocar bien la armadura corporal.

—¿No deberías estar en la cubierta de las tropas? —preguntó ella.

—Sí, pero tenía que verte primero. Tengo que pedirte un favor.

—Adelante.

—¿Qué tal ahora? —dijo dando un paso hacia atrás. Ella flexionó los brazos y palpó la parte delantera de su chaleco acorazado.

—Excelente. Gracias. Ahora, ¿cuál es ese favor?

—Sabes que prometí contarles a Criid y Caffran lo de…

—Sí.

—Y que lo haré después de acabar en Ouranberg.

—Sí.

—Y sabes que no estoy deseando llegar a ese punto de reunión del que hablamos.

—Sí, lo sé. Venga, sigue.

—Creo que no voy a volver de Ouranberg.

Ella se quedó observando su cara. No pudo leer expresión alguna.

—¿Qué?

—Escúchame, no estoy buscando encontrar la muerte, pero creo que puede que ella me busque a mí esta vez. Me ha dejado escapar muchas veces últimamente. No estoy diciendo que vaya a hacer algo temerario, pero tengo ese presentimiento. Por eso me he decidido a contárselo a Criid. Creo que la muerte puede estar esperándome para engañarme.

—Feth, ¡qué fatalista eres! —Lo agarró firmemente por un hombro y lo miró a los ojos—. No vas a morir, Gol. No vas a dejar que te lleve la muerte.

—Lo haré lo mejor que pueda. Pero tengo ese pálpito, ese sentimiento de que Gol Kolea no va a volver de Ouranberg. Tú has sido muy buena conmigo, Ana. Tengo este último favor que pedirte.

Él sacó una carta cerrada del bolsillo de su chaleco y se la entregó.

—Si no vuelvo, entrégale esto a Criid. Todo está aquí. Todo.

Ella miró la carta.

—¿Y si vuelves?

—Quémala. Yo mismo podré decirles a ella y a Caffran lo que pone.

—De acuerdo —dijo, e introdujo la carta en el bolsillo de su uniforme.

—Gracias —dijo él solamente.

Ella se puso de puntillas, pasó una mano por detrás de su cuello para atraerlo hacia ella y lo besó suavemente en la mejilla.

—Vuelve, Gol —dijo—. Haz que la queme.

En Ouranberg los tambores estaban sonando. Los auspex de largo alcance habían

detectado las formaciones de máquinas aéreas que estaban saliendo de Cirenholm y el Pacto Sangriento se preparaba para la guerra. Les invadía una sensación de alivio, de que por fin había llegado la hora. Los predicadores lanzaron sus últimas blasfemias a través de los sistemas de megafonía y luego quedaron en silencio.

Las pantallas se quedaron en blanco, siseando con la estática.

La invasión se aproximaba.

En la cúpula Alfa, en la explanada imperial, una plaza de rococemento de veinte hectáreas situada enfrente del palacio central del Administratum, se habían encendido miles de hogueras en barriles y el estandarte del Pacto Sangriento ondeaba junto a las perturbadoras y semisensitivas frondas de algas que utilizaban los loxatls como enseñas.

En la parte superior de la escalinata del palacio, debajo de las banderas y de la profanada estatua de san Fidolas, se había colocado un enorme caldero de bronce de tres metros de diámetro. Los seguidores del perverso culto, las tropas del Pacto Sangriento y los confundidos ciudadanos estaban acudiendo a la explanada desde todas partes.

Los esclavistas sacaron a los prisioneros. Estos eran cincuenta, todos encadenados juntos, vencidos y con la esperanza perdida. Los condujeron a latigazos a la base de la escalinata y se les ordenó sentarse. Larisel 1 figuraba entre ellos. Bonin estaba encadenado junto a Jagdea y su cabeza todavía seguía aturdida por los efectos de la bomba de sinapsis adormecedora. Parecía estar a punto de desmayarse de nuevo.

Bonin pudo ver a Varl y a Vadim tres filas más allá, ambos en silencio, hoscos y aturdidos. Una pequeña búsqueda le llevó a Banda. Las cadenas le inflamaban la muñeca rota y estaba pálida a causa del dolor.

Bonin y Jagdea fueron colocados en la primera fila de los prisioneros. A la cabeza de la cadena iba Cardinale. Bonin apenas pudo reconocer al especialista de Fantine. Cardinale estaba muy cerca de la muerte.

Los demás prisioneros eran sirvientes imperiales, tripulaciones capturadas y la nobleza de Ouranberg.

Jagdea tenía los ojos fijos en un hombre situado en la fila opuesta a ellos. Iba vestido con el uniforme de piloto de Fantine y su hombro y cuello estaban manchados con sangre seca y quemazones de contaminación.

—¿Viltry? —dijo ella.

—¿Comandante Jagdea? —musitó, mirándola de reojo.

—¡Dios! ¡Creí que habías muerto! ¿Qué ocurrió?

—Perdí mi pájaro sobre la Escaldadura Sur, pensé que no era más que un desecho al viento, que estaba perdido… pero me recogió uno de los buques de suministro de Slaith.

—¡Trono Dorado! —exclamó ella—. ¡Me alegro de verte!

Viltry sonrió sombríamente.

—¿Aquí? No creo.

—Todavía no estamos muertos, Viltry —dijo Jagdea—. Alguien me dijo una vez que la muerte llega cuando llega y que sólo un tonto podría adelantar su llegada.

—¿Qué tipo de estupidez es esa? —dijo Viltry.

Jagdea miró al otro lado, hacia Bonin, y sonrió. Una sonrisa cansada, pero no derrotada.

—De la mejor clase, creo. Todo lo que digo es que las cosas sólo acaban cuando acaban.

—Bueno, para nosotros ya han acabado —dijo Viltry amargamente. Hizo un gesto hacia el caldero de bronce.

—¿De qué va todo esto? —le preguntó Bonin.

—Debe de estar en camino la invasión —dijo Viltry—. Slaith pretende renovar de forma simbólica su pacto de sangre con Urlock Gaur para ser fuerte cuando haga frente al asalto imperial. Nosotros somos el sacrificio. Ese caldero… se supone que lo vamos a llenar con nuestra sangre. Slaith nos echará una mano, por supuesto.

—Feth… —murmuró Bonin—. Me preguntaba por qué no nos había matado todavía.

Miró a la inmensa vasija de bronce. Iba a ser necesaria una tremenda cantidad de sangre para llenarla.

Cincuenta prisioneros, cinco litros cada uno. Con eso bastaría.

La ceremonia comenzó. Cientos de guerreros del Pacto Sangriento y docenas de loxatls procedentes del palacio inundaron la escalinata, pasando al lado del plinto de la destrozada estatua de san Fidolas y echándose a un lado cuando comenzó a descender Sagittar Slaith.

Golpeaban su armas con sus puños llenos de cicatrices, y el clamor despertó un atronador aplauso por parte de los miles de concentrados.

Slaith, magnífico con su armadura y su abrigo de pieles blanco, dio un beso a un lateral del caldero de bronce y levantó la centelleante azuela ritual.

Los soldados del Pacto Sangriento llevaron a rastras a Cardinale escalones arriba, tirando de la cadena de prisioneros detrás de él. Bonin y Jagdea se vieron arrastrados hasta la base de la escalinata.

Slaith levantó la azuela y bramó unas palabras secretas. Dos esclavistas sostenían a Cardinale por encima del borde del caldero.

—Antes de que parta en dos a Cardinale, si no te importa —susurró Meryn al oído de Larkin.

—Calla y déjame concentrarme —dijo Larkin.

Desde el tejado de la Bolsa de Ouranberg tenía una vista perfecta de la explanada imperial. Había un viento cero, pero la distancia era mucha. Larkin ajustó la mira telescópica del rifle y deseó que le hubieran dado la oportunidad de haber efectuado una prueba.

—Vamos, Larks, puedes hacerlo —decía Kuren.

—Yo que tú mantendría la boca cerrada —oyó decir Larkin a Mkvenner—. Está en plena faena.

Abajo, Slaith declamó algo más y levantó rápidamente la azuela sobre la nuca descubierta de Cardinale.

—¡Larks! —le urgió Meryn.

Una ráfaga de disparos láser sobrecargados resonó sobre la explanada y golpeó a Slaith.

—¡Feth! —dijo Larkin—. ¡No he sido yo!

Mkvenner levantó la vista. El caos se había apoderado en un instante de la multitud a sus pies y las tropas del Pacto Sangriento corrían hacia el lado este de la explanada.

—Vino de allí —dijo Mkvenner, señalando a los edificios del Munitorum que flanqueaban el lado este de la plaza.

Larkin preparó otra vez su rifle láser largo y miró a través de la mira telescópica. Vio cómo Slaith se incorporaba junto al caldero.

—¡Feth! ¡Tiene un escudo protector personal! —dijo Larkin.

—¡Dispárale de todas maneras! —le exigió Meryn.

Larkin disparó y Slaith volvió a desplomarse ruidosamente sobre su espalda. En el mismo instante, un segundo disparo láser sobrecargado salió del Munitorum y cercenó el borde del caldero. Luego un tercero impactó en Slaith, que estaba en el suelo.

—Ahora tenemos un problema —dijo Kersherin.

Las tropas del Pacto Sangriento y los loxatls estaban atravesando la multitud en dirección a la base del edificio de la Bolsa.

Larkin volvió a disparar, alcanzando de forma limpia a Slaith. Pero el señor de la guerra se levantó, ayudado por sus hombres; su escudo protector personal había aguantado.

—Es a prueba de láser —dijo Larkin.

—Sugiero que nos larguemos —dijo Meryn.

—No —dijo Larkin volviendo a apuntar—. Espera…

En el último piso del edificio del Munitorum, Nessa se retiró de la ventana y miró a Milo.

—¡Está protegido por un escudo! ¡Le he dado dos veces!

—Vale, vámonos. Hicimos lo que pudimos.

Corrieron hacia la puerta de salida. Milo pudo oír el estruendo de botas subiendo por las escaleras hacia ellos.

Un pánico general se había apoderado de la plaza. La gente huía en todas direcciones Bonin miró hacia Jagdea y empezaba a decir algo cuando un poderoso tirón de la cadena lo arrastró. Un preciso disparo de láser de extraordinaria exactitud había cortado la cadena entre ellos.

Bonin dio un salto y se lanzó contra el guardia del Pacto Sangriento más cercano, ahogándole con el extremo suelto de la cadena de los esclavos. Una vez que cayó al suelo el guerrero vestido de rojo, Bonin tomó su arma.

Era un láser estándar. Más que suficiente. Bonin abatió a tres soldados del Pacto Sangriento que corrían hacia él y luego comenzó a disparar a las tropas enemigas de la escalinata. Jagdea forcejeó para tomar otra de las armas enemigas caídas y comenzó a disparar a las cadenas que retenían a los demás prisioneros.

—¿Así que la muerte llega cuando llega y sólo un tonto podría adelantar su llegada, eh? —le gritó Bonin—. ¿Qué idiota te contó eso?

—Si salimos vivos de este lío, Bonin —contestó ella gritando—, te lo cuento.

»Y créeme —añadió, disparando a la cabeza de un esclavista que cargaba contra ella y destrozando su visor de acero—. Pretendo salir viva de esto aunque sea la última cosa que haga.

Bonin soltó una carcajada y siguió luchando contra el desconcertado enemigo.

Flanqueado por tres soldados del Pacto Sangriento y dos loxatls como guardaespaldas, Sagittar Slaith se apresuró a volver al palacio. Iba maldiciendo y blasfemando, herido y conmocionado por los salvajes impactos que había soportado su escudo protector personal.

Cuando entró en sus dependencias privadas, el suelo comenzó a temblar. Era casi el atardecer y las primeras oleadas de bombarderos habían llegado a Ouranberg. Slaith se volvió despacio hacia sus soldados, consumiéndose en su infame rabia. Los del Pacto Sangriento temblaban bajo sus grotescos aceros, e incluso los guerreros alienígenas cerraron los párpados. Slaith abrió la boca, pero no fue su furia lo que les golpeó.

Una lluvia de disparos procedentes de un rifle láser a máxima potencia y en fuego automático mató a los soldados del Pacto Sangriento en el acto y explotó inofensivamente contra la pantalla de Slaith y las pieles reflectantes de los dos loxatls.

Un humano estaba en la puerta trasera de la habitación. Un soldado imperial medio cubierto por una capa andrajosa de camuflaje que les estaba apuntando con un rifle láser.

—¿De dónde demonios vienes? —bramó Slaith encolerizado.

—De Tanith —dijo Mkoll, y volvió a disparar.

Slaith se movió hacia delante en medio de los disparos, ileso. Los sobresaltados loxatls permanecían a su lado, con sus dobles párpados cerrados contra los disparos

del láser así como sus servoextremidades mecánicas apuntando los lanzadardos.

—¿Un arma láser? —dijo Slaith—. Estoy blindado y los loxatls absorben los rayos láser. No tienes mucha suerte. Deberías haber venido mejor preparado.

—Ah, esto no era nada más que para distraer —dijo Mkoll, haciendo un gesto con el rifle láser—. La verdadera sorpresa está debajo de la mesa.

Los lanzadardos de los loxatls escupieron su lluvia de submunición letal e hicieron que la puerta y las paredes de alrededor explotaran. Mkoll ya se había tirado de cabeza lejos de su vista, para entonces.

Slaith se inclinó y miró debajo de la mesa. Lo que vio fueron seis cargas de demolición de tubo conectadas a un temporizador.

—¡No! —gritó—. ¡Nooooooo!

La detonación hizo volar el techo de la habitación presidencial. El escudo protector personal de Slaith consiguió aguantar 1,34 segundos antes de ser doblegado por la fuerza de la explosión.

Sagittar Slaith todavía gritaba con rabia cuando se vaporizó.



SEIS

Fantine, con sus cielos oceánicos y su tempestuosa Escaldadura, era un planeta de tormentas, pero la mayor tormenta de aquella mañana fue la de humanos que engulló Ouranberg.

En la pálida y violeta luz del atardecer, unas columnas de denso humo negro y bolas de fuego que formaban espirales coronaban la ciudad, y por el aire corrían rayos láser, bombas trazadoras y centelleantes cohetes. Bandadas de naves de ataque, cual plagas de insectos, zumbaban sobre las cúpulas en medio de los brotes chisporroteantes del fuego antiaéreo. Fieros infiernos resplandecían con un rojo apagado a través de irregulares agujeros en las principales cúpulas.

Precedidos por los grupos de ataque de los Shrikes, la principal fuerza de dirigibles y transportes de tropas asaltó la plataforma imperial de aterrizaje y los espacios abiertos de los Campos de Pavía situados detrás de aquella, dejando a miles de guardias imperiales bajo el fuego fulminante procedente de las fortificaciones del Pórtico de Ouran y los emplazamientos de armas de la cúpula Alfa. Las torretas de los transportes castañeteaban y relampagueaban a medida que descendían y echaban abajo sus compuertas para vomitar tropas de choque o los Chimeras y los Manticores del Séptimo Acorazado urdeshita.

El ruido era omnipresente. Una horrorosa confusión de sonidos de la que difícilmente se podía distinguir algún ruido en particular. Tan pronto como bajó la rampa de su transporte, Gaunt condujo a sus hombres con movimientos urgentes de

su espada de energía. Nunca podrían oír su voz.

Las unidades urdeshitas tomaron la plataforma de aterrizaje después de una brutal serie de tiroteos y de unos espeluznantes encuentros cuerpo a cuerpo. Los Fantasmas de Tanith, conducidos hacia el oeste por el mayor Rawne y hacia el este por el capitán Daur, hicieron una pinza a las fuerzas de tierra del Pacto Sangriento que defendían la Avenida de los Poliandriones y despejaron el camino hacia el propio Pórtico de Ouran.

El dirigible Skyro, apoyado por las cañoneras Marauder, maniobró sobre la cúpula Beta y arropó a las tropas de Fantine y de Urdesh en su marcha hacia el condensador de vapor principal. Una brigada dirigida personalmente por el mayor Fazalur tomó y mantuvo el principal complejo industrial frente a una tenaz resistencia hasta que Gaunt atravesó el Pórtico de Ouran y llevó a elementos de Tanith y Urdesh para relevarlos.

Al este, el asalto secundario se dirigió al principal aeródromo de la ciudad. Durante una hora aproximadamente, la lucha que allí tuvo lugar fue la más intensa y fiera de toda la batalla. Los krassianos tuvieron que retroceder dos veces hasta que finalmente se doblegó la determinación de las tropas del Pacto Sangriento. Después de eso, fue una completa derrota.

El coste fue alto. Cerca de dos mil guardias imperiales murieron, la mayoría de ellos krassianos y urdeshitas. Se perdieron cuarenta naves. El dirigible Aeolus, que permaneció en su puesto heroicamente para asegurarse de que las unidades krassianas pudieran reunir bastantes tropas para su tercer y último ataque a la cúpula, fue golpeado duramente por las baterías occidentales de Ouranberg y finalmente se escoró, sin timón y en llamas, hacia la cúpula Gamma donde se derrumbó y explotó. Toda la tripulación pereció. La colosal explosión proyectó un vasto círculo de gas incandescente en el aire y chamuscó la cara oeste de la cúpula Gamma.

Pero la victoria imperial estaba ya bastante asegurada desde el momento en que se comenzó a extender entre las fuerzas enemigas la noticia de que Slaith había muerto. El Pacto Sangriento continuó luchando y, en gran medida, se volvió más salvaje. Estaban perdidos y eso les hizo tomarse venganzas suicidas.

Es cierto que la muerte de Slaith no les privó de su coraje, pero sí perdieron su coordinación y su disciplina. Sin Slaith eran como un cuerpo sin cerebro, moviéndose compulsivamente con respuestas involuntarias.

Van Voytz supo en todo momento que Ouranberg sería difícil de capturar, casi imposible, de hecho, si tenía que mantener intactos los vitales condensadores de vapor. Cuando la lucha se extendió por las cúpulas-habitáculo de la ciudad, y llegaron informe tras informe de pérdidas y bajas, se consolaba con el hecho de que podría haber sido cien veces peor. Su apuesta por la operación Larisel había dado resultado. Si Slaith hubiera seguido vivo al comienzo del ataque, es posible que la fecha de 226.771 M41 se hubiera recordado como la de una trágica derrota imperial.

La victoria no se percibía sobre el terreno en las calles de la cúpula Alfa. Los

feroces combates continuaron hasta bien entrada la noche. Bloques enteros de habitáculos estaban en llamas, y en algunos lugares las autopistas elevadas se habían desplomado hasta niveles más bajos de la cúpula.

Gaunt dirigía desde el frente, poniéndose directamente al mando de sus unidades en el corazón de la cúpula. Los escuadrones bajo el mando de Bray, Burone, Theiss y Daur habían asegurado un puente basculante interno vital y habían tomado una serie de posiciones fortificadas bien emplazadas del Pacto Sangriento. Corrían rumores de que los ciudadanos de Ouranberg se estaban rebelando contra sus opresores dentro de las cúpulas. Gaunt no había visto nada de eso, sólo a cientos de aterrorizados civiles huyendo de los principales centros de lucha.

Su principal preocupación no era la victoria global. Van Voytz podía preocuparse de eso. Tan pronto como los tuvo a su alcance, realizó repetidos esfuerzos para contactar con los elementos de Larisel, y le animó mucho averiguar que al menos algunos de ellos seguían vivos. Beltayn restableció las comunicaciones rotas con el equipo de Meryn, que había enlazado con los supervivientes de Larisel 1 de Varl y ahora estaban rodeados en el refectorio de la Schola Progenium de Ouranberg, cerca de la explanada imperial.

Gaunt les juró que atravesaría las líneas y afianzaría la posición. Empujó a los elementos de Rawne hacia su flanco izquierdo, apoyado por los blindados urdeshitas, y envió a las unidades de Haller, Maroy y Ewler hacia la derecha.

El acercamiento por el lado derecho era imposible. Maroy informó de que había encontrado una fuerte resistencia en la zona este del mercado. Rawne no tuvo mejor suerte. Sus fuerzas, las secciones comandadas por Kolea, Obel y Mkfin y una brigada de urdeshitas al mando del joven Shenko, chocaron contra los loxatls y quedaron atrapados en un tremendo tiroteo que duró unas dos horas.

El propio Gaunt consiguió penetrar, al mando de los pelotones de Domor, Skerral y Mkendrick y junto con cuarenta y cinco pioneros de Urdesh y las unidades que habían sido dirigidas hasta Cirenholm por Corbec y Soric. Estas dos últimas eran comandadas temporalmente por Raglon y Arcuda, y Gaunt mantuvo a su lado a los inexpertos líderes. No había necesidad de preocuparse. Arcuda mostró tales dotes tácticas que Gaunt deseó haberlo ascendido antes, y Raglon tenía tanta confianza y seguridad en sí mismo como él hubiera deseado. Raglon había progresado mucho desde sus tiempos de encargado de las transmisiones.

Atravesaron una línea medio defendida de edificios y ahuyentaron con sus lanzallamas un contraataque de los loxatls. Dremmond y Lyse condujeron la expulsión de los viles mercenarios alienígenas. Estos tenían una resistencia fantástica a los rayos láser, pero huían lastimosamente de las llamas. Como Nitorri seguía todavía herido en su propio pelotón, Gaunt había permitido tomar este puesto a Lyse. Ella era la primera mujer soldado lanzallamas del regimiento, otro notable logro de los verghastitas.

Pasadas las 14:00 hora imperial, las fuerzas de Gaunt alcanzaron a elementos del

Pacto Sangriento desde un lateral de la explanada imperial, los pusieron en fuga y relevaron a los Fantasmas asediados de la Schola. A pesar del fragor de la lucha que continuaba en el exterior, con los urdeshitas tomando el palacio principal, Gaunt tuvo tiempo para saludarlos personalmente a todos y les agradeció su valentía y determinación.

De los dieciséis Fantasmas y los cuatro especialistas de Fantine que habían participado en la operación Larisel, parecía que ellos eran los únicos supervivientes. Banda, con una muñeca hecha añicos; el soldado explorador Bonin y el sargento Varl, ambos heridos gravemente en el caos de la pelea que siguió a la muerte de Slaith; Vadim, gravemente conmocionado en el accidente del camión; Larkin, llorando en silencio por el dolor de la migraña que finalmente le había vencido; Mkvenner, Kuren y el sargento Meryn, todos molidos a palos pero milagrosamente intactos; el especialista Kersherin, el único soldado aerotransportado que había sobrevivido; la comandante Jagdea, que alababa en especial los esfuerzos de Bonin para liberar y proteger a los cautivos en medio de los tiroteos, incluyendo a un piloto llamado Viltry y al especialista Cardinale.

Cardinale, supo después Gaunt, había fallecido a causa de las graves heridas que recibió durante el asedio.

Gaunt solicitó cuidados médicos inmediatos para todos ellos e intentó no pensar más en los que no lo habían conseguido. Rilke, Cocoer, Nour, Doyl, Adare, Nessa, Mkoll… Milo.

Quince minutos después, Arcuda comunicó por radio con Gaunt para decirle que sus hombres habían encontrado a Milo y a Nessa vivos en el tejado del Ministerio de Exportación de Vapor. Gaunt cerró los ojos. El Emperador los protegía.

Después se le ocurrió una idea, se volvió hacia los supervivientes y les preguntó:

—Por cierto… ¿quién hizo el disparo al final? ¿Larkin?

—Ninguno de nosotros —dijo Meryn—. Larkin le dio varias veces al cabrón y también creo que lo hizo Nessa. Pero llevaba un escudo.

—Entonces, ¿cómo narices…?

La pregunta inacabada de Gaunt fue finalmente contestada más adelante en la misma tarde, cuando unidades de Urdesh que estaban registrando las ruinas encontraron a un explorador de Tanith solo e inconsciente entre los escombros.

Sus placas de identificación decían que su nombre era Mkoll.

Las fuerzas de Rawne estaban siendo machacadas por los loxatls en los habitáculos palaciegos situados al oeste del corazón de la cúpula Alfa. Los alienígenas estaban utilizando algún tipo de mortero de alta fragmentación, tal vez una versión a mayor escala de sus característicos lanzadardos. Obel había desplazado su unidad más hacia delante y Bragg había conseguido alcanzar una posición loxatl con la artillería, aunque los letales proyectiles seguían azotándolos.

Gol Kolea había entrado a través del muro trasero de una saqueada cocina con los soldados Lubba y Jaijo en una especie de túnel de servicio que les permitió avanzar hasta el mismo flanco de las principales trincheras de los loxatls. Salieron del túnel y avanzaron agachados. Kolea podía oír el regular sonido de los morteros loxatls y una voz humana que pedía a gritos un médico.

El trío corrió agachado a través del rococemento cubierto de escombros y se deslizó detrás de una tubería que había explotado y que estaba vertiendo un agua espumosa a la carretera.

Caffran estaba tumbado de espaldas en un cercano agujero excavado por un proyectil. Su pierna había sido desgarrada por una granada de fragmentación.

—¡No sea loco, sargento! —chilló Lubba, pero Kolea ya estaba corriendo.

Los proyectiles de los lanzadardos aullaron en el aire alrededor de él y se lanzó al agujero del proyectil.

—¿Qué tal vas, Caff? —le preguntó.

—Kolea. Me duele. Esos bichos alienígenas de mierda han bloqueado el extremo de la carretera.

Kolea echó un vistazo a las heridas.

—Tienen una pinta fea, pero los médicos ya están en camino. Sobrevivirás, Caffran.

—¡Eso no me preocupa! —dijo Caffran—. Me preocupa Tona.

—¿Qué?

—Rawne nos envió a todos hacia delante. A mí me atraparon aquí, pero ella continuó con Allo y Jenk. Creo que los han alcanzado también. No puedo hablar con ella por el comunicador.

—Oh, mierda —exclamó Kolea, mirando alrededor del agujero—. Quédate aquí —dijo, como si Caffran estuviera en condiciones de irse a algún sitio.

—¡Sargento!

—¿Qué?

Caffran se aguantó el dolor.

—¿Por qué… por qué vino a verme cuando estaba arrestado? Actuaba de una forma tan… tan rara. Cuando Tona vino a visitarme me echó una bronca tremenda por meterme en un lío tan estúpido, pero sabía que sólo estaba asustada. Usted, sin embargo… era como si tuviera realmente miedo de que le hubiera hecho aquello a esa pobre mujer. ¿De qué iba todo eso?

Kolea le sonrió.

—Caff, debe ser el padre que llevo dentro. Te lo diré cuando vuelva.

Salió del agujero de un salto y empezó a correr.

Allo y Jenk estaban muertos. Criid estaba caída al lado de sus restos, herida en un brazo y en un costado. El fuego enemigo silbaba a su alrededor.

Kolea se medio cayó en la trinchera, golpeándose la rodilla contra una cañería rota.

—Agárrate fuerte, Tona —dijo—. Caff te echa de menos.

La cogió en sus brazos, sin hacer caso de sus quejidos de dolor y comenzó a correr de vuelta al lugar de donde había venido.

—¡Estás loco! —gimió ella al tiempo que una rociada de dardos explotaba a su alrededor.

—No es la primera vez que me han acusado de eso —dijo, forcejeando—. Tú y Varl deberíais formar un club.

Llegó al borde de los edificios destrozados y casi tiró a Criid sobre los brazos de Jajjo cuando cayó.

Sonreía, y sólo cuando estuvo en el suelo pudieron ver el revoltijo lleno de sangre que había donde antes estaba la parte trasera de su cráneo.

—¡Sargento! —gritó Lubba, arriesgando su propia vida para arrastrar el cuerpo de Kolea a cubierto del fuego cruzado—. ¡Sargento! ¡Sargento Kolea! ¡Por favor! ¡No se muera! ¡No se muera!

Bragg miró pensativo a Caill.

—¿La última caja? —preguntó.

—Tenemos dos más —dijo el cargador.

Bragg suspiró. Se asomó por el agujero más cercano de la pared y movió la cabeza. El fuego de los lanzadardos de los loxatls barría la calle.

—No va a ser suficiente para atravesar eso. Me quedaré aquí y te cubriré. Tú vuelve luego corriendo y nos traes más, ¿de acuerdo?

Caill asintió con la cabeza.

—Será cosa de dos minutos —dijo—. No te vayas sin mí.

Caill se fue corriendo. Bragg miró a los otros Fantasmas del bombardeado sótano: Tokar, Fénix, Cuu y Hwlan.

—¿Alguna idea brillante? —preguntó.

—Tú dame una buena cobertura de fuego con ese cacharro —dijo Hwlan—, y creo que podré llevar a un grupo a ese bloque de enfrente.

—Muy bien —dijo Bragg y colocó en su lugar la gran arma de apoyo.

—A la de tres —dijo—. Uno, dos…

El arma abrió fuego, ametrallando la calle con una lluvia devastadora de disparos.

Hwlan, Fénix y Tokar salieron, aguantando el fuego enemigo.

El arma se quedó muda.

—¿Necesitas otra caja? —preguntó Cuu.

—Sí —dijo Bragg—. Eso sería…

La esquina de la caja de municiones golpeó un lado de la cabeza de Bragg. Se derrumbó hacia un lado y se desmayó durante un segundo.

—¿Qué demonios? —farfulló, recuperando el sentido—. ¿Cuu? ¿Qué demonios ha sido eso? —Bragg podía sentir la sangre corriendo por su cuero cabelludo. Estaba

mareado y le dolía.

Lijah Cuu estaba de pie, mirándolo.

—Tú me vendiste —dijo.

—¡Oh, vamos, Cuu! ¡Este no es el momento para ajustar ninguna estúpida cuenta pendiente!

—¿No? ¿Cuándo tendré un momento mejor, Tanith? No lo sé, te aseguro que no.

Bragg trató de levantarse.

—Te has vuelto loco, Cuu. Gaunt te liberó. Sólo te dieron algunos latigazos. Tuviste suerte.

—¿Suerte?

—Quiero decir… joder, no sé lo que quiero decir. Cuu, eres un canalla. Gaunt te fusilará por esto y…

—Él no lo va a saber, ¿no? —dijo Cuu—. ¿Lo va a saber, pobre imbécil?

En la mano de Cuu relucían treinta centímetros de cuchillo de guerra de plata de Tanith.

—¿Cuu? ¿Qué demonios estás…?

Cuu hundió el cuchillo de plata en el corazón de Bragg.

Los ojos de Bragg se abrieron desmesuradamente. Sus labios boquearon durante un segundo, como un pez.

Cuu tiró hacia fuera de la daga y se inclinó hacia delante de forma que su boca quedó junto al oído del moribundo Tanith.

—Solamente para que lo sepas… fui yo. Yo la maté. Y me encantó. Ella peleó, oh, cómo peleó. No como tú, pobre imbécil.

Bragg dio un bandazo de repente e hizo girar el cañón automático como si fuera un garrote. Si hubiera impactado en el delgado verghastita seguramente lo habría lisiado. Pero Cuu se había quitado de en medio.

—Prueba otra vez, Bragg —dijo, y volvió a clavar la hoja otra vez. Y otra, y otra vez.



Epílogo: Armas de Tanith

Fantine, 227.771, M41

No creo haber encontrado nunca antes un alto oficial que apreciara las especiales habilidades de los Fantasmas. Ahora que lo he hecho, no creo que sea más feliz.

Ibram Gaunt,
comandante del Primero de Tanith

El dirigible había atracado sólo unos pocos minutos antes, pero los niños ya estaban corriendo y jugando alrededor.

El séquito de los Fantasmas había llegado a Ouranberg como parte de la oleada de ingentes refuerzos. Los malhumorados jefes de muelle supervisaban la descarga de las mercancías, mientras que los hombres que se convertirían pronto en malabaristas, mimos, comedores de fuego y afiladores de cuchillos discutían con ellos sobre el mejor destino para sus bienes mundanos.

Los niños estaban por todas partes. Reían, cantaban, correteaban por todo el muelle de carga. Yoncy se tambaleó hacia delante y medio tiró una pelota tras la que Dalin salió corriendo.

—Crios, ¿eh? —dijo la mujer situada detrás de Curth. La cirujana miró a su espalda.

»Crios —dijo Aleksa desdeñosamente—. La batalla está ganada, los muertos están muertos y ahora llegan los crios para ablandamos y entristecernos a todos. Bueno, yo no estoy triste. La vida es una mierda. Agarra un maldito casco.

—De acuerdo —dijo Curth. Tomó una varita de lho de su paquete y se lo ofreció a Aleksa. La desaliñada mujer de más edad, con sus adornos de tocador, tomó uno y los encendió con un encendedor de plata grabado en relieve.

—¡Dalin! Ten cuidado con tu hermana, ¿me oyes? —gritó. Bajó la voz y añadió —: Tú eres la que él decía, ¿no?

—¿La que él decía?

—Kolea me dijo que la única persona que lo sabía era la doctora. Esa eres tú, ¿no?

—Sí —respondió Curth con un suspiro.

Tras un silencio, Aleksa siguió preguntando.

—¿Qué tal está Gol?

—Está vivo —dijo Curth.

—Pero ¿qué?

—Sus funciones primarias están intactas. Está consciente. Pero el daño a su cerebro fue considerable. Tiene una pérdida sociotípica total de memoria. Sí, total. No sabe ni su propio nombre, o que tiene hijos. Nada…

Aleksa sonrió.

—Bueno, eso lo soluciona todo.

—No —dijo Curth, mostrando la carta sellada y contemplándola—. Gol Kolea volvió… pero no volvió. Yo… yo no sé qué hacer.

—Cariño —dijo Aleksa, apretando la carta contra el abrigo de Curth—, sigue mi consejo: Da las gracias al Emperador y vete.

Curth dobló la carta y caminó lentamente por la rampa del muelle para volver a la ciudad.

Van Voytz había sido efusivo en su elogio. No dejaba de hablar de recomendaciones y condecoraciones. Mencionó pedir a Macaroth que cambiara de forma oficial la denominación del Primer Regimiento de Tanith para que reflejara sus virtudes en la infiltración e invisibilidad.

—La próxima vez que suenen las armas de Tanith quiero que sea en apoyo de mis ataques —había declarado Van Voytz, sirviendo una buena cantidad de amasec a sus oficiales reunidos.

Gaunt no había estado escuchando realmente. Se había arrebatado Fantine al archienemigo. Se había eliminado un importante líder herético.

Las fuerzas de la cruzada se beneficiarían de la inmensa producción de los

condensadores de vapor del planeta.

Y él había mantenido con vida a tantos hombres como había sido posible en la consecución de esos objetivos.

Era una victoria y habían cumplido con su deber. Gaunt sencillamente no compartía el deseo de Van Voytz de brindar por los vivos y por los muertos y hablar de ello durante toda la noche. Dio un paseo en solitario por la explanada imperial. Los equipos de limpieza todavía estaban registrando los edificios de las cercanías en busca de enemigos supervivientes.

Gaunt suponía que la maldición de los oficiales de rango medio, como él mismo, era que estaban lo suficientemente cerca del lado débil como para sentir las pérdidas. Los Gaunts, Rawnes y Fazalurs de aquella galaxia eran los que tenían que soportar las sangrientas secuelas de la victoria. Los generales celebraban cada triunfo porque, para ellos, los muertos eran sólo nombres en las listas. La cadena de mando los aislaba de las consecuencias emocionales. Hacía parecer a un hombre normalmente honesto como Van Voytz tan insensible como algunos de los crueles bastardos a los que Gaunt había tenido que seguir en su momento.

Al menos, las desavenencias detectadas entre los de Tanith y los de Verghast que Hark y Zweil le habían reprochado, parecían estar cediendo. Durante la lucha por Ouranberg, el regimiento había parecido mucho más un único e integrado conjunto.

Tal vez haber defendido a Cuu había enviado el mensaje adecuado.

Gaunt volvió a su sección e hizo que Beltayn transmitiera su agradecimiento más respetuoso a todos los de Tanith y los de Verghast por igual a través de los jefes de sección, junto con la orden de retirada para el regimiento. Los refuerzos de urdeshitas y krassianos procedentes de Cirenholm iban a llegar para supervisar la ocupación.

Las armas de Tanith podían callar, y descansar, durante un tiempo.

—Orden y señal de agradecimiento enviadas, señor —dijo Beltayn.

—Eso es todo —dijo Ibram Gaunt.



DAN ABNETT (12 de octubre de 1965) es un escritor y guionista de cómic británico.

Es conocido por sus trabajos en el mundo del cómic desde principios de los 90 tanto para Marvel Comics y su filial en el Reino Unido, Marvel UK, como para DC Comics, medio este en el que son frecuentes sus colaboraciones con su compañero escritor Andy Lanning.

Probablemente la faceta de su obra más conocida sean sus novelas y novelas gráficas ambientadas en el universo de Warhammer y Warhammer 40 000 para la editorial Black Library, filial de Games Workshop, que incluyen varias sagas y docenas de títulos y de las que se habían vendido unas 1 150 000 copias hasta mayo de 2008.

En 2009 publicó su primera novela de ficción original de nombre Angry Robot a través de la editorial HarperCollins. Abnett es uno de los autores más prolíficos en el famoso cómic de ciencia ficción 2000 AD, siendo responsable de la creación de una de sus series más conocidas y de mayor duración, Sinister Dexter.

Otras creaciones originales incluyen Black Light, Badlands, Atavar, Downlode Tales, Sancho Panzer, Roadkill y Wardog. Abnett también ha aportado historias a algunas de los series más importantes de 2000 AD incluyendo Juez Dredd, Durham Red y Rogue Trooper.

Su trabajo para Marvel incluye arcos argumentales y números en Death’s Head 2, Battletide, Los Caballeros de Pendragon (todas ellas series creadas por Abnett en colaboración con otros autores), Punisher, Máquina de Guerra, Aniquilación: Nova y

varios títulos de la franquicia de los X-Men. En DC es reconocido por su relanzamiento en el año 2000 de la Legión de Super-Héroes mediante la serie limitada Legion Lost y la posterior serie de larga duración The Legion. A partir de estas obras en DC sus colaboraciónes con Andy Lanning se vuelven habituales, sobre todo en trabajos para cómic, pasando dicho dúo a ser conocido en la industria como DnA.

También ha escrito novelas enmarcadas en el universo de Warhammer 40 000 (dentro del género de la ciencia ficción militar) que incluyen la serie Fantasmas de Gaunt, las trilogías sobre la Inquisición Eisenhorn y Ravenor y más recientemente algunos de los títulos de la serie La Herejía de Horus incluyendo el primero de la colección, Horus, señor de la guerra. También ha escrito varias novelas ambientadas en el mundo de Warhammer Fantasy, la mayoría pertenecientes a la saga de Las Crónicas de Malus Darkblade.

Su obra incluye también una novela en 2007 para la secuela de Doctor Who, Torchwood, llamada Border Princess. En 1994, escribió un cómic promocional para la inauguración de la montaña rusa Nemesis en Alton Towers.

Durante la última década su carrera ha estado cada vez más orientada al mundo del cómic sin dejar de lado su producción como escritor. Aparte de participar en algunas de las series de 2000 AD, comenzó Black Atlantic en la Judge Dredd Megazine, publicación hermana de laa mencionada 2000 AD y ya en 2008 tomó el control de The Authority como parte del relanzamiento de los títulos centrales de la editorial Wildstorm mediante el evento World’s End. Además, Abnett ha trabajado mucho en los personajes «cósmicos» de Marvel.